ARGELIA, ENTRE EL DESIERTO Y EL MAR

Emilio Sola

COLECCIONES MAPFRE 1492

Berbería —nombre genérico que englobó a los actuales países del Magreb, de Marruecos a Libia— es un lugar de paso, frontera o periferia, espacio apto para el mestizaje, que ha conocido desde la Antigüedad. En este periodo de su historia, la población autóctona se fue mezclando con gentes muy diversas, desde los fenicio-cartagineses y los romanos hasta algunas tribus germánicas. La llegada de tribus árabes enriqueció aún más el mestizaje racial y cultural terminando de fijar de alguna manera su perfil más reconocido hoy. En la Edad Media, Berbería se convierte en puente de unión entre dos focos culturales de gran vitalidad. Sin embargo, el proceso de formación de la sociedad argelina culmina, en el siglo XVI, con la llegada de miles de moriscos españoles. Emilio Sola, en un documentado estudio, presenta al argelino de hoy como ese berberisco que supo sobrevivir asumiendo y sintetizando todos los mestizajes y que, en estos momentos, está capacitado para asumir ese nuevo mestizaje, tal vez planetario, que está a punto de englobarnos a todos.

Emilio Sola. Profesor de Historia Moderna en la Universidad de Alcalá de Henares. Obras: *Arcadia y los pastores* (1986), *Un Mediterráneo de piratas: corsarios renegados y cautivos* (1988), *La España de los Austrias* (1989).

Colección El Magreb

ARGELIA,
ENTRE EL DESIERTO
Y EL MAR

Directores de la Colección: Alfonso de la Serna, Bernabé López
y Miguel Hernando de Larramendi
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-614-6
Depósito legal: M-6922-1993
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

EMILIO SOLA

ARGELIA, ENTRE EL DESIERTO Y EL MAR



Directores de la Colección: [illegible]
y Miguel Hernando de Larramendi
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-[illegible]
Depósito legal: M-[illegible]-1993
Impreso en los talleres de [illegible] Artes Gráficas, S. A.
[illegible] (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

EDITORIAL
MAPFRE

ÍNDICE

III. ARGELIA ROMANA. CIRTA. EL ORIENTE ARGELINO

IV. TREMECÉN Y LA ORANÍA. EL OCCIDENTE ARGELINO

V. ARGEL: DEL CLASICISMO BERBERISCO DEL SIGLO XVI A LA ARGELIA INDEPENDIENTE

APÉNDICES

PRESENTACIÓN

ARGELIA, ENTRE EL DESIERTO Y EL MAR

Introducción

Argelia, Al Yesaer, Las Islas. Quien ose aproximarse a la Argelia de hoy y de siempre no saldrá indemne, seguro, de su aventura. Pues una verdadera aventura es ese pasado remoto y más próximo, el viaje por su amplísima geografía —¿casi cuatro veces España?—, la variedad de las pulsiones más profundas de la gente que la habita y de los paisajes que esa gente ha laborado.

En armonía con esa vastedad y variedad, sin embargo, sobre todo a los ojos de un llegado de fuera, de un *barrani* —forastero—, de un *rumi* —europeo o cristiano—, de un «extranjero», sin más, una peculiar homogeneidad pudiera captarse tanto en la gente como en el producto de su ingenio y habilidad, un adorno metálico, una vasija de barro o un tejido. Todo «pueblo» o «nación» tiende a apoyar su identidad profunda en algún período de la historia más o menos prolongado. Para Berbería —nombre genérico que englobó tradicionalmente a los actuales países del Magreb, de Marruecos a Libia—, sin duda ese pasado se ha querido hacer coincidir con el período musulmán, que se iniciaría con el siglo VII de la era cristiana, siglo I de su propia era. Aunque siempre mirando a Oriente, con La Meca, Bagdad y Damasco como centro, o a Occidente, a Andalucía, a Córdoba y a Granada.

Ése ser «lugar de paso», frontera o periferia, espacio apto para el mestizaje, pudo convertirse en un pequeño drama, en algún momento, aunque fuese bien conocida por ello por viajeros como Ibn Batuta

o León *el Africano*, e Ibn Jaldún eligiera un lugar de la estepa de esa Berbería central y emblemática para recibir sus más bellas iluminaciones. Pues ventajas tiene también ser lugar de paso obligado entre dos focos complementarios de irradiación cultural.

En los rostros y en los tipos, esa suerte de mestizaje que hoy se nos muestra como ancestral, aflora aquí y allá en el momento más impensado, desde el extremo sur tuareg, tan definido, a la aldea cabil o a la playa oranesa. El «argelino» profundo —y podría hablarse del «argelino» como un hispanista francés o anglosajón se permite hablar del «español» y se queda tan ancho, o se puede hablar del «hombre ruso»— bien podría ser aquel que, blanco ceniciento de piel en invierno, en pleno verano te lo encuentras tan negro como un senegalés. Así de a flor de piel la cosa, pero tan ancestral, tan de tantas generaciones de alquimia biológica peculiar; como sucede con marroquíes y tunecinos, todos ellos los antiguos «berberiscos» por excelencia. Es un mestizaje muy generalizado, mejor que mulataje, antiquísimo ya, aunque la terca pervivencia de los rasgos biológicos de la raza negra pudiera permitir hablar de mulataje.

Y es que la población autóctona, desde la Antigüedad, período tan brillante o más aún que su época medieval, menos excéntrico sobre todo en el período romano, se fue mezclando con gentes orientales variopintas —los fenicio-cartagineses asentados en la región los más ilustres— o latinas en general, la notable presencia romana la más destacada y vistosa. Y hasta gentes septentrionales o germánicas, como esos vándalos que con Geiserico dominarían el Mediterráneo occidental antes de la llegada de los bizantinos, y que luego sus supervivientes se dispersaron por las zonas montañosas más inaccesibles, sin duda la bella Cabilia entre ellas, en donde se mezclaron con sus gentes, como evoca literariamente Robert Graves en la excelente novela histórica *El Conde Belisario*.

La llegada de sucesivas oleadas de tribus árabes a la región y la islamización muy generalizada enriqueció aún más el mestizaje racial y cultural del «argelino»; terminó de fijar, de alguna manera, su perfil más reconocido aún hoy, tanto desde dentro del país como desde el exterior, y lo uniformó un poco con sus vecinos de la ribera sur del Mediterráneo. Un «panislamismo», término mejor que el menos preciso «panarabismo», aparece con fuerza. Aún hoy día es capaz de expresártelo con naturalidad alguien culto y no necesariamente especialista en el pasado de su país. Un amigo cabil de Tisi Usú, por ejemplo, cuando te advierte que al explicar a los estudiantes la España medieval no se

debe hablar de la conquista o de la cultura árabe, sino de la conquista o cultura musulmana, pues si Musa era árabe, en absoluto lo era Tariq, bereber como tantos de los que conquistaron y poblaron Al Ándalus; ese amigo cabil, al mismo tiempo, es posible que pase a comentar su rechazo de una posición hegemónica del árabe en la Argelia actual y que haga un canto al pasado de su pueblo cabil. Son y se consideran lo que Mármol Carvajal, en el siglo XVI, denominaba los «verdaderos africanos», individualizándolos con claridad de los demás sectores de la población berberisca, turcos, «alárabes», «renegados» o «turcos de profesión» y «moros». En el mismo siglo XVI se habla de *cologlis* para designar al hijo de turco y mora, un mestizaje que tuvo su más ilustre representante en el hijo de Jeredín Barbarroja, Hasán Bajá, durante un cuarto de siglo el político clave de la región y casado, a su vez, con una princesa cabil o bereber.

Durante el largo y denso período medieval, en el que la Berbería se convierte en puente de unión o lugar de paso entre dos focos culturales de gran vitalidad, Al Ándalus y el oriente siriaco-iraquí, así como en paso obligado para el extremo occidental musulmán —el Magreb— en su viaje a La Meca —verdadero viaje iniciático para tantos—, la Berbería central argelina y sus gentes se mantuvieron, sin duda, en estrecho contacto y en armonía con su entorno bastante uniforme racial y culturalmente. Es sintomático que el más representativo intelectual del período final de ese clasicismo medieval del mundo musulmán, Ibn Jaldún, como dijimos, se retirase precisamente a un lugar de la estepa argelina para su gran reflexión sobre la historia universal, verdadera cima del pensamiento humano. O que Raimundo Lulio, el mallorquín emblemático para valorar los intercambios culturales entre los dos mundos en los que se escindía sin remedio el viejo *Mare Nostrum*, viajara a una ciudad costera argelina, la actual Beyaia —la Bugía de nuestras fuentes—, para sus disputas teológicas con sabios musulmanes.

Un hecho clave para la economía mediterránea a lo largo de la Edad Media, la ruta de las caravanas del Sahara que traían oro de las regiones mineras del alto Níger hasta la costa berberisca, desde donde se redistribuía por todo el mundo musulmán y el europeo, contribuyó también a ese mestizaje con una amplia aportación de sudaneses, hombres y mujeres de raza negra; que, tarde o temprano, terminaban mezclándose con las gentes berberiscas. Hamid el Negro, a principios del XVI, era nada menos que el rey de Tenés, una de esas ciudades costeras

entre Argel y Orán de comprobada actividad político-económica, una de las salidas al mar de la rica región agrícola del Chelif, y el sobrino de Abdelmelec, muerto con él y con el rey Sebastián de Portugal en 1578, era el también rey negro de Fez, Mohamed el Mutawakil, apodado el Mesluj, activo, orgulloso y justiciero al decir de las fuentes contemporáneas.

Es en el prodigioso siglo XVI argelino, sin embargo, en el que culmina ese proceso de formación de una sociedad en la que el mestizaje biológico y cultural adquiere una modélica amplitud. En primer lugar, y a partir de 1500 sobre todo, llegarán a esa Berbería central miles de exiliados musulmanes españoles. En oleadas sucesivas, lo mismo que a Marruecos y a Túnez, esos «moriscos» españoles despojados de unos bienes que habían mantenido durante siglos serán asimilados con más o menos rapidez por sus correligionarios berberiscos. Todavía a principios del XVII, sin embargo, después del acto final de aquel drama que fue la expulsión general de España decretada en 1609, muchos de aquellos españoles llegados a Argelia ni siquiera estaban circuncidados, como se recoge en un libro singular del padre Silvestre, la *Historia de los hospitales de Argel*, y en Argel, en un ambiente crispado que una sequía extrema acentuaba, se procedió a una circuncisión masiva que dejó las calles de la ciudad tintadas con la sangre de los escrotos de aquellos desdichados. Como en Fez, en Tremecén muchos de estos descendientes de andaluces conservan viejas tradiciones y hasta simbólicas llaves de su casa de Granada. Sin aquel episodio dramático de una historia común hispano-berberisca no podría comprenderse el título del libro del historiador argelino Tawfik el Madani, *La guerra de los trescientos años entre España y Argelia*, refiriéndose a los siglos XVI al XVIII, título que a un historiador español pudiera parecer exótico.

Pero una aportación humana de mucha mayor amplitud y variedad llegó a la Berbería central argelina a principios del siglo XVI, de la que los hermanos Barbarroja, griegos de Mitilene, la antigua Lesbos, son todo un símbolo. Gentes de todo el Mediterráneo encontraron en Argel una nueva «patria», un territorio que los acogía y en el que podían fundar una familia y medrar en una sociedad de una gran movilidad. Antonio de Sosa, un cautivo en Argel amigo de Cervantes, uno de los clásicos semi-inéditos de la literatura española más deslumbrantes, dejaba este fenómeno evocado en un texto no por muy citado menos indispensable:

> Los turcos de profesión son todos los renegados que siendo de sangre y de padres cristianos, de su libre voluntad se hicieron turcos, renegando impíamente y despreciando a su Dios y Criador. Éstos y sus hijos por sí solos son más que todos los otros vecinos moros y turcos y judíos de Argel, porque no hay nación de cristianos en el mundo de la cual no haya renegado y renegados en Argel. Y comenzando de las remotas provincias de Europa, hallan en Argel renegados Moscovitas, Roxos, Rojalanos, Valacos, Búlgaros, Polacos, Húngaros, Bohemios, Alemanes, de Dinamarca y Noruega, Escoceses, Ingleses, Irlandeses, Flamencos, Borgoñones, Franceses, Navarros, Vizcaínos, Castellanos, Gallegos, Portugueses, Andaluces, Valencianos, Aragoneses, Catalanes, Mallorquines, Sardos, Corzos, Sicilianos, Calabreses, Napolitanos, Romanos, Toscanos, Ginoveses, Savoyanos, Piamonteses, Lombardos, Venecianos, Esclavones, Albaneses, Boznos, Arnautes, Griegos, Candiotas, Cipriotas, Surianos y de Egipto, y aún Abexinos del Prestejuán y Indios de las Indias de Portugal, del Brasil y de Nueva España.

Son los «turcos de profesión», los inquietantes —en el mundo cristiano europeo de la ribera norte del Mediterráneo— «renegados». Para sus nuevos correligionarios berberiscos, conversos o nuevos musulmanes; lo mismo que en la España del momento los moriscos cuando, como en el caso de Ana Félix, la hija de Ricote de la ficción cervantina máxima, eran buenos cristianos católicos. Aunque Sosa localice a estos «turcos de profesión» en la ciudad de Argel, estos hombres de procedencia dispar, fundamentalmente europeos, jugaron un papel destacado en la sociedad berberisca bajo el régimen político inaugurado por los Barbarroja, fueron buenos marinos y ocuparon cargos importantes en el gobierno de las regiones, a la vez que ensancharon aún más las bases de aquel mestizaje biológico y cultural que bien parece una constante histórica de la región. A lo largo de tres siglos, hasta la conquista francesa de Argelia en 1830.

El período colonial francés, en el que los argelinos pasan a convertirse en sometidos a un régimen especial para «indígenas», supuso la llegada a la región de numerosísimos colonos, muchos de ellos españoles —como muy bien ha expuesto Juan Bautista Vilar—, sobre todo en la zona occidental oranesa. Los matrimonios mixtos, que pudieran ampliar ese mestizaje, no se generalizaron, aunque existieron. Lo mismo que después de la independencia, de 1962 a hoy. Mas lo dominante

es el movimiento migratorio hacia la antigua metrópoli, Francia, en donde viven hasta ¿dos millones de argelinos emigrados?

Mención aparte merece el judío berberisco. En Argelia, como en el resto de la región, la población judía, con sus constantes de integración-rechazo, jugó un destacado papel a lo largo del tiempo, con frecuencia los intermediarios clásicos entre los colectivos musulmanes y cristianos —el caso de la judería de Orán en tiempo de los españoles allí, única judería permitida en los territorios de la Corona hispánica—, y con ejemplos de islamización —familias musulmanas con apellidos que muestran su origen judío son frecuentes, por ejemplo, en Tremecén, pero también en Argel—, lo que puede considerarse como plena integración en la sociedad berberisca. Notables hebreos, como los Bakri o los Buchenak, jugaron destacado papel financiero en los últimos años de la Regencia, y otro notable hebreo hizo oficio de embajador con el emir Abdelkader. Muchas de las familias hebreas, con el fin del período colonial francés, en 1952, debieron abandonar el país, sobre todo las que más se habían comprometido con el colonizador. Tremecén, Argel y Constantina, las ciudades con mayor arraigo cultural tradicional, conocieron también el mayor esplendor de este grupo étnico-religioso.

Pero lo mismo que había sucedido con los judíos argelinos en 1962 sucedió también con determinados sectores musulmanes, comprometidos con el orden colonial y considerados *harkis* —«traidores», más o menos, en el lenguaje exaltado político que el momento propiciaba— por sus congéneres, o colaboracionistas, con lo que aquel movimiento de «lucha de liberación», como era inevitable, cobraba tintes de «guerra civil», de alguna manera; a pesar de que su sentido era mucho más profundo: salir de la «noche colonial», retornar al respeto de su pasado, recuperar la «libertad» como los antiguos cautivos, tan frecuentes en todas las riberas del Mediterráneo y, con nuevas maneras, extendidos por todo el mundo, dominado por Europa o no.

El «argelino» de hoy, ese berberisco que supo sobrevivir asumiendo todos los mestizajes y sintetizándolos en su propia piel, necesitado del contacto con el vecino del norte y sus nuevos avances tecnológicos y culturales, está en estos momentos capacitado para asumir ese nuevo mestizaje que está a punto de englobarnos a todos, norteños y sureños, orientales y occidentales. Ese mestizaje, tal vez, planetario.

El viejo sueño de la unidad forjado en el Mediterráneo tanto por las viejas religiones monoteístas como desde la antigua Grecia. Los es-

tudios de Miguel Asín Palacios sobre las influencias mutuas de cristianos, musulmanes y judíos que, pasadas por el tamiz del platonismo reinterpretado por Plotino y por el Pseudo-Empédocles, de tanta tradición alejandrina, dan lugar al común sueño de lo Uno de los místicos sufíes y de los místicos carmelitanos, son estudios esclarecedores, integradores, que muestran cómo, en el fondo, todos se expresan en una gran lengua común, de paso, mestiza, que hoy intenta uniformar sus términos técnicos, su lenguaje mismo.

Sobre islas y oasis. El desierto y el mar

Argelia, Al Yesaer, Las Islas. La Berbería central argelina, uno de los lugares de paso obligado entre Occidente y Oriente, está también comprendida entre otros dos límites extremos: al sur el desierto, al norte el mar. El gran llano terrestre y árido de enorme dificultad para ser habitado, ese Sahara de los hombres nómadas, y la gran llanura líquida, casi mítica por sus peligros pero atravesada —navegada— de continuo por ese otro «nómada» peculiar que es el marino. Para ambos las fronteras son espacios ambiguos más o menos difíciles de traspasar, de transgredir. El desierto y el mar, por ellos mismos, configuran una gran frontera, una barrera de difícil superación pero permeable. Hasta el punto de convertirse en «lugar de paso» a su vez, de camino entre mundos separados y distantes, hasta de filtro para préstamos «culturales» esenciales. A través del desierto, como a través del mar, entran en contacto mundos separados con lo mejor y más «transportable» de sus bienes y creaciones. Oro y creencias, mercancías más necesarias, sal o especias, conceptos y palabras importantes de una lengua.

Dos inmensidades, casi totalidades, extremas; generadoras de tipos humanos particulares, de alguna manera «nómadas», de profundos arraigos y desarraigos también profundos. El marinero, el pastor —de cabras o de dromedarios— y el hombre de las caravanas, viajeros a lejanas tierras, envidia y temor del sedentario de los puertos de mar o de las aldeas de agricultores o ciudades de intersticios de rutas frecuentadas. Como en *Las mil y una noches*, como en *Las Aventuras del caballero Baybar y su escudero Flor de los Truhanes*, como en ese género de novela llamada bizantina, en la que destacara Heliodoro de Éfeso, tan admirado por Cervantes, pero también como en la *Odisea* o en la *Enei-*

da, el viaje es argumento de todo relato y hace a sus protagonistas héroes o sabios, hombres de experiencia o de fortuna. Alguien a quien merece la pena escuchar cuando narra su vida. Como en los viejos tiempos, aún hoy el viaje, incluso el del emigrado a Europa o a Oriente por motivos varios, pero cada vez más por pura supervivencia y búsqueda de fortuna, es escuchado con fervor e incita a los jóvenes a esa aventura, aun con mínimo equipaje, contando con sus fuerzas y una fortuna —o *maktub*— favorable.

Si en el mar una isla es refugio y escala, en el desierto el oasis cumple la misma función. En un medio tan inhóspito, islas u oasis, por igual, son lugares de visita o estancia temporal de descanso o preparación de nuevo viaje. En ocasiones, lugar de instalación definitiva, tal vez en la vejez o al tiempo de formar un núcleo familiar. Y así, tanto los isleños como los habitantes de los oasis, se podría decir que nacen destinados a viajar, lejos o a cercanías, pero a viajar. Sobre todo, los mejores, los más arriesgados o los más fuertes, y más los hombres que las mujeres; salvo en el caso de los «grandes nómadas» en el que el viaje —todo el clan familiar, toda la tribu, hombres y mujeres iguales— es total y permanente, como las estaciones o los brotes de primavera.

El oasis —como la isla— es un mundo completo y diminuto, una especie de «aleph», como el que se encontrara Borges en un rincón de un hueco de escalera. Todo el mundo habitable y seguro, rodeado de extensiones que imposibilitan una huida simple, en donde se quedarán sólo los que esperan a los viajeros y los que mantienen la vida de los dependientes, niños, ancianos, cultivos, agua cautiva. Y la casa. Mujeres habrá que abandonan un oasis por otro con motivo de una boda u otra excepcional ocasión. Hombres habrá que se queden para siempre también, el tonto o el loco, el pusilánime o el que ha regresado para siempre cuando sus fuerzas le han abandonado. El oasis —la isla— será entonces todo su mundo. Felicidad y locura pudieran confluir, tal vez.

De Gardaia, el hermoso palmeral ramificado del M'Zab con sus cinco ciudades misteriosas y herméticas, cuentan en la costa leyendas sugestivas de mujeres encerradas en la casa-fortaleza que esperan a sus hombres viajeros y pueden enloquecer de amor y calentura. O esa leyenda o tradición popular muy extendida en el norte mismo de la aceptación del «niño dormido» por el marido, al regreso a casa después de una larga ausencia; su esposa le presentará el bebé como hijo suyo, dor-

mido en su seno esperando el regreso de su padre, y que al cabo de muchos meses, incluso años, debe abandonar el vientre materno y nacer a pesar de que su padre no haya llegado aún. Larga sabiduría, vieja tolerancia necesaria para seguir viviendo, que el grupo crezca y siga vencedor sobre una naturaleza tan hostil.

A los oasis —a las islas— volverá siempre el natural viajero; es su raíz en el ancho mundo, su tiempo detenido. Allí estarán, seguro, las mujeres de su casa, los hijos, la familia ampliada, los parientes de otros compañeros de viaje o de exilio. Nómadas, viajeros, emigrados. Lo mismo.

Mostefá Lacheraf, espléndido poeta de Sidi Aissa, en las Altas Mesetas, embajador argelino en países de habla hispánica durante años y ex-ministro de Educación, en el excelente poema titulado *País de larga pena* evoca al pastor que sueña con mundos lejanos:

> Los juegos agrestes han huido del cercado roto,
> el perro rojizo, y el asno y la oveja
> andan errantes desde hace mucho tiempo tras las huellas
> del pastor,
> pero el niño-zagal está lejos sobre las cumbres
> soberanas.

Y Jean el Muchur Amruch, de Ighil Ali, en la Pequeña Cabilia, bereber o cabil por lo tanto, muerto en París en 1962, evoca de manera admirable al costero, al hombre de la vera del mar:

> Marchaba a lo largo de los muelles
> al lado de los cargueros adormecidos sobre las aguas
> color de hierba pálida,
> muy dulcemente transportado por una brisa interior,
> sobre ese ritmo extranjero del paso de los sonámbulos.
>
> Se cantaba a sí mismo el nombre de los puertos y de las
> compañías marítimas,
> pero reservaba su fervor para los largos
> barcos correos de los mares del Sur,
> iluminados de nostalgias...

Nómadas, viajeros, emigrados. Marinos o saharauis. Pudiera ser lo mismo.

Un «Estado moderno» bajo sospecha

Los habitantes de la Península Ibérica y los habitantes de la ribera sur, de Berbería, se conocieron de siempre y se visitaron con bastante fruición. Pero a pesar de ese conocimiento mutuo, cada generación de ibéricos o de berberiscos se sorprendía ante la extrañeza del otro. Eran vecinos más o menos bien avenidos pero que con el tiempo se fueron extrañando, hasta la mutua demonización a partir de finales del siglo XV, aproximadamente, tras ocho siglos de autoridades musulmanas más o menos comunes en Andalucía y el Magreb. Era el momento culminante de los «cruzados» y de los *gazis*, el triunfo de la alianza, prevista por Ibn Jaldún y por Maquiavelo, del príncipe y la religión.

Ibn Jaldún (1332-1406), tunecino de familia árabe de letrados —su padre fue poeta— era de origen andalusí; los Jaldún estaban en España ya a mediados del siglo IX —tal vez habían llegado en el siglo VIII— y se habían instalado primero en Carmona y luego en Sevilla, de donde volvieron a emigrar a mediados del siglo XIII, y terminaron por instalarse en el Túnez de la nueva dinastía Hafsí. Fue un buen conocedor de todo el Magreb y en los años agitados del ascenso de los Meriníes fue embajador ante Pedro el Cruel; después de su gran reflexión argelina —en la Qalaa de los Ibn Salamah, bajo la protección de los Ulad Arif, rama de los Suwaid, cerca de Tiaret, en la región oranesa—, mediada la cuarentena de su edad, reflexión conocida hoy como una introducción a la historia universal (*Al Muqqadima*), fue embajador ante Tamerlán, cerca de Alepo, y está enterrado en el cementerio sufí de El Cairo. Fue una de las mentes más lúcidas de aquellos tiempos. Y describió a los magrebíes, a los eternos berberiscos, con una encantadora precisión:

> La población de Ifrikiya y del Magreb se compone casi totalmente de nómadas, gentes que viven en tiendas y que viajan a lomo de camello, o bien que se instalan en las alturas de las montañas. En los países extranjeros —e Ibn Jaldún piensa en el resto del mundo islámico, de España a Oriente— toda la población, o su mayor parte, habita en ciudades, aldeas y caseríos. —Y más adelante—: La población de estas comarcas (Ifrikiya y el Magreb) se compone de bereberes, pueblo organizado en tribus, las cuales cada una cuenta naturalmente con el apoyo de su propia asabiya.

El término es clave del análisis jalduniano, y podría definirse como la solidaridad agnática o de parentesco transmitido por línea de varón.

Tras ser derrotados y sometidos por Ibn Sarh,

> optaron por las repetidas insurrecciones y la apostasía; a cada rato se levantaban en armas, sin dejarse contener por los rigurosos castigos que les infligían las tropas musulmanas. Aun después de haberse afirmado el islamismo entre ellos, reinciden en sus habituales revueltas y abrazan las opiniones religiosas de los jariyitas (disconformes). Tales movimientos reiteráronse varias veces. «Los bereberes del Magreb —dice Ibn Abi Zaid (Yazid)— apostataron hasta doce veces, y la doctrina del islamismo no tuvo estabilidad en sus corazones hasta la administración de Musa Ibn Nosair.» El califa Omar, queriendo designar ese estado de cosas, decía que Ifrikiya (Afriqah) propagaba la discordia en los corazones de sus habitantes. Con estas palabras daba a entender que esta región estaba llena de tribus y parcialidades; lo que inducía a la población a la desobediencia y la insubordinación.

Tanto Ibn Jaldún como Maquiavelo, 135 años después y sin conocer al andalusí-tunecino, vieron con claridad que el gobernante podía utilizar la fe religiosa para reforzar su poder; el viejo espíritu de cruzados y gazis, pues «todos los profetas armados vencen y los desarmados pierden», y como «la naturaleza de los pueblos es variable..., conviene estar preparados de manera que, cuando ya no crean, se les pueda hacer creer a la fuerza», en palabras de Maquiavelo. Ibn Jaldún, con extrema sutileza, describirá el proceso de formación de la creencia en el origen divino del poder, de alguna manera, y lo práctica que era para la organización de imperios supra-tribales, y hasta supra-nacionales, diríamos hoy, como en el caso de almorávides y almohades, pues éstos habían formado sus grandes imperios con el apoyo de la religión:

> Todo imperio recién inaugurado encuentra ante sí una tarea bien ardua: inducir a los hombres a la obediencia... Más tarde, ya afirmada la autoridad del imperio, y que el mando supremo ha quedado como una herencia en la misma familia, durante varias generaciones y numerosas sucesiones, los súbditos ya no recuerdan de aquella iniciación. Habituados a ver la misma familia ejercer toda la autoridad, concluyen por creer, como un artículo de fe, el deber de obedecerla siempre y combatir por ella con tanto ardor como para defender las creencias religiosas. A partir de entonces... la sumisión a su potestad

> ha devenido cual un deber impuesto por el Altísimo y del cual nadie piensa apartarse... Enseguida, aprovecha la primera ocasión para hacer añadir a los dogmas de la fe la obligación de reconocer al soberano la cualidad de jefe espiritual y temporal.

Ese uso de la religión fue, de alguna manera, también lo que hizo Jeredín Barbarroja, por puro instinto de animal político excepcional, en aquella Berbería central argelina en pleno proceso de disgregación política y ante el empuje de las campañas militares de los reyes españoles Isabel de Castilla y Fernando de Aragón y del cardenal Cisneros. Lo narra con su habitual gracejo el humanista milanés, afincado en España, Mártir de Anglería:

> cierto Aenobarbo, vulgo Barbarroja —como él denomina a Aruch— encontró apoyo en los pueblos de Mauritania porque de labios afuera profesa su misma religión; pero, en realidad, sigue teniendo corazón de pirata.

Esto lo escribía en una carta de diciembre de 1516. Y 11 meses más tarde, volvía a insistir en ello:

> Sedujo a los morabitos —que son los sacerdotes de los africanos— y éstos, con sus prédicas desde el púlpito, proclamaron que no hay que prestar obediencia a un rey que se somete a cualquier cristiano. Sin gran dificultad, llevaron al pueblo al convencimiento de que había que creer en Barbarroja, sostén de la religión mahometana.

Por instinto político, por lo tanto, como aquel gran príncipe vecino de la ribera norte que era Fernando de Aragón, al hacer de la ortodoxia católica religión de Estado y al tribunal de la Inquisición vigía de esa ortodoxia, un marino pobre y arriscado greco-turco se convertía en adalid del Islam en Berbería y estructuraba, desde Argel, lo que sería un nuevo Estado en la región, más tarde bajo tutela turca, la actual Argelia. Jeredín Barbarroja, según el modelo de «príncipe nuevo» pergeñado por Maquiavelo, consiguió aglutinar bajo su autoridad un territorio, organizar un «Estado»; de la nada conseguía ascender al «principado», como había sucedido con Francisco Sforza en Milán, como a punto estuvo de suceder con César Borgia, que casi llegó a ser ese «modelo» perfecto de príncipe nuevo soñado por Maquiavelo para Italia; y que, al

fin, se tuvo que resignar a que fuera Fernando de Aragón pues «se le puede llamar casi príncipe nuevo, porque de ser rey débil que era se convirtió... en el primer rey de la cristiandad».

Ironías de la historia, sin duda, que sea fuera de la cristiandad, en su frontera o al margen de ésta, en esa costa sur de exiliados y descreídos —esos inquietantes musulmanes nuevos o «renegados», como se dice incluso de los Barbarroja, cuyo padre Jacob podría ser un pope griego y cuya madre, según Mármol Carvajal, una cautiva andaluza de Marchena o una cristiana sin más—, donde surge uno de los más ajustados «modelos» de príncipe nuevo al gusto de Maquiavelo, un estadista peculiar, verdadero mito de su tiempo, uno de los mejores marinos de su época, en palabras respetuosas del cronista Gómara. Y a quien notables de tanto fuste como Andrea Doria o el virrey de Nápoles, Gonzaga, llegan a escribir con tratamiento de «rey» —lo mismo que hacen los autores del momento— en unas negociaciones secretas propiciadas por el propio emperador Carlos de Habsburgo en 1540.

Corsario o rey. He ahí la cuestión, una de las claves para comprender mejor el lenguaje de la época, la realidad política de la Berbería argelina. Los «reyes de Argel», de Antonio de Sosa, personajes políticos clave del momento pero a quienes el lenguaje oficial de una posible propaganda cristiana —hispano-cristiana, sobre todo— se resiste a reconocer más allá de meros corsarios. Cosarios, como se dice entonces. Si no piratas o bandidos, rebeldes a su señor natural, en bastantes casos, dado su origen cristiano en no pocos de ellos, como los mismos Barbarroja, como Azanaga, el eunuco sardo defensor de la ciudad ante Carlos V en 1541, el también sardo Rabadán Bajá, el eunuco húngaro Jafer Bajá o el veneciano Hasán Bajá, amo de Cervantes.

Un teórico tan prestigiado como Jean Bodin, a finales del siglo XVI, que habla también con naturalidad de los reyes de Berbería, comenzaba su reflexión más celebrada aun hoy, *Los seis libros de la República*, intentando deslindar lo que diferenciaba a un verdadero soberano de un bandido o un corsario. En el fondo, cuándo una contribución exigida a un colectivo humano dejaba de ser un robo para pasar a ser un impuesto.

> República es un recto gobierno de varias familias, y de lo que les es común, con poder soberano —comienza Bodin, antes de pasar a desmenuzar la definición—, recto gobierno, a causa de la diferencia que existe entre las repúblicas y las bandas de ladrones y piratas.

Significativo este arranque del libro I en aquel pensador que terminaría haciendo un canto a la monarquía, y a la monarquía hereditaria, ese deslindar quién era quién en el movedizo mundo del poder, y en cuya reflexión Viriato, por ejemplo, aunque parecía «vivir en amistad y sociedad, repartiéndose por igual el botín», no podía ser considerado más que un bandido y no un jefe que ejerciera «el recto gobierno según las leyes de la Naturaleza»; idea de la relatividad de algunas de estas opiniones, pues ya para los españoles la figura de Viriato adquiría un carácter de resistente frente a un invasor extranjero.

La propaganda cristiana se esforzó en presentar el nuevo régimen político surgido con los Barbarroja en torno a Argel como una tiranía de los corsarios frente a las decadentes monarquías de Abdelwadíes-Zianíes de Tremecén y Hafsíes de Túnez. Sobre todo la propaganda cristiana hispano-italiana de la primera mitad del XVI. En la expedición contra Túnez de Carlos V de 1535, a consecuencia de la conquista de la ciudad por Barbarroja, Carlos V repuso en el poder a un rey hafsí, protegido suyo frente a los turcos. Los franceses, sin embargo, ya en la época de Francisco I, en su intento de neutralizar el creciente poder de los Habsburgos, iniciaron relaciones diplomáticas estables con los Otomanos —en los años treinta del siglo XVI— en las que los berberiscos jugaron un importante papel. Charrière, en el siglo XIX, publicó la documentación diplomática emanada de estas relaciones, uno de cuyos momentos culminantes fue la coordinación con la flota otomana, capitaneada por Barbarroja, que invernó en Tolón en 1543. Para entonces ya la Berbería central argelina no podía ser presentada como una mera república corsaria de dudosa «legalidad», ya era vista como el extremo occidental del Imperio Otomano.

Todavía hoy constituye un debate historiográfico vivo en Argelia el tipo de régimen político instaurado por los Barbarroja, sobre todo a partir de 1529, cuando la expulsión de los españoles del peñón de Argel consolidó la hegemonía argelina en la Berbería central; poco después, en 1533, Jeredín Barbarroja era proclamado solemnemente en la Estambul de Solimán el Magnífico —el *Kanuni* o Legislador— beilerbey o emir de emires. Significaba, de alguna manera, la legitimación por una autoridad superior, por otro «rey de reyes» como el «emperador» cristiano, en este caso por el sultán de Turquía, desde Selím I también protector de los Santos Lugares del Islam y de alguna manera emir de todos los creyentes. Ni siquiera en la ribera norte del Mediterráneo se

podría hablar de meros aventureros para referirse a los argelinos. Pero la Berbería central, ¿constituía un mero apéndice «colonial» dependiente de la metrópoli otomana, Estambul?

En el XVI mismo, Antonio de Sosa reseñó el paralelismo existente entre América para Castilla y Berbería para Anatolia o para la Turquía otomana en general. En ambos casos, la gente iba a aquellos confines de los dos grandes imperios mediterráneos para buscar fortuna o medrar. Los «chacales» de Anatolia, gente pobre e inculta pero dura y aguerrida que llegaban a Berbería y destacaban por su tosquedad y fiereza, pero procuraban enriquecerse en los oficios, la milicia o el corso, son un claro paralelo con otros «indianos» o «colonos» europeos más o menos asentados en zonas de colonización transatlánticas o extra-europeas sin más. También la mayoría de los «turcos de profesión» o nuevos musulmanes —los denostados «renegados»— eran de procedencia humilde, un poco de aquí y de allá, de zonas ribereñas del Mediterráneo sobre todo, de esas regiones deprimidas en donde todavía hay gente que emigra por necesidad.

Hoy todo el mundo parece estar de acuerdo en la gran autonomía del gobierno berberisco desde Argel. Durante el período de Jeredín Barbarroja, está claro; era su creación personal. Y lo mismo, a pesar de la fuerza creciente de la organización militar «profesional», diríamos hoy, de los jenízaros, enviados desde Turquía y en su mayoría también de origen familiar cristiano —mediante el tipo de leva conocida como la *dewshirme*—, durante el período de gobierno del hijo de Barbarroja, Hasán Bajá, hijo de una mujer de la región —mestizo o cologli por lo tanto—, uno de los mejores políticos berberiscos; también parece bastante clara esa autonomía con el alejandrino Salah Bajá, compañero de Jeredín de primera hora, que contribuyó a fijar las fronteras de la Argelia moderna, prácticamente las actuales salvo el extremo sur del Gran Sahara. En los años de Lepanto, ya muerto Hasán Bajá, el hijo de Barbarroja, otro musulmán nuevo o «turco de profesión», Alí Bajá, el Euch Ali o «renegado» Alí —calabrés de Castelli, su nombre de cristiano Dionisio Galea—, a quien Cervantes elogia y de quien recuerda su apodo, *fartaci* o el Tiñoso, apasionante personaje, se convirtió en el árbitro de los gobiernos berberiscos y a punto estuvo de lograr el Gran Magreb que los políticos actuales sueñan todavía construir. Sus hombres de confianza, sobre todo el sardo Rabadán Bajá y el veneciano Hasán, fueron,

con él, los verdaderos continuadores de la obra de aquella saga de los Barbarroja.

El historiador italiano Ciro Manca, en un interesante trabajo sobre el modelo de desarrollo de la ciudad marítima berberisca después de Lepanto, resaltó la gran autonomía de Berbería con respecto a Turquía, y compara las instalaciones turcas en Argelia con las de los españoles en Italia; o sea, un tipo de «colonia» en tierra de musulmanes —o cristianos— que iban en beneficio de otros musulmanes —o cristianos—, con el matiz berberisco de haberse basado demasiado en el corso para su modo de producción; un modo de producción corsaria, dirá Manca. Con *un apparato di controlo militare e burocratico* que se consolidaba, todo un «Estado» por lo tanto, que según Ch. A. Julien duraría hasta la conquista francesa de 1830. Para este historiador francés sería a la muerte de Alí Bajá —el Euchali de nuestras fuentes, el calabrés tiñoso Dionisio Galea—, en 1587, cuando termina el período de gobiernos de los beilerbeys y se abre otro período que desembocará en las ya mejor conocidas «regencias» berberiscas, como dieron en llamarles (Argel, Túnez y Trípoli).

El estudio de la documentación y de las fuentes del momento —Sosa editado por Haedo, sobre todo— muestra que, con la desaparición de Euchali —según algunos envenenado por otro «turco de profesión» notable, el genovés Cigala— todo un clasicismo de gobierno corsario berberisco desaparece; tras él y los hombres de «su casa», se dio un proceso de «provincialización», de alguna manera, de las futuras regencias berberiscas. A pesar de esa amplia autonomía glosada por Manca, y cuyo primer intento fuera el breve reinado del húngaro Jafer Bajá (1580-1582). El «virrey» o «viso-rey» —como dice Cabrera de Córdoba, por ejemplo—, el «vice-roy» que dicen los embajadores franceses en Estambul, aunque también usan los términos *sangiac* o *baglarbey*, el *baxá*, el «rey de Argel», en fin, venido de la Corte otomana de Estambul, normalmente para tres años de gobierno, con el *odjac* (Julien) o *l'ogiac* (Manca), el «Hogar», en español, u organización de los militares o jenízaros, y la «Taifa» o arraeces y armadores más destacados, a quienes debía satisfacer su gobierno si quería que fuese apacible y provechoso para todos, asistido por el *Diwan* o consejo de jenízaros, al principio corporativo pero que había ido asociándose al gobierno, con un cuerpo judicial de cadíes y un sistema impositivo bien definido, conforman un régimen político muy preciso; exacto equivalente —aunque

en la época no pocas veces, por prejuicios, lo vieran una mera caricatura de lo que sucedía en el norte— de aquellos «Estados modernos» norteños u orientales. Sin nada que envidiar, sino todo lo contrario en ocasiones, a la monarquía marroquí que había logrado sobrevivir a la presión hispano-portuguesa y turco-berberisca con Ahmed el Mansur y la dinastía alawí. El veneciano Salvago, en el primer cuarto del siglo XVII, con *sorprendente inteligenza politica* denominó *republica popolare* a aquel régimen argelino. Peculiarísima y muy interesante república popular, con aquella incorporación del diwan, *di fatto prima che di diritto* al gobierno cotidiano.

En el siglo XVIII, en el período de gobierno de aquel gran dey de Argel que fuera Mohamed beni Otman, que tan bien estudiara el profesor de la Universidad de Orán Ismet Terki-Hassaine, esa gran autonomía argelina se manifestó rotunda a la hora de firmar la paz con la España de Carlos III y Floridablanca. Firmada la paz hispano-turca, Beni Otman exigió, tanto en Madrid como en Estambul, una negociación particular argelino-española; los intereses berberiscos eran autónomos, y en esa negociación de paz, que ponía fin al período de corso y abría las relaciones comerciales, se incluía la incorporación de Orán al territorio argelino; era el año 1792, los españoles debieron abandonar la ciudad y en Argelia se habla de «conquista de Orán» con tanta propiedad, creo —hostilidades previas, nueva fijación de frontera tras capitulaciones— como en España de la «conquista de Granada» tres siglos antes. Era el final de un largo período de enfrentamiento mutuo hispano-argelino, el final de aquella «guerra de los 300 años» que evocara Tawfik el Madani, guerra en la que tantos «hermanos-enemigos» y «hombres de frontera» participaran.

Pero aún sigue el debate sobre el «Estado moderno» berberisco estructurado por los Barbarroja, sobre todo por Jeredín y su hijo Hasán Bajá, tras las certezas nacionalistas inmediatamente posteriores a la guerra de independencia contra Francia de 1954-1962, que lo enaltecía como alternativa al régimen colonial francés, de alguna manera. En una reciente síntesis de Mahieddin Djender —Yender, mejor, en español—, resume así este período de tanto interés, y traduzco directamente:

> La intervención de los Turcos Otomanos permitía a Argelia, al ponerse de acuerdo con una autoridad musulmana, evitar la ocupación española, pero la dominación del Estado Turco de Argel, aun dando

> al país sus fronteras definitivas y dotándole de una cierta organización interior propia (división en beyleks, lazos administrativos entre Argel y el este y el oeste), dejaba no obstante persistir las relaciones feudales. Éstas serán dominantes del siglo XVI al XIX.
>
> El Estado Turco de Argel (el Estado del «Oudjaq» y de los «Rais») las dejará consolidarse y, tanto su poder como su autoridad, irán mermando hasta 1830.
>
> Ya, desde la primera mitad del XVIII, el Beylek de Constantina evolucionaba de manera particular y alcanzaba una cierta autonomía; las tribus de las montañas y de los Oasis del Sur, por otra parte apenas alcanzados por la conquista turca, permanecieron prácticamente independientes; mientras que el resto del país, al margen de las principales ciudades y de los territorios próximos y que obedecían directamente a la administración turca, realzaba diversas instituciones feudales ya constituidas y con las cuales la autoridad «central» estaba obligada a entenderse. Citemos, entre estas feudalidades instituidas, la particularmente típica de los Mokrani en la Medjana, que no ha desaparecido hasta la revuelta de 1870.
>
> Así, el sistema feudal tendía a estructurar toda la sociedad y la existencia del Estado de Argel no debe dar el pego.

También Mostefá Lacheraf destaca los matices «feudales» del gobierno turco-berberisco y la colaboración con ese gobierno de algunos jeques tribales, en manera alguna diferentes de tantos regímenes políticos europeos preindustriales. La fijación de fronteras en la región la resalta Julien, a su vez, como un logro esencial de ese período:

> La influencia de los turcos, habituados por sus relaciones con los europeos a concepciones políticas desconocidas por las dinastías magrebíes, tuvo importantes consecuencias para la puesta en marcha de los estados de Berbería. Al sustituir la noción de límite preciso a la de confines, con la que se habían contentado hasta ellos, fueron los principales artífices de la distinción que se opera, en el XVI, entre Argelia, Túnez... y Marruecos.

Sigue, pues, el debate sobre el casi siglo y medio de período colonial, enfocado de manera tan diferente por los dos protagonistas; es todo un símbolo el mismo contencioso en torno a la documentación histórica argelina del período colonial francés —que es difícil que se plantee con el período turco, cuya documentación en Estambul está siendo

cada vez más accesible—, conservada en su mayoría en Aix-en-Provence (Francia), considerada por unos como tesoro cultural y patrimonio de un período del pasado heredado de su presencia en el mundo, y por otros lo mismo, pero de su nuevo país independiente. Sólo entre 1837 y 1843, durante el período en el que el emir Abdelkader se rebeló contra el ocupante francés, apoyado por sectores populares, sobre todo campesinos, que también estaban en conflicto con los usos feudales de sus correligionarios más poderosos, sectores anticoloniales y anti-feudales al mismo tiempo por lo tanto, sólo en ese momento se podría hablar, según Djender, de «Estado argelino de aspecto moderno»; pero sólo habían sido seis años. En general, entre 1830 y 1962, se habla, sin más, de «era colonial».

Son asuntos muy recientes, casi de la prensa diaria, aunque su proximidad hace que sean aún drásticas sus consecuencias. Cualquier estudiante de historia argelino, cuando quiere manejar la documentación manuscrita, las fuentes y la bibliografía sobre su pasado, se encuentra con que en la mayor parte de sus páginas el argelino aparece como «infiel», «renegado» o «pirata» —o «corsario», en el mejor de los casos—; más tarde, en el siglo XIX y medio siglo XX, como «indígena», a todo más, sujeto de estudio de antropólogos más que de historiadores, o de historiadores de la Antigüedad —imposible no ver su glorioso pasado romano o cartaginés— e «islamólogos». Y, finalmente, cuando puede acceder a las hemerotecas para ese período dramático y singular de la «guerra de independencia», como «rebeldes» o «terroristas». Tan duro como la vida misma, tal vez; «la realidad, tal cual sea: plenitud». Los argelinos, los «berberiscos», siguen siendo sospechosos, de alguna manera. Un historiador inglés, Godfrey Fisher, por inglés, tal vez, más próximo a algunas constantes del pasado argelino, y en concreto más comprensivo con el título de «corsario» con que tantas veces le tildaran otros países europeos, lamenta que el mismo nombre de «berberisco» haga alusión a barbarie e incivilización, de «berber» o «barbar», de «extranjero». Denominación que le sitúa enfrente, como el «otro», el «enemigo». Y destaca que, con altibajos muy de época, las relaciones anglo-argelinas fueron menos crispadas que las hispano-argelinas o franco-argelinas. Nos encontramos ante ese espinoso asunto de la *Historia y opinión*, como subtitula Ricardo García Cárcel un reciente libro sobre «la leyenda negra». Estas opiniones negativas sobre el otro

eran —y son—, por desgracia, la normalidad. Y desde muy antiguo. En esa vieja «guerra» siempre ganó, también, el mejor armado; en este caso, con las «artes y las letras», la propaganda, la difusión de elaboraciones «culturales».

Perseo y la cabeza de la Medusa. La sangre de la Gorgona en el origen del África «bestial y ponzoñosa»

Tal vez, desde la Antigüedad, ese tramo de la costa sur del Mediterráneo, la actual Argelia, fue vista con cierto temor a causa de lo extremado de su zona esteparia, antesala del Gran Sahara. Para Ulises, según algunas interpretaciones, es zona de encantamientos peligrosos, tal vez en alguna isla de sus costas la maga Circe convirtiera en bestias a sus hombres al tiempo que le fascinaba con sus recursos sensuales para que se olvidase de su tierra de origen y se quedara allí. También el héroe Eneas tuvo problemas con una bella mujer en esa región, la reina Dido, con sus dioses orientales de ritual extraño, y que termina suicidándose tras perder a su amado al decidir éste instalarse en la ribera norte del mar. Y, luego, los cartagineses, aquellos hijos de orientales, adoradores de Baal, uno de cuyos hijos, Aníbal, a punto estuvo de destruir la misma Roma. Y los destructivos vándalos, que tras asolar media Europa se refugiaron allí. Y los árabes, el musulmán «infiel», a los que la «cristiandad» terminará demonizando, y que en los inicios del siglo XVI vuelven a mostrarse más agresivos que nunca.

Antonio de Sosa, en su cautiverio argelino, como clérigo postridentino pacato y educado en estricta ortodoxia religiosa, más intransigente por la nueva escisión religiosa europea, a punto está de enloquecer ante el espectáculo de una sociedad muy permisiva en lo moral; sin «honra» al no estar jerarquizada según esquemas rigurosos, tan cercana y atractiva para tantos del mundo cristiano por la facilidad para medrar en poco tiempo con un simple cambio de «ley», al mismo tiempo que tan difícil de controlar por los que tienen que velar por el grupo, como sus mismos colegas clérigos. No es extraño que él nos transmita una versión de un mito antiguo, tan sugestivo como el de Perseo y la Medusa, en clave antiberberisca y con palabras apasionadas de gran altura literaria, en un texto que comienza: «En todos los tiempos pasados fue muy notada de infame esta tercera parte del mundo llamada África», y

que continúa con una enumeración enloquecida de serpientes y seres ponzoñosos, verdadero bestiario peculiar.

> Por ser esta parte del mundo tan fértil para criar muertes, fingieron los poetas que volviendo Perseo, hermano de Palas, de la muerte de Medusa —que mató con la espada corva de Mercurio, llamada Harpen, y con el favor del escudo reluciente de metal de la misma Palas—, y trayendo colgada de la mano la cabeza de la dicha Medusa —cuyos cabellos eran muy ponzoñosas culebras y cuya corrupción que della goteaba todo lo que tocaba volvía en muy terrible ponzoña—, por ninguna parte del mundo quiso pasar sino por África, que era tierra arenosa y adonde menos sería el daño que aquella cabeza haría. Pero que fue tanta la ponzoña que, goteando de aquella sucia cabeza, recibió esta tierra, y el rocío de la sangre cruel de Medusa fue de tanta fuerza, que —recocido por el calor de la región— produjo infinitas y venenosas serpientes.

Hermosísima explicación mítica del mundo, y más si se completa con otro aspecto, esta vez recogido de las *Metamorfosis* de Ovidio por ese genial italiano que es Italo Calvino en sus *Se proposte per il prossimo milenio*. Perseo, tras haber matado *a colpi di spada un monstro marino, ha liberato Andromeda*. Y el héroe, tras el combate, *va a lavarsi le mani*; y debe dejar la cabeza de la Medusa en un lugar. Calvino glosa los versos de Ovidio (IV, 740-752) en clave genial, *quanta delicatezza d'animo sia necessaria per essere un Perseo, vincitore di mostri*: prepara el terreno *con uno strato di foglie*, sobre el que extiende *ramoscelli nati sott'acqua* y allí *depone la testa di Medusa*, monstruosa y tremenda, pero *deteriorabile, fragile*. Y surge el milagro:

> I ramocelli marini a contatto con la Medusa si transformano in coralli, e le ninfe per adornarsi di coralli accorrono e avvicinano ramoscelli e alghe alla terribile testa.

Si la sangre ponzoñosa de la Gorgona engendra las serpientes y el horror del ardiente desierto, a su contacto en el mar surgen esas formaciones coralinas que, en la costa berberisca, con Tabarca como lugar emblemático, lugareños, genoveses y marselleses tan bien conocieron y explotaron. Admirables relatos míticos de una realidad hermosísima y terrible. Y esa *Leggerezza* glosada por Calvino como primera propuesta para el próximo milenio.

Pero la visión inquietante de esa Berbería va mucho más allá, hasta el hondón de su esencia misma, la realidad geográfica y climática, hasta la fijación de la «llamada Naturaleza de tal o cual país», que dijera García Cárcel. Sosa es, una vez más, el más explícito:

> De la constelación, naturaleza y propiedad tan mala del aire y tierra de África todas las regiones y partes della fueron siempre, y son hoy día, muy abundantes de monstruos y fieros animales. En tal manera que por proverbio muy común se dice siempre: «África produce algún monstruo». La misma propiedad del cielo de toda esta parte del mundo, y la naturaleza y propiedad della, fue siempre de tal suerte que parece no tener otra virtud ni ser para más que para producir espantosos monstruos, fieros animales, pestilentes serpientes y mortíferos venenos. Y, por tanto, ser un aire y suelo tan nocivo y tan malo, de la misma Naturaleza condenado —como decía Lucano—, y que la misma Naturaleza quería que estuviesen los hombres ausentes y muy apartados de tal tierra.

Inmejorable verbalización de aquella «opinión» de época, pronto utilizada para una «propaganda».

El paso al argumento «antropológico» surge de manera natural. Por supuesto, en el mismo Sosa:

> Hasta los hombres nacidos en esta tierra y debajo (de) sus constelaciones participan de su calidad y propiedades naturales. Porque siempre fueron gente monstruosa, mal proporcionadas, bárbaros, rudos, incultos, agrestes, ferinos, inhumanos. Y siendo las otras dos partes del mundo, Asia y Europa, pobladas casi todas de gentes, ciudades y pueblos que viven en toda buen orden, gobierno y policía, sola África, al contrario, por la mayor parte siempre tuvo habitadores que en su vida no fueron ni son menos que animales, bestiales y sin razón.

La tradición antigua de una África misteriosa y llena de peligros, sobre todo en la Berbería de la amenazadora Cartago, vencida y destruida por Roma, tradición colmada de fabulaciones míticas, había atravesado la Edad Media, teñida ya con tonos de enfrentamiento islamo-cristiano, y llegaba vivificada por el Humanismo al siglo XVI. Es curioso y significativo que Antonio de Sosa hable aún de las tres partes del mundo, sin incluir América, cuando es obvio que la conoce como una parte del mundo nueva diferente de Asia; es lo que Joseph Pérez

y Bartolomé Bennassar han observado, a propósito del mismo fenómeno captado en un famoso discurso de Andrés Laguna en Colonia en 1543, como una «limitación» del pensamiento humanista, de alguna manera inconsciente, como una «estructura mental», al preferir la cita clásica a la experiencia, traba al surgir de una mentalidad científica «moderna». Porque en Sosa, como en el hombre del siglo XVI —y en una gran medida también del XVII— queda mucho de «medieval» y es en ese contexto comprensible para un hombre de hoy un juicio apasionado, tan literario, como el de Sosa. Mármol Carvajal, aunque con menor virulencia que Sosa —su origen morisco debió de hacer que comprendiera mejor el mundo berberisco, por otra parte—, también se hace eco de estas tradiciones:

> Otros dicen que cuando los romanos conquistaron la África llamaron a esta parte de la tierra Berbería porque hallaron la gente de ella tan bestial que aun en la palabra no formaban más acento que animales.

También Mármol elaborará su *Bestiario* africano, exótico y fantástico, que habría hecho las delicias de Borges, por ejemplo, sin duda con innumerables deudas a tradiciones más antiguas y, como se sabe del resto de su obra, siguiendo de cerca a León *el Africano*.

Este tipo de análisis estaba perfectamente integrado en el discurrir del momento. Jean Bodin tiene un capítulo completo sobre «Procedimientos para adaptar la forma de la república a la diversidad de los hombres y el modo de conocer el natural de los pueblos». Y en él —algo que en el XVIII ensayó con mayor éxito Montesquieu— divaga sobre cómo adaptar las leyes a la Naturaleza de «lugar, tiempo y persona». Habla de pueblos del norte, centrales y del sur, e intenta relacionarlo todo con la teoría de Galeno sobre «los temperamentos» —flemático, sanguíneo, colérico y melancólico—, de manera que los norteños serían «flemáticos y los meridionales melancólicos», los primeros más sanguíneos y los del sur más coléricos, etc. Con este bagaje teórico determinista, movedizo y globalizador —aunque precise que no hay temperamentos puros sino tantos como «mezclas» de los cuatro humores—, intentaba dar firmeza a sus reflexiones:

> Los pueblos nórdicos se valen de la fuerza para todo, como los leones. Los pueblos centrales de las leyes y de la razón. Los pueblos del

mediodía se valen de engaños y de astucias, como los zorros, o bien de la religión. No debe asombrarnos que los pueblos meridionales sean mejor gobernados mediante la religión que mediante la fuerza o la razón... cuanto más se desciende hacia el mediodía, los hombres son más devotos, más firmes y constantes en su religión, como en España y aún más en África.

Desde la perspectiva francesa de Jean Bodin, la misma España entra en ese mundo meridional tan inquietante, también sospechoso de irracionalidad y barbarie.

Su análisis se detiene en las dos cuestiones que habrán de ser de particular importancia en la «leyenda negra» sobre Berbería —y sobre España también para otros europeos—, la crueldad y la lujuria.

Los antiguos atribuyeron a los pueblos nórdicos crueldad y barbarie... El pueblo meridional es cruel y vengativo por su natural melancólico... Se trata, pues, de dos crueldades diferentes; la de los pueblos septentrionales consiste en un ímpetu brutal, propio de animales; los meridionales son como zorros que aplican todo su ingenio a satisfacer su venganza.

Si la guerra narrada por Polibio entre «espandianos y cartagineses» era «pérfida y cruel», «parece cosa de juego si se compara a las carnicerías descritas por León *el Africano*»; y tras narrar otros actos de crueldad de Indias, Persia o Egipto, concluye que «los pueblos de las regiones centrales no podrían ver ni oír tales crueldades sin horrorizarse». Cuando fue precisa una operación de «propaganda» sobre la «crueldad berberisca» —como sucedió en Europa con la «crueldad española»—, esa operación tuvo preparadas de antemano sus bases teóricas.

Y junto a la crueldad, la lujuria.

Otra diferencia notable entre el pueblo meridional y el septentrional es que éste es más casto y púdico y el meridional más lujurioso, lo que se debe a la melancolía espumosa. Por ello, los monstruos proceden ordinariamente de África, a la que Ptolomeo coloca bajo Escorpión y Venus, añadiendo que toda África adoraba a Venus... También sabemos que los reyes de África y Persia tenían siempre harenes de mujeres, hecho que no se puede imputar a costumbres depravadas... A escitas y alemanes les basta y les sobra con una sola mujer y César, en sus *Comentarios*, dice que los ingleses en su tiempo com-

> partían una mujer entre diez o doce. Muchos septentrionales, conocedores de su impotencia, se castraban cortándose las venas paróticas debajo de las orejas, como dice Hipócrates, quien atribuye la causa de la impotencia a la frialdad del vientre y a montar mucho a caballo... Por eso los pueblos nórdicos son tan poco celosos que, según Altomer de Alemania e Irenicus, que escriben elogios de su país, hombres y mujeres se bañan juntos... Por el contrario, los meridionales son tan apasionados que, a veces, mueren de celos... De lo dicho puede deducirse que el pueblo meridional está sujeto, en cuanto al cuerpo, a las mayores enfermedades y, en cuanto al espíritu, a los mayores vicios...

Esta elaboración teórica de Bodino, de alguna manera global, y a la que, para evitar la tentación de erudición vacía, me he ceñido, resume muy bien el marco en el que se va a encuadrar una «leyenda negra» sobre Berbería. Si García Cárcel, al desmenuzar con primor el fenómeno de la «leyenda negra», resume como una conclusión que «la opinión sobre España fue condicionada básicamente por las relaciones conflictivas con los países europeos», las relaciones conflictivas con Berbería —de España, pero también de otros países mediterráneos y europeos en general— dieron pie a divulgar una visión muy negativa de aquella región y de sus gentes, en la que se echa mano a todos estos razonamientos convertidos en «tópicos». Y no hubiera sido nada grave, sino un capítulo más de esa *Historia y opinión* a la que alude el mismo García Cárcel, si no hubiera perdurado hasta tiempos muy recientes y, más aún, con ella se hubiera intentado justificar, como en otros muchos casos en el mundo, una magna operación «colonial», presentada como «civilizadora». O un programa político «racista», cualquiera que sea su corte o pelaje, europeo o extra-europeo. En fin, algo demasiado conocido y en lo que no merece la pena ahondar.

Pero creo que sí merece la pena desbrozar algunas claves de esa posible «leyenda negra» europea sobre Berbería. Sobre todo por tener en los medios clericales y políticos españoles, precisamente, uno de sus difusores más activos.

Claves de una posible «leyenda negra» europea sobre Berbería

Para el estudio de la Argelia moderna —sobre todo para el siglo XVI, y en gran medida para los siglos XVII y XVIII—, más de la mitad

de las fuentes manuscritas y una gran cantidad de las fuentes impresas proceden de España, se conservan en sus archivos históricos y bibliotecas, fueron generadas por aquella Administración que intentaba coordinar los amplísimos territorios de la Monarquía Católica; con un momento álgido, que es el reinado de Felipe II, en concreto los años setenta del siglo XVI, cuando el testigo excepcional que fue Cervantes —y su amigo Sosa— se pasó un quinquenio en el corazón de Berbería, en Argel. Es un período bastante bien conocido, precisamente por esa abundante documentación; en el que toda esa información que se conoce se va a poner al servicio de una política «imperial» y va a ser utilizada para una «propaganda». Es el mismo fenómeno que le estaba sucediendo a España con Inglaterra, Países Bajos o Francia, en la Europa —«la ofensiva panfletaria intensa empieza en 1567», precisa García Cárcel— que reaccionaba contra la hegemonía de aquél, para algunos «rey prudente», para otros «demonio» del mediodía y tirano «embrujado» por los inquisidores.

Los tres trabajos más destacados para Berbería de la historiografía española del siglo XVI son el de Antonio de Sosa, publicado por Diego de Haedo en 1612, el de Luis del Mármol Carvajal, aparecido tras Lepanto, en 1572, y a quien Mercedes García Arenal considera «intervencionista» en el Magreb, y el de Diego de Torres, importante para Marruecos, publicado por su viuda Isabel Quixada en 1586, y a quien Julio Caro Baroja define también como «intervencionista» en el prólogo a la edición de García Arenal. La valía de estos trabajos es innegable, lo mismo que su «compromiso» con la política imperial, de alguna manera justificable para un historiador actual por aparecer en el marco del enfrentamiento islamo-cristiano muy agudizado en ese momento.

Mármol es explícito en el prólogo a su obra magna:

> Declinando... el poder de los Alárabes en Asia, los que habían entrado en África, y en España en tiempo del rey don Rodrigo, juntándose con los Africanos que ya eran de su opinión, siempre procuraron la destrucción de Europa.

La consideración del berberisco como «enemigo» es clara.

> Siendo, pues, tan notorio el daño que por tener cerca a estos pueblos Africanos, nuestros vecinos y crueles enemigos, ha venido a estos

> reinos, y estando como están aquellas provincias consagradas con sangre de tantos mártires, no habemos visto quién hasta hoy haya hecho en España historia particular por la cual se pueda tener enteramente noticia dellas, ni de sus poblaciones; como quiera que es cosa muy necesaria tenerlas conoscidas para la contratación de la paz, si la hubiere, y para que la guerra, cuando sea menester, se haga con la ventaja que suele dar el tener sabida y reconoscida la tierra del enemigo.

Rotundo: es necesario conocer «la tierra del enemigo» y su historia para contratar la paz o para hacer la guerra con «ventaja». Geografía e historia al servicio de una política exterior. Pero va más adelante en dicho prólogo. Justifica la descripción de los cuatro reinos de Berbería, a saber, Marruecos (Marraquech), Fez, Tremecén y Túnez, porque vienen a propósito de su pretensión,

> que es incitar los ánimos de los Católicos, a que tomen las armas contra estos enemigos nuestros, encarnecedores del nombre Cristiano, que a todas horas los tenemos presentes procurando cómo destruirlos, lo cual se podrá hacer con menor dificultad que la conquista de la Tierra Santa teniéndolos conoscidos y sabidas las fuerzas que tienen, y estando tan a la mano que ellos propios nos buscan, hinchados con arrogancia, holgándose con nuestro mal y codiciando nuestras riquezas.

El autor Mármol, aquí, ya se ha olvidado de la paz, quiere incitar a tomar las armas y entronca con ese ideal de cruzada, que Bataillon glosa espléndidamente, revitalizado por Cisneros. Más aún, el «codiciando nuestras riquezas» introduce también ese trasfondo económico del expansionismo «colonial», de alguna manera. Al final, dirigiéndose al «prudente lector», pide comprensión ante sus posibles yerros, «en pago de la voluntad con que la hemos hecho, por el bien universal destos reinos de España y generalmente de toda la cristiandad». Su compromiso con la cultura occidental cristiana en plena expansión está ahí. El autor se hubiera sentido halagado, sin duda, si hubiera conocido el uso que en el siglo XVIII el ingeniero Ricaud hizo de su estudio para proyectar una invasión de Argel, así como del uso que hicieron los franceses en 1830 de la documentación española y de la expedición de Carlos V de 1541. Aunque no disminuya la valía de su trabajo por ello, incluso para un historiador argelino de hoy.

Con Diego de Torres sucede lo mismo. García Arenal precisa que la obra iba dirigida al rey portugués Sebastián para animarle a la conquista africana y «proporcionarle toda información que pudiera serle útil en dicha empresa». Muertos el autor y el rey portugués, su viuda lo publicará al parecerle «servicio muy a propósito» para la grandeza de Felipe II, con deseo de informarle sobre el Magreb, su riqueza y fertilidad, así como «la orden que se podría tener en conquistarlos»; incluía también información sobre usos de guerra, defensas y gente de guerra, información militar, pues, que el mismo Torres valora especialmente al final de su trabajo y advierte al lector que ya se lo ha comunicado por memorial particular al rey, «según lo que entiendo de aquellas tierras para se conquistar».

En el título de la *Topographia e Historia general de Argel* de Antonio de Sosa, publicada con su nombre y el de su difunto tío homónimo arzobispo y capitán general de Sicilia por el abad de Frómista Diego de Haedo —toda una «ficción» interesante ya en este importante texto, desvelada por George Camamis— en el mismo título original se habla ya de «muertes espantosas» y «tormentos exquisitos» que conviene que conozca la cristiandad; es un claro alegato propagandístico antiberberisco, mucho más refinado incluso que los anteriores títulos, y en el que en algún momento mismo del texto también mostrará el sentido de sus informaciones; así, al describir todos los elementos defensivos de la ciudad, dirá que el castillo mandado construir por Euchali «puede, con mucha facilidad, ser batido, y sin recibir daño alguno los enemigos». También explicita el autor sus intenciones al escribir tan amplia obra, que son «mostrar que este infelice cautiverio en que (viven) los cautivos de Argel y Bebería es el más cruel... y el más inhumano y desdichado que en el mundo ha habido». En la obra de Sosa, a pesar del caudal de información impresionante sobre la sociedad berberisca y sobre su historia misma, que la convierten en fuente imprescindible para la época y de gran fiabilidad, la pasión y la «propaganda» afloran de continuo, así como todos los elementos de una «leyenda negra» sobre Berbería amplificados con todos sus recursos literarios o de estilo; en lo moral —sexo y violencia, sobre todo— y en lo doctrinal —infieles y «renegados»—, Berbería es sólo comparable al infierno o al purgatorio para el cautivo cristiano y su diálogo sobre los mártires de Argel, en la línea de la literatura contrarreformista de

martirologios exóticos, es una obra maestra de propaganda de una ortodoxia.

La influencia de Sosa en toda la historiografía europea posterior —el padre Dan o Lauger de Tassy, entre los franceses, o Morgan entre los ingleses— fue grande, así como entre los franceses de la época colonial, con frecuencia militares. La exaltación del pasado romano de la región, por ejemplo, daría lugar en los sectores musulmanes a un tardío reconocimiento de ese pasado paralelo a una exaltación de sus raíces islamo-árabes, con matices en los sectores cabiles o bereberes ya comentados. Hasta la visión más aséptica y ecuánime de Braudel, verdadero punto de partida como estudio global del Mediterráneo y no sólo para el caso berberisco, de Salvatore Bono o de Manca en Italia y de Fisher en Inglaterra.

En el caso de España, todavía en los años cuarenta del siglo XX surgían obras, como la de Areilza y Castiella sobre reivindicaciones españolas, nostálgicas del «imperio» perdido; García Figueras, cuyo legado testamentario está en la base del fondo «África» de la Biblioteca Nacional de Madrid, uno de los más ricos del mundo, todavía escribe sus trabajos sobre la antigua Berbería pensando en «recuperar su perdida grandeza» para España. Lo mismo Miranda Díaz cuando escribe: «He tratado de justificar los derechos de España en el continente africano, sin olvidar, no obstante, el deber de ser verídico o al menos sincero. La importancia de esta tarea es grande». Fruto de una época, sin duda, pero demasiado reciente aún, por desgracia.

Opinión y propaganda, prestigio del otro y desarraigo

Está claro que hubo una opinión negativa sobre Berbería, acrecentada en el período moderno por una «propaganda», en la que jugó un papel importante el eclesiástico —los «papaces» les llamaban en Argel, y los consideraban la causa de todos los males de los moriscos españoles, por ejemplo—, y que esa opinión negativa se refleja en la mayoría de los textos europeos modernos y contemporáneos sobre la Berbería central argelina. Es algo similar a lo que resalta Jean Delumeau sobre

la responsabilidad del clero en la «satanización» de la «amenaza musulmana» en Europa.

Esa mala opinión se manifestaba, sobre todo, en resaltar los aspectos negativos de aquella región y sus gentes. Es arquetípico el informe de Salvago para el dux de Venecia, en los años veinte del siglo XVII, citado por Salvatore Bono:

> Quanti Turchi fiano per la Turchia malfettori, violatori, homicidi, assassini, truffatori, falliti, falsarii, vagabondi e raminghi, tutti al fine callano in Barbaria come feccia al fondo, et è perció la Barbaria una sentina et cloaca dell'imperio Ottomano.

Pero es demasiado similar a lo que, sobre la colonización española en América, se puede considerar generalización abusiva de la «leyenda negra» al hacer de todo colonizador un desarrapado extremeño porquerizo y facineroso.

En la obsesión propagandística por la «crueldad» berberisca, con ese resaltar los aspectos más sádicos de los tormentos de los cautivos en Berbería, difundido hasta en los pliegos sueltos de gran impacto popular en España, o la obsesión por la sexualidad viciosa, hasta el extremo de convertir a Dragut y a Hasán Veneciano en bardajes de Barbarroja y de Euchali, respectivamente, en su ascenso al poder turco-berberisco, también hay un paralelismo con lo que les sucedía a los españoles en Italia —«rapacidad, codicia, lascivia, crueldad y orgullo de los españoles» de Guicciardini, por ejemplo, citado por Arnoldson, en Alemania «porque las infamias que cometen / las sabe enseguida todo el pueblo alemán: / fornicación y pederastia»—, en Países Bajos, Francia o Inglaterra. La colaboración entre Richard Hakluyt y el grabador, impresor y librero Teodoro de Bry, residente en Hamburgo, que dio lugar a la edición de la obra de Las Casas ilustrada con 17 grabados sobre suplicios y matanzas de indios, obra maestra de aquella «guerra de papel» que dijera Phillip W. Powell, va mucho más allá que la propaganda antiberberisca española, cuyo más apasionado expositor fuera Antonio de Sosa.

Demasiados paralelismos entre el pasado español y el berberisco en este sentido. En el siglo XVIII, de alguna manera, la España de los Borbones y la Regencia de Argel llegaron a pactar y a comerciar como dos Estados más del Mediterráneo. El conde de Floridablanca, en lo que

Rumeu de Armas considera su «testamento político», al referirse a la Argel de Mohamed beni Otman dice que

> en esta parte de cumplir exactamente lo que se trata con la Regencia hemos experimentado de parte de ella tanta o más buena fe que en algunas potencias europeas.

Pero Argelia entró en los tiempos contemporáneos como «colonia» de un Estado europeo, Francia, y las sucesivas revoluciones económicas, sociales y culturales que siguieron la alcanzaron a remolque de Europa. Su prestigio del siglo XVIII, cuando estaba a punto de reciclar su «modo de producción corsaria» que dijera Manca, es sustituido por el prestigio del «otro», en el fondo de esa Europa que impone sus normas y usos a casi todo el mundo, con esa segunda expansión colonial que aún dura. Aunque en plena transformación.

Es preciso un esfuerzo especial para sobreponerse a esas viejas voces en las que primaba la «opinión» y una «propaganda». Y sólo será posible escuchando la voz más interesada en ello, la voz de «allende», del otro lado, la del «argelino». Muy bien se puede comenzar, además, por las voces más sinceras y profundas, la de la poesía —o los poetas—, una de las más sintéticas y sinceras de las voces humanas. En los años inmediatos a la independencia argelina de 1962, años de ilusión y de euforia transformadora, una mujer extraordinaria de origen europeo, pero nacida en Batna y activa luchadora en la «guerra de liberación» argelina, Anna Greki (1931-1966), escribía un poema que dedicaba a «todas sus hermanas»; terminaba así:

> Os aprieto contra mi pecho hermanas mías
> constructoras de libertad y de ternura
> y os digo hasta mañana porque nosotros lo sabemos:
> El porvenir es para pronto *—l'avenir est pour bientôt—*
> El porvenir es para mañana *—l'avenir est pour demain—*.

Otro gran poeta de Constantina, Malek Haddad (1927-1978), alto cuadro del Ministerio de Información y de Cultura de la Argelia ya independizada, expresaba al mismo tiempo su desazón por no saber escribir nada más que en francés, en uno de los poemas más hermosos y dramáticos sobre el desgarrón que puede suponer el bilingüismo, *Oh mon Dieu cette nuit tant de nuit dans mes yeux*:

Oh Dios mío esta noche tanta noche en mis ojos
Mamá se dice *Ya Ma* y yo digo *ma mère*.
Perdí mi albornoz mi fusil mi bolígrafo
y llevo un nombre más falso que mis maneras.
Oh Dios mío esta noche para qué silbar
miedo tienes miedo miedo tienes miedo miedo tienes miedo
porque un hombre te sigue como un espejo atroz
tus compañeros a la escuela y en las calles los regueros
mas puesto que os digo que soy francés
mirad mis vestidos mi acento mi casa
yo que hago de una raza una profesión
y que digo tunecino para hablar de un mercader
yo que sé que el judío es un soldado malo
¿Indígena? ¡Pues vamos! Mi hermana no lleva velo
en el instituto tengo todos los premios de francés
de francés de francés de francés... en francés.
Oh Dios mío esta noche tanta noche en mis ojos.

Otro gran poeta, recién desaparecido, nacido en Argel en 1920 y militante del partido comunista argelino en el momento de la guerra de Argelia, Bashir Hadj-Ali, también expresaba de manera dramática aquel tránsito a una nueva etapa histórica; su poema *Serment*, también escrito en francés, era una larga enumeración iniciada por el *Je jure...*, de la que recojo el inicio y el final:

Juro por la enajenación de mi hija atada
que grita al paso de los aviones.
Juro por la paciencia de mi madre
a la espera de su niño perdido en el éxodo...
...
Juro por la amistad vivida los amores diferidos.
Juro por el odio y la fe que mantienen la llama
que no tenemos odio al pueblo francés.

Argelia, entre el desierto y el mar. Un plan de Francia para conceder la independencia a la zona norte y continuar con su control sobre el Gran Sahara, de recursos muy prometedores y hoy pulmón económico de alguna manera del país, no llegó a cuajar. Sus fronteras actuales corresponden casi exactamente a las perfiladas en el siglo XVI por aquella saga de los Barbarroja, tan fecunda, más las ampliadas por el

sur en el período colonial francés; la aceptación de las fronteras heredadas de la era colonial es un principio aceptado que evitó no pocos conflictos, y hoy pueden considerarse asentadas. Un país inmenso y de una belleza sobrecogedora en ocasiones. Argelia, Al Yesaer, Las Islas.

Final cervantino

Es posible que todo historiador, viajero y descriptor para los suyos de un mundo ajeno sea un «espía» de los suyos; al servicio, sin pretenderlo siquiera, de los suyos, de aquellos de los suyos que pudieran utilizar esa información. Toda investigación y toda exposición clarificadora, desveladora de lo oculto, puede convertirse en un «arma» para los «poderosos», puede ser utilizada como tal, al menos, en momentos en los que quisieran intentar una acción, sea ésta agresiva o pacificadora, cualquier acción en —o contra— ese mundo ajeno que el historiador, viajero o descriptor ha contribuido a hacer más comprensible para los otros.

En el caso concreto del Magreb, de Berbería, las fuentes españolas, como vimos, son bastante claras al respecto. También hay en el Archivo de Simancas un interesantísimo fondo de papeles de aquellos que llevan «los negocios secretos de Su Magestad Católica», como dicen en el momento, con interesantísimas informaciones sobre el mundo otomano y sobre Berbería en particular. Cervantes mismo participó en esa red de informadores durante un viaje relámpago de un mes a Orán, a buscar papeles del «alcaide de Mostagán», en un momento dramático en el que Euchali venía con medio centenar de barcos hacia Argel y no se sabía si iba a respetar las treguas recién firmadas con los turcos por el caballero milanés Giovanni Margliani.

Pero Cervantes, que acababa de salir del cautiverio argelino de cinco años, era también un sospechoso para los altos cuadros de la monarquía; el marqués de Mondéjar, virrey de Nápoles, lo había dicho claramente poco antes, refiriéndose al veneciano Aurelio Santa Croce, jefe de los agentes secretos españoles en Estambul: «De los que han estado tanto tiempo en tierras de infieles, por maravilla hay ninguno que sea cristiano». Era sospechoso, aunque él no lo supiera, conocía aquella «otra» realidad tan vilipendiada en el norte. Y supo escribirla, y bien. Sorteando la «propaganda» elemental —que usó también— con otros

mensajes más matizados. Como aquella despedida entre el caballero moro Alí y un soldado español, cerca de Orán: «Tu Mahoma, Alí, te guarde», «Tu Cristo vaya contigo». Es en la obra de teatro *El gallardo español*, y suena bien raro esta fórmula caballeresca tan tolerante en aquel ambiente de época de enfrentamiento total.

Tal vez Argel, para Cervantes, fue una casa grande-prisión durante un quinquenio, similar a su casa grande-prisión patria —que lo fue hasta su muerte, 35 años después de su regreso, o sea, siete veces más—, que nunca, aunque lo intentó —América, Nápoles de nuevo con Lemos—, logró abandonar. Los lazos de amor prisiones son, a veces, o tal vez, las prisiones engendran lazos de amor, por mecanismos en la línea de eso que llaman «síndrome de Estocolmo». Tal vez. Aunque a la larga se aprecie, porque existe, cierto desencanto, melancolía honda, desalentada o ilusionada ironía, amargura, tal vez rencor. Y en lo alto de la «gran fábrica» de la escena vital cervantina, la añorada «libertad de Italia». Quién puede saberlo. O el «espaciosísimo y ancho» mar, tan mayor que las lagunas de Ruidera, a cuya orilla el caballero loco don Quijote fue vencido por un caballero de la Blanca Luna, un disfrazado agente de su aldea, y obligado a volver a morir a casa.

¿Por qué volvió Cervantes de Argel? Con esta pregunta que se hacía Daniel Eisenberg y que se esforzaba por responder y responderse de manera bastante convincente, pudieron comenzar a desvelar su secreto hombres como Oliver Asín o George Camamis; y pocos más, aunque Juan Goytisolo podría tener claves meditadas que yo no he visto explicitadas aún y que podrían ser muy interesantes. Habría que preguntarles, de alguna manera, a españoles, italianos, argelinos y berberiscos en general que le hubieran conocido, siquiera superficialmente, para tener una mínima certeza sobre ello; sobre su vuelta a la amada «patria», con los de su «nación». Aunque difícil, es posible hacer esa pregunta, tanto a Cervantes mismo como a algunos de sus coetáneos. Tal vez en ello estemos.

Lo que sí está claro es que Cervantes contó muchísimo más de Berbería de lo que cualquiera de sus contemporáneos, incluido el mismo Antonio de Sosa, que ya es decir; y que lo contó, «espía» peculiar, en libros y en la escena, o sea, para todos, también para los berberiscos, para cuando pudieran acceder a ello. Sus personajes son de una gran vitalidad, tanto Ana Félix, la morisca cristiana, como su padre Ricote,

el descreído, como esos «renegados», de la raza del «pícaro» algunos de ellos y amantes de la libertad. A uno se le ocurre que hay que seguir «espiando» de esa manera y contando a todos lo espiado, hay que seguir desvelando lo que unos desconocen de los otros e insertándolo en ese gran panorama común que puede suponer la narración de la historia del hombre sobre la tierra. En caso contrario, el relato histórico constituiría siempre un peligro para todos, sobre todo para los menos «poderosos», y seguirían los tiempos desdichados.

Por ello, intuyo que los «espías», y más los espías dobles o los múltiples, los que dan una mayor difusión y más multiuso a sus observaciones, se pueden contar entre los hombres que más han contribuido al mutuo entendimiento, a realizar ese «sueño de la unidad», divino sueño común a las religiones clásicas del Mediterráneo y que el arabista Asín Palacios, con sus estudios sobre el origen común de la mística musulmana y cristiana, de sufíes y carmelitanos, de Ibn Arabi de Murcia y Juan de la Cruz, tanto contribuyó a perfilar.

Turistas, periodistas, vaivén de técnicos, aperturas múltiples. Única salida, tal vez, para esa «nueva relación» que suponga una verdadera revolución cultural.

I

EL GRAN SAHARA

HOGGAR Y TASSILI, TESTIGOS DEL ANTIGUO SAHARA FÉRTIL. SOBRE EL NACIMIENTO DE LA «RAZA» NEGRA

El Gran Sahara. Más de las tres cuartas partes del país, y aún se extiende más allá de esas fronteras rectilíneas, trazadas hace menos de medio siglo y dificilísimas de pasear si no es sobre un mapa con un puntero, aún se extiende y desborda fronteras y sigue creciendo, dicen, miles de hectáreas al año. La sequía del Sahel, causa de desnutrición y muerte que con periodicidad los medios informativos convierten en impresionantes informes gráficos que zarandean, de vez en cuando, a las gentes alegres y confiadas del norte rico y «culto».

El Sahara guarda uno de los grandes secretos de Argelia; de África, mejor. Uno de los misterios de la humanidad: el del nacimiento de la «raza» negra. Pierre Bertaux así lo creía ya, antes de que los genetistas ahondaran en el misterio. Hace unos 10.000 años, el actual Gran Sahara era fértil;

> decenas de miles de testimonios multiformes sobre la vida humana en gran número de estaciones o aldeas prehistóricas a cientos de kilómetros de puntos de agua actuales

lo confirman, en palabras de Joseph Ki-Zerbo. El lago Tchad no sería más que los restos de un antiguo mar; el desierto de Teneré actual, todo él era fondo de un gran lago desecado; cipreses muy viejos del Tassili argelino permiten calcular épocas pasadas más lluviosas; y los instrumentos de pesca hallados, y los animales —peces, cocodrilos, hipo-

pótamos— cuya vida precisa abundante agua y ríos. Un verdadero paraíso, un jardín, en el que la fauna de la sabana actual africana permitía caza abundante. Elefantes, jirafas, avestruces. Los leones de Orán a los que reta don Quijote en La Mancha, bien pudieran ser los últimos descendientes de los que se quedaron siglos y siglos aislados en el norte de los de su especie, el gran desierto durante decenas de siglos de por medio; y los monos de las gargantas de Jerrata, en la Argelia del norte, tal vez también.

Bertaux aventura otra hipótesis sugestiva: «No es improbable que la agricultura se haya inventado en el Sahara». El sorgo, clave en la agricultura africana, se da aún como planta silvestre en el desierto; en el Hoggar argelino también hay, asilvestrado, el trigo duro, clave en la agricultura egipcia, y piedras de moler cereales se encuentran entre los restos arqueológicos. Ki-Zerbo llega a afirmar que es posible reconstruir una geografía del Sahara prehistórico, al menos parcial, gracias a semillas y restos fosilizados. Gran misterio para desvelar. Apasionante.

Y es en ese medio excepcional, en un Sahara verde de abundantes aguas y un Hoggar cubierto de bosques, donde podría haberse dado el milagro. Es Bertaux quien sugiere la hipótesis:

> Seguramente tres tipos humanos habitaban entonces el Sahara: protobereberes de tipo mediterráneo, camitas o etíopes de origen africano oriental, negroides o negritos antepasados de los pigmeos, hotentotes y bosquimanos de hoy. Entonces es cuando —¿a causa de alguna mutación?— pudieron aparecer las razas propiamente negras, en condiciones de existencia ciertamente particulares; quizás entre los pueblos pescadores que vivían junto a los lagos del Sahara entre cielo y agua, y bajo el efecto de una doble insolación, directa y reflejada.

Hermosísima hipótesis, una vez más, y que, aunque no haga alusión a ella, el historiador de Mali, y por tanto saharaui o sahariano de nacimiento, Joseph Ki-Zerbo, parece asumir cuando afirma que los negros tienen en África «su tierra natal, a partir del Sahara» y que, más aún, África es «cuna del hombre y de su conciencia». Lo expresa así al hacer un recorrido por el complejo mundo de los hallazgos arqueológicos de restos de homínidos, tantos de ellos en África. En concreto, con las características negroide-mediterráneas de los capsienses magrebíes, como el hombre de Meshta el-Arbi, en el norte de Argelia; apunta la idea de que, tras la retirada de los últimos glaciares en Europa —que

tal vez se correspondieran en el Sahara con períodos de pluviosidad mayor—, de África y Oriente acudirían nuevos pobladores: el hombre de Grimaldi, cerca de Mónaco, el más antiguo esqueleto de *Homo sapiens* hallado en la región, puede afirmarse que también es negroide y a su lado se hallaron cauris.

Hoy la palabra la tienen los biólogos, en concreto los genetistas. Una ciencia reciente que, de momento —y eso llenará de satisfacción a Ki-Zerbo, por lo menos—, puede afirmar que las «razas» no existen. Un reciente artículo de divulgación de Corinne Bensimon sobre el programa de investigación *Human Genome Diversity*, es contundente;

> la biología moderna ha pulverizado los fundamentos científicos de (las) teorías raciales. Y más concretamente lo ha hecho el descubrimiento de los grupos sanguíneos (A, B, O). Al multiplicarse los bancos sanguíneos en todo el mundo, se ha comprobado que todos los grupos sanguíneos aparecen en todas las latitudes, con independencia del grosor de los labios y el tamaño de la nariz... La ilustración típica de la «paradoja del ABO» es que una mujer bretona de mejillas sonrosadas puede matar a su hijo al darle su sangre, mientras que un sudanés negro como el ébano podría salvarlo, si se diera el caso. ¿Dónde se halla entonces, la *verdadera* diferencia biológica?

Una primera hipótesis sería que las «pequeñas diferencias» entre los hombres serían el producto «de la adaptación a entornos hostiles» y «la negritud de la piel es producto afortunado de un accidente seleccionado por la evolución». Accidente que, según Bertaux, bien podría haberse dado en ese Sahara fértil de hace algunos milenios. En fin. Luca Cavalli-Sforza, de la Universidad de Stanford, Mary-Clair King, de la Universidad de California en Berkeley, André Langaney, director del laboratorio de antropología del Museum d'Histoire Naturelle, siguen trabajando hoy en ese programa apasionante de identificar esas «diferencias». Este último afirma rotundo: «Pertenecemos todos a la misma especie, somos todos descendientes de un pequeño grupo de *Homo sapiens* que vivió en algún lugar situado entre el África oriental y Oriente Medio». Y, tal vez —uno de los múltiples secretos saharianos o saharauis—, muy probablemente, con esa etapa intermedia cuyo secreto guarda el Gran Sahara, secreto cada vez menos hermético, más legible.

Porque en el Sahara, en el Tibesti y en Fezzan, pero sobre todo en el Hoggar y en el Tassili argelinos, esos antepasados nuestros comu-

nes han dejado uno de los mensajes «escritos» —dibujados, tallados, trabajados con sus manos— más abrumadoramente amplios de la humanidad. Las pinturas allí conservadas pueden tener hasta 8.000 años de antigüedad; escalonadas en siglos y milenios sucesivos: las más antiguas de los cazadores, las de los pastores de bóvidos, de hacia el año 3500 antes de Cristo, la aparición de caballos en torno al 1200 a.C., las de los camellos, en torno a la era cristiana. Pinturas en las que, como resalta Ki-Zerbo, no hay escenas de guerra.

De esas pinturas y grabados rupestres, las más norteñas hacen más alusión a la caza, las más antiguas, y a la ganadería más tarde, mientras que las más meridionales se relacionan más con grupos humanos agricultores; en las más antiguas las figuras son también más negroides y más mezcladas en cuanto a rasgos raciales las más modernas; al mismo tiempo, las figuras representadas más antiguas son de una gran estilización, con ese movimiento que también caracteriza a las pinturas prehistóricas del levante español, y las más modernas alcanzan mayor naturalismo y manifiestan en ocasiones un espíritu de observación admirable. Algunas figuras y grupos, realizados con gran sensibilidad artística, pueden ser envidiadas por artistas contemporáneos avanzados y originales, y su influencia —recuerdo grabados o pinturas de Hadda, Martines, Sherfawi o la misma Baya, en este momento— en la pintura argelina actual es bien perceptible. Tal vez una de las más comentadas de esas figuras sea la *Dama Blanca* del Tassili, precedida de hombres con máscaras animales, ella misma portadora de una máscara blanca con cuernos; algunos han querido ver influencias mediterráneas, cretenses e incluso griegas, lo que lamenta Ki-Zerbo al mismo tiempo que hace hincapié en su negritud y en el hecho de que, en ceremonias rituales o funerarias, aún hoy se adornan de pintura blanca muchas mujeres negras. Bertaux resalta en las pinturas rupestres los tiros con enganches con ruedas, lo que evocaría los transportes o caminos de carros que atravesarían el Sahara fértil de norte a sur o de sudoeste hacia el Níger. Ki-Zerbo, por su parte, conecta las mujeres con altas cimeras que siguen al ganado, en el Hoggar, con la polémica en torno a los orígenes de los *peules* o *fulas* y su paso por el Sahara en el período de los pastores de bóvidos.

Los colores de estas pinturas son, básicamente, los mismos de la pintura egipcia, el rojo, una gama de ocres, desde el castaño al amarillo de óxido de hierro, el blanco del caolín o de la gallinaza de ave, el ne-

gro de humo, de carbón vegetal, de huesos calcinados y molidos o de grasa quemada. El polvo molido en pilones de piedra se mezclaba con grasa animal o médula de hueso cocida y se extendía con plumas de ave, pajas, espátulas de madera, con los dedos de la mano o, incluso, soplada para lograr efectos de aerograf o pistola. Podría hablarse de una verdadera pintura *al óleo* y de uno de los más espectaculares museos que el hombre ha generado.

Porque el Tassili y el Hoggar argelino, el corazón habitado aún del Gran Sahara, es visitable en condiciones especiales, y siempre de la mano de los guías tuaregs, depositarios hoy del secreto de las rutas y la supervivencia en la región. Con un todoterreno —o en camello, aunque sería más lento—, con provisiones suficientes de comida y agua, y con un guía, sin el que no permitirían las autoridades a nadie adentrarse en la zona, es posible visitar una parte —siempre una parte, imposible totalizar— de tanta maravilla. Desde Argel o desde una gran ciudad de la costa del norte se puede programar la visita, o desde Djanet para el Tassili o Tamanrrasset para el Hoggar, se puede reservar plaza para esa nueva caravana moderna peculiar, turística y cultural, hacia esos verdaderos recintos «sagrados» milenarios. En uno de los paisajes más áridos de la tierra, las montañas del Hoggar, magníficas y esbeltas, y esa «línea horizontal del horizonte», sin fin, que te envuelve y te rodea, te vacía el alma o te la colma de infinitud, la búsqueda y el encuentro de las «huellas» primigenias del hombre constituyen una experiencia difícil de olvidar. Casi, casi, como un «sacramento», imprimen carácter, modifican en profundidad a quien penetra en el «santuario», verdadero lugar sagrado.

A partir del año 3500 antes de Cristo, «el clima del África tropical comenzó a deteriorarse», y aquel jardín sahariano se fue desecando, se fue convirtiendo en desierto; la sequía, sobre todo a partir del tercer milenio antes de Cristo, hace 5.000 años, hizo que los habitantes del Sahara cada vez menos fértil se fueran concentrando en torno a puntos de agua permanentes; y una parte de aquella población comenzó a emigrar hacia el Nilo, en donde surgiría el prodigio de la civilización egipcia; algunos especialistas ven en la diosa-vaca egipcia Hator una herencia de otra divinidad semejante sahariana o saharaui. Otras gentes emigraron hacia el Níger, en oleadas sucesivas, tal vez primero los pescadores, en una segunda fase los agricultores, como los bambaras actuales, los pastores en una tercera oleada, como los *peules* o *fulas*

actuales; aún hoy en el Níger, como comenta Bertaux, estos tres grupos conviven en «barrios» diferenciados en esas regiones, sin interferencias, con pocas mezclas, pescadores, agricultores y ganaderos, verdadera reliquia.

El Sahara fértil, por lo tanto, sería el «hogar común» de negros y de egipcios —y aquí Ki-Zerbo se extiende también sobre la posible negritud del Egipto clásico— y, cuando en torno al año 2000 antes de Cristo, se inicie la expansión bantú en la zona nigeriano-congoleña, que llegaría al extremo sur del continente africano a la vez que muchos europeos del siglo XIX con Chaka, el Napoleón negro, como figura emblemática, se estaría continuando ese proceso migratorio extraordinario que la desecación del Sahara fértil habría provocado. Demasiada coherencia en una hipótesis para que no precise matizaciones y nuevos datos y con periodicidad ser revisada o rectificada, pero ahí está.

En el Hoggar y en Tassili, la naturaleza o el paisaje y el arte son tan primordiales y exactos que se te adhieren a la mente con la fuerza de algo ancestral y primigenio, como imagen innata; tal esas ideas innatas que dedujera de la experiencia ese racionalista nato que era Descartes, pero en imagen y vivencia. Habría que preguntarles, una vez más, a los genetistas si esas imágenes podrían haberse anclado en nosotros por alguna posible y azarosa pequeña mutación antigua y afortunada, que pudiera explicar de manera más compleja ese impacto fuerte que puede recibir un viajero en esos lugares, ese impacto de viaje a los orígenes de alguna manera.

Pero el Sahara argelino no se agota en el Hoggar y Tassili. Al extremo sudoeste del país, con Tinduf como punto de referencia, la gran hammada, un llano árido tan inhóspito que los saharauis occidentales dicen de ella que no admite ni siquiera la vida de los lagartos. Tinduf, límite occidental y mercado de los tuaregs, es otro de los grandes intersticios de nomadeo del Sahara. Los restos neolíticos del Sahara eran más escasos y toscos a medida que uno se adentraba en el norte y hacia el oeste y los ritmos de poblamiento de esta zona son otros, de alguna manera más modernos, más plenamente históricos. Hay, no obstante, un protagonista común: el grupo o pueblo targui, los tuaregs.

Otro hermoso misterio sahariano, sin duda, otra gran reliquia. Aunque hoy, muchos de ellos, hayan mudado el milenario dromedario por el moderno todoterreno, siguen siendo los tuaregs los señores naturales de esas ¿cuatro quintas? partes del territorio argelino; en ocasiones, in-

cluso, los únicos capaces de controlar su inhóspita frontera sur, trazada a tiralíneas en tiempo bastante reciente y que ha dividido entre diferentes países de la región las diferentes ramas de este pueblo. La sequía saheliana, al parecer, está creando tensiones en las zonas limítrofes y en ellas los tuaregs, eternos grandes nómadas de la región, pudieran volver a iniciar viejos usos acordes con viejas situaciones, supervivencia para algunos, bandidaje para los extraños. Muchos quieren ver en el pueblo targui aquellos pastores nómadas y «cazadores» de trogloditas etíopes a los que hiciera alusión Herodoto, a mediados del siglo V antes de Cristo en Egipto, y a los que denominaba «garamantes». Algunos, sin embargo, identifican a los garamantes con los «tubu» del Tibesti, intermediarios entre Cartago y el interior profundo del Sahara hasta el Tchad, «negros residuales» mezclados luego con bereberes y árabes. Y uno no puede dejar de pensar, una vez más en un Cervantes paradójico y sutil que, en una de sus obras más minusvaloradas por los cervantistas, *La casa de los celos y selvas de Ardenia*, enfrenta en Roncesvalles a Carlomagno con el rey Agramante; la muerte de Roldán, el freno al imperio cristiano medieval en el Pirineo, ¿no serían un punto heterodoxos presentados así, españoles y sarracenos aunados bajo un rey Agramante, vagamente saharaui? Y aún más, la más rancia estirpe de la nobleza europea evocada por Proust en su búsqueda del tiempo perdido, ¿no tiene también un punto de inquietud en ese nombre de los «Guermantes», sospechoso al menos a simple vista? Pero es conveniente, en ocasiones, poner brida a la imaginación. Las cosas deben ser más sencillas así.

Durante el período romano, evocado por muy brillantes restos arqueológicos, los tuaregs, comerciantes o salteadores, fueron intermediarios naturales entre aquel imperio mediterráneo clásico y el sur profundo africano, señores de las caravanas —revitalizadas por la adaptación del camello— que atravesaban aquellos cada vez más áridos parajes. También acogieron a algunos africanos opuestos al orden romano, como Yugurta mismo, y de aquellos contactos antiguos deben datar esos restos de religión judaica o cristiana que algunos han querido ver en sus costumbres y creencias. El tamasheg, la lengua tuareg, y los caracteres t'ifinah de su escritura, se conservan como reliquia de un rico y peculiar pasado.

Una de las tradiciones de «origen» más difundida, la de la reina Tin Hinan, en la base de la elaboración del mito de Antinea, difundido

en la época colonial francesa en Europa, aunque tal vez pura invención literaria, se relacionó con unas ruinas, cerca del oasis de Aballessa, al oeste del Hoggar. Según la tradición targui, allí se había instalado la reina Tin Hinan, procedente del oeste, de la región marroquí de Tafilete. Las excavaciones arqueológicas encontraron allí un rico enterramiento con objetos y adornos de oro y de plata, pero también de hierro, fechable en el siglo IV después de Cristo, de época romana tardía en el norte, por lo tanto. Aunque el esqueleto recuerda más a una mujer egipcia que marroquí, y aunque algunos supusieran que más se adecuaba a un muchacho que a una mujer, en el Museo del Bardo de Argel aún se muestra como el enterramiento de la reina Tin Hinan.

En el siglo XVI Mármol Carvajal, ese cautivo morisco que tan bien conocía la región, y siguiendo a León *el Africano*, entre los muchos nombres de pueblos que cita, ya omnipresente el rico tribalismo árabe-islámico, cita a los tergas, sin duda los tuaregs o pueblo targui:

> Los Tergas comienzan de los confines del desierto de Hair y van hacia levante hasta otro desierto llamado Iguid; a tramontana confinan con el desierto de Tuat y con las provincias de Tegorarin y de Mafzab, y al mediodía con los desiertos que están cerca del reino de Agadez.

Los límites del Air y la región de los mozabitas son muy precisos, aunque la influencia de los tuaregs fue mucho más amplia. Más o menos islamizados después de que, a partir de la destrucción de la nueva Cartago bizantina en la segunda mitad del siglo VII, los musulmanes, de la mano de los árabes, se extendieran hacia el Magreb y expulsaran definitivamente a los bizantinos cristianos de la región, los tuaregs parecieron encontrar su apogeo político en el siglo X. Paralela a la gran expedición al norte que sería frenada en Poitiers en el año 735, los omeyas enviaban otra expedición al sur, al «Bled es Sudan» o «país de los negros» —adonde emigraran no pocos magrebíes con la eclosión de nuevas tribus árabes—, y de allí volvió el 734 la expedición con riquísimo botín de oro y esclavos, al mismo tiempo que con toda una cadena de pozos de agua localizados en el desierto, importante para la realización de futuras correrías. Pronto, en la zona del Adrar, los «Sanhayas», confederación de tribus tuaregs, controlaban las rutas entre el Senegal y el norte magrebí. A principios del siglo IX conquistaban Audogast, cerca

del río Senegal y del Alto Níger, a los negros «soninkés» de Ghana; a mediados del siglo X un rey tuareg de Audogast recibía tributo de todo el Sahara occidental y de más de dos veintenas de reyezuelos negros; podía mantener hasta un verdadero ejército de 100.000 guerreros a camello. Sólo medio siglo antes de que en Audogast se instalaran los almorávides, el rey tuareg de Audogast fue desplazado de nuevo por un rey negro de Ghana, el año 990.

La expansión almorávide, de estricto islamismo, a mediados del siglo XI, hizo que los tuaregs se desplazasen más hacia levante, al desierto del Air, desplazando a su vez hacia el Níger a pueblos negros. La leyenda de la reina Daurama, entre el Níger y el Tchad en el siglo X, explica el asentamiento de los siete estados haussas, en contacto con los tuaregs y grandes comerciantes de esclavos con el norte musulmán; los haussas, islamizados en el siglo XIV, conservaban verdaderos archivos documentales que, lamentablemente, fueron destruidos por los peules en el siglo XIX. Entre el Tchad y el Alto Níger —los tuaregs llegaron a ocupar Tombuctú en 1435—, tributarios de reyes de la región o cobrando ellos tributo a su vez, como en 1737 a la Tombuctú de los «armas», los tuaregs eran señores del Sahara, grandes nómadas, y sólo como merodeadores y saqueadores podían ser vistos por un viajero europeo como René Caillié, en 1828, desde el mismo Tombuctú y el Alto Níger.

Tinduf se convirtió en uno de los límites tuaregs en la zona del Sahara occidental en torno al siglo XVII, cuando diversas luchas tribales —tuaregs, zuaias y otras tribus saharauis— demarcaron influencias en la región. Es el lugar de encuentros de la árida hammada en la que, a partir de 1975, con la ocupación del Sahara occidental por los marroquíes después de la «marcha verde» organizada por Hasán II, se instalaron los campamentos de refugiados saharauis; y se convierte en uno de los lugares de tensión bélica del mundo con las acciones permanentes del Frente Polisario. Espectacular y hermosísimo desierto, de imponentes cordilleras montañosas en la lejanía en ocasiones, de verdaderas selvas ralas de taljas o acacias espinosas, moduladas por los ritmos suaves que origina el viento. Lejanísimo horizonte y centelleante bóveda celeste nocturna. Pero lugar de difícil acceso, de momento, a la espera de una acción decidida de la ONU estabilizadora o pacificadora. Dura actualidad.

Las rutas de las caravanas del desierto del Sahara, tan importantes para la economía mediterránea a lo largo de la Edad Media y una parte de la Edad Moderna por hacer llegar oro a una Europa con pocos minerales preciosos explotables y amonedables, tuvieron no poca parte en el esplendor de Andalucía. Porque Al Andalus fue sin duda para el hombre del desierto una imagen del Paraíso; con agua abundante y grandes ríos, de rica agricultura, sus huertos y jardines debían de parecerles el mejor y mayor de sus oasis. Pero se convirtió en su paraíso perdido; justo en el momento en que los portugueses, por mar, contactaban con esos mercados del oro del Alto Níger en aquella magna operación política y técnica que dio lugar a lo que Pierre Chaunu denominara «el triunfo de la carabela sobre la caravana». Aquella operación que arrebató también al mundo musulmán el monopolio del comercio de las especias asiáticas. Era el inicio de una prolongada decadencia. Hasta hoy. Y en la que el Sahara, su amenazadora expansión y las riquezas que oculta, sobre todo el gas natural y el petróleo, ha constituido una de las claves.

Todo el clasicismo del Gran Sahara nómada, tuareg y caravanero, puede hallarse en Tamanrrasset, verdadera ciudad beduina, puerta del Hoggar. El impacto del mundo occidental civilizado puede hacer que le vendan a uno unos vasitos para el té tradicional, decorados con dibujos dorados de raigambre mora y usados en Tamanrrasset en jaimas y cafetines, *made in Spain*. En las jaimas o tiendas desmontables y transportables, de perfil agudo característico cuando están armadas, las antiguas de pelo de camello, y en los tejidos de alfombras y mantas que hacen confortable el interior de la casa-jaima, el viejo mundo tuareg y beduino parece pervivir. El mejor alojamiento en Tamanrrasset, sin duda, el mejor adaptado al medio y en el que mejor saben calcular sus gentes los límites de la comodidad, es el alojamiento tradicional, el de la jaima de lienzos de pelo de camello. La Oficina de Turismo argelino suele ofrecer alojamientos en hotel tradicional de ese tipo, aunque «mejorado» con adaptaciones funcionales o de imagen más al uso turístico normalizado.

Una carretera transahariana que uniera la costa norte argelina y Tamanrrasset, y luego esta ciudad con los países vecinos hasta el río Níger, fue uno de los grandes proyectos integradores del país —y de África, sin duda—, en verdad obra gigantesca, de la era más optimista y desarrollista de la Argelia independiente en la época de Huari Bumedien. En abril de 1973 se inauguraba el primer tramo oficial de la tran-

sahariana, entre el Golea y Ain Salah; hoy es posible llegar a Tamanrrasset con vehículo normal de carretera, con mínimas precauciones especiales para adentrarse en tan ardiente y duro territorio, con abastecimiento de carburante situado en etapas convenientes. La posibilidad de atravesar el Sahara desde Argel por carretera atendida era casi una realidad. Parece que esta transahariana, como la gran muralla de los chinos y las transformaciones de la selva amazónica, es visible por un astronauta desde el espacio.

Ante el alarmante crecimiento de la desertización de la estepa argelina, se ideó otra de las obras «faraónicas» de la misma etapa política; construir una gigantesca muralla natural, una «muralla verde», siguiendo la isóbara última de pluviosidad adecuada para el crecimiento de determinadas especies de árboles: plantar millones de árboles que pudieran frenar al desierto, de alguna manera. En agosto de 1974 se lanzaba el inicio de los trabajos de la *barrage vert*. Iniciada en tres zonas piloto, una de ellas El Bayadh, estaba previsto extenderla hasta M'Sila, Laghuat y Tebessa, en la frontera tunecina. Las diversas quintas del «servicio nacional» —organizado por ordenanza de abril de 1968—, cada vez más numerosas —de 12.000 jóvenes reclutas en 1973 se pasó a los 30.000 cuatro años después—, aportaron la mano de obra numerosísima, como en el caso de la construcción de la transahariana, que precisaba tan ambicioso proyecto. Las campañas de voluntariado entre los estudiantes, sobre todo para la revolución agraria, también aportaban mano de obra barata y entusiasta. Era un gran esfuerzo de construcción nacional, manifiesto pasaras por donde pasaras a lo largo y ancho del país. Otras obras no menos gigantescas acercaban el Sahara, en sus zonas de mayor utilidad, a la costa: al mismo tiempo, a principios de 1972, se inauguraba el oleoducto Beni Mansur-Argel y se lanzaban los trabajos del gaseoducto Hassi R'mel-Arzew, generador de una gigantesca planta de licuefacción de gas junto al puerto de Arzew, cercano a Orán, en el oeste argelino. Un año antes, a principios de 1971, Bumedien había terminado una fase de control de las riquezas del país con la nacionalización de los hidrocarburos y el optimismo ante la posibilidad de un desarrollo dirigido y racionalizado era grande. El fortalecimiento de la unión del Gran Sahara con la costa exigía planes de tanta envergadura y necesitados de tales esfuerzos.

El mítico oro de Yené y Futa Yalon, recogido en Tombuctú y a las orillas del Níger por los hombres de las caravanas, el oro tibar que en

ocasiones dramáticas los negros cambiaban por igual peso de la sal que los caravaneros traían de las salinas saharauis, el nuevo oro es ahora el «oro negro», el petróleo tan demandado por el mundo actual. El Sahara sigue estando estrechamente relacionado con sus vecinas tierras costeras, ambos se necesitan y complementan. Ibn Jaldún ya lo había expresado con claridad al tratar de la «vida» de las sociedades, su esplendor y decadencia, los intercambios entre la sociedad beduina y las ciudades, cultas y decadentes, la dinámica armonización de los contrarios; el sueño de la unidad de los místicos, ya sean sufíes, como Ibn Arabi de Murcia, o carmelitanos, como San Juan de la Cruz.

Evocación de Salah Bajá en Wargla y Tugurt

Tamanrrasset está en el corazón del Sahara; como Tinduf, en una de las fronteras o límites políticos más alejados de la capital Argel; como Adrar y Timimún, Ain Salah o Dyanet, son ciudades-oasis separadas por distancias insalvables para alguien no adaptado al medio como el tuareg mismo. Son enclaves humanos en los que no hay nada, salvo algo ajeno que llegue del exterior, que pueda trastocar el ritmo de su tiempo lento. Para Wargla y Hassi Messaud, ese factor ajeno fue el petróleo y el gas natural. Pero son una excepción al lado del gran número de oasis que han conservado ese aire de tiempo detenido, a pesar de la explosión demográfica y la proliferación de construcciones con técnicas más usuales en la sociedad industrial, en ocasiones radicalmente opuestas a las técnicas tradicionales o al menos muy diferentes.

En Wargla, ciudad petrolera típica de la estepa argelina, ha sido instalado un museo sahariano; tal vez para contrarrestar la aculturación originada por el trasiego de técnicos extranjeros de países ricos, con sus usos y aficiones ajenos al entorno tradicional y el amplio consumismo que se aprecia en su vida cotidiana. Los productos prácticos y abundantes de la industria occidental desplazan con gran facilidad a los viejos enseres artesanos, incapaces además de abastecer a un mercado tan ampliado. Todo un mundo está pasando a convertirse en pieza de museo. Las torres ocres de almenado característico del gran edificio moderno, pero trazado inspirándose en las construcciones tradicionales, que albergan el museo, y el gran arco de triunfo de la entrada, semejan una fortaleza protectora de objetos que es difícil que vayan a continuar

manufacturándose. Objetos tejidos de vivos colores, como magníficos tapices, repujados, metales troquelados, maderas talladas, todo un mundo que comienza a desaparecer, a pesar del diseño armonioso y antiquísimo que les confiere toda la elegancia y el buen gusto de las ancestrales creaciones; perceptible, por otra parte, en cada gesto y en cada movimiento del hombre o la mujer tuareg.

Wargla ya era una ciudad rica y activa en el siglo XVI, cuando un gran marino y un gran corsario amigo de Jeredín Barbarroja y compañero de corso de primera hora, el alejandrino Salah Arraez o Salah Bajá, la incorporó tras el verano de 1552 al territorio que desde Argel controlaban los turco-berberiscos. Salah Bajá había abandonado su tierra, Alejandría, cuando en 1517 el sultán otomano Selim pone fin al gobierno de los mamelucos egipcios e incorpora el territorio al Imperio Otomano. De Turquía, Salah Arraez (o capitán de barco) pasará a Bería.

Salah Bajá medró en Argel al lado de Barbarroja, y con él se trasladó a Estambul para colaborar en la organización de la gran armada otomana que cada primavera podía amenazar las costas italianas y españolas de la Monarquía Católica. En 1543 acompañó a Jeredín Barbarroja en su última gran salida al Mediterráneo occidental, cuando la alianza franco-turca permitió que la armada de Barbarroja invernara en el sur de Francia, en Tolón. Salah Bajá, en aquella ocasión, había saqueado la costa catalana a la altura de Cadaqués en su viaje de Tolón a Argel. A la muerte de Jeredín Barbarroja en Estambul, y después de un período de gobierno en Argel del hijo de Barbarroja Hasán Bajá, el anciano corsario, que ya tenía el pelo «todo cano como una paloma», que dijera Antonio de Sosa, gobernó en Argel de 1552 hasta su muerte, en 1556, cuando preparaba una expedición contra los españoles de Orán.

Durante el período de gobierno de Salah Bajá se hizo un esfuerzo grande en la organización de expediciones militares jenízaro-corsarias para ampliar y fijar el territorio controlado desde Argel, prácticamente en ese tiempo la Argelia norteña actual. Tremecén puede considerarse definitivamente ligada a Argel tras 1551, y en 1555 Salah Bajá conquistaba a los españoles la plaza fuerte de Bugía, una magnífica fortaleza militar a la orilla del mar, la actual Beyaia. A los españoles sólo les quedaba, en la costa argelina, la fortaleza de Orán; Salah Bajá murió pre-

cisamente cuando se disponía a ensayar su conquista, animado sin duda por el éxito obtenido en Bugía-Beyaia.

Pero Salah Bajá también se interesó por los límites meridionales y encabezó una importante expedición a Wargla y a Tugurt, en el mismo año de 1552, nada más llegar a Argel. Antonio de Sosa, una vez más, la relata con informaciones de primera mano, los recuerdos de los viejos expedicionarios, nuevos musulmanes europeos o cautivos, que aún vivían en Argel un cuarto de siglo después, mediados los setenta del siglo XVI.

> El rey de Ticarte (Tugurt), un moro que tiene un estado veintiún jornadas de Argel, y más allá cinco de Biscari (Biskra), muy cerca de la Zahara y tierra de negros, que será todo de Argel ciento cincuenta leguas no grandes, se había rebelado y negado a pagar, como antes, cierto tributo al rey de Argel. Sin decir a dónde se dirigía, salió Salah Bajá de Argel con tres mil turcos y renegados escopeteros y mil a caballo, y dos piezas no más de artillería. El rey de Tugurt, muy joven, se dejó cercar dentro de Ticarte, que era lugar fuerte. Batió Sala Raez con sus dos piezas tres días continuos la tierra, y al cuarto le dio el asalto y la tomó, con muerte de muchos moros. Prisionero el joven rey, hizo responsable a su ayo el cadí; informado Salah Bajá de que era cierto, y de que el cadí exhortaba a pelear contra los turcos, que el que mataba un turco ganaba tanto con Dios como si matara a un cristiano, al momento le mandó atar de pies y manos y, puesto de esta manera en la boca de una de las piezas de artillería, dispararla y hacerle pedazos. A los habitantes, unos doce mil de toda suerte y edad..., vendió en almoneda por esclavos. Y saqueada toda la tierra y asolada, llevó consigo cautivo y preso al dicho mozo rey, que sería de edad de catorce años.

Siguió luego Salah Bajá más adelante

> cuatro jornadas, con intención de prender o matar al rey de Herguela (Wargla) —una tierra muy abundante de dátiles—, porque también rehusaba de pagar a los turcos tributo. El rey había huido con cuatro mil caballos, sus vasallos, y no quedaban en Wargla nada más que cuarenta negros mercaderes que desde la tierra de negros habían venido, como solían muchas veces, a vender negros. Salah Bajá les hizo dar doscientos mil escudos de oro, porque eran hombres muy ricos, y los dejó ir en paz. Pactó luego con el rey de Wargla el pago de un tri-

buto, con amenazas de que le volvería a buscar y que fuese cierto que no se le había de escapar, y regresó a Argel.

El rey de Herguela (Wargla), luego, volvió para su tierra y, de temor de los turcos, con estar tan lejos, pagó él y sus sucesores pagan hoy el tributo acostumbrado, que es de treinta negras cada año. De vuelta, dejó el Salah Raez al mozo rey de Ticarte (Tugurt) en su tierra, libre, jurando primero, y otros moros principales a quien le dejó encomendado y a quien dio libertad, de ser fieles y leales a los turcos y de pagar cada año de tributo quince negras, las cuales aún hoy día se pagan.

Mármol Carvajal, que estuvo en la región entre 1535 y 1557, en el momento en que se producen estos hechos por lo tanto, conocedor del árabe y de la lengua cabil o bereber, muy posiblemente, es detallista y muy fiable en su narración; valora la colaboración cabil en esta expedición, con la ida del rey de La Abez —los bereberes de la Qalaa de los Beni Abés— con «mil ochocientos escopeteros de a pie y mil seiscientos caballos», acompañando a Salah Bajá, y comenta que después de la conquista de Tugurt (Tocort) y Wargla (Guerguela), esta última tomada «a partido» o con negociación,

dejando turcos de guarnición en las alcazabas de estas ciudades, que son antiguas y muy débiles, se volvieron a Argel cargados de despojos. Salh Arraez llevó quince camellos cargados de oro de Tibar que ganó en aquella jornada, y más de cinco mil esclavos y esclavas negras.

Según Mármol, Tugurt tenía «cuatro mil vecinos y muchos lugares poblados al derredor y Guerguela (Wargla) tiene más de seis mil vecinos».

Si Wargla es hoy una ciudad de gran actividad en torno al petróleo, Tugurt conserva el encanto del viejo oasis; con una población en la que domina la gente de piel negra o muy oscura, su aire provinciano y los palmerales, las ruinas de esas viejas fortalezas a las que aludían Sosa y Mármol, la gente reposada y amable. A las afueras de Tugurt, en el camino hacia El Ued, dunas de fina arena repiten hasta el infinito las formas suaves de móviles sombras y perfiles iluminados y cambiantes según el desplazamiento del sol. Es un paisaje difícil de olvidar, rotundo, casi irreal en ocasiones. Una noche de gran luna en las dunas de las afueras del oasis de Tugurt, en compañía de gentes apacibles que saben

elegir la hora y el lugar más adecuados para el paseo y la conversación pueden ser momentos culminantes de un posible viaje hacia el tiempo detenido.

En los pueblos y oasis de la estepa no son nada frecuentes las bebidas alcohólicas, tan alejadas de sus usos y necesidades. El café, el té y las limonadas son las bebidas más frecuentes en cafés o en chiringuitos de venta ocasionales. Como la leche con dátiles, signo de bienvenida en un hogar saharaui. Tal vez en los hoteles y en los lugares de reunión de técnicos europeos u occidentales, en el caso de los lugares como Wargla, relacionado con las explotaciones petrolíferas, o en los oasis más visitados por turistas venidos del norte, puede encontrarse cerveza o una botella de vino para acompañar algún plato de cordero asado o *meshuí*, presentado como lujo culinario de los que ellos se permiten en raras ocasiones rituales o ceremoniales. También, en un grado mayor de confianza, pueden invitarle a uno a fumar alguna hierba fumable, con la garantía de que es de sus mismas macetas o de su jardín, que no ha sido obtenida por ningún tipo de compraventa, formalmente prohibida. Los viejos conocimientos herborísticos y perdurables, la antigua tradición, el taimado sur.

Ciudades y oasis de la estepa argelina. Evocación de Isabel Eberhardt

Isabel Eberhardt (1877-1904), una «errante», «la buena nómada», «aventurera del Sahara», como la denominaron tras su temprana desaparición, cuyo lema desde jovencita había sido «iré solitaria hasta mi muerte», es uno de los más peculiares y tal vez atractivos personajes europeos de los que se vieron fascinados por el gran llano estepario argelino en el siglo largo de época colonial francesa. Había nacido en Ginebra (Suiza) y era hija de una alemana viuda de un político y oficial militar ruso que había abandonado San Petersburgo por Nápoles primero, y luego por Suiza, acompañada por los cuatro hijos de su matrimonio. En esos momentos la ciudad suiza estaba muy concurrida de exiliados políticos, muchos de ellos oponentes al régimen zarista y de ellos no pocos anarquistas o «nihilistas», como los denominó Turguéniev —a quien Isabel cita en sus *Diarios*— en *Padres e Hijos*, nombre que tuvo éxito posteriormente. En Suiza se reunió con la familia de Isabel un ex-

pope, Alejandro Trophimosky, para algunos discípulo o amigo de Bakunin, que es posible que fuera su padre. Ella le llama Vava en sus *Diarios* y le recuerda con cariño, así como la educación excepcional que le dio, acorde con el anarquismo libertario, como a un muchacho y al margen de la escuela pública y de las convenciones sociales; conocedora del ruso, el alemán, el latín, el árabe y el francés, vestida de chico y detestando las ropas de mujer, experta amazona, en sus escritos comenzó a utilizar seudónimos varoniles —Mahmaud Saadi, Nicolás Podolinski— y a adoptar casi siempre el género masculino al referirse a sí misma; desde las primeras páginas de esos *Diarios* se manifiesta su amor por la libertad. En *Notas del camino* (*Notes de route*) llega a decir: «He querido que para mí, al menos, la libertad no fuese una mera palabra vana y la he tomado toda entera».

En los medios ginebrinos de exiliados rusos variopintos —Bakunin y Kropotkin, pero también «jóvenes turcos», egipcios o armenios—, y en un ambiente anticristiano exaltado, sobre todo en los medios rusos, Isabel mantuvo particular amistad con un joven armenio y con un profesor de árabe en París, el dramaturgo egipcio que se hacía llamar Abbu Naddara. Tiempo después, en Argelia, ella proclamaría por escrito que, aunque rusa, no había sido bautizada y no se consideraba cristiana sino musulmana y desde hacía mucho tiempo.

Después de una serie de dramas familiares —la muerte de sus padres, el suicidio de uno de sus hermanastros—, Isabel Eberhardt decidió instalarse en Argelia. Había conocido el país cuando tenía 20 años, y había vivido unos meses en Annaba, la antigua Hipona, en donde tenía enterrados a su madre y a un hermanastro suicida. Pero sería en El Ued en donde decidió quedarse en el país y en donde conoció a su compañero, un sargento de caballería, no francés sino natural de la tierra, Eslimán Ehni, con el que compartiría su corta vida.

Se casaron en Marsella, en el otoño de 1901, durante un viaje que Isabel debió de hacer a Francia a causa de problemas que había tenido en El Ued: agredida por un miembro de la cofradía musulmana Tidyaniya, en el proceso que se celebró en Constantina fue condenada a la expulsión del país. Este episodio tiene un particular interés para terminar de comprender a este personaje singular. Su vida en el oasis, en el que había decidido quedarse y hasta comprar un terreno, con algunas palmeras y un pozo para dedicarlo al cultivo de hortalizas, escandalizaba a la sociedad, tanto francesa como musulmana, por sus paseos a ca-

ballo y por su vestimenta masculina, «tan poco adecuada para una señorita rusa», como dijera el cónsul ruso a raíz del proceso. Vestida con ropas árabes masculinas y casada con un joven musulmán, la veinteañera germano-rusa Isabel Eberhardt era una extraña y una excéntrica tanto para las familias de los colonos europeos como de los naturales. Pero ella se había afiliado a la cofradía de los Kadriya, nada más llegar a El Ued, y eso era muy significativo también. Era la cofradía del mítico emir Abdelkader, el gran protagonista de la resistencia argelina a la penetración colonial francesa, cuyo padre, Mahieddín, la representara. La cofradía de los Tidyaniya, a la que pertenecía el agresor de Isabel, por el contrario, se había opuesto a la resistencia del emir Abdelkader y habían sido considerados como colaboradores de los franceses y por éstos tratados de amigos. A los Kadriya, cuya cofradía había sido fundada por el sirio Abdelkader el Yilani, podría decirse que las autoridades coloniales francesas los trataban como a enemigos. A Isabel Eberhardt la había herido de gravedad con un sable un miembro de aquella cofradía rival, y durante un pequeño viaje al norte de El Ued para acompañar a Si El Hachemi, cheij de los Kadriya. El escándalo fue grande y a su compañero Eslimán le supuso el destierro a Batna al mismo tiempo que la condición de «indeseable» para Isabel.

La estancia en Marsella aumentó su rebeldía y llegó a romper con su hermanastro, en cuya casa se alojaba; en sus *Diarios* confiesa ese sentirse extranjera en aquella sociedad burguesa, grosera y rapaz, su deseo de irse para siempre. Su desarraigo, en fin, su disgusto esencial. La boda con Eslimán permitió que pudiera regresar a Argelia como esposa de un «indígena», y el matrimonio se instaló en Tenés, hermoso lugar de la escarpada costa entre Orán y Argel, en lo alto de un acantilado y con un recoleto y valioso puerto de larga tradición marinera. Sus viajes por Argelia fueron abundantes, así como sus contactos con los medios ilustrados de la sociedad colonial, entre ellos Victor Barricand, redactor jefe del periódico bilingüe árabe-francés *Akhbar*, fundado en 1903 y en donde aparecerían no pocos de los trabajos de Isabel.

Pero la extrañeza y el rechazo que causaba su peculiar personalidad siguieron siendo la causa aparente de sucesivos escándalos que dieron al traste con la carrera de su marido en la Administración colonial. Eslimán Ehni debió dimitir de sus cargos, acusado de diversas irregularidades, y el nomadeo de Isabel Eberhardt, en ocasiones con algún encargo concreto de un reportaje periodístico, se extendió hasta Marrue-

cos y amplias zonas de la región oranesa, al oeste del país. En el último de sus viajes, en la primavera de 1904, de Ain Sefra a Bechar y a la zawia de Kenadsa, en donde pasó todo el verano, debió regresar a Ain Sefra por sentirse enferma y allí fue hospitalizada. En el *Akhbar* estaba apareciendo, desde el verano del año anterior, su folletón *El vagabundo* (*Le Trimardeur*), así como fragmentos de *Sur Oranés* (*Sud Oranais*) a lo largo de todo el primer semestre de 1904. Su posible carrera literaria, mantenida con asiduidad en el secreto de sus cuadernos y que comenzaba a salir a la luz pública en sus colaboraciones con la prensa, comenzaba a tomar altura.

Pero en Ain Sefra llegó el funesto y novelesco final, tan prematuro. A finales de octubre salió del hospital y se trasladó a una casa que había alquilado para recibir a su marido Eslimán que venía a reunirse con ella; la casa estaba en el cauce del ued Sefra, esos cauces desecados que súbitamente pueden ser inundados por una crecida de aguas tras una tempestad o una lluvia continuada. Y aquel raro fenómeno ocurrió en ese momento preciso e Isabel Eberhardt murió entre los escombros de su casa destruida por una riada. Su marido consiguió salvarse de la muerte; su joven esposa tenía 27 años. Al lado del cadáver encontraron muchos manuscritos de la escritora; el legado, la parte recuperada del fango, le fue confiado a Barricand, el periodista amigo que publicaría, con añadidos personales, muchos de sus manuscritos. Como tanta documentación argelina, los aún inéditos de Eberhardt se conservan en Aix-en-Provence en el Archivo de Ultramar. Y en ellos, viva, esa fascinación primera por «los jardines a flor de arena, melancólicos palmerales cercados, como un segundo plano, por las eternas dunas del Suf».

Pero no sólo el desierto de dunas del Suf sedujo a aquella mujer peculiar. Bu Saada, a la que llaman «la puerta del desierto», sigue siendo otro lugar adecuado para el encuentro con el profundo sur. Isabel Eberhardt también lo evocó en un sugestivo relato breve, *Lágrimas de almendros*, como a «una fiera reina ataviada con sus jardines oscuros y protegida por colinas violetas», durmiente, voluptuosa, en el borde escarpado del ued de «agua rumorosa sobre los pequeños guijarros blancos y rosáceos». Es la ciudad de la estepa, el lugar poblado «en donde el Tell se encuentra con el Sahara, en donde las razas de África vienen a entremezclarse».

En Bu Saada, como en todos los intersticios saharianos de nomadeo más al sur, confluyen en su plaza y mercado busaadíes y nómadas,

así como los cada vez más numerosos visitantes —o turistas, sin más—, y al color de la tapicería de la región se añaden los tejidos venidos de lejos y expuestos a la vista de la gente de paso. Como en todos los lugares de la estepa y del desierto, los rasgos individualizadores del poblado se diluyen ante la presencia abrumadora del gran paisaje esencial, terrible, dominador.

> ... El sol rojo se alza lentamente tras las montañas revestidas de ligera bruma. Un fulgor púrpura se interpone entre las cosas como un velo de pudor. Los nacientes rayos de sol esparcen copetes de fuego sobre las cimas de las datileras y las cúpulas de plata de los marabuts parecen de oro macizo. Por un instante, toda la vieja y fiera ciudad arde, como calcinada por un fuego interior, mientras que las traseras de los jardines, el lecho del ued, los senderos estrechos permanecen en sombra, vagos, como henchidos de humo azul que diluye las formas, suaviza los ángulos, entreabriendo lejanías de misterio entre los muretes bajos y los troncos cincelados de las palmeras datileras... A la orilla del río, el fulgor del día encarnado tinta en rosa las lágrimas esparcidas, cuajadas en nieve cándida, de los pensativos almendros.

En Bu Saada, como en tantos otros lugares de la estepa, pequeños museos locales intentan recoger los restos de los viejos ajuares del hombre nómada y a ello contribuyen, de manera desinteresada las más de las veces, no pocos argelinos amantes de su pasado humilde y espléndido. Las joyas de novia de M'Barca, heredadas desde antiguo de madres a hijas, con el acuerdo de su marido, el poeta y periodista oranés Hamid Skif —Mohamed Bentmebjut—, se muestran hoy en las vitrinas del museo de la ciudad, entre tantas y tantas compañeras anónimas de plata, finamente troqueladas. Pero también es posible encontrarlas a la vez que otras idénticas más modernas y hechas siguiendo las mismas técnicas, en los puestos de venta, verdaderos anticuarios en ocasiones. Herederas, más refinadas, de los toscos adornos de aquella reina legendaria Tin Hinan del Museo del Bardo de Argel.

De la frontera tunecina, cercana a El Ued y a Tugurt, a la frontera marroquí, próxima a Bechar, ciudades oasis se suceden, con sus mercados y tradiciones, sus propios ritmos y conversaciones. En uno de esos oasis, en una de las rutas más septentrionales de la estepa saha-

riana, el de Aflú, no lejos de Laghuat, otra de las capitales de la estepa, había un mercado singular de una gran belleza, de tapices de lana de nudo; los colores básicos, el rojo y el negro, y la repetición de motivos geometrizados rojinegros, de una gran variedad dentro de los cauces de un casi rígido diseño, dominaban en las jaimas y casas de la región lo mismo que en el mercado. Las alfombras de nudo rojinegras de Aflú tienen tanta personalidad artística como las finas mantas de lana blanca o cruda tejidas, incluso a máquina ya, en el más oriental oasis de El Ued; finísimas cenefas sobretejidas de lana anaranjada, roja, amarilla, verde y negra, en el centro y en los extremos, como para reforzar su forma y resistencia al uso, sobre el blanco o crudo de la pieza básica, consiguen una gran armonía y belleza. Las inmensas mantas de Tebessa, de franjas grises y rojo entre cadmio y Burdeos. Las humildes de pelo de cabra en colores naturales, blanco, negro y marrón de los Aurés. Las mantas de El Ued, las alfombras de Aflú, los tapices de Gardaia tejidos para el ajuar de la novia... Habrá que volver sobre ello.

Próximo a Bechar, más al sur, al pie de una duna que se presenta como una de las más grandes del mundo, un hotel turístico con modernas instalaciones y piscina permite la ilusión de habitar un Sahara ya domado. En sus buenos tiempos, nocheviejas y otras fechas señaladas para la fiesta reunían en el hotel a gentes norteñas y extranjeras, encantadas con un exotismo saharaui asequible y seguro. En Beni Abbés se siente con intensidad el desierto, aunque sus gentes, más cercanas a la frontera marroquí y habituadas a la presencia de turistas, estén más impregnadas de usos y comportamientos más comerciales y modernos.

En Bechar, y hasta Tinduf, al sudoeste, más al sur de Beni Abbés, la frontera argelino-marroquí aparece todavía sin trazar en no pocos mapas. Aunque pudiera considerarse ya prácticamente pactada entre los dos países, pues ya ha habido bastantes encuentros recientes entre el rey marroquí y el presidente argelino. Una cinta de asfalto rectilínea atraviesa la ancha estepa árida, cada vez más desértica, y en alguna jaima, aquí y allá, incluso en plena noche, alguien acuclillado puede ofrecer al pasajero un té, verde, denso y dulzón, e intercambiar con él algunas frases corteses. Pero es una región, en los últimos tiempos, poco visitable debido a la tensión bélica latente en la zona. La inhóspita hammada de Tinduf, con su poblado, hoy fundamentalmente militar, límite y mercado del mundo tuareg al menos desde el siglo XVII.

A la altura de Beni Abbés, más hacia el este, más asequible que las demasiado meridionales Adrar o Reggane, está el fascinante Timimún, de gente elegante de movimientos y amable, con esos rasgos finísimos que modelan una piel muy ennegrecida por el contacto continuado con la fuerte luz solar. En Timimún se podría hablar de verdadero clasicismo saharaui o sahariano. Las construcciones de adobe ocre, en ocasiones con bóvedas muy apuntadas en las que se adivina el modelado a mano, táctiles caricias de una mano amante sobre el barro, o esos pozos saharauis de lajas en círculo que se alejan o se aproximan para crear un interior abombado y fresco, son formas rotundas, escultóricas, maestras. Plenitud del tiempo detenido del sur.

Entre Timimún y El Golea, ya en la ruta de Gardaia y del norte, en lugares concretos de esa espléndida zona del desierto, se pueden encontrar las rosas de arena o rosas del desierto, floraciones de piedra ocre que el viento ha modelado, escultor consumado y tenaz. En todos los mercadillos argelinos le ofrecerán al visitante tan delicados recuerdos y su salida del país ha tenido que ser protegida, en grandes cantidades, para evitar un posible saqueo masivo de dichos yacimientos. Pero un tipo de comercio particular o tráfico, mejor, se ha extendido con este tipo de productos que en los mercados europeos pueden alcanzar altos precios, o al menos el suficiente para financiar un viaje a tan lejanas tierras. Como ese tráfico de automóviles de todo tipo que, una vez atravesado el Sahara, se venden a un precio tal al sur del desierto que permite el regreso a Europa en avión y la obtención de beneficios. Oferta-demanda peculiar.

De Bechar hacia Oriente, camino de Aflú, algo así como el límite entre la estepa argelina y el Sahara mismo, en El Bayadh ha surgido una ciudad en la que lo moderno predomina ya decididamente en la vida cotidiana, como en tantas otras ciudades de la misma latitud. Aunque un gran ganadero pueda presentarte —como extranjero a quien se le brinda hospitalidad— a su cuarta esposa, que comparte con todas o algunas de las otras el confort de la casa-jaima de un harén beduino. En las afueras del pueblón estepario, los tramos de la muralla verde, hiladas e hiladas de árboles jóvenes empeñados en enraizar en aquel ardiente terreno, como una cuestión de vida o muerte, es la fe en la posibilidad de un mejor futuro. Un suculento *meshuí* en la casa de un hospitalario ganadero, elegidos de sus rebaños los mejores corderos o cabritos para el asado, sobre esos latones troquelados, redondas

senías, sobre tapices de telares de la región —negros y amarillos, rojos, verdes y violetas—, vestigios encontrables aún de ese hondo tiempo detenido.

En esa latitud, relativamente norteña, en la que es posible una gran muralla verde y en donde se puede hablar de rica ganadería y de ricos ganaderos, en donde es posible advertir una mayor modernización que en el extremo sur, y en esa misma región en donde, en una infrecuente inundación de un ued, en Ain Sefra, encontrará la muerte Isabel Eberhardt, otra europea, parisina esta vez, protagonizó también una singular aventura vital. Aurelia Picard, hija de un tendero parisino, se convirtió en la esposa de un notable de la estepa, del sur profundo, y precisamente de aquella cofradía que de alguna manera colaboró con el colonizador francés, los Tidyaniya, en Ain Mahdi, de la que terminó siendo una verdadera gerente. El fenómeno de las cofradías en el Magreb es resaltado por los arabistas, esa experiencia religiosa colectiva o asociada, en la que primó, sobre la especulación teológica —que primó en Oriente, en donde el fenómeno de las cofradías fue menos decisivo—, la piedad, lo ascético y hasta lo taumatúrgico; y que llegaron a adquirir cierta importancia en los momentos de crisis de las estructuras políticas, como en las frecuentes guerras dinásticas medievales, con la ofensiva hispánica en el XVI y el ascenso de los Barbarroja o en la época colonial francesa. En el caso de la Picard y su enamorado beduino, muchos nacionalistas argelinos quieren ver el plan del colonizador de intervenir en la vida de la cofradía Tidyaniya mediante la burda estratagema de presentarle una hermosa jovencita al rijoso notable, durante un viaje programado a París. También a Isabel Eberhardt, a pesar de la mayor complejidad de su figura y de su notable mayor alcance intelectual y vital, se la quiso relacionar con los planes asimiladores de un sector de políticos y militares franceses de la época colonial.

Cerca de El Bayadh —pues 90 kilómetros en la estepa argelina es poca distancia— sí se puede encontrar uno con un verdadero oasis; ese «aleph» que se encontrara Borges debajo de una escalera, ese mundo total y reducido, esa isla pequeña rodeada de extensiones peligrosas, aislada en el gran llano. Bresina es un oasis arquetípico, uno más de los incontables que nadie buscará en especial en un mapa detallado. Miles y miles de palmeras protegen huertos, pozos, jardines y sobrias construcciones campesinas. El asno desgrana sus pasos lentos en torno al pozo y el agua sale a la superficie para el regadío y para ser bebida. En una orilla del palmeral, junto a la carretera, algunas casas construi-

das como en el norte pueden ofrecer servicios al visitante y los jóvenes pueden conversar a la sombra y comentar su confianza en que pronto les construyan un *hamam* o baño moro. Su aldea total, el mundo todo. Los que se van, los que se quedan y los que regresan. La caída del sol, como el amanecer, como la alta noche o la luna, son espectáculos más cósmicos, si cabe, que en el norte; tal vez, como en el mar.

La conquista árabe del Magreb y los jariyitas de Gardaia

Si en muchos lugares de la estepa y del Sahara argelino se puede intuir la posibilidad de un clasicismo saharaui particular, como en Timimún la roja, es en Gardaia en donde se puede localizar la obra maestra de ese posible clasicismo. Las cinco ciudades del gran palmeral ramificado, en el corazón del M'Zab, que fascinaran a Le Corbusier y que siguen fascinando a tanto visitante, occidental o no, constituyen un verdadero testigo, milenario ya, de la vida en el Sahara.

Hay que remontarse a los orígenes de la presencia musulmana en la región para comprender al menos mínimamente, en lo que el fenómeno de los mozabitas de Gardaia se deja aprehender, el milagro de las cinco ciudades del M'Zab. Dos años después de la muerte de Mahoma, a partir del 634, comenzó la expansión beduina desde la península arábiga, que en menos de un siglo alcanzaría a la misma Europa. Amr ibn al-As, cinco años después, entraba en Egipto, provincia bizantina, con un pequeño ejército, reforzado poco después con 5.000 hombres capitaneados por Al-Zubayr; en Egipto los cristianos coptos, muy afectos a las doctrinas monofisitas, se enfrentaban a las sutiles y complejas doctrinas cristológicas oficializadas como ortodoxia nueva en Bizancio, con la violenta represión que ello llevaba consigo, y sufrían fuertes cargas impositivas. En pocos meses Alejandría pactó su entrega a los beduinos, aunque en el año 646 el mismo Amr tuviera que volver a tomarla al asalto tras una fugaz recuperación bizantina. En el sur de Egipto Abdallah ibn Abi Sarh, al mismo tiempo, pactaba con los cristianos coptos de Nubia, con sus arqueros tan temidos por los árabes, que pasaban a tener un estatuto especial —válido durante seis siglos— que los protegía de la *yihad* o guerra santa a la vez que mantenía abiertas las rutas comerciales de oro y esclavos negros. Amr y Abi Sarh, respetando a los coptos que llegaron hasta hoy como una minoría en la

región, fueron los artífices de la arabización e islamización de Egipto, que culminaría entre el siglo X y XIII durante los Fatimíes, verdadero clasicismo medieval egipcio. Tras el año 646 se puede hablar de una flota musulmana organizada para neutralizar a los bizantinos y que llegaría a ocupar Chipre (649), y desde el año 643 Amr había puesto las bases de la futura expansión hacia poniente estableciéndose en Barca, clave para la defensa occidental de Egipto, desde donde se organizaron correrías por la costa libia hasta Trípoli, que supusieron el fin de la Pentápolis griega, y por el interior hasta el Fezzan.

En esas expediciones interiores por el desierto libio se forjó la figura desmesurada y heroica del iniciador de la gran expansión hasta el extremo occidental del Magreb, un sobrino de Amr, Oqba ibn Nafí. Son historias que conocen todos los niños argelinos, los magrebíes en general, desde la escuela primaria. Oqba fue el fundador de Cairuán en el año 670, que pasaría a convertirse en el centro de la expansión árabe y musulmana hacia el oeste. Sus acciones y expediciones militares eran más correrías de saqueo o razzias que de conquista más estable de tierras y enseguida pusieron en pie de guerra a los bereberes; el jefe bereber Kusayla llegaba a hacer frente común con los bizantinos del litoral para oponerse a los árabes y Oqba fue sustituido por Abu al-Muhachir, más pacificador, que consiguió atraer a Kusayla a su bando para luchar contra los greco-bizantinos. En el año 675 Al-Muhachir llegó hasta la zona de Tremecén. El año 680 Oqba ibn Nafí sustituyó a Al-Muhachir de nuevo en el gobierno de la región e inició su gran expedición hasta el extremo occidental, atravesando toda Argelia por el interior, llegó a Tánger, cruzó Marruecos, por la ciudad de Volubilis, y a la altura de Agadir, hasta hacer entrar a su caballo en el mar. Durante toda la expedición había llevado consigo, encadenado, a su antecesor Abu al-Muhachir. De regreso hacia el este, sus saqueos levantaban contra los expedicionarios a los bereberes del país y Kusayla, tras una serie de operaciones de hostigamiento, consiguió dividir el ejército de Oqba y derrotarle cerca de Biskra, en la estepa oriental argelina; era el año 683 y en la batalla perdieron la vida tanto Oqba como su prisionero Al-Muhachir. Durante cinco años bereberes y bizantinos hostigaron a los árabes instalados en Ifriqiya y les hicieron abandonar Cairuán. En 688, cerca de esta ciudad, moría el jefe bereber frente al nuevo gobernador sirio Zubayr ibn Qays y el gran político Hasán ibn al-Numan, en una operación similar a la iniciada por el desaparecido Al-Muhachir,

consiguió hacer progresar la islamización de la región y apartar a los bereberes de los bizantinos. La caída definitiva de Cartago en poder de los árabes, en 697-698, en cuya conquista debieron utilizar naves, significaba el fin de la presencia greco-bizantina en Argelia y Túnez.

Hasán ibn al-Numan debió hacer frente a otro violento levantamiento bereber, esta vez encabezado por una mujer iluminada, la adivina Kahina, que derrotó a los árabes en las montañas de los Aurés. Kahina, que literalmente significa la maga o la bruja hoy entre los cabiles, es todo un símbolo de resistencia a los árabes y toda la Cabilia argelina la evoca aún en rótulos de establecimientos populares. La revuelta antiárabe de Kahina será sofocada en el año 701, cuando aquella mujer guerrera es vencida y muerta.

En el tiempo de la sublevación de Kahina, llegaba al Magreb Musa ibn Nusayr, verdadero artífice de la última fase de islamización y organización de la región. Con el paso a España del bereber Tariq ibn Ziyad, *mawla* o liberto de Musa islamizado desde dos generaciones atrás, al que su señor había dejado por gobernador de Tánger, se inicia también la última etapa de la expansión musulmana occidental y el nacimiento de Al-Andalus. En esas primeras expediciones españolas eran bereberes, además, la mayoría de los soldados, como el propio Tariq y, aunque nuevas sublevaciones y revueltas mantendrán el extremo occidental del Magreb al margen del poder de Damasco, la aportación de estos «verdaderos africanos», como los denominaba Mármol Carvajal en el XVI, al mundo musulmán hispanomagrebí fue notable desde entonces. Cuando un amigo cabil o bereber le dice a uno que, como profesor, debe hablarle a sus alumnos de la España musulmana y no de la España árabe, se está refiriendo a esas historias antiguas, verdaderos «mitos» de origen, preservadores de identidades amenazadas que no se desean olvidar.

Si el control de Egipto había resultado bastante rápido y sencillo, no había sucedido así con el Magreb, y la resistencia de los bereberes argelinos había precisado gran cantidad de expediciones y no pocos esfuerzos militares por parte de los árabes. No obstante, se calcula que en estas primeras oleadas de los siglos VII y VIII llegaron unos 150.000 árabes a la región. La segunda gran oleada llegaría en el siglo XI. Algo después de la instalación en Gardaia —que es lo que aquí nos interesa ahora— de los «jariyíes», en torno al siglo X. Las palabras de Ibn Jaldún sobre la dificultad del asentamiento árabe-islámico en el

Magreb —«apostataron hasta doce veces y la doctrina del islamismo no tuvo estabilidad en sus corazones hasta la administración de Musa ibn-Nosair»— se ajustaban mucho a la realidad.

Ibn Jaldún hace también alusión a los «jariyitas» en esos textos de *Al-Muqqadima*:

> Aún después de haberse afirmado el islamismo entre ellos, reinciden en sus habituales revueltas y abrazan las opiniones religiosas de los jariyitas (disconformes).

El mundo de los jariyíes, tan relacionado con Gardaia y el aislamiento de sus habitantes mozabitas durante siglos, es mucho más complejo, sin embargo. Hay que remontarse de nuevo a mediados del siglo VII, cuando desde Egipto una expedición a Medina asesina al califa Otmán y se inicia la guerra entre Alí y Moavia, claves en la escisión de los musulmanes en ortodoxos sunníes y chiíes (o chiítas) o partidarios de Alí, de alguna manera heterodoxos desde la época clásica medieval. Ibn Jaldún, en otro de sus libros fundamentales, su autobiografía, que escribió y retocó hasta el año antes de su muerte, con sobriedad admirable resume estas disputas de tantas consecuencias posteriores. Sigo la edición francesa de Abdesselam Cheddadi y traduzco directamente el párrafo completo:

> Nada más morir el Profeta (Mahoma), los musulmanes se habían dividido ante el problema de saber si debían aceptar o no la autoridad (*wilâya*) espiritual y temporal de uno de entre ellos. Un grupo, los jariyíes (*Kharijites*), negó esta necesidad; la mayoría de la comunidad se pronunció a su favor. Después, las divergencias surgieron en cuanto a su fundamento. Los chiítas (*shîites*) en su totalidad invocaron la tesis de la disposición testamentaria (*waçiyya*): según ellos, el Profeta —que la oración y la salud de Dios sean sobre él— habría dejado una waçiyya en favor de Alí. Pero se dividieron en tendencias (*madhâhib*) innumerables en lo referente a la transmisión de esta waçiyya a los descendientes de este último. Los sunnitas rehusaron unánimemente admitir la realidad de la waçiyya. Encontraron el fundamento de esta necesidad en el ichtijad (*ijtihâd*), que es el esfuerzo de los musulmanes para la elección de un hombre que reúna las cualidades de verdad, de saber y de justicia, en quien delegarían la dirección de sus asuntos.

El párrafo de Ibn Jaldún es de una gran claridad. En él, los jariyíes serían, sin más, los que negaron la necesidad de aceptar una autoridad espiritual y temporal, una vez muerto Mahoma, basada en sus posibles disposiciones testamentarias y, de alguna manera, se autoexcluyeron de la comunidad, de la mayoría de los musulmanes que continuaron con sus disputas en torno a la cuestión hasta la escisión en sunníes y chiíes. Según otra posibilidad, los jariyíes se alinearían, en principio, con los partidarios de Alí, los chiíes, pero en el momento en que vieron que éstos iban perdiendo en la contienda se automarginaron y los sunníes no les perdonaron aquella traición inicial. Los jariyíes, autoexcluidos de la comunidad —la *umma*, concepto clave en el mundo musulmán— o rechazados, sin más, por ésta, debieron emigrar de Arabia en la segunda mitad del siglo VII y, pasando por Egipto y Libia, llegarían en torno al siglo X al palmeral ramificado del M'Zab en donde debieron decidir instalarse, con el permiso más o menos explícito de las posibles autoridades norteñas o vecinas. Ancho era el Sahara. En los relatos de Ibn Jaldún aparece con frecuencia el cobro de tributos a los habitantes del M'Zab por los hafsíes tunecinos, por ejemplo, aunque —nuevamente la frontera— también desde Tremecén, en sus momentos de esplendor, debieron considerar la región como tributaria.

Era un lugar idóneo, sin duda, en un Magreb en el que las heterodoxias religiosas encontraron terreno abonado entre los bereberes; Francesco Gabrielli cita huellas de los jariyíes en Túnez y Tripolitania, que cita al mismo nivel que el chiísmo de los Idrisíes de Marruecos en el siglo IX y en los Fatimíes en Túnez en el siglo X, que luego pasarían a Egipto. Estas tendencias heterodoxas que tendían a arraigar en un Magreb con un importante sustrato bereber, serían neutralizadas

> bastante pronto al ser sometidos a una rígida ortodoxia, a un escrupuloso y fanático estancamiento en los aspectos más formales de la ley islámica que en el África al occidente de Egipto estuvo representada sobre todo por el sistema jurídico-ritual del melikismo.

Melikismo sunní, por un lado, y gran difusión de las cofradías, esas asociaciones religiosas que sustituían la especulación teológica por una exaltación del ascetismo y la piedad, lo taumatúrgico —casi milagrería— y aspectos más populares de la religiosidad; como el marabutismo, tan popular, o la casi veneración de santones individuales que en mu-

chas ocasiones conservaban tradiciones preislámicas impregnadas de usos mágicos y supersticiosos de todo tipo. Aunque sin imágenes —verdadero tabú islámico—, tan próximos al catolicismo popular hispánico, exuberante en sus manifestaciones exteriores de piedad y milagrería.

Fue en uno de los márgenes magrebíes en donde se instalaron aquellos otros heterodoxos musulmanes que eran los jariyíes mozabitas. Todavía en el siglo XIX, poco después de la conquista francesa de 1830, cuando el emir Abdelkader organizaba la resistencia contra los europeos recién llegados, en la primavera de 1835 el marabut Musa el Derkaui, «aventurero inculto y fanático», en palabras de Mostefá Lacheraf, pedía a los habitantes de Medea, a la vez que maldecía tanto a los cristianos europeos como al mismo emir Abdelkader, la entrega de todos los judíos y los mozabitas para matarlos; los habitantes de Medea, a pesar del dramatismo del momento, cercados por los franceses, se negaron a aquella demanda y el emir Abdelkader debió de liberarlos tanto de los franceses como de aquel exaltado. Pero lo sucedido es bien sugerente: en los medios populares y campesinos, sobre todo, en donde el marabutismo tenía más adeptos, los infieles judíos y los mozabitas, también buenos comerciantes y prestamistas, casi un milenio después de su llegada a la región, eran tratados —al igual que los cristianos mismos— como ajenos a la comunidad musulmana, si no enemigos en situaciones de conflicto y anarquía, como aquella situación lo era.

Las cinco ciudades del palmeral de Gardaia, refugio de los jariyíes mozabitas —los ibadíes—, es hoy uno de los tesoros del Sahara. Un milagro, milenario ya, de arraigo, supervivencia y buen gusto. Previa a su instalación en el lugar, habían pasado un tiempo en otro gran centro jariyí, cerca de la actual Tiaret, el centro comercial caravanero de Tahert, así como cerca de Wargla, en Isedraten, cuyos restos arqueológicos más vistosos se conservan en el Museo de Argel; en esta última instalación primitiva aún se conservaban entronques decorativos o de distribución en los edificios —el patio central de la casa abierto, por ejemplo— con el mundo mediterráneo preislámico e islámico. Pero en su asentamiento definitivo en Gardaia, ese clasicismo al que aludíamos, surgido sin duda en siglos de adaptación al medio, en verdad milenario, fue elaborado, para algunos en relación directa también con un cierto puritanismo moral y religioso.

El arquitecto André Ravéreau, entusiasta de la arquitectura mozabita —como Le Corbusier, tan próximo a ella en el gran frente de la

capilla de Ronchamp—, considera que hasta 1950 aquel tesoro milenario se conservaba intacto, y que es a partir de entonces cuando la penetración de la civilización industrial comienza a transformar —nuevas necesidades, nuevos materiales— los usos constructivos y, por lo tanto, comienza a peligrar tan extraordinario legado. Un legado de arquitectura pura, sin concesiones a programas —religiosos, políticos— que no sean la arquitectura misma, sus elementos constructivos —la palmera, el barro—, los accidentes del terreno, el clima y, como mucho, el mero emplazamiento, claramente defensivo frente a un posible enemigo exterior. El resultado sería esencialmente democrático y funcional. Y hermosísimo. «Una lección de arquitectura sin arquitecto.»

Gardaia ha dado el nombre al conjunto, aunque es sólo la principal y más elevada de las ciudades, rematada por la gran torre más visible del conjunto, casi antropomorfa, como un gigantesco extraterrestre que destaca elegante sobre las terrazas de las construcciones apiñadas a sus pies. Beni Izguen, el más antiguo de los asentamientos, al parecer, recibe el nombre del santón que, según las tradiciones locales, convenció a sus contemporáneos de la necesidad de abandonar los cobertizos naturales aún visibles hoy en las cercanías del palmeral, y construir una ciudad. Verdadera historia mítica fundacional.

Por su parte, Melika, una ciudad amurallada que cierra sus puertas para todo ajeno a ella cada atardecer, tal vez es la más críptica y el conjunto de mayor coherencia interna por estar contenida en el marco preciso de sus murallas exteriores. Su aspecto imponente y hermético es el evocado, sin duda, en esa leyenda norteña que habla de mujeres encerradas en sus castillos, a la espera de sus hombres viajeros ocupados en sus mercaderías, y que pueden invitar a un forastero a entrar en su casa, hacerle el amor hasta la extenuación y matarle luego para mantener el secreto de la fortaleza violada.

El mozabita ha sido siempre un gran comerciante y un gran viajero, aunque Gardaia no ocupe un lugar tan señalado en las grandes rutas medievales del comercio transahariano como las vecinas In Salah, El Golea o Wargla. Tal vez por su misma singularidad. La plaza del mercado, entre Gardaia propiamente dicha y Melika, al pie de la colina coronada por la gran torre vigía, mantiene el encanto de los zocos saharauis, indolentes y abigarrados. La llegada de visitantes, cada vez más turistas de Argelia y del extranjero, ha hecho que proliferen las tiendas de recuerdos tradicionales y, en ellas, la rica tapicería inconfundible de fran-

jas blanquinegras dominantes con cenefas finas de vivo colorido y un simbolismo que, sobre todo en el caso concreto de los tapices de la novia, debe de tener un sentido muy concreto para el mozabita, hasta el punto de poder leerlos como si de una carta se tratara. Rombos, aspas, tridentes, arcas, sierras... Todo un jeroglífico de colores cuya legibilidad puede intuirse y que los comerciantes mozabitas consiguen hacer presente en los más lejanos puntos de venta del país, todo un clásico, una vez más, entre la rica tapicería magrebí. En las tiendas, en las que esos tapices típicos del ajuar de la novia dan el tono dominante, es posible encontrar también piezas antiguas, como esos cojines tejidos o bordados para las monturas, de trabajo minucioso y bello y variado colorido. El *seruel* típico magrebí, pantalones a media pantorrilla con multitud de pliegues que arrancan de la cintura y permiten, dada la amplitud del vuelo de las perneras y la holgura de la entrepierna, cabalgar o sentarse a la turca con comodidad, es una prenda muy usada aún, tanto como el pantalón occidental, entre los mozabitas.

Pero el verdadero protagonista del palmeral es la ciudad misma, construida más para defenderse de la luz y del calor que para admitirlos en su interior, como en la arquitectura norteña, con abundantes terrazas para el atardecer y la noche, la hora de la fresca más importante en esas latitudes para el esparcimiento y la conversación que el día mismo. En el verano los habitantes de las ciudades suelen instalarse en el palmeral mismo, en casas con huerto o jardín, mientras que en el invierno suelen subir a sus casas en la ciudad propiamente dicha, el *ksar*.

Además de las obras hidráulicas, presas, pozos y canalizaciones, los cementerios, y en particular el cementerio al lado de la ciudad de Melika, consiguen un conjunto difícil de olvidar. En ellos, en la casa de los muertos, está la única concesión del arquitecto anónimo mozabita a una posible decoración: esos pináculos que rematan bovedillas y ángulos de las torretas, a manera de monumentos funerarios diminutos. Las tumbas de Sidi Aissa en Melika, en las que algunos quisieron encontrar un simbolismo fálico demasiado ostentoso, parecen entroncar con otros similares de los chaambas en Metlili, aunque no son nada extrañas a otras construcciones similares saharianas en ese tipo de barro y con esos remates. Como en el Tassili, algo muy ancestral y antiguo se transmite de manera misteriosa al contemplante, relacionable con un más allá o más acá de la vida o de la muerte, tal «intuición innata» o difícilmente razonable, pura metafísica tactilizada. Algo más que mera

literatura. Sin duda uno de los más exquisitos santuarios de la humanidad.

A pesar del hermetismo de las cinco ciudades del M'Zab, a pesar del ajetreo moderno y comercial que cada vez parece ganar más en Gardaia, el gran palmeral ramificado y el entorno sahariano que le aísla —isla y oasis, mundo completo y diminuto— conservan ese atractivo esencial del que es difícil librarse. Ese tirón especial del sur, de algunos lugares del sur, que advierten al que se va de que un día es muy posible que deseará volver.

Los Aurés. Final montañoso y caravanero

Si el ancho llano sahariano, la línea horizontal dominándolo todo, los perfiles de dunas hasta un infinito de múltiples horizontes o el bosque ralo de las taljas de madera durísima y ramas espinosas constituye un espectáculo único e inolvidable, las montañas ocres del Assekrem, en el Hoggar, sin duda deben encontrarse entre los más desolados y majestuosos paisajes de la Tierra. La línea del horizonte se quiebra y se eleva sin que las distancias que debe percibir el ojo dejen de ser enormes; y la luz, de la deslumbrante cenital a la cobriza o cobreña del atardecer, tan total, a través de ese aire tan incontaminado. Algo tiene que suceder en el cerebro humano, por fuerza, algo físico y definible, no vago, en absoluto sólo metafísico. Un eclesiástico francés, el padre Foucauld, eligió esas latitudes, en la época colonial, para sus experiencias vagamente místicas. Como aquellos precursores del monacato medieval en desiertos egipcios más orientales, en los que Asín Palacios, ese cura aragonés que buceó en la mística islamo-cristiana, a través de los textos sufíes y carmelitanos, quiere encontrar el eslabón misterioso que une las ramas místicas cristianas y musulmanas entre sí y con el neoplatonismo helenístico. Los viejos sueños de la unidad. Más a Occidente aún, en el sagrado Tiris, Saguía el Hamra —la «Acequia Roja» que dice Mármol en el siglo XVI— y Río de Oro, también buscaron hombres excepcionales del norte marroquí un lugar más adecuado para santificarse en el desierto y fueron el origen de no pocas tribus que años después se convirtieron en poderosas; como Sidi Ahmed el Erguibi, origen de los erguibat.

Si los montes del Hoggar son uno de los límites del Sahara argelino por el sudeste, los de los Aurés son el otro límite norteño, muy próximo a la frontera tunecina. Otro de esos parajes montañosos áridos y espléndidos. Allí la vidente bereber Kahina mantuvo en jaque, durante años, a los invasores árabes musulmanes, resistencia que hoy es considerada como un signo de identidad primitiva, sobre todo entre los cabiles.

Las montañas de los Aurés constituyeron, a lo largo de los siglos, un lugar especialmente aislado e inaccesible, como el gran llano del sur. Mármol Carvajal, en el siglo XVI, evoca esa «sierra» que él llama «Auraz», «y que por otro nombre llaman Riega», de una manera sobrecogedora:

> Está poblada por gente rústica que no tiene mayor felicidad que saltear en los caminos y matar a los caminantes para robarlos. En lo alto de la sierra nacen grandes golpes de agua que bajan a la tierra llana y hacen muchas lagunas y, en calentando el tiempo, se secan y se hacen salinas. Estos bárbaros temen tanto la sujeción que no quieren dejar que ningún forastero platique en la sierra porque no sepan las entradas y los pasos de ella, y siempre tienen guerra con los alárabes, sus vecinos, y no obedecen al rey ni a otro señor alguno. Y ahora, en nuestros días, han hecho liga y amistad con unos alárabes cuyo jeque es un renegado español que fue alférez en la ciudad de Bugía cuando se perdió. El cual les ha ido ganando la benevolencia de tal manera que le aman y reverencian como a señor, y le estiman mucho. Y, así, juntan dos mil caballos y más de treinta mil peones.

Esas frases bien claras de «siempre tienen guerra con los alárabes, sus vecinos» y «no obedecen al rey ni a otro señor ninguno» debieron de ser una constante a lo largo del período moderno turco, similar a lo que sucedía en otros lugares extremos de la Cabilia bereber, a la vez que se daba esa aceptación de extranjeros que desearan incorporarse a su mundo pobre y fronterizo. Como muy bien señala Mikel de Epalza, es hora ya de que el historiador prescinda de ese término ambiguo, parcial —responde únicamente al punto de vista del poder cristiano norteño— y deformante que es el término «renegado». Mulud Gaid habla, con más propiedad, de la integración de hombres nuevos en la sociedad Cabil: «Cada vez que un extranjero venía a establecerse en la aldea (cabil)..., era bien recibido»; si se casaba allí, su integración podía ser total

en una familia, pues «cuantos más hombres hay en ella, mayor es su poder y mayor el respeto que le conceden». Volveremos sobre ello.

La acérrima defensa de su independencia, que les hacía ocultar «las entradas» a su arriscado territorio, es posible que comience a venirse abajo con la primera resistencia de sus vecinos a la penetración colonial francesa, a partir de 1830, coordinada por el emir Abdelkader. En uno de los últimos episodios de esa primera resistencia, en 1849, cuando ya el emir podía considerarse vencido, en un pequeño oasis en el entorno de Biskra, el oasis de Zaatcha, colectividades del sur de los Aurés y de las altas mesetas resistieron heroicamente durante muchos meses al ejército francés, antes de ser arrasado. Un siglo después, en los primeros episodios de la resistencia final a los franceses, inmediatamente después del día de Todos los Santos (1 de noviembre) de 1954 —François Mitterrand era por entonces ministro del Interior francés— en los Aurés, como en otros puntos de la más norteña Cabilia, se organizó la guerrilla, o el maquis, y las aldeas de los Aurés fueron bombardeadas y sus habitantes deportados lejos. En aquella región extrema e indomable, límite norteño de la estepa sahariana, el maquis antifrancés los comenzaba a integrar en un verdadero movimiento nacional «argelino».

Hoy, la travesía en automóvil de los Aurés es posible, y es otro de los espectáculos estepario-saharianos difícil de olvidar. De nuevo el esplendor y la dramática aridez ocreamarillenta, esa geografía incomprensiblemente habitada. Y en algún lugar insólito de la ruta, algún poblado de escasa arquitectura, alguna mujer descubierta, descalza, con ajorcas en el tobillo y tal vez algún tatuaje desvaído en el rostro, ágil y cetrina, y algunos niños, pueden ofrecer al viajero algún recuerdo de la región; bien un simple cristal de cuarzo —la riqueza mineral y su potencial explotación en todo el área sahariana es enorme, aunque no entraremos en ello—, bien su pequeña obra maestra, breves alfombras, como de descenso de cama, o más amplias mantas ásperas, no de la fina lana de los oasis del llano sino de pelo de cabra y colores sobrios. Domina el negro o el blanco, franjas sencillas blanquinegras o, más raramente, franjas marrones. Pocas piezas son completamente marrones y, éstas, mucho más caras, dentro de los precios casi ridículos si luego ante esos tejidos, y lejos de allí, te consiguen hacer evocar aquel testimonio extremo de vida. La explicación del precio es toda una lección de economía racional. Del rebaño de cabras familiar o del poblado —tal vez la cabra sea uno de los pocos animales domésticos que consigan triscar

algo en aquel entorno de sequedad—, la mayoría son blancas o negras y nacen muy pocas cabras marrones. El pelo de cabra marrón, por lo tanto, lo usan con mucho más tino que el blanco o el negro y, además, encarece la pieza; una manta o una alfombrilla marrón es dos o tres veces más cara que otra blanquinegra. No hay tinte: aquel tejido es del color natural de la cabra de los Aurés. Uno puede llevarse consigo un verdadero talismán, sobrio y áspero como la gente de la tierra, con los tres colores naturales de la cabra de los Aurés.

Mármol Carvajal, en su texto del siglo XVI, hablaba de agua y del secreto bien guardado del acceso a los lugares habitados. En pleno corazón de los Aurés es posible comprender ese secreto en el mirador sobre las gargantas del Rufi: en el hondón de una garganta cortada a pico, desde lo alto, al lado mismo de la carretera , muchas decenas de metros abajo en vertical, un manto verde formado por penachos apretados de palmeras, un oasis en una profunda hondonada. Seguro que allí está la vida secreta de los Aurés, el agua, los ríos, las viviendas. En lo alto de los montes y en sus laderas, los dramáticos rastros de la erosión y la aridez; en lo profundo de las cortadas, el agua, los huertos y las palmeras. Nuevamente el mundo todo, diminuto y rodeado de grandes extensiones de difícil acceso, el aislamiento, el tiempo detenido. Testigos únicos y espectaculares de un Sahara fértil que comenzó a desecarse hace más de 5.000 años.

Biskra, uno de los más próximos accesos o salidas de los Aurés al llano, en un mapa reconstruido de las posibles rutas de las caravanas del desierto, relativamente cercano al gran mercado más al sur de Wargla, es uno de los principales centros de llegada de esas caravanas y redistribución hacia el norte, hasta la costa de Argel, Beyaia —la antigua Bugía de los españoles, el puerto más importante de la costa cabil— y Túnez. A ella llegaban, vía Wargla y El Golea, caravanas de camellos con mercancías de Tombuctú, de Niani o de Gao, en la cuenca alta o media del río Níger, y con ellas el oro del país de los negros —«Bled es Sudan»—, de Bambuk, Yené y Futa Yalon. Es, sin duda, la ruta más clásica del desierto argelino desde el siglo XIV. Ibn Jaldún hablaba de caravanas de hasta 12.000 camellos. El gran palmeral de Biskra, como el de Wargla, produce dátiles muy apreciados y en el oasis conviven grupos de raza y tradiciones tribales bien diferenciados, bereberes y árabes, nobles saharauis.

Más al sur, por In Salah, las caravanas solían dirigirse más hacia el este, por Gadamés hacia Trípoli. Más al Oriente todavía, por el Fezzan, ya en el desierto libio, la que llamaban «ruta de los garamantes» y otra muy famosa hacia Egipto, la llamada ruta de los 40 días, peligrosa y expuesta a los salteadores. Hasta el siglo XIII las principales caravanas del Magreb seguían rutas más occidentales, con Siyilmasa, en el Tafilete marroquí, como centro importante, que sería sustituida por Wargla a partir del siglo XIV. Aún en el siglo XVI, como vimos en la narración que hacen Sosa y Mármol de la expedición de Salah Bajá, y a pesar de la ruta marítima abierta por los portugueses, el oro seguía llegando en grandes cantidades a Wargla a través de las caravanas del desierto. También estas rutas más occidentales tenían su vertiente argelina, hasta Tremecén y su salida al mar por Honain y por Orán. La decadencia de estas rutas debe relacionarse con la inseguridad a causa de los tuaregs y, tal vez, con la llegada a la zona del actual Sahara occidental de las tribus del tronco Ma-akil, los Ulad Delim y Beni Hasán sobre todo, que originarios del Yemen —su lengua, el hasanía, lo atestigua con claridad— repoblaron aquel territorio, siglos atrás abandonado, con la expansión almorávide del siglo XI y desplazaron hacia el sur de nuevo a pobladores de raza negra. Pero ésa ya es otra historia.

Se puede hablar de una continuada actividad comercial de no poca importancia, y en la que la sal jugaba un papel destacado. Las salinas de sal gema de Tegazza fueron un punto de contacto importante para las rutas más occidentales, como las salinas del Air para las más orientales. Al carecer de sal en el África negra, la sal alcanzaba precios muy altos, en ocasiones hasta su peso en oro, sobre todo cuando los caravaneros pasaban a las zonas más próximas a las minas y prescindían de intermediarios. Con la sal, las caravanas transportaban también telas apreciadas —sedas, lanas finas, algodón—, metales como el hierro y el cobre, en lingotes o en anillas, perlas o frutas como dátiles e higos, así como libros manuscritos, muy apreciados e importantes para la penetración islámica en el África sudsahariana. De retorno, con el oro —en polvo, normalmente—, las caravanas portaban pieles y marfil, goma y cola, especias como la pimienta y esclavos. Grandes viajeros como Ibn Batuta o el mismo León *el Africano*, describieron estos viajes transaharianos, en los que participaron, de oasis en oasis capaces para dar de beber a recuas de camellos, cientos y hasta miles, cada uno ca-

paz de beberse hasta 100 litros de la preciada agua. Caravanas siempre emocionantes, de intercambios de todo tipo, en las que podían viajar también ricos peregrinos hacia La Meca o en su viaje de regreso al mismo tiempo que aventureros, siempre abiertas a la fantasía de relatos de viajes lejanos y prodigios.

El Sahara desecado, mero recuerdo dramático del Sahara fértil más de cinco milenios atrás, seguía siendo transitado, como antaño por tiros de bóvidos, a lomos del dromedario hace ahora 2.000 años. En pocos decenios, el todoterreno se ha incorporado plenamente a las carreteras y pistas del desierto y, desde hace menos tiempo todavía, las travesías deportivas, esos *rallies* transaharianos periódicos, pueden ser contemplados casi en directo desde todo el mundo. Las advertencias que Richard F. Burton lanzara hace siglo y medio sobre los peligros que el contacto con el mundo occidental «civilizado» iban a suponer para tantos pueblos son plenamente actuales.

II

LA CABILIA ARGELINA

La Qalaa de los Banu Hammad y los árabes en el Magreb. La tradición oral cabil

> *¡Machaho! ¡Tellem chaho!* es la fórmula, incomprensible pero evocadora, con la que se abren todos los cuentos que, desde tiempos muy remotos, las viejas abuelas bereberes de Cabilia repiten a sus nietos (y a todos los que son menores que ellas),

escribe Mulud Mammeri para introducir una de sus colecciones de cuentos tradicionales, recogidos de la tradición oral, de su pueblo.

> Es el signo de la antigüedad; es también el mágico *sésamo*, la fórmula que da acceso al mundo a la vez extraño y familiar, donde todas las maravillas están al alcance de la mano y todos los deseos se satisfacen milagrosamente —como en los sueños—, o cruelmente se frustran —como en la realidad.

Mulud Mammeri, muerto en accidente de automóvil en 1989, natural de un pueblecito cabil argelino —Taurirt-Mimún—, estudiante en Marruecos y en París, soldado en la Segunda Guerra Mundial, fue un reconocido novelista y antropólogo; desde 1962, con la independencia argelina, organizó el Centro de Investigaciones Antropológicas y fue un intelectual de gran prestigio siempre en Argelia, enamorado y estudioso de las tradiciones orales de la Cabilia bereber.

La tradición oral es otro de los tesoros argelinos, como lo es de toda África. El *griot* del Sahel subsahariano, el *iguiu* saharaui, que recuerdan y recitan las tradiciones tribales, los narradores de historias que

entusiasmaran a Juan Goytisolo en la plaza de Marraquech y que fueran la base de esa colaboración literaria espléndida entre el marroquí M'Rabet y el norteamericano Bowles. Pero también la amplia labor recopiladora de los historiadores argelinos para dejar testimonio de su última gran guerra de independencia contra los franceses, en sus múltiples fases, en reuniones, grabaciones y seminarios monográficos con antiguos muyaidines —algo así como «guerrilleros»— para reconstruir con minucia todos los sucedidos de aquellos hechos memorables. Mulud Gaïd, un historiador cabil argelino actual, ha recurrido con frecuencia a esas tradiciones orales ante la carencia de documentación escrita, o para reconstruir unos hechos para los que la única documentación conservada procedía sólo de una de las partes del conflicto, la Administración colonial. Así, para reconstruir algunos episodios del levantamiento contra los franceses de los hermanos Mohamed y Bumezrag el Mokrani, en 1871, cita a Lalya ut-Aissa, anciana de 103 años cuando murió en 1953, casada a los 14 años y testigo memorioso de algunos de aquellos hechos.

Esa tradición narradora popular también alcanza a tiempos muy remotos, a sucesos que los historiadores reconstruyeron con bases más firmes, pero que conservan el encanto de lo «vivido» y lo «fabulado» con ingenio y verismo. La llegada al Magreb, a mediados del siglo XI, de los Banu Hillal y los Banu Soleim, en el mismo momento en el que en el Sahara más occidental estaba surgiendo el movimiento almorávide, desestabilizó el oriente argelino primero, y luego toda la región, y produjo toda una cadena de migraciones secundarias que debieron de dar lugar a no pocas tensiones. He aquí un amplio relato tradicional, recogido por Mulud Gaïd, a medias fiel a alguna narración, a medias reelaborado por él mismo, del abandono de la Qalaa de los Banu Hammad, fortaleza clave del oriente argelino, por una familia, la familia de Yala, que terminó instalándose en un lugar retirado y montañoso, más protegido por lo tanto, de la Cabilia y que sus descendientes conservaron hasta hoy como verdadero mito de origen o fundacional. Traduzco directamente del relato de Mulud Gaïd.

> Yala poseía un huerto a las puertas de la ciudad (de la Qalaa de los Beni Hammad), en donde recogía los racimos de su viña en aquel verano del año 1061. El transporte se hacía a lomos de asno con albardas. Conocedora del camino, la bestia volvía sola al domicilio en donde la esperaba uno de los hijos que descargaba la carga. El asno

volvía al huerto en donde Yala y sus hijos cumplían sus faenas. El ir y venir se hacía sin tropiezos. Las gentes, habituadas a la disciplina impuesta por los príncipes de la Qalaa, se ocupaban de sus negocios sin inmiscuirse en los de los otros. La paz, la tranquilidad y la probidad de los habitantes reinaban en la capital de la provincia. En el curso de este ir y venir, el asno tardó en volver al huerto. Yala, inquieto, tomó el camino seguido habitualmente por su jumento. A algunos pasos de allí, lo vio parado, la carga desequilibrada. Alguien se había divertido en tomar algunos racimos de uvas de las albardas. Tras haber reequilibrado la carga, Yala condujo el asno a casa. Pero, a algunos pasos de las fortificaciones de la ciudad, vio individuos extraños que desmontaban de sus camellos y se disponían a acampar allí. Comprendió que sólo aquellos extranjeros habían podido poner las manos sobre sus frutos, y que no podían ser otros que los Banu-Hillal, cuya llegada se esperaba de un momento a otro. Por la tarde, cuando toda su gente había vuelto a casa, tuvo un consejo de familia para discutir los sucesos del día y tomar las decisiones que se imponían. Después de que todo el mundo dio su parecer, teniendo en cuenta la situación interior del país (todos estaban al corriente de la invasión Hillaliana y de sus fechorías), las posibilidades de la familia, la dirección a tomar, etc., Yala concluyó en estos términos: «El hombre del *mehari* —dromedario blanco— ha llegado; el extranjero está bajo nuestros muros; de un momento a otro nos arriesgamos a ser sus víctimas; es preciso, antes de que sea demasiado tarde, abandonar estos lugares y, para no levantar la atención de los vecinos sobre nuestra intención, vamos a fingir que discutimos y que decidimos, bajo el influjo de la cólera, vender todos nuestros bienes a excepción de la casa. En cuanto al rebaño, desde mañana temprano nos precederá y nos esperará a una jornada de marcha hacia el norte». Al día siguiente todo se desarrolló como estaba previsto. Por la tarde, al anochecer, todo estaba listo para la partida. Cuando todo el mundo dormía y las calles estaban desiertas, Yala y su gente abandonaron la ciudadela para siempre. Por la mañana los vecinos no vieron a nadie salir de la casa. Algo después, se inquietaron. Después forzaron la puerta de entrada. El patio estaba desierto, las puertas de las habitaciones abiertas, no había ni un alma. Alguien entró en una habitación y vio un gran plato de madera (*el gassa*) en el centro de la habitación. Volvió sobre sus pasos para enseñárselo a sus compañeros. Cuando levantaron la fuente de madera descubrieron dos pichones: uno, después de algunos retozos, echó a volar; el otro, las plumas de las alas arrancadas, esperó hecho un ovillo. Se dieron cuenta de que llevaba un papel

plegado colgado al cuello. Lo desplegaron y leyeron lo que sigue: «Aquel que tenga alas que las despliegue y vuele; el que esté desprovisto de ellas, que permanezca clavado en el suelo a merced del primero que llegue». Comprendieron enseguida las alusiones de Yala y el consejo dado a todos los que deseaban evitar los sinsabores y la ruina en una guerra próxima con las hordas de los Banu-Hillal.

El relato tradicional continúa con el itinerario de Yala y los suyos, con muchos detalles sobre su ingenio para adentrarse en tierras desconocidas hasta encontrar el lugar de su nueva instalación, un lugar «maravilloso..., ideal para vivir lejos de las molestias de los poderes públicos y de las incursiones de los ladrones y de los salteadores de caminos». Allí, la familia pasaría a vivir de la tienda de campaña a una casa de piedra, con sus rebaños de cabras y ovejas y, como bereberes instruidos durante su etapa en la Qalaa de los Beni Hammad, conocedores del Corán y de la religión, formaron alianzas con otras familias bereberes —los Ait Ahmed o Yusef y los Zata— y a la muerte de Yala le hicieron un mausoleo entre Taurir y Guenzet, aunque sus descendientes, los siete hijos de Yala, buscaron asentamientos de clima más benigno y fundaron aldeas con otros cabiles, sobre los que adquirieron pronto cierta predominancia debido a su mayor formación religiosa e intelectual, aldeas que fueron tomando sus nombres. Sus descendientes son los Beni-Yala, a quienes el historiador «local», como él dice, Mulud Gaid, sigue hasta hoy a lo largo de la historia del país.

¡Machaho! ¡Tellem chaho!, podría decirse, como la abuela cabil al inicio de una de sus historias fantásticas, si no fuera un verdadero documento oral del origen familiar de un amplio grupo de aldeas de esa región montañosa fascinante que es la Cabilia argelina, tierra de los «verdaderos africanos» que dijera Mármol Carvajal en el siglo XVI. Cuando llegaron los árabes Banu-Hillal, tiempo evocado en el precedente relato, ya los bereberes tenían una larga historia de independencia y mestizaje, ya habían pasado por allí griegos y fenicios, cartagineses y romanos, vándalos y bizantinos, y dejado su impronta particular. Más tarde habrían de pasar, ya omnipresentes los árabes y plena la islamización, los turcos, muy ligeramente los españoles e italianos, y los franceses finalmente. ¿Impenetrabilidad del mundo musulmán? Un concepto que habría que revisar en profundidad. Como los vascos en España, de alguna manera los bereberes habían sabido guardar su identidad, su

lengua bereber difícil y de raíces que se perdían en la noche de los tiempos, sin nada que ver con otras lenguas de pueblos que se sucedieron luego en la región y que, vencidos por otros pueblos —ese ser lugar de paso frecuentado de toda la zona—, sus supervivientes terminaban confundiéndose y diluyéndose entre aquellos escasísimos montañeses diseminados por caseríos de piedra en rincones olvidados de su accidentada geografía. Sólo una visita al país mismo, a la Gran Cabilia y a la más costera Pequeña Cabilia, el entorno de la cordillera del Yuryurá, sus caseríos en las crestas de las montañas —más fáciles de defender que en el valle, sin duda— y las carreteras y caminos, densa red de comunicación, que van por lo alto de las lomas, de cima en cima, con cortadas a ambos lados con olivos de copas frondosas que más parecen nogales, o con bosques de robles —como en la ruta que desciende desde Azasga a Beyaia, la Bugía española, hasta el mar— o abundantes cedros, como en la estación de esquí de Tichda. Cualquiera de las rutas elegidas, que se pueden cubrir perfectamente en automóvil, pueden mostrar al visitante ese mundo atomizado. Si en el gran llano del sur podía hablarse de tiempo detenido, por las montañas cabiles uno se adentra en el tiempo perdurado.

Estos «verdaderos africanos», que dijera Mármol en el siglo XVI, han despertado la imaginación de los investigadores europeos desde la época colonial, desde el siglo XIX, y se ha fabulado mucho con su remoto origen; se habló de migraciones antiguas desde Asia Menor y de entronques iberocaucasianos o georgianos —como, por otra parte, también sucedió con los vascos—, migraciones que algunos han intentado fechar en algo más de 5.000 años, de las que se pretendieron encontrar rastros en el Sinaí, en el Bajo Egipto y hasta en el lejano Yemen. También se habló de entronques bereberes con los guanches canarios; la arqueología saharaui, de la que el profesor alcalaíno Rodrigo Balbín sabe mucho, tiene la palabra al respecto. Tradiciones populares cabiles muy imaginativas quieren ver en su pueblo los antecesores de los iberos españoles, y hasta en el nombre de algunos jefes míticos el origen de ciudades como Sevilla —de Chebila— y hasta del nombre de la misma Andalucía, del jefe Wanda. *¡Machaho! ¡Tellem chaho!*, podría decirse al encabezar estos relatos sugestivos.

En lo que sí están de acuerdo todos es en la gran estabilidad o perdurabilidad de las costumbres bereberes a través de los tiempos. Tal vez la intuición muy interesante de Ferdinand Braudel del concepto de

«larga duración», esas constantes y estructuras que perviven más allá de los acontecimientos y de los períodos históricos de duración media y hasta seculares, tan fecundo en su trabajo magistral sobre el Mediterráneo en la época de Felipe II, se le mostrara durante su estancia de joven historiador en la Argelia colonial, al contemplar esos tatuajes que todavía las mujeres cabiles llevan en su rostro, muñecas y tobillos con signos que se encuentran hasta en la vieja cerámica neolítica de la región y que para algunos son herencia mágica de raigambre fenicia contra el mal de ojo o como defensa de enfermedades y peligros; o en usos artesanales y de trabajos cotidianos que aún hoy están vivos y que en textos romanos de hace 2.000 años eran ya considerados como primitivos.

Iniciado el asentamiento del Islam en la región con el gobierno de Musa, a principios del siglo VIII, un período muy agitado pero de gran interés se abre en todo el Magreb, en el que los bereberes Sanhaya, con sus dos ramas principales los Suawa y los Kotama, iban a tener un papel de importancia. Parece ser que la gran cordillera del Yuryurá, en el corazón de la Cabilia argelina, iba a ser vagamente su línea de demarcación; hacia el oeste, y hasta la zona de Tenés, sería el territorio de los Suawa, y hacia el sur y el este, los montes de Biban y de Babor, hasta Yiyel en la costa y hasta Setif por el sur, las varias ramas de los Kotama, quienes jugaron papel más activo en esos tiempos conflictivos y plenamente de transición hacia una mayor estabilidad política.

Nuevamente Ibn Jaldún y las tradiciones cabiles son las fuentes fundamentales para intentar reconstruir aquellos tiempos verdaderamente fronterizos, así como los enfrentamientos entre los diferentes movimientos doctrinales y sectarios musulmanes, esos «jariyitas» o disidentes, en sentido amplio, que dijera Ibn Jaldún, y chiítas. Los bereberes Kotama fueron destacados guerreros al servicio de autoridades locales de Beyaia, en la costa, o de Constantina, más en el interior, en el oriente argelino; sobre todo, fueron decisivos en el triunfo de los Fatimíes y el ascenso del Mahdi —el Esperado, que había de hacer su aparición al final de los tiempos, al que el Séptimo Imán aguardaba, pasado a la *gayba* u ocultación hasta que él llegara— Obeid Allah como califa de un estado chií en Cairuán a principios del año 910, que a lo largo del siglo X incorporaría amplias zonas del Magreb, Sicilia —en donde la casa Kalbi, a mediados del siglo X, mantendrá un poder musulmán hasta la conquista de los normandos a partir del año 1060— y se ex-

tendería hasta Egipto y Siria. Ese Estado fatimí que terminaría abandonando el Magreb y haciendo de Egipto su centro hasta el siglo XIII, arrastró consigo a importantes sectores bereberes de los Kotama que terminaron confundiéndose con otros pueblos vencidos orientales, aunque otros muchos se quedaron en sus tierras de origen, nómadas entre los Aurés y Buira o sedentarios en las zonas montañosas de Biban y Babor y en la costa entre Skikda y Beyaia.

Abu Abdalla, el chií, fue el artífice de esta colaboración estrecha de los Kotama con el Mahdi Obeid-Allah, el que arrastró a la aventura fatimí a gran parte de su pueblo cabil. Él es también, en el verano del 909, el vencedor de los jariyitas de una de las terminales caravaneras más interesantes entre Tremecén y Argel, Tahert (rostemíes), más o menos la actual Tiaret, imanato bien relacionado con otra rama jariyí más occidental, los sufíes de Siyilmasa, con los que estaban emparentados por matrimonio sus gobernantes, así como con la rama ibadita de los jariyíes mozabitas de Gardaia. La cinofagia de estas ramas heterodoxas del Islam, tanto de Siyilmasa como de Tahert y de Gardaia debió de ser una «costumbre culinaria preislámica», como recuerda Ki-Zerbo,

> asociada a la idea de jariyismo, aborrecida por los melikitas —como los almorávides—, que recordaban el hadiz del Profeta: «Los ángeles no entran en una casa en la que habita un perro».

Así se entiende mejor también a Al-Bakri cuando dice que los almorávides, cuya irrupción en la región iba a suceder un siglo largo después de esta preponderancia de los bereberes Kotama en el Magreb a la sombra de los chiíes fatimíes, «mataban a todos los perros que encontraban y no perdonaban a ninguno».

Contemporáneo del apogeo califal cordobés en Andalucía y del dominio tuareg —otra rama de los Sanhayas también, por otra parte— en el extremo sur sahariano ya comentado —el amplio dominio desde Audogast a mediados del siglo X—, el fin de la supremacía de los cabiles Kotama en el oriente argelino va ligado al desplazamiento de los fatimíes hacia el este y su sustitución en Túnez (Ifrikiya) por los ziríes. Diversos levantamientos bereberes, entre el 992 y el 998, terminaron dramáticamente este año con una amplia derrota de los Kotama en las proximidades de Setif; muchos de ellos se dispersaron de nuevo por sus montañas de origen y, diez años después, la fundación de la Qalaa por

los Banu Hammad, a 20 kilómetros de la actual M'Sila significaba un nuevo intento de organización política de la región. El chiísmo, en medio de complejas luchas y banderías, será sustituido por el sunnismo, relacionado con el reconocimiento de la autoridad del califa de Bagdad; y la irrupción de los Banu Hillal, con la que iniciábamos este relato complejo de aquellos agitados años, y la destrucción de la Qalaa de los Banu Hammad fue, de alguna manera, un castigo planeado por las nuevas autoridades árabes contra aquellas regiones bereberes levantiscas y heterodoxas. El melikismo sunnita de los almorávides, que no tardarían en llegar a la región, completaría aquel proceso de relativa uniformización islámica.

La búsqueda de un refugio nuevo en las montañas de la familia de Yala, con la que abríamos este relato, era significativa. Sobre todo, aquella huida a lugares más alejados de las molestias de los «poderes públicos» y de los saqueos a los que éstos parecían reducirse, presente en el relato tradicional recogido por Mulud Gaïd, puede estar en la base del recelo hacia los diversos intentos de estructuración política en la región y a la tendencia a la disgregación y al aislamiento de la aún hoy impresionante geografía de la Cabilia y su poblamiento peculiar.

En el tiempo en el que irrumpían en el Magreb los Banu Hillal, «como un ejército de langostas, arrasándolo todo a su paso», en palabras de Ibn Jaldún, la segunda gran oleada árabe, en cuanto al número, en la región, con los desplazamientos consiguientes de otros grupos tribales secundarios, un gran movimiento bereber estaba naciendo en el extremo occidental del Sahara, el de los almorávides; desde las actuales Sahara occidental y Mauritania, en donde sus fundadores se habían exiliado desde Siyilmasa, y con una doctrina musulmana rigorista, sunnita melikita, en pocos años se expandieron entre Ghana y el río Senegal, por el sur, y Castilla y Aragón, los ríos Ebro y Tajo, por el norte; en el Magreb —fundan Marraquech en el año 1070 muy posiblemente—, llegaron hasta Argel, a las puertas de la actual Cabilia argelina. No duró más allá de dos generaciones aquel movimiento. Un nuevo reformador religioso antimelikí, otro bereber del Alto Atlas marroquí, Ibn Tumart, instauró una nueva dinastía, los almohades, que llegó a unificar todo el Magreb, hasta Túnez (Ifrikiya) y dio a toda la región un período de particular esplendor cultural. Con la desaparición del último rey almohade, asesinado en Fez en 1270, surgen los tres reinos clásicos de la baja Edad Media magrebí, el de Fez de los Benimerines, el de Treme-

cén de los Abdelwadíes y Zianíes y el de Túnez de los Hafsíes que controlarán con mayor o menor eficacia sus territorios dependiendo de sus enfrentamientos entre sí o de sus luchas internas, con frecuencia disputas dinásticas engendradoras de múltiples banderías.

La región de Setif y de M'Sila, y hasta Medea por el oeste, ya bien diferentes de la estepa argelina —en el entorno de M'Sila la gran «muralla verde» indica a las claras que se está en un mundo distinto del sahariano, aunque siempre amenazado por la desertización—, es una de las zonas bisagra, fronterizas en un marco mucho más amplio fronterizo, de articulación de grupos bereberes y árabes. La Qalaa de los Banu Hammad es bien significativa al respecto. Aunque el control de los almorávides se quedó a las puertas de esa región, en torno al año 1090 la ciudad costera de Beyaia puede considerarse que sucede como posible capitalidad a otras instalaciones del interior, proceso que culminará medio siglo después, cuando los almohades —o muminíes, por el sucesor de Ibn Tumart, Abd el Mumen, bereber originario del extremo occidental argelino-marroquí, para algunos del entorno del mismo Honain— en su expansión hacia Ifrikiya destruyen de nuevo la Qalaa de los Banu Hammad en 1152 y dan lugar sin duda a nuevas migraciones hacia las zonas montañosas de los actuales cabiles. Región de rica agricultura, cerealera y pastoral, verdaderamente estratégica como contacto con el llano de las zonas montañosas cabiles y ruta este-oeste al norte de las rutas caravaneras más sureñas, la ciudad romana de Yamila, cerca de Setif es testigo espléndido de su importancia milenaria. Precisamente en el entorno de M'Sila fijó su residencia un tiempo, al salir de prisión a la muerte de Huari Bumedien, el que fuera primer presidente de la Argelia independiente, Ahmed Ben Bella. En la órbita de los hafsíes tunecinos, a través del gran centro urbano oriental argelino de Constantina, a lo largo de la baja Edad Media, la verdadera capitalidad bereber, sin embargo, se había trasladado hacia la costa, hacia Beyaia. Pero nunca se perdieron sus estrechas relaciones con el interior: cuando la ciudad de Beyaia caiga en manos de los españoles de Pedro Navarro a principios del siglo XVI, su emir Abderrahmán, tras enviar vía Constantina hasta Túnez a su familia, él y su gobierno volvieron a esos lugares ya ancestrales, más al interior, hasta M'Sila.

Si la islamización de los cabiles argelinos puede decirse que fue plena, no sucedió así con su arabización y aún hoy es posible encontrar

cabiles que prefieran estudiar una lengua europea —el francés, sobre todo—, como segunda lengua, al mismo árabe. La arabización lingüística, sin embargo, más fuerte en el grupo bereber de los Suawa, fue pareja a la islamización. Una ciudad de imprecisa localización, verdaderamente legendaria, Ikyan, capital y fortaleza de los Kotama, es recordada como el centro cultural más antiguo, previo a la Qalaa. Fue centro de irradiación shiíta y el lugar al que eran enviados los chicos para estudios coránicos, gramaticales y jurídicos, y de allí partían hacia las aldeas bereberes los *tolbas* o maestros coránicos y que atendían las mezquitas en busca de trabajo. La capitalidad cultural de la legendaria Ikyan sería heredada, después de la Qalaa, por Beyaia, que llegó a tener una importante tradición cultural y lugar preferido por Raimundo Lulio para sus disputas teológicas con sabios musulmanes; una tradición, al parecer desmentida recientemente con nuevos estudios sobre sus restos, presentaba a Lulio como martirizado por los musulmanes en Beyaia.

Aunque el movimiento almorávide en el siglo XI no alcanzó a controlar políticamente la actual Cabilia argelina, su influjo tras el ascenso de los almohades sí se dejó sentir, como en todo el Magreb —y en España— por otra parte, a través de los «marabuts». Almorávides bereberes huidos de la persecución almohade se refugiaron en el Sahara occidental, en Saguía el Hamra —esa región que Mármol llamaba la «Acequia Roja» en adecuada traducción del XVI—, así como en amplias zonas más o menos marginales de todo el Magreb, como las montañas de la Cabilia misma. Estos marabuts, a título individual o con sus familias, que decían venir de Saguía el Hamra y rodeados del prestigio de su origen más o menos ficticio, fueron abundantísimos y daban lecciones coránicas, mediaban en asuntos locales entre individuos o familias, sobre todo en los medios rurales, asesoraban hasta en los asuntos más íntimos y recibían regalos y contribuciones anuales —*lachor*— de los crédulos campesinos. En las aldeas cabiles fueron muy frecuentes aunque no todos fueran verdaderos «morabitines», pues con frecuencia eran simples bereberes arabizados de épocas prealmorávides —y hasta de la época fatimí de Ikyan— o árabes de tribus próximas a las montañas de la Cabilia. Su integración en la sociedad cabil —como en el resto del Magreb, salvo tal vez en los medios urbanos— fue sólo parcial, para no llegar a confundirse totalmente con los sectores populares bereberes y mantener su prestigio «marabutista», su influencia y sus regalos periódicos y anuales; esa integración imperfecta se manifestaba en

el hecho de que, aunque podían llegar a casarse con mujeres cabiles, raramente daban en matrimonio a sus hijas a hombres de la región. Particulares costumbres casi milenarias y dictadas por la tradición.

Desde Beyaia, a través del valle de la Summam, una de las vías de penetración clásica en la montañosa Cabilia hasta hoy, aportaciones exteriores accedían también al semicerrado mundo de las aldeas cabiles de las montañas en torno al Yuryurá. Mulud Gaïd habla de los «Harbil», arabehablantes que adoptaron las costumbres de la región y también la lengua, hasta dar en un árabe cabilizado particular, y que relaciona con gente procedente de Beyaia, exiliados o desterrados —delincuentes comunes, oponentes políticos, *talebs* turbulentos u hostiles al poder— y que encontraban refugio en las montañas.

El reino de Cuco

En el siglo XVI, en las abundantes fuentes españolas sobre la región, estos procesos de aislamiento combinado con integración de gentes nuevas procedentes del exterior, normalmente aportaciones masculinas que convertían a la mujer cabil en gancho incorporador, así como con ocasionales e interesantes descensos de sus montañas al llano para participar en los diversos acontecimientos de alcance «nacional», podría decirse, serán una constante a partir del siglo XVI.

El mundo cabil-bereber, en principio, no sólo aceptó al recién llegado Aruch Barbarroja en la costa, sino que fue una ayuda importante en su verdadero acto fundacional del «Estado» de Argel. Las fuentes españolas al respecto —la biografía de los Barbarroja de Gómara, la historia de Carlos V del obispo Sandoval que sigue mucho a Gómara en este asunto, Mártir de Anglería, Mármol o Antonio de Sosa básicamente— son de gran interés para comprender, con sus variados matices, las iniciales buenas relaciones de los cabiles y los corsarios, en principio, y su posterior ruptura, que debió coincidir con la incorporación al orden turco-otomano de Argel con Jeredín Barbarroja, hermano de Aruch. En el caso de Sosa, además, se incluyen muchos testimonios orales del momento y lo que podríamos considerar, en ellos, la «versión oficial» argelina de los medios corsarios con respecto a la espinosa y conflictiva «cuestión cabil» en el siglo XVI. Son relatos, en los que no podemos entrar aquí con pormenores, de una gran viveza literaria, sólo compa-

rables a las tradiciones bereberes mismas, recopiladas por Mulud Gaïd o por Tahar Usedik en sus visiones «locales» de aquellos acontecimientos. Intentaré trazar las líneas maestras de aquellos sucesos cabiles, en los que los enfrentamientos dinásticos y tribales tuvieron no poca importancia, constante ya resaltada por Ibn Jaldún y herencia de aquella Edad Media árabe-bereber tan agitada, en la que el relato de la huida de la familia de Yala era concluyente al respecto: «Las molestias de los poderes públicos» y los ladrones y salteadores de caminos eran algo similar en el fondo.

La conquista de Pedro Navarro de Beyaia a principios de enero de 1510, con sus contundentes tácticas de gran corsario —Roncal el Salteador le llamaron durante su juventud corsaria, hábil marino vasco y experto minero—, y el asentamiento consiguiente de los españoles en la costa cabil, contó con una división interna importante: el enfrentamiento entre el emir Abderrahmán —el Hafsí, precisa Gaïd, con lo que se resalta la estrecha ligazón a la familia reinante tunecina— , «rey de los barbaruzes», en el relato del obispo Sandoval, y su sobrino Muley Abdallah, hijo del anterior «rey» de Bugía (Beyaia) Abdelasis (Abdalhaziz), de quien era tutor y a quien había ordenado cegar «con una plancha de hierro ardiendo». Los españoles utilizaron al agraviado Abdallah, a quien lograron curar de sus heridas y ceguera, para oponerse al emir Abderrahmán, a quien tardaron más de tres meses en neutralizar, tras una batalla que Mártir de Anglería fecha el 19 de abril y tras la que, saqueado su real, debió retirarse a la Qalaa de los Beni Abbés después de enviar a su familia a Túnez, vía Constantina. A este centro de poder en la región deben referirse las fuentes españolas cuando hablen del rey de La Abez, de tanta importancia hasta la expulsión de los españoles de Beyaia por Salah Bajá, en 1555, y que, según Mármol, colaboró con los turco-corsarios de Argel en la expedición a Tugurt y Wargla para fijar su integración en el régimen argelino en 1551, puede ser que después de haber pactado con Salah Bajá la operación antiespañola contra Bugía, que la sucede inmediatamente en el tiempo.

Tras una serie de negociaciones y capitulaciones —por parte española llevadas a cabo por Alfonso de Rabanera—, por las que se pretendía asegurar el abastecimiento de Beyaia desde la Cabilia misma y el pago de unas parias o impuestos semisimbólicos —tres halcones, tres caballos y tres camellos— por parte de Abderrahmán, el asesinato de éste por los suyos y la ruptura con los españoles de su antiguo aliado

y protegido Muley Abdallah, la convivencia hispanocabil se mostró inviable y la ruina de Beyaia y su entorno fue grande, con migraciones masivas de cabiles urbanos que se iban a la sierra sintiéndose agraviados.

La euforia en España por las acciones de Pedro Navarro —la conquista de Orán, el peñón de Argel, Beyaia y Trípoli en poco más de un año— y el temor en toda la costa berberisca al envío de una armada destructora que saqueaba en pocas horas su ahorro histórico acumulado, una soberbia acción de supercorso, confluyen en ese tiempo. En el verano y otoño de 1511 llegaban a Castilla representantes de las autoridades berberiscas más notables, como Tremecén y Argel mismo, con embajadas solemnes que reconocían una serie de parias o tributos; su paso desde la costa española y el interior de Castilla hasta Burgos, donde entregaron las cartas y regalos de sus cortes respectivas al rey Fernando y a su corte, presentada con brillo y solemnidad, debieron impresionar a los embajadores. Entre esas embajadas había una singular, que describe Mártir de Anglería, de «cierto poderoso tirano, llamado Cadí Hamet, que ocupa una parte de África sin depender de rey alguno»; el humanista milanés debió de pensar en cualquiera de las Señorías italianas de su tiempo para hacerse una idea de lo que podía ser aquel Hamet Cadí. Y que, «conforme a su fortuna —continúa el italiano— envió dos caballos, un león domado, adargas y tapices». Es la primera aparición en escena, sin duda, del que fuera llamado «rey de Cuco», Ahmed el-Qadi; cuya familia, durante más de un siglo, iba a protagonizar un interesante ensayo político en la Gran Cabilia argelina y a jugar decisivo papel en la forja del nuevo régimen político argelino, la Regencia turca de Argel.

Personaje emblemático, este «rey de Cuco», difícil de comprender para los españoles, a pesar de guardar una interesante correspondencia suya el Archivo General de Simancas de Valladolid, así como de ser destacado protagonista de sus fuentes impresas de la época, si no fuera por los trabajos —desde el punto de vista académico muy imperfectos, pero bien esclarecedores, peculiar historia local— de buenos conocedores del laberinto tribal bereber que aún hoy perdura, como Tahar Usedik. Los orígenes y la biografía de estos líderes bereberes son bien esclarecedores, y sólo comprensibles en el mosaico de la Gran Cabilia, en las faldas del Yuryurá.

¿Un caso de marabutismo con éxito, ese marabutismo con el que hay que contar para un buen análisis político magrebí, en palabras del

historiador marroquí Abdallah Laroui, a punto de cuajar una estructura política estable? Es posible. Usedik, en principio, defiende el origen local de los At el-Qadi basado en tradiciones locales que sitúan a su primer antecesor notable, el «célebre jurista Abu el-Abbes», en el siglo XIII, originario de los At Ghobri —de donde le vendría el apodo de el Ghobrini—, frente a cierta historiografía francesa colonial que quería hacerle originario de fuera de la Cabilia y los emparentaba con los Idrisíes que habían gobernado en Fez y en Tremecén; típica genealogía —con tanta frecuencia falseada, como recuerda Ibn Jaldún, buen conocedor de esos asuntos políticos complejos de su tiempo y maestro en ellos—; lo cual, los haría descendientes del Profeta, xerifes o chorfas por lo tanto. Como Mulud Gaïd, que opina que no hay en Cabilia chorfas pues éstos se quedaron en zonas más ricas y urbanizadas, en donde gozaban ya de poder y prestigio, y no vinieron a la remota y pobre Cabilia, Usedik dirá que es improbable esa curiosa posibilidad que lanzaba la historiografía francesa. Pero el mismo Usedik se refiere a los sucesores de esta «dinastía» cabil, convertidos en marabuts simples, ya sin poder político amplio pero venerados algunos incluso tras su muerte, y elemento activo y prominente que reciben anualmente aportaciones de sus paisanos; dice de ellos que eran originarios de Saguía el Hamra, lo que no se comprendería a no ser por enlaces matrimoniales de sus hijas con descendientes de otros «morabitinos» auténticos; o falsos, pero que al atraerse la devoción y el respeto populares daría lo mismo; también localiza en la actualidad a los descendientes de esta familia, en algunas aldeas cabiles y hasta en el funcionariado de Correos de la actual Argelia independiente, miembros de la familia Bu-Jtuchen (Bou-Khtouchen). Contradicciones y vaguedades de este tipo de «historia local» o «tribal» característica, tan imprecisa y poco fiable tantas veces al basarse en tradiciones orales —*¡Machaho! ¡Tellem chaho!*—, a la vez tan sugestivas y esclarecedoras, por otra parte. Y que semejan tanto a los trabajos de genealogistas entre nosotros, en realidad no tan alejadas entre sí la historia de una tribu y de una familia, tan de moda ahora en la historiografía occidental, los llamados estudios «prosopográficos». Aquel Ghobrini del siglo XIII habría abandonado de joven su país familiar, en las cercanías de la actual ciudad de Azazga (Asasga, mejor), en el entorno de Aurit, y se habría convertido en gran jurista en Beyaia y destacado personaje de la corte del sultán de Beyaia Abu el-Baqa. Intrigas palaciegas consiguieron que fuera condenado a muerte y decapi-

tado en 1304 o 1305, y su familia volvió a su lugar de origen, se instaló en Aurit y fue conocida y respetada, los At el-Qadi, por su antepasado y por su superior formación y piedad coránica, su superior arabización en fin, con tintes religiosos de más prestigio. Típico fenómeno de marabutismo, por lo tanto, también glosado por Mulud Gaïd y que podría darse con algunas familias bereberes aunque no fueran árabes o verdaderos «morabitinos» originarios de Saguía el Hamra, simplemente podrían haberse formado en asuntos jurídicos y religiosos hasta ser más cultos y piadosos, a la vez que arabizados, que sus vecinos. Uno de los descendientes de El-Qadi sería Ahmed el-Qadi, a principios del siglo XVI, que tras coquetear con los españoles —esa embajada de 1511 recogida por Mártir de Anglería, que no dejaría de impresionar al enviado—, terminó movilizando a los bereberes de su región y «reino» en la aventura fundacional de Aruch Barbarroja, sintiéndose informado por ese viaje a España de la necesidad de ampliar fuerzas si se deseaba una operación de apartar a aquellos poderosos intrusos cristianos de sus tierras. Un cálculo madurado por un verdadero «estadista» que tiene cierta perspectiva internacional y que veía en los corsarios «turcos» posibles nuevos aportes humanos masculinos, y además musulmanes también.

Para los cronistas españoles —Gómara-Sandoval, Mártir de Anglería, Mármol—, salvo para Sosa, que recoge la versión «oficial» de alguna manera de los medios corsarios de Argel, por recibir su información de la memoria colectiva de la ciudad, y que dice que fue el rey de La Abez quien pidió el socorro de los Barbarroja, a la sazón bien tratados por los hafsíes tunecinos y con cierta influencia en su reino, los cronistas españoles, salvo esa excepción, decía, ponen a Ahmed el-Qadi al lado de los corsarios y, en palabras de Mártir de Anglería, utilizando una táctica común: movilizar a los diferentes marabuts de la región con la bandera común del Islam. Un buen ejemplo para la reafirmación del papel del marabutismo en la posible estructuración de un aparato de Estado «moderno», que dijera Laroui.

Escribe Usedik:

> El marabú de Aurir n'At Ghobri recorrió la región montañosa, visitó las localidades, predicó la guerra santa y movilizó las tribus Suawa, los Ait Yirathen, los Beni Frausen y el alto Sebaú. Reunió muchos miles de guerreros y se reunió con Aruch que le esperaba en la rada de Asefrun.

Era el único puerto cercano no controlado por los hispano-italianos, pues al parecer en Yiyel los genoveses controlaban también de cerca la navegación. Juntos, unos por mar los otros por tierra, dieron un magnífico ataque contra los españoles de Beyaia que a punto estuvieron de ser derrotados si un tiro artillero no le arrancara a Aruch un brazo y hubieran de levantar el cerco para llevar a su jefe malherido a lugar más seguro. El simbolismo de aquel «león domado» llevado por el embajador cabil a la corte española, que tanta importancia tendría sin duda en el lenguaje parabólico de aquel tiempo, tan manifiesto por doquier, había constituido un engaño; no era como aquel león oranés que don Quijote de la Mancha quiso retar en Castilla, y entre despectivo y medroso le dio la espalda y se metió en su jaula para ser conducido al zoo real.

Ahmed el-Qadi fue un importante colaborador de Barbarroja que lo acogió en uno de los puertos de su tierra, Yiyel —al decir de Gómara, aunque Sosa, esa voz «oficial» de los medios argelinos no lo mencione—, cuando se encontró en difíciles circunstancias después de un segundo intento frustrado contra Beyaia; con él emprendió la empresa argelina, al llamado de Selim ben Tumi, según algunos cronistas pariente suyo, bereber por lo tanto, y también con buenas relaciones con los campesinos de la cercana Mitiya. Según Sosa —esa versión «oficial» argelina—, las relaciones entre Ahmed el-Qadi y Barbarroja se rompen en el tiempo de estancia en Yiyel, cuando los habitantes de Yiyel, enemigos de los de Cuco, vencieron y dieron muerte al rey de Cuco con ayuda de Aruch Barbarroja y sus corsarios, antes de la expedición a Argel. La conquista de Argel, sin duda, se hizo con la intervención de los cabiles de El-Qadi, e incluso éste acompañó a Aruch en la expedición contra Tremecén en la que encontraría la muerte en 1518, «en el tiempo de las cerezas». La ruptura se daría precisamente con Jeredín Barbarroja, a simple vista por posibles sospechas de éste ante el comportamiento de El-Qadi, ya que no pudo salvar la vida de su hermano, aunque en los medios argelinos se quisiera silenciar esa ruptura que tantas guerras posteriores traerían para la región, y que retrasaría al menos un decenio su fortalecimiento en Argel. La enemistad abierta coincidía, además, con la clara presencia de jenízaros otomanos en la ciudad de Argel, lo que podría también disgustar a los bereberes del Yuryurá.

Las guerras entre Jeredín y los bereberes de Ahmed el-Qadi y de su sucesor, que no menciona Sosa —sólo hace resaltar la incorporación

de Constantina y su costa a la órbita argelina—, las recoge por extenso el resto de la historiografía española, sobre todo Gómara, que llega a sugerir que El-Qadi (Ben-Alcade para él) llegó a dominar la ciudad en tiempos de ausencia de Jeredín y muere precisamente frente a Argel; también sugiere que Jeredín llevó la guerra, sin éxito, hasta las mismas montañas cabiles, sin poder penetrar aquellas fortalezas naturales del Cuco.

Todavía en vísperas de la expedición contra los españoles de Bugía del alejandrino Salah Bajá, llegaba a España una carta del los El-Qadi de Cuco, «de vuestros amigos que os aprovechan Mohamet bent Mohamet Alcati, señor del Cuco y de Zuaga», mostrándole el rechazo y enemistad con los turcos y rogándole que ordene mandar al capitán de Bugía que les facilite pólvora y plomo desde aquella plaza, que «hasta ahora no nos la quiere dar sin ver licencia». Asegura al rey de España que los turcos no están muy fuertes en Argel, y fecha la carta en «28 de la luna de enero del año de Mahamet 954» (AGS, Estado, legajo 486). La copia de esta carta, significativamente, está en un legajo con papeles militares de los años sesenta y setenta del siglo XVI, cuando la ofensiva de los servicios secretos de Felipe II se encontraba en pleno apogeo en Turquía y en Berbería.

Pero ya para entonces, por lo menos durante un tiempo, parecía que el enfrentamiento cabil-turco podía tener solución a causa de la labor inteligente de uno de los mejores políticos de la región durante ese siglo, el hijo de Jeredín Barbarroja, Hasán Bajá, hijo de madre argelina y cologli —ese *kortogoli* de las fuentes hispanas e italianas—, por lo tanto, o «mestizo» y que a su vez tomaría esposa —y favorecería ese tipo de matrimonios mixtos— de la familia del rey de Cuco, a pesar del recelo de los medios jenízaros que temían una unión de dos colectivos berberiscos importantes que podrían volverse contra el control otomano.

La inteligente operación política de Hasán Bajá, el hijo de Barbarroja, no debió de tener continuidad, sin embargo, y el último «rey de Cuco» que reinó en la Cabilia más escarpada del entorno del Yuryurá, Si Amer el-Qadi, que Usedik retrata espléndidamente con esa aureola de rey cruel y despótico de la fantasía popular oriental que pervivió en los cuentos bereberes, llegó a mantener unas relaciones amplísimas con la corte española de Felipe III en las que se planearon un gran frente contra los turcos: una armada española por mar y un ejército terrestre

bereber debían ocupar Argel y destruir el régimen jenízaro-corsario de los turcos. Todo se quedó en mera especulación y fantasía.

Si Amer el-Qadi (1583-1618), despótico y cruel, según la tradición cabil, y que pactara con un rey cristiano para neutralizar a los turcos, al fin y al cabo musulmanes, en el momento mismo de la expulsión de los moriscos de España, de la ya mítica Al-Ándalus, por ese mismo rey con el que pactaba; y en el momento en el que esos mismos musulmanes expulsados llegaban a las regiones vecinas en dramáticas circunstancias y narrando horrores de aquel país y su Inquisición intransigente para con los de su ley, fue asesinado por sus súbditos. Como tantas otras autoridades magrebíes que habían osado pactar con los cristianos. Según la tradición, por gentes de los At Yahia y con el conocimiento de otro marabut, Sidi Mansur, maestro de la zauia de Timizar y al que llamaban El Yenadi por haberse instalado en territorio de los At Yennad, aunque él era originario de El Golea. Su influjo debió de ser importante; aún hoy, en la región de Timizar, para un juramento se utiliza la fórmula: «Juro por Sidi Mansur y los cuarenta Imnién», en alusión a los 40 discípulos que acompañaron al maestro desde El Golea o Mniaa. En la tradición sobre este magnicidio también aparece alguna referencia a la mayor proximidad de los cabiles a los turcos que a su señor despótico que trataba con un rey cristiano, pues los turcos ponían en todos sus puestos avanzados en torno a la parte más montañosa de la región —los *borg* o puestos militares, importantes para control y cobro de impuestos— una bandera islámica.

Hermosas tradiciones cabiles están relacionadas con esta figura singular del último El-Qadi, como la huida de su viuda embarazada, por un itinerario muy preciso —Bubehir, Ighil Tizi, Achellam y Auir, para luego llegar a Beyaia otra vez por Achellam e Ighil Tizi, el puerto de Chellata en los altos del Yuryurá y descender al valle de la Summam o del ued Sahel—, que es posible rehacer hoy en esa región excepcional. La viuda terminaría instalada en la corte hafsí tunecina y su hijo, Hend —Hend Attunsi o el tunecino—, ya veinteañero, iniciaría un nuevo ciclo legendario con un nuevo apodo, Bu Jtuchen (Bou Khtouchen) o el hombre de las jabalinas, por su maestría en el lanzamiento de estos venablos, y que cubre varias generaciones, al menos los siglos XVII y XVIII. Su regreso a Cabilia para vengar la muerte de su padre es la base de

múltiples relatos, también con sugestivos itinerarios en torno a Tagunits, las aldeas de los Ililten, como Tifilkut y, sobre todo, en torno a Tizits.

Hoy, en las aldeas de los Ait Yahia, en donde se sitúa Cuco (Koukou), de los Ait Ghobri, en Ain Mesauda, cerca de Achellam, o de los Ililten, en Tifilkut, pequeños monumentos conmemorativos honran el recuerdo de estos personajes singulares, histórico-legendarios, tan literarios. Pero la Gran Cabilia es mucho más amplia y no se agota en estas aldeas que las tradiciones relacionan con los El-Qadi. Suk el-Arbaa podría ser buen centro para adentrarse en la maraña de rutas cabiles, por esas aldeas construidas en las cumbres y pobladas por esos «hombres libres» (*imasighen*), como se autodenominaban los más primitivos argelinos. Desde Tizi-Uzu, la gran ciudad de la región y capital administrativa, tránsito hacia el llano y próxima a Argel, o desde Azasga, ya en el camino hacia Beyaia, por el norte, desde Buira o desde Setif, por el sur, en la carretera nacional de Argel a Constantina, el acceso a esas montañas habitadas al pie del Yuryurá es fácil, hoy, y cualquier camino elegido resultará sorprendente. Los tapices y alfombras, las joyas de plata, con esmaltes en frío de tonos rojos, amarillos, verdes y azules y con incrustaciones de coral, y la cerámica, cocida y pintada aún por la mujer cabil con técnicas muy antiguas y hasta sin torno, son de una gran personalidad y con diseños ancestrales de muy lenta evolución y gran clasicismo.

La ocupación francesa a partir de 1830 y la resistencia de los naturales, en Cabilia, como en el resto del país, supuso un choque fuerte y la incorporación, con el emir Abdelkader, a un proyecto nacionalista más amplio que el de su tradicional organización tribal, marabútica y localista. Desde la primera hora, el joven emir Abdelkader —tenía 24 años cuando fue proclamado emir en 1832 y comenzó a organizar su «Estado»— contó con Ben Zamun, que controlaba casi toda la región del Yuryurá; por modestia, Ben Zamun no quiso ser califa del emir, pero le sugirió a uno de sus lugartenientes, Ben Salem, también joven e inteligente, que mantendría en jaque a los franceses hasta su rendición en febrero de 1847. «Hemos luchado hasta este día por la defensa de nuestras libertades y de nuestra religión», declaró en ese momento Ben Salem. Una aldea cabil, cerca del Suk el-Arbaa, Ichridén, en el corazón de las montañas al pie del Yuryurá, fue también uno de los lugares claves de la resistencia y en donde se congregaron representantes de todas las tribus bereberes para los últimos combates. En momentos

de apuro, como después de la conquista de Medea por los franceses, muchos de los combatientes encontraron también refugio entre los cabiles, así como gentes de las Altas Mesetas y del sur, y el propio Ben Salem dirigirá operaciones militares hasta Bu Saada, la puerta del desierto, y M'Sila. También el emir Abdelkader se refugió en Cabilia con su califa Ben Salem y después de 1847, cuando la rendición del emir desvertebra aquel gran movimiento de resistencia, en las montañas cabiles y los dirigentes que aún conservaban su libertad, como Si Lyudi o Bu Baghla, organizan el maquis durante un tiempo.

Son recuerdos que se incorporaron a la memoria colectiva de la región, por encima de la colaboración con los franceses de otros sectores de su población, notables y caíds, sobre todo, grandes propietarios y la aristocracia militar y administrativa del antiguo gobierno —*makhzen* o *majsén*—, que hacen hablar de «feudalidad autóctona» a Mostefá Lacheraf o a Mahieddin Yender (Djender), por ejemplo. Las leyes sobre la propiedad de la tierra de las autoridades coloniales (de 1851, 1863, 1865, 1873, 1887, 1897...), muy abundantes, también afectaron a los cabiles, sobre todo a su parte más poblada de Tizi Uzu y Beyaia, en donde se daba el fenómeno de que los cabiles preferían vender sus tierras más baratas a otros cabiles que más caras a los nuevos colonos europeos. Si esto pareció afectar menos a los bereberes de las montañas del interior, la degradación económica también fue fuerte; la hambruna del invierno de 1867-1868, que afectó sobre todo a los territorios que habían perdido una parte importante de sus tierras colectivas —las tierras *arch* o «fondos tribales», por ejemplo— entre 1863 y 1865, hizo que se refugiaran en Cabilia, en condiciones dramáticas, miles de vagabundos hambrientos; tres años después estallaba una gran insurrección, que Lacheraf tilda de «político-agraria», que en la Cabilia más próxima al mar y al llano tiene por figura simbólica a los Mokrani.

De alguna manera, ese proceso de incorporación a un movimiento nacional antifrancés culminará en el siglo XX, y sobre todo con la guerra abierta de 1954 a 1962, en la que tantos episodios vuelven a incorporarse a esa memoria colectiva bereber, tan fértil y fabuladora.

La Cabilia costera y Yiyel. Los Barbarroja en la región

Pero la Cabilia argelina tiene otra zona menos abrupta que el Yuryurá, con Beyaia como centro urbano principal. Se podría hablar de la

Pequeña Cabilia, en contraposición a la Gran Cabilia, la de los pueblos montañeses por excelencia. En ella el valle de la Summam fue uno de los espacios de penetración cultural exterior en el mundo semicerrado de los bereberes. Y Beyaia, la Bugía de los españoles (la Bugie colonial) su centro urbano principal, al pie de las últimas estribaciones montañosas que se adentran en el mar, un perfil perfectamente definido, como tantas ciudades mediterráneas clásicas —como Palermo o Alicante, como las mismas Orán o Argel—, bien visible desde alta mar y más fácil de defender.

La costa cabil, del entorno de Beyaia al entorno de Yiyel, pero extendible también hasta Skikda es, al igual que el interior montañoso, de una gran personalidad y belleza, de alguna manera semivirgen o poco urbanizada, y por ello mucho más atractiva y «de futuro». Desde la más abrupta al oeste de Beyaia, entre esta ciudad y Yiyel tiene una amplia zona de playa primero y luego vuelve a ser puro acantilado, aquí y allá interrumpido por breves cauces de ríos, normalmente secos, y estrechas franjas cultivables, con pueblos agrícolas y aislados. En el entorno de Yiyel otra vez la costa baja, un conjunto de playas hacen de la región uno de los lugares con mayores posibilidades turísticas de veraneo del país; de gran atractivo, además, por el submarinismo. En Skikda, sin embargo, salida al mar de una de las redes de gaseoductos que parten de la zona petrolífera sahariana del sur de Wargla, al mestizaje árabe-bereber se le ha añadido el nuevo ajetreo industrial, inserto en un medio agrícola amplio y marinero, con inmigración local que se mezcla con técnicos más internacionales y abundante migración al extranjero del lugar, típica de medios marineros. En una taberna de Skikda —inencontrable en Yiyel, por ejemplo, algo similar, a pesar de la proximidad geográfica—, ese mundo abigarrado de argelinos de regiones diversas, de medios petroleros y marineros, de vuelta de viajes por el Mediterráneo o por más allá, de técnicos de la cooperación internacional, con gentes de un pasado no muy lejano de agricultor o pastor, constituye un espectáculo dramático y duro, de frenética incorporación más o menos imperfecta de una «modernidad» sin raíces claras. La tensión generada por lo inadecuado de las viejas «solidaridades» —tribales, esa «asabiya» de Ibn Jaldún, o de resistencia al colonizador francés, entre otras— a las nuevas necesidades de una sociedad industrial «moderna» y de trepidante ritmo, como el exigido en ese sector de la energía que es el petróleo y el gas natural, se deja sentir en Skikda con especial viveza; si

la readaptación de la vieja ciudad colonial, con los edificios de tipo europeo mediterráneo familiares para cualquier ribereño, a los modos de vida populares de los argelinos puede dar la sensación de abandono o desorden al no adecuarse el tipo de construcción y mobiliario europeos a los usos y mobiliario elemental del campesino o pastor tradicional y uno puede pensar en un proceso de degradación urbana, en Skikda se hace más patente todavía por esa celeridad exigida por la «vida moderna» en choque permanente con un «tiempo lento» y hasta «detenido» que habíamos captado en su plenitud en el sur. Abigarramiento y vitalidad, amalgama que aún no ha encontrado su forma, pura ebullición dramática, conflicto y cambio. Una constante en todos los centros urbanos argelinos que más participaron en el desarrollismo de la época Bumedien y que, en los años ochenta y en este final de siglo, como en tantos otros lugares del mundo, parecen haber entrado en crisis.

En Yiyel ese proceso parece menos patente y hay un mayor reposo en su cotidianidad provinciana, una vez más tiempo más lento, mayor pervivencia de formas tradicionales árabe-cabiles e incluso menor degradación en el centro urbano con abundantes edificios heredados de la época colonial francesa. A pesar de los barrios nuevos extensos y deficientemente urbanizados, típicos de las ciudades argelinas que debieron absorber en poco tiempo una fuerte inmigración campesina y un crecimiento demográfico brutal. El puerto de Yiyel, tanto como su entorno agrícola —los alcornoques han generado una interesante industria del corcho, por ejemplo—, ha sido determinante en la fijación de su rica personalidad histórica.

Hoy mismo, uno de los símbolos de la ciudad son sus restos de fortificaciones portuarias, con una soberbia puerta monumental de piedra, puerto de importancia en ese tramo de costa desde la época cartaginesa al menos. La asociación M'Barek el Mili de Historia y Arqueología de Yiyel, que agrupa a los intelectuales locales más activos y toma el nombre de un historiador argelino, el cheij M'Barek el Mili —autor de una historia argelina en árabe al final del período colonial, publicada entre 1929 y 1932—, cuenta entre sus miembros a todo un sector joven de submarinistas interesados en sistematizar la arqueología submarina local, riquísima en cuanto a hallazgos de todo tipo, sobre todo púnico-cartagineses o fenicios. Tanto en el tramo oriental de costa, hasta Collo, otro puerto (Chulu) de amplia tradición púnica y romana, como hacia el oeste, el amplio golfo que llega a Beyaia y tiene a mitad del camino,

en la actual Zizma, el posible enclave púnico de Choba, la antigua Igilgili es lugar estratégico milenario ya y muy ligado a la Cartago de la costa tunecina. El mar de Yiyel y Beyaia, una vez más, tránsito y frontera en una zona plenamente fronteriza, síntesis cultural, mediterraneidad. En ese pasado púnico muchos han querido ver el origen, tatuado en la piel en las mujeres cabiles de las montañas-refugio del interior, de esa rica simbología mágica que ha perdurado más allá de los aportes romanos y árabes posteriores, su sentido mágico misterioso. Tal vez la arqueología submarina en esa costa cabil argelina tenga respuestas a esos viejos misterios que tantos desearan ver desvelados.

Si la región árabe-bereber de Yiyel jugó un papel de interés en la expansión hacia el este de los Kotama y los shiíes fatimíes, en el marco de esa combinación típicamente medieval magrebí de un «universalismo árabe-musulmán y los particularismos que brotaban en África del Norte», en palabras de Mahieddin Yender, el control hafsí tunecino, desde Constantina y Beyaia, debió de significar para la ciudad un período de arabización e islamización prolongado que no debió de entorpecer, sino todo lo contrario, reforzar, su papel marinero; la presencia de genoveses en Yiyel, así lo indica, sin duda mercado de productos del interior y tal vez en conexión también con las extracciones coralinas de tramos de costa más orientales. Su situación estratégica, «lugar fuerte... y puerto, aunque pequeño, razonable» en palabras de Antonio de Sosa, con «hasta mil vecinos» —copiosa cifra para la época—, hizo que su importancia se viera resaltada tras la conquista de Beyaia por los españoles en 1510. Es entonces cuando adquiere un decisivo papel para el futuro de la región y de toda Argelia al acoger a Aruch Barbarroja en el comienzo del otoño de 1514, cuando fracasara en el segundo intento de conquistar la Bugía española para instalar en ella una base autónoma de operaciones.

Las fuentes españolas dan una serie de claves de gran interés para terminar de perfilar esa Yiyel del XVI. Si algunas fuentes la conectan con Ahmed el-Qadi, de una manera tal vez simplista (Gómara), Antonio de Sosa, recogiendo la versión más extendida en Argel, esa que llamáramos «versión oficial» de los medios turco-corsarios —«me dijeron algunos turcos viejos», había escrito Sosa al describir este tiempo—, enfrenta al «rey de Cuco» con los «moros» de Yiyel, «que tenían enemistad antigua con el rey de Cuco su vecino». Así, narra una batalla a «doce leguas de Gigel, que se dice la montaña de Benichiar, que quiere

decir la montaña del Pepino», que tendría lugar en el invierno o primavera de 1515; en ella los cabiles participarían «con alguna gente de... a pie y a caballo, y entre ellos algunos arcabuceros», y Ahmed el-Qadi moriría de un «arcabuzazo por los pechos», y «los turcos y moros de Gigel mataron un buen número, siguiéndolos algunas leguas».

> Y Barbarroja, cortando la cabeza del rey, la mandó poner en el hierro de una lanza. Y caminando siempre en esta manera y siguiendo siempre la victoria, en pocos días trajo a su obediencia los más de los moros de aquel reino de Cuco.

La imprecisión de este relato —llama «moros» a los que en otros lugares define claramente como «azuagos», por ejemplo— está en relación con el enfrentamiento entre turcos y cabiles típico de la época de Jeredín Barbarroja, una vez muerto su hermano Aruch en Tremecén, como hemos comentado ya, y ese intento de los medios argelinos de desligar el problema cabil, sin duda, de la figura magnificada del hermano de Aruch, verdadero consolidador del régimen argelino pro-otomano que había de ser operativo más de tres siglos.

Pero previa a esa dudosa batalla, Antonio de Sosa, siempre basándose en los recuerdos de viejos argelinos, algunos de ellos protagonistas de los hechos, comenta un detalle bien significativo que pudiera dar base a algunas especulaciones o posibilidades. He aquí un texto liminar de Sosa, que intenta justificar el fracaso del segundo cerco de Beyaia-Bugía al margen del socorro de «Martín de Rentería» —o Machín, en otras fuentes— con cinco naves, y sugiere una desatención de los campos por causa de la campaña militar:

> Aunque me dijeron algunos turcos viejos que la causa principal por que Barbarroja levantó el cerco fue porque tratando con el rey de Bugía y sus moros si todavía le querían ayudar, que él llevaría adelante la empresa, los moros, deseosos de sembrar sus campos y labranzas (porque había muy bien llovido aquellos días y las buenas sementeras de Berbería son las que se hacen con las primeras aguas), le respondieron que no podían estar más en aquella guerra, y comenzaron luego pocos a pocos a partirse para sus casas.

Este comentario, referido a los campesinos de la región, parece continuarse lógicamente en los acontecimientos inmediatamente posterio-

res: una hambruna en Yiyel a causa de una mala cosecha. Gómara se refiere también a la «mucha pobreza y necesidad» del tiempo de Barbarroja en Yiyel. Pero el relato de Sosa es más sugestivo: aquel otoño e invierno de 1514-1515,

> padeciendo los vecinos de él (Yiyel) mucha hambre, por causa de que aquel año habían cogido poquísimo pan y cebada, y no estando los turcos tampoco bien proveídos, en el veranillo de San Martín, a los primeros de noviembre, haciendo muy grandes bonanzas, salió el Barbarroja con sus doce galeotas en corso hacia Cerdeña y Sicilia para ver si encontraba algunos navíos cargados de trigo y bastimentos. Y sucedióle como deseaba; porque a pocos días tomó tres naves que venían de Sicilia para España, todas cargadas de trigo, y con ellas dio luego la vuelta para Gigel, do repartiendo liberalmente todo el trigo con los moradores y con otros vecinos de aquellas montañas (que también padecieron muy gran hambre), fue increíble la afición que generalmente todos le tomaron, y la reputación y autoridad que entre todos ellos luego tuvo.

Y aquí entra una última apreciación sugestiva del cautivo compañero y amigo de Cervantes, Antonio de Sosa, sin duda el más fino y documentado analista del siglo XVI argelino:

> Barbarroja..., como sagaz, quiso... aprovecharse de esta buena ocasión; y de tal manera supo hacer que, viviendo aquellos moros hasta entonces libres y sin alguna sujeción de rey, y habiéndose defendido siempre y conservado su libertad, a pesar de los reyes de Túnez en su gran prosperidad, y de otros reyes vecinos muy poderosos, como escribe Juan León (porque tanto Gigel como todas aquellas montañas son lugares fortísimos y muy ásperos), se sujetaron a Barbarroja y de su propia voluntad le alzaron y obedecieron por rey y señor.

Magistral narración del nacimiento de un «príncipe nuevo», de alguna manera, de un nuevo «principado» en el más elaborado de los «modelos» políticos maquiavélicos, ya no el de *El Príncipe*, sino en el de los *Comentarios a las Décadas de Tito Livio*; aquel que es capaz de elegir a su «príncipe», no al que lo debe acatar por alguna razón impuesta como sería en el caso de la clásica «monarquía hereditaria», pues la *virtù* no se hereda de padres a hijos, sino que se manifiesta en algunos elegidos de la fortuna.

Que es como presentan a Barbarroja estos cronistas españoles precisamente; de manera explícita en Gómara, de la época humanista —como Mártir de Anglería— más abierta y creativa del siglo en España: «Dio fortuna la vuelta que suele dar a su rueda, y sacólo (a Barbarroja) de tan bajo lugar como estaba (en Yiyel, se entiende) e hízole rey». Esta vez, de Argel. Tal vez una sutileza maquiavélica, tal vez sólo la constatación de un hecho. A Yiyel llegaron enviados de la ciudad de Argel, en la que su jeque Selim ben Tumi gobernaba, al querer de los turcos de Barbarroja y los argelinos de la época, emparentado con Ahmed el-Qadi; el relato de Mármol le emparenta con tribus árabes de la Mitiya, «alárabes poderosos llamados Shaliba», al mismo tiempo que con el rey bereber, al que convierte en jeque. Gómara, por el contrario, hace a Ahmed el-Qadi aliado de Barbarroja para derrocar a Selim ben Tumi, lo que aumenta la ambigüedad de las relaciones árabe-bereberes, al mismo tiempo que el aumento del mestizaje ya no sólo cultural sino también racial, interesante en el proceso integrador argelino moderno. Pronto se añadirían los nuevos turcos enviados por el sultán otomano, emir de los creyentes, y los moriscos españoles emigrados, más o menos voluntarios, abandonando sus tierras en Andalucía, Valencia y Aragón, con lo que un frente común contra los cristianos, animado por los diferentes marabuts y predicadores islámicos —en cuyo origen, el propio Ahmed el-Qadi participaba a sugerencias de alguno de estos analistas españoles del momento, como Mártir de Anglería, o el obispo Sandoval—. No es raro que la gente de Yiyel fuera ese apoyo que tanto confunde a las fuentes españolas por no saber ubicarlos a las claras entre los árabes o los bereberes, de ancestral mestizaje de la región en el que entraban hasta elementos púnicos o fenicios, latinos y vándalos, aunque claramente islamizados. En Yiyel mismo, aún hoy, se aprecia este contacto primerizo con Aruch y Jeredín Barbarroja y se sienten orgullosos de haberle ayudado en su toma del poder en Argel; así como de haber sido sus aliados incondicionales en los peores momentos de enfrentamiento a los cabiles Suawas de Cuco y a los árabes de la Qalaa de Beni Abbés, el rey de «La Abez» de las fuentes españolas, que en ocasiones se aliaría con los turco-corsarios, como en la expedición a Tugurt y Wargla de Salah Bajá, y en ocasiones les haría la guerra encarnizadamente; y que admitía en sus filas a «tornadizos» turcos y españoles o italianos, sobre todo, en un ambiente cosmopolita e integrador, de la misma manera que estaba sucediendo en Argel. Viejas disputas similares a las tri-

bales del pasado, que renacían en un ambiente de integración plurirracial y pluricultural. De la que era un espléndido ejemplo aquella «lengua franca» de la costa, tan extendida desde la Edad Media por todo el Mediterráneo, como muestran las historias orientales de la costa alejandrina y otros puntos más lejanos, encontradas en la Biblioteca de Alepo, traducidas al francés como *Las Aventuras del caballero Baybar y su escudero Flor de los Truhanes*. Pero bajo la bandera del Islam, legitimadora de una guerra permanente con un enemigo exterior, que tal vez lograra, como en anteriores ocasiones, unificarse en un gran imperio, lo que estaba consiguiendo el nuevo emir de los creyentes, el sultán otomano de Turquía.

Las gentes de Yiyel habían hecho su elección con tino, y conseguían movilizar a los moriscos españoles recién llegados, a otras tribus beduinas del interior, y pronto a europeos y a gentes de Anatolia que venían hacia la región como los castellanos y andaluces cristianos viajaban a América; lo dice Sosa explícitamente. Y aquella empresa, a la larga, salió bien. Eran las bases de un posible «Estado» argelino, como en el norte. También hubo «jarquis», de alguna manera; un ejemplo de ellos podría ser el mismo Selim ben Tumi, «un hijo del cual vino a España y se bautizó y llamó don Carlos, y casó en Illescas», como se encargaba de recordar Sandoval casi un siglo después. Y oponentes encarnizados, como el antiguo gobernante de Beyaia, de la órbita tunecina hafsí, el señor de la Qalaa de Beni Abbés, aunque de su misma ley islámica, más pacificadora en la región. El mismo señor de los Suawa de Cuco, que intentó pactar con los cristianos de Felipe III años después, en el tiempo de la expulsión de los moriscos de España y su llegada masiva a la región, fue asesinado por los suyos tal vez con el consejo de otro marabut de la región. Las gentes de Yiyel habían acertado plenamente y el ejemplo del régimen turco-corsario bajo una ley tolerante, que podía permitir que por todos los pueblos deprimidos de la ribera mediterránea, a veces con cargas excesivas ocasionadas por los nuevos gastos de un «aparato de Estado» más moderno y eficaz, conocieran el esplendor de una fiesta corsaria en Argel después de una buena temporada de corso. Calabreses, sardos y corsos, venecianos incluso, llegaron a gobernar aquel enclave cosmopolita y abierto, de gran movilidad social, con el mito del hombre pobre que, por su valía, puede llegar a enriquecerse mucho; e incluso a ser señor de un territorio, verdadero

«príncipe nuevo». *¡Machaho! ¡Tellem chaho!*. Una verdadera utopía popular, de pobres, como el país de Jauja o el Mundo al Revés.

El corso berberisco tuvo su edad dorada en el siglo XVII; no siempre en paz con el otro corso holandés o británico, con el que tuvo fuertes roces y hasta hubo operaciones de castigo sobre Argel de británicos y holandeses, pero con su mismo régimen abierto y cosmopolita. Hasta un español llegó a gobernante de Argel, como narra Losada en el siglo XVII —tal vez pariente de otro Losada, excautivo en Turquía que participó en los servicios secretos de Felipe II inmediatamente después de Lepanto, y conoció al calabrés Euchali, gran almirante de la flota turca por entonces. Un español que fue hecho cautivo cuando viajaba hacia América, a un gobierno americano, y que fue un gran gobernador de Argel que murió soltero y dejó muchas riquezas al tesoro de la ciudad. La Argel del siglo XVII es el momento culminante de aquel régimen jenízaro-corsario, atractivo para todos los hombres emprendedores de las tierras pobres ribereñas del Mediterráneo —albaneses, yugoslavos, calabreses, sicilianos, sardos o levantinos españoles, marselleses— y que tenía una perfecta coartada —otra ley— para saquear las tierras de sus antiguos señores y enriquecerse.

Tal vez eso sea más comprensible cuando en el verano de 1664 el rey de Francia Luis XIV envía al duque de Beaufort a conquistar o destruir el puerto de Yiyel, pequeño puerto comparado con Argel; durante tres meses los habitantes de Yiyel lucharon por rechazar a los franceses, con la ayuda de los campesinos del interior, de sus vecinos de Beyaia y, finalmente, lo que terminó de dirimir la cuestión, también de los de la ciudad de Argel. Las represalias fueron abundantes, sin éxito aparente, pero los tiempos de un corso rentable con justificaciones ya jurídicamente incorrectas en el derecho internacional, gracias a la derrota de la Iglesia romana en su obsesión por mantener la bandera de la cruzada y de la unidad de la fe que ella identificaba con «la ley». Para todos los eclesiásticos que narran los hechos, Sosa el primero, el europeo que se va con los berberiscos es un «renegado» de su ley, de la ley de Cristo, en un esfuerzo que tiene sus resultados, pues hasta los mismos intelectuales y escritores —Cervantes mismo— aceptan y usan con naturalidad esa identificación fe-ley. Pero ya no podía ser así, como sucedió con Inglaterra y con Holanda, que tuvieron que renunciar a esa estratagema cuando se hizo más rentable dar seguridad al comercio internacional, en pleno aumento de producción y comercialización con los

avances en la navegación y el control de los mares. Ésas fueron las verdaderas revoluciones transformadoras de la ribera norte del Mediterráneo.

A los de la ribera sur no les dejaron tiempo para incorporarse. En la «reconquista» de Orán de 1732, contra el bey El Kebir de Mascara, que se la arrebatara en el momento de la Guerra de Sucesión, con cierta aquiescencia de Inglaterra, sin duda, en lucha todavía contra el eje París-Madrid, los españoles intentaron relanzar el viejo espíritu cruzado. Pero el Imperio Otomano no se dejó llevar por el reto envenenado y firmó paces sucesivas con la mayoría de las autoridades marítimas del momento; en el caso de España, el sultán otomano debió de presionar mucho a Argel para que llegara a este acuerdo: sólo lo hizo cuando logró que los españoles les cediesen también Orán, lo que sucedió en 1792. Todo un éxito berberisco. Pero las autoridades argelinas, tal vez, no supieron adaptarse a los nuevos usos bélico-diplomáticos del momento; habría que estudiar en profundidad esa diplomacia y relacionarla con la decadencia e inicios de la desmembración del Imperio Otomano, en el que la independencia de Grecia jugó un papel desencadenante del romántico prestigio del período medieval cristiano, raíz de los nuevos «Estados» europeos. Algo así como una revitalización desleída del viejo «espíritu de cruzada». Una parte de ese imperio desmembrándose era también la Argelia de las regencias turco-berberiscas. Un buen desquite para tantos reveses como estaba sufriendo la Francia posnapoleónica a beneficio de la Inglaterra victoriana, de imparable expansionismo. La figura de Richard F. Burton es un testimonio abrumador, como los viajes de Badía o del «moro Vizcaíno», de menores consecuencias y tal vez por eso más silenciados. En el espionaje y la guerra modernos, también los tiempos estaban cambiando y quien no se adaptara a ellos corría peligro de desaparición. Se puede decir que en España lo había intentado Napoleón sin éxito —como en Italia y en otras partes de Europa—, aunque a España le costó sus colonias americanas, de hecho, aquella nueva agresividad. Pero la propaganda de una España árabe y judía —hasta el noble polaco Potocki dejó una obra maestra sobre ello, sólo muy recientemente traducida al fin en su integridad—, de tradición erasmista —el famoso *non placet Hispania*—, no prosperó.

En Argelia la monarquía de julio de Luis Felipe se encontró con la posibilidad de volver a intentarlo, esta vez con éxito. En 1830 se iniciaba el período colonial argelino, al que a lo largo del siglo XIX se irían

incorporando, bajo la dirección de Francia, colonos de otras zonas de Europa, hasta germano-rusas como Isabel Eberhardt, aunque su caso sea tan particular y atractivo, como más acorde con los tiempos anteriores, durante la regencia turco-berberisca. Y en 1830 comenzaba la resistencia argelina contra la Francia colonial que terminará casi 140 años después. A pesar del intento de revisar el período otomano y considerarlo como un más antiguo período colonial, que hace sospechar de él incluso a Mahieddin Yender, aunque lo puede considerar como un equivalente del período feudal europeo —un *mahzen* o clase gobernante, a medias señorializada ya y unos señores de la tierra y jefes tribales asentados—, parece que el análisis de Mostefá Lacheraf, en 1965, terminada la fase final de la guerra de independencia argelina contra los franceses, y por ello quizá más convencido de la importancia integradora del Islam para los diferentes «pueblos» y regiones de la actual Argelia, es bastante adecuado para tener también en cuenta. Comenta Lacheraf que, para la manera de pensar de la gente argelina,

> contrariamente a la historia tal y como se ha escrito a propósito de los turcos, las tradiciones populares y la poesía oral de nuestro país les dan un lugar justo. De los poemas cabiles recogidos por Hanoteau en 1867 y muchos de los cuales se remontan a la conquista, a los *Cantos árabes del Magreb* publicados por Sonneck en 1902, pasando por obras todavía no inventariadas, un conjunto de notaciones, referencias, sentimientos de estima admirativa, contribuyen a dar del turco, a los ojos del pueblo, la imagen de un hombre bravo, piadoso, organizado, amante del bien público. No hay sentimiento de sujeción, —continúa Lacheraf— prueba de que Argelia y los argelinos de todos los orígenes tenían la convicción de pertenecer a un país no sólo autónomo sino independiente y soberano.

Lo habían sugerido Ciro Manca y Salvatore Bono, como también Julien, y lo parecen confirmar trabajos como los de Ismet Terki Hassain.

Aquella instalación de Aruch Barbarroja en Yiyel, en el otoño de 1514, había sido el origen inmediato de un verdadero acto fundacional, el de un «Estado» argelino, el de un nuevo «régimen» político. Por eso se le adornó con tantos detalles mitificados, como el previo «quemar las naves» que narra Gómara, antes de la batalla contra los españoles de Bugía, para que sus hombres comprendieran que debían instalarse

en la Berbería central costase lo que costase y no pensasen en volver a Túnez, a sus antiguas bases corsarias. Este gesto, más tarde, se lo atribuiría Cervantes de Salazar a Hernán Cortés, como ha glosado Elliott al presentar el personaje desde la óptica humanista del hombre de fortuna y *virtù*.

Beyaia, la Bugía española. Evocación de los Mokrani

Si Yiyel jugó ese papel primigenio —como Covadonga en la tradición cristiana española, punto de partida mitificado de un acto fundacional de un reino que con el tiempo se convertiría en núcleo central de un «Estado» nuevo, podría ser—, la vecina Beyaia era el centro urbano más representativo de la región. Pero su esplendor era algo ya del pasado. El centro político-cultural que había representado durante siglos y a lo largo de la baja Edad Media, resaltado por todos los viajeros y visitado, entre otros muchos, por los españoles Llull y Turmeda, centro de formación de juristas y hombres de religión de la región, como el mismo antepasado de Ahmed el-Qadi, desapareció con la conquista española. Como en otras instalaciones de la costa berberisca, y hasta en la misma Orán, los españoles no lograron establecer un gobierno estable en la ciudad; es lo que Braudel denominara «ocupación restringida»; Bugía se convirtió en un «presidio» más, una instalación militar con poca vida autónoma, necesitada de ser socorrida de continuo desde la metrópoli, desde el exterior, y con poca relación, siempre conflictiva, con las tierras circunvecinas. El obispo Sandoval lo narra, en el lenguaje de la época, con mayor convicción:

> Un día se revolvieron los españoles con ellos (los habitantes de Beyaia) y mataron a muchos sobre no traer las cargas de leña que eran obligados. Por la muerte de aquellos y porque sospechaban que los cristianos trataban con sus mujeres, rabiando de celos, pusieron ellos mismos fuego a la ciudad por muchas partes, con voluntad de todos, y la dejaron quemar sacando sus haciendas. De esta manera, se despobló gran parte de Bugía...

Como sucediera primero en Italia y luego en la Europa central, el mito literario del «don Juan» estaba naciendo de la mano de los españoles.

La guarnición militar española en aquel presidio, unos 500 soldados en tres fortalezas, en principio, aunque debieron de ser muchos menos la mayoría de las veces, vegetó sin demasiadas ilusiones expansionistas, salvo algunas cabalgadas por la zona que «trajeron muchos esclavos y ganados a la ciudad»; pocas, sin embargo, «por ser la gente de aquellas tierras muy belicosa y haber muchos escopeteros azuagos en la tierra, que siempre iban a correr a Bugía». Cuando Salah Bajá tomó la ciudad en 1555, en la ciudad quedaban, descontando los muertos durante el cerco y los pocos españoles que permitió volver a España —uno de ellos el capitán general de la plaza, Alonso de Peralta, al que Felipe II haría decapitar en Valladolid en la primavera del año siguiente—, sólo quedaban 400 hombres, 120 mujeres y 100 muchachos y niños. Se había convertido en un poblachón militar sin vida civil alguna.

La expedición militar organizada por el alejandrino Salah Bajá tiene un especial interés; de alguna manera muestra el proceso de «modernización» militar y política de los berberiscos a mediados del siglo XVI. Fue una operación anfibia, pues por mar envió la artillería y abastecimientos y por tierra un ejército de turcos que, a lo largo del camino, se fue engrosando con aportes de las tribus árabes y cabiles hasta llegar a casi 40.000 hombres. El uso de la escopetería —hasta 10.000 escopeteros señalan los cronistas— y de la artillería para batir las murallas, así como la integración de las diferentes tribus y facciones berberiscas contra el enemigo exterior cristiano, son significativas. Según Sosa, bien informado desde Argel mismo, la operación se inició cuando un representante diplomático francés negociaba ayuda en Argel —y la coordinación de acciones militares era una ayuda no despreciable— en su guerra contra los españoles, y ayuda que recibió nada menos que con 22 galeotas bien armadas y artilladas. La operación, desde el exterior, por lo tanto, estaba enmarcada en una operación global en ambas orillas del Mediterráneo; lo que no impidió que, desde el interior, como recoge Mármol —que también recibe información desde dentro mismo de Berbería— fuese «predicada» por un notable morabito, «cidi Mahamet el Haxi», en la más clara tradición desde los Barbarroja, y desde antes.

Es fácil de comprender que se iniciaba un nuevo resurgir de la ciudad, que desde entonces conservó hasta hoy, incluso, su magnífico aspecto de ciudad marítima fortificada, como Orán o Valetta con espléndidas murallas, hoy balconadas sobre el mar. Aquel año, además, las

abundantes lluvias —signo sin duda de buena suerte apreciado en la región— facilitaron reformas en el puerto de Beyaia que permitieron, de nuevo, la entrada de grandes naves, galeotas y galeras, al eliminar la barra que se había formado por el abandono de los españoles. De suerte, concluye Mármol, que debió de visitar personalmente el puerto,

> que ahora pueden entrar dentro galeotas y galeras, y aún naos gruesas, y allí están los bajeles guardados de toda tempestad y fortuna de mar como en una caja, porque solamente hay un poco de travesía de Tramontana.

La ciudad se debió de repoblar, poco a poco, con bereberes y árabes del interior, como en otros tiempos, y pronto recuperó su antigua capitalidad en la región, con un alcaide turco con 400 hombres de guarnición. El proceso de aglutinación «nacional» en torno a Argel se estaba llevando con éxito, alcanzando a Tremecén y Constantina, y ya sólo quedaban los españoles en Orán. Contra esta ciudad, durante diez años, y más tarde en la mente de Euchali, el calabrés Dionisio Galea, el político y militar más poderoso de la región, iban a ir destinadas dos campañas militares de envergadura, al menos. Y no pocas operaciones diplomáticas, remitiendo sólo cuando la diplomacia francesa se replegó un poco sobre sí misma.

En la rica Pequeña Cabilia, la penetración colonial francesa fue especialmente intensa y, como consecuencia lógica, perjudicial para los naturales de la región. Si en principio algunas familias notables de la región, sobre todo en esa zona estratégica para la penetración en la Gran Cabilia que es el valle de la Summam, colaboraron de alguna manera con las nuevas autoridades coloniales a la vez que mantenían ciertos privilegios heredados, la situación se fue degradando. Uno de los casos más representativos es el de la familia Mokrani.

Durante el período turco, descendientes de los Beni Abbás de la Qalaa, tras un enfrentamiento inicial que culmina en el tiempo del hijo de Barbarroja, Hasán Bajá, con la aceptación de ser tributarios de los turcos de Argel, parece surgir esta familia del último Ben Abbás que se enfrentó a los turcos, del que tomaría su nombre, y admitió la presencia de una guarnición turca en Semmura. Con la conquista francesa de Argel en el verano de 1830, y tras el tratado de Tafna (1837) en

que se reconocía a Abdelkader como emir de los musulmanes, Abdeslam el Mokrani sería califa de la Medyana, región de la que un sobrino suyo, Ahmed el Mokrani, era califa en el período final de la regencia turca. Hasta su muerte en 1853, Ahmed el Mokrani, confirmado califa por las autoridades francesas, se convirtió en pieza importante de la organización colonial, controlando de hecho el territorio entre Argel y Constantina, la altiplanicie de Setif, y de su familia salieron no pocos de los caíds y otros cuadros intermedios del momento. Constituía, pues, una de las «feudalidades» típicas, en palabras de Yender. El hijo de Ahmed el Mokrani, ya no fue reconocido califa, sino que recibió el título honorífico menor de bach-aga; la autoridad de los caíds, al mismo tiempo, fraccionaba territorialmente el área de influencia de estos «feudales» más notables, en un proceso diseñado para hacer disminuir su autoridad, al mismo tiempo que se distribuían entre nuevos colonos —en 1846 se han calculado unos 100.000 colonos ya en el país— millares de hectáreas procedentes de diversas colectividades locales, como esas tierras *arch* o fondos tribales, que dejaban tantas zonas de titularidad imprecisa o compartida. El bach-aga Cheij Mohamed el Mokrani, como otros notables de la «jerarquía social musulmana», en palabras de Mulud Gaïd, debieron de ver con desagrado muchas de estas medidas que afectaban a sus propios intereses como grupo privilegiado y es posible que otras muchas familias notables le hubieran apoyado en el marco de una lucha particular de ellas. Lacheraf afirma taxativo: «Debió vencer su repugnancia al aliarse con las masas populares»; pero esa misma circunstancia hace que la verdadera insurrección general de 1871 se haya ligado inseparablemente con su nombre.

La insurrección de 1871 fue de una gran amplitud y hay que situarla en el contexto de la posguerra de 1870 y el malestar de los colonos europeos con el recién caído Napoleón III y con los militares bonapartistas. Parece que afectó a las dos terceras partes del país y movilizó a centenares de miles de combatientes. Era también el estallido final del campo argelino y de los sectores populares que periódicamente habían ido haciendo notar su descontento de manera más o menos violenta, en revueltas locales casi permanentes y algunas más señaladas, como la verdadera guerra que supuso la destrucción de Zaatcha en 1849, tres años después la sangrienta toma de Laghuat, suceso que se repitió en 1857 —cinco años después— en Ichridén y a mediados de los sesenta con una insurrección de los Uled Sidi Cheij, por citar

sólo algunas. Es ese primer período colonial francés de gobiernos militares duros, desde Bugeaud a Mac Mahon. También debió de afectar la hambruna de 1568, a la que ya hiciéramos alusión, y que según algunos cálculos podía haber supuesto la muerte de medio millón de personas, cifra verdaderamente impresionante y propia de una sociedad preindustrial, si se tiene en cuenta que desde hacía más de un siglo prácticamente habían desaparecido de Europa catástrofes demográficas similares. Para algunos también se podría relacionar con la desorganización de la vida tradicional por la intervención militar y de medidas de gobierno administrativas, de administración de justicia y las que incidían sobre la propiedad de la tierra, también aludida ya, sobre todo la privatización de tierras comunales para distribuir entre los nuevos colonos europeos.

Se resalta el papel desempeñado en esos años nefastos para la población berberisca, que casi a mitad de siglo el mariscal Bugeaud, gobernador general de Argelia, calculaba entre 5 y 6 millones de habitantes —aunque sea cifra hoy contestada como demasiado hinchada—, por una institución ilegal desde el punto de vista de las autoridades francesas coloniales, la *chartía.* Eran una especie de comités libres, compuestos por hasta una docena de representantes, elegidos en los pueblos y aldeas campesinas, incluso en el sur, para contrarrestar la influencia de los cadíes largos brazos de los gobernadores coloniales; la chartía, como un gobierno paramunicipal, administraba su propia justicia civil y penal de acuerdo con sus intereses comunales, a la vez que podía reformar sentencias del cadí o de otras comisiones disciplinarias; también podía comprar caballos, armas y municiones. Para algunos historiadores coloniales eran ligas de campesinos y del proletariado paralelas a las ligas que podían constituir los notables para la defensa de sus intereses; para esos mismos historiadores, con frecuencia militares, también «eran un peligro para el principio mismo de la acción gubernamental francesa». Estas chartías llegaron a provocar, incluso, que algunos cadíes y jefes tribales encontraran una «organización» que, aunque al principio les era amenazadora, luego pudieron hasta dirigir. Y eso fue algo de lo que pasó en la insurrección de 1871 con los hermanos Mokrani, Mohamed y Bumezrag.

En principio, el bach-aga Mohamed el Mokrani fue seguido en sus reivindicaciones por cuatro o cinco familias notables, del mismo clan de los Mokrani de la Medyana, por una de esas solidaridades clásicas en

la zona, pero no así por las diferentes tribus que veían que aquellos notables, relacionados más o menos vagamente con las autoridades coloniales, no tenían intereses comunes que defender con los suyos. Uno de los méritos de Mohamed el Mokrani, precisamente, y que le hace aparecer como un verdadero político nacional, fue que, a pesar del desagrado de los notables, conectó con los sectores populares y sus aspiraciones más democráticas. El cheij cabil Aziz ben el Haddad y sus dos hijos, llamado a colaborar con su lucha por el Mokrani, significaba ese entronque con esos sectores más populares; otros muchos jefes tribales cabiles fueron prácticamente obligados por los suyos, a pesar de su investidura o reconocimiento por las autoridades francesas coloniales, a encabezarlos en su acción insurreccional, con mayor o menor desagrado.

Esa presión popular se manifestaba, como siempre, de muchas maneras, y una de ellas de gran tirón, hasta literario, tradicional. Había sucedido, por ejemplo, en la España morisca del siglo XVI, cuando por los pueblos de Valencia y de Aragón un sinnúmero de profecías se hicieron muy populares y circularon de viva voz, y hasta escritas, profecías catastrofistas o esperanzadoras que anunciaban males o una figura salvadora, casi un «redentor». En su novela *Terra Nostra*, Carlos Fuentes utiliza el personaje literario de uno de estos salvadores profetizados, ciertamente mítico reflejo de anhelos colectivos de todo un pueblo, la «desdichada nación» de los moriscos que decía Cervantes. En los medios populares argelinos surgió un propagandismo profético de este tipo, con la gran difusión del anuncio de la futura venida de «Mul-Saa», restablecedor de una ley y una justicia islámica que expulsaría a los cristianos y su nueva ley y les daría de nuevo la libertad de la que habían gozado antes de la llegada de esos cristianos. Las peregrinaciones y romerías a diferentes lugares santos difundían más y más esta propaganda profética, en verdad de resistencia, y sobre todo en la zawia de Sedduk.

> «Mul-Saa no está lejos», «Mul-Saa ya llega», tal era la idea maestra que retenía cada uno y que todos transmitían con calor y convicción a sus familias, a sus amigos y a sus conocidos en los rincones más escondidos de sus montañas,

escribe Mulud Gaïd. En esa misma zawia, a principios de 1871, Mohamed el Mokrani se reconcilió con un sector de los suyos al mismo tiempo que consiguió también la reconciliación de otros sectores triba-

les cabiles importantes. Mohamed el Mokrani dos meses después, presentaba su dimisión como autoridad colonial al gobernador general Mac Mahon. La insurrección estaba a punto de estallar.

Algunos cadíes, entre ellos un Mokrani, caíd de los Uled Ayad, se pusieron bajo las órdenes de las autoridades militares francesas de Setif, pero la mayoría siguió al Mokrani; algunos grupos tribales del valle de la Summam, enemistados de antiguo con los Ben Ali Cherif, también insurrectos con Mohamed el Mokrani, permanecieron al margen. Pero dieron pie a un bello texto de El Mokrani, incitándoles a unirse al levantamiento, y haciendo alusión a la «guerra impía» que suponían los enfrentamientos tribales, frente a la «guerra santa» que suponía el enfrentamiento a las autoridades coloniales francesas, cristianas al fin.

A principios de mayo de ese mismo año de 1871, la muerte de Mohamed el Mokrani, en heroica y novelesca situación, debió de convertirse en un suceso a incorporar a la tradición popular oral cabil, tan fecunda. El relato mismo de un historiador francés tiene el encanto de la tradición oral. En un intercambio de disparos entre los franceses desde un alto, el Dra-Taga, cerca de Dra Bel-Jerub, y después de que los franceses hubiesen incendiado una aldea, a la hora de la oración del Dohor del 5 de mayo de 1871, una bala alcanzó a Mohamed el Mokrani entre los dos ojos cuando comenzaba la oración, el *La illaha illalah* en los labios, y cayó hacia adelante, de manera que su frente dio en el suelo, muerto. Tres de los suyos murieron con él al intentar retirar su cuerpo del campo de batalla. Su entierro se hizo en la Qalaa de los Banu Abbés, la fortaleza tan ligada a la historia de los antepasados del clan de los Mokrani, con lo que su figura se realzaba a las alturas de sus antepasados, los valientes y peleones «reyes de La Abez» de los cronistas españoles del siglo XVI.

No menos novelesca y mitificable fue la continuación de la insurrección, con el hermano de Mohamed, Bumezrag, a la cabeza. Durante semanas toda la Gran Cabilia estaba en armas, las crestas de las montañas ocupadas por los combatientes cabiles, y poco a poco el ejército francés, cada vez más cadíes de vuelta al redil de las autoridades coloniales, se fue haciendo con la situación. Desde Suk el Arbaa, uno de los lugares más hermosos de esa Gran Cabilia, todo el entorno montañoso humeaba y la artillería francesa —los insurrectos no tenían artillería en absoluto— resonaba en los valles. Bumezrag pretendió dejar la Cabilia para intentar huir a Túnez, pero a la altura de la Qalaa de

los Beni Hammad, a principios del otoño, debió desviarse hacia el sur, pasó más allá de Wargla y, siempre acosado por el ejército francés, se adentró en el Sahara. Extenuado y medio muerto de sed e inanición, fue encontrado con uno de los suyos junto a un punto de agua del oasis de Ksar Ruissa. Condenado a muerte en Constantina en marzo de 1873, le conmutaron la pena y fue deportado a Nueva Caledonia, entre otros prisioneros importantes de la insurrección.

¡Tellem chaho!, podría decirse, como final digno de una leyenda popular, si las consecuencias del fracaso de la insurrección de El Mokrani no hubiesen sido tan terribles para la población argelina. La represión fue arrasadora, fuertes multas o indemnizaciones de guerra mantuvieron a esos sectores populares de las regiones levantiscas endeudados y en inferioridad económica, frente a los colonos, para posibles inversiones en tierras; más aún, cuando centenas de millares de hectáreas de tierras colectivas de las tribus insurgentes —Lacheraf habla de más de dos millones y medio de hectáreas— iban a convertirse en tierras de colonización; numerosos inmuebles urbanos fueron también considerados como «bienes vacos» y un exilio muy numeroso de argelinos hacia Túnez y Marruecos acrecentó el ya existente, pues desde 1830, y en frecuentes oleadas, exiliados argelinos se instalaron incluso en Oriente, en Siria e Irak. La expropiación de bienes tribales por «causa de utilidad pública» trajo consigo un empobrecimiento general de los sectores populares argelinos, de alguna manera irrecuperable. A partir de estas fechas se reestructuró el gobierno de la colonia y gobernadores civiles sustituyeron en parte a los gobiernos militares. Una nueva fase se abría para la Argelia colonial.

La insurrección de El Mokrani debió de calar hondo en la memoria colectiva. Ya en la época, canciones populares evocaban a sus protagonistas con respeto y cariño. Mulud Gaïd recoge dos hermosísimas canciones que evocan a Bumezrag el Mokrani en una de sus batallas contra los franceses, la de Tajerrat. Una de ellas tiene ese aire hermoso de las profecías esperanzadoras, esa propaganda político-religiosa arraigada en el recuerdo colectivo de los berberiscos:

> En las aldeas, bate el tambor: grande es la fiesta.
> En Tansaut brilla una viva llama del trueno, los relámpagos,
> se diría el fin del mundo.
> El fusil cargado, hay grupos que van hacia allá.

Lanzad yu-yús, lanzad yu-yús.
Mujeres de los Beni Yala, la libertad está próxima.
El cañón ha enmudecido, han cesado los tiros, ya no quedan
Rumís, no hay más combates.
Algunos hombres han muerto mártires. No os quitéis el calzado
hasta el final.
Lanzad yu-yús, lanzad yu-yús, mujeres de Beni Yala, la
libertad está próxima.
Bumezrag ha dado una orden y ellos se apiñan como perdigones.
Cada uno en su sitio, persiguen al Rumí hasta su guarida.
Salió como un caballo solitario.
Lanzad yu-yús, lanzad yu-yús, mujeres de Beni Yala, la
libertad está próxima.
Dios: dadnos la paciencia y la fuerza, y vuestros santos
personajes, vuestra baraka.
Nadie tiene derecho a la tierra de nuestros antepasados.
Nuestra manera de vivir no le interesa a nadie.
Lanzad yu-yús, lanzad yu-yús, mujeres de Beni Yala, la
libertad está próxima.

Otro de los cantos transmite la emoción y la belleza del héroe caballeresco en la desgracia, de tanta tradición también, y con una imaginería popular que es imposible que no transmita honda emoción. La traidora ambigüedad de muchos grupos tribales, sin duda controlados por sus cadíes, es evocada en el inicio como causa máxima y resaltada adrede por la voz de la gente.

Los It u-Drar y los It El-Mai acechan a Bumezrag,
para entregarle a los enemigos.
Un grito se levantó de Tajerrat: Bumezrag ascendió por Inurar.
Un halcón recorrió volando las montañas.
Acudieron los Beni-Yala hasta Kuryana en su auxilio.
Entristécete, entristécete, fuente de la Meyana.
Me encontré con Bumezrag en Imetlaán: se dirigía a los Beni-
Urtilán, en el medio de sus caballeros,
un burnús blanco, un caballo negro,
entristecido el rostro, en sus ojos lágrimas.
Llorad, mujeres de los Beni-Urtilán.
El águila ha sido traicionada por insignificantes pajarillos.
Entristécete, entristécete, fuente de la Meyana.

También en la literatura argelina actual se puede encontrar alguna evocación de El Mokrani, como en ese espléndido poema del constantinés Malek Haddad *Souvent je me souviens d'avoir été berger*, con el drama que le atormentó durante toda su vida de sólo haber sido capaz de expresarse literariamente en la lengua del colonizador, el francés, que manejó con maestría.

> A menudo recuerdo haber sido pastor
> y tengo entonces en mis ojos esta larga paciencia
> del fellah que mira en sus manos irrompibles
> la historia del país en donde nacerá el naranjo...
>
> Entre nosotros la palabra Patria tiene sabor a leyenda.
> Mi mano acarició el corazón de los olivos
> el mango del hacha es inicio de epopeya
> y vi a mi abuelo en nombre de Mokrani
> dejar su rosario para ver águilas de paso.
> Entre nosotros la palabra Patria tiene sabor a ira...
>
> Padre:
> ¿Por qué me has privado
> de las músicas carnales?
> Mira:
>   tu hijo
> aprende a decir en otro idioma
> estas palabras que sabía
> cuando era pastor.

Tiempo lento del sur y sueño de la unidad. Vieja sabiduría, voz del hondón de la supervivencia sabia. El drama del desarraigo y la aculturación, que más que ningún otro país del Magreb sufrió con respecto a la cultura francesa, hoy se aprecia como una mezcla no reposada y que chirría a la primera de cambio. Y no por incapacidad de síntesis de los berberiscos, ancestral mestizaje cultural mediterráneo. Uno de los tapices cabiles, los «de guergur», con motivos de Anatolia en sus tramas, tiene su origen en un turco de los que se quedó en Cabilia tras la conquista francesa de 1830; en nada desentona del «clasicismo» de los otros tipos de tapices de la región. Cabiles de ojos claros, piel blanquísima y elegantes maneras conviven con otros de piel cetrina, pelo en-

marañado y ojos de inquietante penetración. Entre los dibujos conservados por artesanos desde generaciones, hay cruces cristianas, de cuando en la vecina Annaba, la antigua Hipona, vivía uno de los hombres más vitales del santoral cristiano de todos lo tiempos, llamado Agustín; tan buen escritor como Apuleyo, uno de los padres de la novela moderna, de la no lejana ciudad de Madauros. En el tramo de costa al oeste de Beyaia, en dirección a Argel, de tránsito difícil en ocasiones pero ruta muy atractiva, después del puerto de Azefun, una de las salidas naturales al mar del interior cabil cuando en Beyaia estaban los españoles, en Tigsirt, una basílica paleocristiana se levanta aún, frente al mar, en el centro de un amplio campo arqueológico que debe aún guardar testimonios de interés del pasado romano-cristiano preislámico de la región. Es una lástima que, como reacción a la historiografía colonial francesa que exaltó, en ocasiones de manera desmesurada, este pasado romano-cristiano, hasta intentar adueñarse de él como de algo propio, esa rica herencia cultural haya sido pospuesta a un segundo plano en la Argelia independiente. Frente al mar de Tigsirt, como en Dellys —ciudad púnica antes que romana también—, uno puede evocar naves cartaginesas o romanas, vándalas o bizantinas, árabes o berberiscas de navegación por aquellas aguas; también hispano-italianas, holandesas, francesas o inglesas más tarde, cuando unas mismas reglas de juego y usos comunes se iban asentando, esas leyes corsarias o de corso que fueron luego maestras para el derecho internacional marítimo. Patrimonio común que fue imprescindible, y aún lo es hoy, para poder continuar con vida.

inmediato objeto de un [illegible] entre los [illegible] vecho por [illegible] natural desde generaciones [illegible] do en la vecina ciudad de la antigua Tingitana, [illegible] más viejos del [illegible] romano, como [illegible] tar no sin esclarecer cómo [illegible] de la [illegible] demo, de la ya lejana ciudad de Hadrumeto. En el trozo de camino desde to de Beyrut, en dirección a Argel, de trazado difícil en ocasiones pero rutas muy atractivas, después del [illegible], uno de los sitios capitales el mar del interior [illegible] las capitales, en Tigzirt, una basílica paleocristiana se levanta aún, frente al mar, en el centro de un amplio campo arqueológico que tiene aún yacentes testimonios de interés del pasado romano-cristiano o prehistórico de la región. Es una lástima que, como reacción a la colonización colonial francesa que existió, en ocasiones en muy [illegible], este pasado romano-cristiano, hasta intentar [illegible] en el curso de los siglos, de esa herencia cultural haya sido [illegible] a un segundo plano en la Argelia independiente. Frente al mar de Tigzirt, como en Djelfa, —[illegible] antes que romana también—, uno puede evocar naves cartaginesas o romanas, vándalas o bizantinas, árabes o berberiscas de navegación por aquellas aguas; también buques italianos, holandeses, franceses, ingleses más tarde, cuando unas mismas reglas de juego y unas costumbres se iban asentando, esas leyes, consumos o de estilo que fueron luego determinantes para el derecho internacional marítimo. Patrimonio común que fue imprescindible, y sólo lo es hoy, para poder continuar [illegible]

III

ARGELIA ROMANA. CIRTA. EL ORIENTE ARGELINO

Argelia romana y Argelia francesa

Un capítulo brillante del pasado argelino es, sin duda, su período romano, entre el siglo II antes de Cristo y el V después de Cristo, medio milenio de romanización y convivencia, más o menos relajada y fructuosa, de bereberes y «latinos». Es posible que la «latinidad» del bereber argelino de la era cristiana no fuera menor que la del celtíbero, guerrero de espada corta, un poco navajera, y rodela breve. Tal vez fuera superior incluso, salvo en el caso de esa Bética andaluza patria de Trajano y Séneca. Agustín de Hipona o Apuleyo de Madauros eran un ejemplo espléndido de madurez cultural de un pueblo romanizado y, de acuerdo con los cánones del momento, de una cultura clásica de hondura emocionante. Eran los antiguos «berberiscos» y Apuleyo y Agustín dos nombres ilustres de su contribución a aquella «modernidad» civilizada que iba a derrumbarse estrepitosamente ante el embate de otros «bárbaros» norteños, menos «civilizados» por aquella gran cultura greco-latina que los «berber» del sur. Bárbaros norteños que también alcanzaron, en su destructiva eclosión, a aquel «granero de Roma», de espléndidas ciudades; y con uno de sus pueblos más destrozadores, los vándalos, que tras arrasar a su paso no pocos lugares romanizados y cultos de la Península Ibérica, se instalaron en la ribera sur del Mediterráneo, en el oriente argelino y Túnez. En la zona de la antigua Cartago, la enemiga de Roma sobre cuyas cenizas habría de surgir la «romanidad»; o «latinidad», que es lo mismo. Un enfrentamiento norte-sur, de ambas riberas del mar, que iba a permanecer por los siglos, como si de una escisión esquizoide del *Mare Nostrum* se tratara.

Hay un hermoso artículo del profesor Hugues Didier, durante años en la Universidad de Orán, hombre con sólida formación clásica y amplios estudios de teología cristiana —así como con gran curiosidad por la teología musulmana, tras años en tierras islámicas—, que muestra de manera brillante cómo fue imposible una cristiandad que se expresara en árabe y una comunidad musulmana que se expresara en «romance»; el caso de Malta hasta hoy, en donde en la ceremonia máxima del culto cristiano, la misa, se invoca a Alá, que es el nombre maltés de Dios, y el caso de los textos «aljamiados» castellano-aragoneses, salidos de la comunidad morisca española, serían las dos pequeñas excepciones. A las que habrían de añadirse, sin duda alguna, otras pequeñas comunidades cristianas —maronitas o coptos, entre otras menores— que aún subsisten en Irak, Siria, Egipto y otras zonas orientales. Muy poco para una enorme posibilidad cultural. A la identificación entre fe y ley, de consecuencias bélicas enormes, la había precedido la identificación entre fe y lengua, mucho más sibilina y de consecuencias menos identificables aunque no por eso menos perdurables.

Y pienso que el período colonial europeo en el mundo árabe-musulmán —del que Berbería era una parte nada desdeñable por su personalidad peculiar y cosmopolita—, el francés en Argelia también, vino a destrozar lo que pacientemente, a través de los siglos, habían logrado los ribereños mediterráneos: comprender que sus «leyes» respectivas, hasta entonces sacralizadas, podían combinarse con otra «ley» superior, tal vez un derecho internacional por encima de la confesionalidad religiosa, por encima de un cristianismo ya escindido y por encima de un Islam también bastante diversificado. La tolerancia de las tres religiones del Libro —la hebrea, la cristiana y la musulmana— así parece indicarlo. El hecho de que los turcos otomanos hubieran llegado como gentes ajenas culturalmente al mundo árabe-islámico oriental y al cristiano-oriental, que a su vez tenían en común raíces clásicas-helenísticas —como muestran esos estudios sobre la transmisión de una parte nada desdeñable de la filosofía griega a Europa a través del mundo musulmán y de Al Andalus—, es significativo; puede decirse que posibilitó ese sincretismo característico del Imperio Otomano. El sultán de Turquía, después de Solimán el Kanuni o el Legislador, contemporáneo del emperador Carlos de Habsburgo, se había ido afianzando en ese convencimiento, sin duda; en algo que los países europeos descubrieron al fin tras la dramática escisión que supuso la Reforma protestante. En el

siglo XVIII, en un proceso al que se había anticipado Venecia primero y Francia más tarde, los países cristianos europeos y los otomanos y sus más diversas regiones y gobiernos, firmaban paces que desterraban el corso y normalizaban el comercio y la diplomacia, al margen de leyes religiosas enfrentadas.

A la Regencia de Argel, con amplia autonomía con respecto a Estambul, hubieron de presionarla con insistencia hasta que aceptó firmar esa paz con España, de renuncia al corso y apertura de consulados comerciales y diplomáticos. El paso de Orán —aquella Gibraltar, en poder de los ingleses desde principios del siglo, berberisca— a la Regencia cerraba un capítulo de intervención española en la costa de la Berbería central argelina. Y tras el desarreglo general que fueron las guerras napoleónicas, en Europa pareció abrirse de nuevo la furia expansionista.

Algunas manifestaciones de época de aquella Francia que iniciaba el período colonial en Berbería son claras. «—¿Qué hacemos en África?... —Ustedes continúan la obra de Godofredo, Luis VII y San Luis.» Es la respuesta de un viajero francés, Poujoulat, a una pregunta del mariscal Bugeaud, gobernador general de Argel. Era en 1844, en el momento más crítico de la conquista francesa del país, y Poujoulat era un cristiano con vocación misionera, amigo del militar gobernador Bugeaud y del obispo de Argel Dupuch, que concluía convencido: «Nuestra guerra de África, pues, es una continuación de las Cruzadas». Una nueva progresión en el proceso de identificación lengua —fe religiosa y ley— fe: la identificación fe-civilización:

> Lo que está en juego (en la guerra de África-Argelia) es la santa causa de la civilización, la causa inmortal de las ideas cristianas a las cuales Dios ha prometido el imperio del mundo y de cuya causa el régimen francés es el sostén providencial.

Tal vez sea una voz fronteriza, pero es en la frontera en donde se puede captar mejor el perfil de la normalidad.

> ¡Salud, Iglesia nueva de África, hija de los Cipriano y de los Agustín! Tú has sido extraída de las tumbas por el genio y la fe de mi país: me enorgullezco de veros renacer bajo la bandera de la Francia.

La exaltación de algunos sectores católicos franceses fue grande; todavía en 1958 Luc J. Lefèvre se expresaba en términos de «combate

de la Cruz contra la Media Luna», aunque sectores más cultos católicos, como el representado por M. Garrigou-Lagrange, advertían del peligro nacional-católico e integrista, que claramente irrumpe en la guerra de independencia de Argelia a finales de los años cincuenta de nuestro siglo. Pero si en los sectores católicos podía surgir este enfoque retrógado, propio de siglos anteriores, a todo más del inicio de la época colonial española en América, en los sectores más «modernistas», laicos, socialistas o republicanos, la ambigüedad era mayor. Mostefá Lacheraf reprocha a un hombre como Blanqui haber hecho juicios atinados más o menos de Polonia o de otros países europeos, y no haber tenido la más mínima sensibilidad para la guerra de África, la aventura colonial francesa en Argelia. También las acciones militares atroces de sansimonianos, optimistas frente al progreso humano, como Lamoricière, del anciano y dulce mariscal Valée, del republicano progresista Cavaignac. Precisamente de este último militar refinado y culto, entusiasta de la antigüedad greco-romana, entusiasmado ante una gran roca de Mouzaia en la que estaba grabada una cruz paleocristiana, se dice que exclamó en éxtasis patriótico: «Después de todo, puesto que ella (Roma) ha sido la dueña aquí, ¿por qué hace falta recomenzar?». Como a Cavaignac, el pasado romano berberisco comenzó a entusiasmar a los hombres cultos y la arqueología clásica romana puso al descubierto impresionantes ciudades hasta muy al sur en la estepa argelina, como Timgad, casi intacta bajo las arenas del desierto, cerca de Batna, durante siglos. Fue una asociación de ideas infantil la de proponer el pasado romano-cristiano como precedente de la civilizadora acción francesa en la región. Colonos europeos, los «rumi», de romano, para los berberiscos, serían los civilizadores, con sus nuevos hábitos socio-económicos y de vida cotidiana, serían los garantes de esa acción civilizadora. Y la arqueología romana hizo maravillas. Las grandes urbes frente al mar, como Annaba (Hipona), Tipaza o Cherchell, las ciudades en el centro de las ricas llanuras cerealeras, como la hermosísima Yamila, Timgad o Guelma, cerca de las aguas termales del Baño de los Malditos, las esteparias Madauros, Lambese o Tebessa, la legendaria Cirta... El medio milenio de romanización en Berbería había sido tan fecundo que un milenio después aún mostraba sus bellas galas a sus herederos europeos. El paso había sido dado. Fe y lengua, fe y ley, fe y civilización podían significar lo mismo, asombrosa trinidad.

Tal vez a ello se deba ahora que el argelino actual, de la Argelia independiente del último cuarto de siglo ya largo, aún frescas en la memoria las palabras y acciones de los últimos colonos franceses enardecidos, no guste demasiado de un canto a ese rico pasado romano, de latinidad; y se tengan que aferrar a ese pasado islamo-árabe como aglutinador todavía, cuando ya parece claro que esa fase ya la tenía superada la «civilización» mediterránea. No obstante, las ciudades romanas argelinas siguen hoy exhibiendo sus galas espléndidas, frente al mar, entre trigales, en la dura estepa o asediadas por las arenas del Sahara, sigue constituyendo su visita un itinerario perfecto hacia el tiempo casi primigenio, como en Tassili, ya no sólo tiempo recuperado o tiempo detenido. El mismo paisaje agrario —esas llanuras cereales con olivos y acebuches desperdigados como al azar— y los mismos parajes, su orientación, su monte protector, tienen el tamaño inconfundible de los tiempos antiguos y medios. Mucho más que en el norte, desbordado por una «civilización» de desarrollo verdaderamente anticlásico, si no monstruoso, necesitado de una expansión permanente que amenaza con engullirlo todo. Pura posmodernidad y hasta neo y posbarroco, como gustan ahora de etiquetar fenómenos socio-culturales globales que esconden la cabeza debajo del ala, las más de las veces, ante el abismo norte-sur que se ha comenzado a ensanchar y que puede resultar catastrófico —un catastrofismo más— que se siga ahondando hasta convertirse en sima abisal.

En definitiva: que el pasado romano berberisco era, y es, de tal envergadura en cuanto a su significado y magnitud, que, como Pierre Vilar apuntó para la historia de la *Hispania* romana, bien cabría hablar de una verdadera Edad de Oro; durante casi medio milenio. Tras las guerras iniciales, en principio en el marco del enfrentamiento romano-cartaginés, unos siglos de *pax romana*, no sin enormes tensiones, precedieron al nuevo desorden de la irrupción de los pueblos germánicos, los verdaderos bárbaros procedentes del norte. Y el nuevo camino divergente tras una nueva irrupción oriental y beduina que llegó hasta la antigua *Hispania*. El período romano berberisco, pues, a pesar del desprestigio originado por el fenómeno colonial francés en las gentes de la región, fue determinante también de alguna manera y ahí sigue, por toda la geografía norteña del país, espléndido aún en sus ruinas. Aunque la arqueología colonial, todavía a finales del siglo XIX, mantenía que entre las tribus nómadas «los primeros habitantes sedentarios fue-

ron los soldados romanos liberados del servicio»; son palabras de J. Toutain, quien llegaba a justificar la colonización francesa misma con estos argumentos «arqueológicos»:

> A medida que conocemos mejor la obra cumplida por los romanos en sus provincias africanas, mejor podemos dirigir nuestros esfuerzos, y más rápido, a asegurar el éxito.

Un arqueólogo de nuestro siglo H. G. Pflaum, tiene ya la perspectiva suficiente como para invertir justamente aquella opinión:

> Los romanos, benefactores de pueblos conquistados fuera de Italia, a los cuales aportaban, con la paz, el progreso y la civilización, he aquí un concepto que ha periclitado. Pertenece a la era colonial y muere con ella.

La antigua Cirta de Masinisa y Yugurta

En el oriente de Argelia, el centro político principal se situó con frecuencia en la actual Constantina, Qasentina, la antigua Cirta, semilegendaria sobre la gran roca en la que, desde lo hondo del tajo, parece que sólo podrían habitar las águilas. Antes de la llegada de los romanos a la región, Cirta ya ostentó la capitalidad de los Masiles, frente a los Masaesiles, cuyo rey Syphax, desde su capital en el occidente de Argelia, la no menos legendaria Siga —pudiera ser en el entorno de Nedroma, en la frontera marroquí—, ocupó Cirta. En el marco de las guerras púnicas, y tras un hábil cambio de bando, Masinisa, aliado al final del bando vencedor romano, se instaló en Cirta y la convirtió en renovada capital de un amplísimo territorio que llegaba desde la actual frontera marroquí hasta la costa libia.

Pero la historia de Masinisa merece un breve paréntesis evocador. Masinisa, hijo del prudente Gula, de Zama (Zouarin), aliado de los cartagineses incluso por lazos familiares con la familia de los Barca, luchó desde muy joven en *Hispania* con el ejército cartaginés, adquiriendo gran experiencia militar. Al regreso a su tierra consiguió expulsar a Syphax de Cirta y estructurar el territorio vecino de Cartago en torno de sí, siempre aliado de Cartago. Syphax, admirador de los romanos en principio, llegó a hacer de hábil intermediario entre Escipión y Asdrú-

bal, en un complejo juego que terminó con el cambio de alianzas de Syphax, considerado por los cartagineses como un gran triunfo diplomático. A Masinisa, por su parte, Escipión le había intentado captar para el bando romano en una operación diplomática novelesca e imaginativa; prisionero de los romanos en España un sobrino de Masinisa, el joven Masiva, Escipión se lo devolvió cargado de regalos a su familia, mensajero sutil. Una vez clara la alianza con Cartago de Syphax, Masinisa ya no dudó en aceptar la amistad romana. Y aquí se enmarca la bella y trágica historia de una mujer cartaginesa (y africana), la hermosa Sofonisba, hija de Asdrúbal, prometida desde niña a Masinisa, según acuerdo de sus padres respectivos. Mientras Masinisa estaba en España de nuevo, ya efectivo el cambio de alianzas operado —en alguna narración, sería el propio Escipión quien le comunica a Masinisa aquella noticia de la boda de su prometida con su enemigo Syphax—, los cartagineses accedieron a la boda de Syphax y Sofonisba, que se instalaron en Cirta una vez más; desde allí, incluso al regreso de Masinisa y sus esfuerzos por recuperar su reino, casi reducido al estado de guerrillero, Syphax y Sofonisba representaban la alianza númido-cartaginesa, en plena expedición de Aníbal sobre Roma. La llegada de Escipión a la zona para intentar forzar el regreso de Aníbal de Italia, y su desembarco en Annaba, supuso la recuperación de Masinisa. Con ayuda de los romanos, Masinisa reorganizó un fuerte ejército y venció e hizo prisionero a Syphax cerca de Cirta. Sofonisba debió someterse a la evidencia, ante la vista de su marido encadenado, y Cirta se entregó sin resistencia a Masinisa.

La nueva etapa de la Cirta clásica pre-romana no podía por menos de comenzar con una historia digna de leyenda. Para los africanos, podría ser una historia de resistencia africana a Roma, para los romanos una historia de brujería maligna. Sofonisba sería una hechicera peligrosa para los númidas. Tito Livio pone en labios de Sofonisba un hermoso discurso africano frente al invasor romano extranjero que, escuchado por Masinisa, le decidió a tomar a su antigua prometida por esposa para evitarle la humillante esclavitud. Pero Escipión no deseaba el influjo de aquella mujer y la reclamó como prisionera de Roma, aunque prometiera a su aliado Masinisa que, si la deseaba como esposa, le agilizaría los trámites en Roma de su reclamación de la prisionera. Sofonisba y Masinisa comprendieron que era inapelable aquella decisión de Escipión y Masinisa proporcionó a su fugaz esposa un veneno; la or-

gullosa africana prefirió suicidarse antes que caer en poder de los romanos. Masinisa se casaría luego con una muchacha de Cirta. Y, sin duda, con otras muchas más, pues dejó 44 hijos, el último, Stembal, cuatro años antes de su muerte, engendrado por lo tanto con más de 90 años.

La definitiva derrota cartaginesa en Zama (202 a. de C.), por Escipión el Africano y el mismo Masinisa, brindó a éste el control de toda la Numidia, excepto el territorio cartaginés propiamente dicho, la futura provincia de África. El enfrentamiento entre Cirta y la Cartago vencida, de alguna manera propiciado por Roma —los cartagineses, tras la derrota de Zama, no podían emprender ninguna campaña bélica sin el consentimiento de Roma— y el continuo hostigamiento de Masinisa a los cartagineses, terminaron con la última guerra púnica; la destrucción de Cartago (146 a. de C.) por un nuevo Escipión —Escipión el Africano había muerto, voluntariamente exiliado tras ser acusado de alta traición por Catón, el mismo año (183 a. de C.) que se suicidaba, acosado por Roma, su gran antagonista militar, Aníbal—, y la instalación ya a las claras de los romanos en la región, debió de influir no poco en el reino númida de Cirta.

La Cirta númida debió de ser una ciudad imponente, y la época de Masinisa, el más dilatado reinado conocido en el Magreb, una verdadera Edad de Oro para la ciudad; Pomponio Mela se refiere a ella como una ciudad opulenta. Al margen de la garganta que la circunvala por casi tres de sus frentes, despeñadero de roca pura cortado a pico, lo que hoy llaman la garganta de Rummel, la Cirta númida estaba amurallada, según la describe Estrabón, y de sus fortificaciones quedan hoy algunos restos en la ciudad alta. Masinisa se instalaba en Cirta el año 203 antes de Cristo, hasta su muerte en el año 143. Cerca de Constantina, en el Jrub —el Khroub—, quedan los restos de un torreón que muchos suponen el mausoleo de Masinisa, sobre un alto pedestal escalonado; es el testimonio monumental más importante de aquel clasicismo númida, bereber pospúnico, ya recibidos los primeros grandes aportes exteriores que habrían de sintetizar los berberiscos a lo largo de los siglos. Pero la penetración romana en la región hizo que la capitalidad se desplazase más hacia el oeste, a Iol, en la costa, la actual Cherchell. Un hijo de Masinisa, Micipsa (entre el 143 y el 119 a. de C., su reinado), ya aparece allí: una inscripción funeraria escrita en púnico sobre una losa de mármol lo dice, y es fácil que el hijo y sucesor de Masinisa

abandonase Cirta por Iol como nueva capitalidad. En torno a un siglo después, esta Iol, heredera de Cirta, se estaba convirtiendo en una de las mayores ciudades romanas argelinas, Cesarea, capital de una de las cuatro provincias romanas clásicas del Magreb, la actual Cherchell, como dijéramos.

A finales del siglo II antes de Cristo, entre el año 111 y el 105, se desarrolla la llamada «guerra de Yugurta»; a la muerte de Micipsa el reino númida se enredó en una serie de disputas sucesorias y Roma intervino para dividir el territorio entre Yugurta y su primo Aderbal; Yugurta culminó la reunificación con la conquista de Cirta (112 a. de C.) y, cuando Roma le declaró la guerra, Yugurta consiguió, a base de sobornos primero y éxitos militares, llenos de ingenio y de tácticas guerrilleras, resistirles hábilmente durante un quinquenio. Senadores y militares romanos se inclinaron ante el oro y los regalos de Yugurta, mientras cercaba en Cirta a su rival y tomaba la ciudad a pesar de las advertencias romanas. La matanza organizada por Yugurta, en la que murieron sus principales oponentes políticos, escandalizó a Roma. Yugurta, en un acto de genialidad política, llegó a acudir a Roma al llamado del Senado, tras haber conseguido previamente, y mediante sobornos, una paz previa; elefantes, caballos, ganado y plata fue el envío llevado a Roma por los embajadores que venían de Numidia. La estancia en Roma de Yugurta fue también espléndida de regalos y discursos de los mejores abogados y oradores; incluso debió de comprar el asesinato de un pariente que residía en Roma y que algunos senadores habían conseguido convencer para que se ofreciese como oponente a Yugurta en el reino númida. Era el año 111 antes de Cristo, y Yugurta debió de volver a su tierra. La tradición pone en su boca una despectiva despedida de la ciudad: «¡Oh ciudad venal, pronto perecerás si encuentras un comprador!». En su juventud, el gran caudillo númida había estado en España, en donde había participado en la guerra de Numancia, y un Escipión había sido su educador militar. Como había sabido mostrar, conocía muy bien a los romanos, su gran poder y las debilidades del ascendente control imperial que se estaba gestando por todo el Mediterráneo.

A su regreso a Numidia, Yugurta supo, con gran inteligencia, descorazonar a varias expediciones romanas, bien ofreciendo amistad, con imaginativas puestas en escena al paso de los soldados romanos, o realizando breves operaciones guerrilleras o de simples retiradas estratégi-

cas cuando era necesario. Un militar experimentado como Metelo se desesperó, impotente ante las tretas de los númidas. Hasta la llegada de Mario y Sila. La mayoría de los combates se dieron en el entorno de Cirta, como la región de la actual Guelma, y Yugurta, tras la ocupación de Cirta por los romanos, y a causa de la traición de un aliado, el rey de los «mauritanos», Bokjus, fue hecho prisionero, conducido a Roma —como le había sucedido a Syphax, el oponente de su abuelo Masinisa— y sepultado en un pozo en donde murió de hambre y sed a los seis días. Era el año 104 antes de Cristo. Entre los bereberes, dos milenios después, aún hoy, al parecer la palabra *bokjús* (*Vu Jus*, *el Vojs*, *el Bojs*) sirve para designar a alguien despreciable, como aquel jefe de los «mauros» que traicionara a Yugurta.

Las crisis socio-políticas que se hicieron muy frecuentes en la Roma del siglo I antes de Cristo, tras la desaparición de Yugurta, tuvieron su repercusión en Numidia; sin duda que eran un signo de debilidad y dependencia política. El mismo Mario se refugió en la región cuando tuvo problemas en la metrópoli, y el proceso culminó durante el enfrentamiento entre Pompeyo y César. Pompeyo contaba con el apoyo de Juba I, ya en el entorno de Iol —futura Cesarea, actual Cherchell—, y es el momento en el que, tras la batalla de Thapso (46 a. de C.) —que algunos han identificado con Tipasa—, las diez legiones de César, el conquistador de la Galia cinco años antes, incorporan a la Administración romana la zona de Annaba (Hipona), Guelma y, también, Cirta. El suicidio de Catón y el nombramiento inmediato de César como *dictator perpetuus* e *imperator* o cónsul por diez años y la victoria final contra los hijos de Pompeyo en España (Munda, 45 a. de C.), preceden en meses al asesinato de César (los *idus* de marzo o 15 de marzo del 44 a. de C.), y suceden vertiginosamente a esta campaña africana de Julio César. Las nuevas tierras incorporadas fueron designadas como *Africa Nova*, para diferenciarlas de la zona tunecino-cartaginesa —África propiamente dicha—, que pasó a ser conocida desde entonces como *Africa Vetus*.

De alguna manera, Cirta volvió a disfrutar de una peculiar capitalidad, y continuaría siendo, a pesar de los avatares del país —vándalos, bizantinos y árabes— uno de los centros urbanos importantes de la región, con su puerto natural en la costa, Collo, cerca de Skikda, y la relativa proximidad de Hipona-Bona-Annaba. Julio César eligió al historiador Salustio como primer gobernador de las nuevas tierras incor-

poradas a Roma, lo que se reflejaría en la rica información que luego utilizó en sus escritos sobre la región; también aprovecharía su gobierno para enriquecerse, por otra parte. Como cabeza de un amplio territorio que incluía en la costa a Skikda y a Collo, Cirta la confió César a uno de sus colaboradores destacados en la lucha contra los partidarios de Pompeyo en Numidia, llamado Sittius, un aventurero latino que, huyendo de la justicia en Roma, se había instalado en la región y mantenía una partida de expresidiarios como él y que había sido atraído a su bando por César para que se enfrentaran con los pompeyanos. En ocasiones se habla de «reino de Sittius», con terminología que hoy nos parece impropia, de «colonia de sitianios» —así, en Pomponio Mela— o de «confederación cirteana». Durante los enfrentamientos entre partidarios de Marco Antonio y de Octavio, el gobernador romano Sextius, tentado sin duda por la fortaleza de Cirta, la hizo centro de sus intrigas y acciones militares, con matices independentistas incluso, pero la confusión terminó con el acceso al poder de Augusto y un período de relativa tranquilidad en la región. Durante tres siglos, en plena reestructuración administrativa y militar romana del Magreb, Cirta conservaría personalidad propia, incluso administrativa.

La penetración del cristianismo en el mundo romano, a través de Cartago —su obispo San Cipriano es de mediados del siglo III y le cortaron la cabeza durante la persecución de Valerio—, alcanzó a la ciudad de Cirta; sus habitantes cristianos sufrieron especialmente la persecución de principios del siglo IV: quemas de libros, destrucciones de iglesias y muerte de muchos mártires del santoral cristiano. Debió de ser un fenómeno masivo, pues se habla de amplia despoblación de la ciudad y de grupos enteros condenados, como los 49 mártires conducidos a Cartago, tras encontrarlos en el campo celebrando sus ceremonias religiosas clandestinamente. El problema de los cristianos que cedían a las presiones de las autoridades romanas y «renegaban» —he ahí un término de gran vigencia más de un milenio después, en el siglo XVI—, y que luego querían volver a su vieja fe, estuvo en la base del surgimiento del Donatismo; durante un siglo, el Donatismo se convertiría en un peculiar movimiento magrebí, frente a Roma.

Constantino (324-337, su reinado), ya cristiano, cambió el viejo nombre, ya mítico, de Cirta; fue sustituido por el de Constantina, el actual de Qasentina. Este honor, paralelo al del nuevo nombre de Constantinopla concedido a Bizancio por este mismo emperador, fue poste-

rior a los graves disturbios que el enfrentamiento entre Majencio y Constantino provocó en Numidia y que hizo sufrir a Cirta un siempre penúltimo asedio. Su misma fortaleza había tendido a convertirla en último refugio de un bando acorralado.

*A*FRICA NOVA ROMANA. UN PARÉNTESIS SOBRE SUK-AHRÁS, ANTIGUA TAGASTA, TIERRA NATAL DE AGUSTÍN DE HIPONA, Y LA PINTURA ARGELINA

Pero ya por entonces todo el este de Argelia hasta el Sahara mismo, la parte central —la rica Mitiya y la región costera—, y en menor medida su parte occidental, tenían magníficas ciudades, muchas de ellas de nueva planta por completo, con frecuencia de origen puramente militar. De la época de Augusto fue la fundación de media docena de «colonias» costeras, la mayoría sobre poblaciones preexistentes durante siglos en contacto con el mundo fenicio-cartaginés, de Yiyel (Igilgili), Beyaia (Saldae) y Azefun (Rusazus), en la costa cabil, a Tenés (Cartenae), ya cerca de Orán, y de otras tres «colonias» interiores, en la rica Mitiya y los llanos paralelos a la costa entre Argel y Tenés, entre ellas la actual Miliana (Zucchabar). Estaban en territorio de la denominada «Mauritania», su capitalidad sin duda en torno a Iol-Cherchell, «reino» sobre el que habremos de volver, y fueron la base de las dos provincias mauritanas, la más oriental gobernada desde Iol-Cherchell, la Cesarea romana, y la más occidental desde Tánger (Tingi); ambas provincias tenían al frente un procurador designado por el emperador, al contrario de los procónsules y legados residentes en Cartago y de rango senatorial.

Porque la provincia más próspera, rica y romanizada era la de África; la actual Túnez, o *Africa Vetus*, el antiguo territorio cartaginés, con su prolongación hasta Leptis en la actual costa libia, más el territorio númida propiamente dicho, o *Africa Nova* que se incorporara ya en tiempos de César, en parte en la actual Túnez y en parte en la actual Argelia oriental; con sus espléndidas ciudades de Hipona (Annaba), Calama (Guelma), Tagasta (Suk-Ahrás), patria chica de Agustín, Madauros, patria chica de Apuleyo, y Tebessa. Muy próximas todas a la vieja Cirta. El procónsul, de designación anual y senatorial, residía en Cartago y tenía amplios poderes.

Desde principios del siglo I, una segunda provincia se estructuró en la Argelia oriental, también en el área próxima a Cirta, más de carácter militar, con un legado de designación imperial y que era comandante jefe de la legión; la capitalidad acompañaba y se desplazaba con dicho mando militar y a principios del siglo II se fijó ya en Lambese, próxima a Timgad, ejemplo impresionante aún hoy, en ambos casos, de ciudad de fundación militar. Su territorio alcanzaba por el norte a Cuicul (Yamila), próxima a la Gran Cabilia, en los ricos llanos de Setif, y hasta la región de Laghuat, en la estepa límite con el Sahara. Incluso en los parajes más desolados de los Aurés, ese reducto montañoso de resistencia y refugio, se pueden encontrar restos de esa instalación romana secular, pues desde Lambese se trazó una ruta, estratégica desde el punto de vista militar, hasta Biskra, ese gran palmeral-oasis ya plenamente sahariano, y verdadero *limes* o frontera sur del imperio. Cerca de la garganta de Rufi —ese palmeral semioculto en una larguísima hondonada con paredes cortadas a pico—, una inscripción romana de mediados del siglo II después de Cristo, de la época de Antonino Pío, en el desfiladero de Tiganimín, evoca la construcción de esa ruta transauresina, como otras —perennidad de territorios aptos para la resistencia— recuerdan acciones heroicas de la resistencia argelina a los militares franceses casi dos milenios después.

Tanto Tebessa como Timgad o Lambese, cabezas sucesivas de esa peculiar provincia militar romana, debieron de tener su función principal en el control de esa peligrosa región del entorno de los Aurés. Lambese —hoy Tazaoult—, en concreto, al lado de la ciudad, con importantes edificios civiles, termas, templos y conducciones de agua, es uno de los campamentos de legionarios mejor conservados de las dos docenas largas de ellos conservados de la época imperial; todavía en los años setenta de este siglo se seguía excavando, con la colaboración de expertos del Instituto Arqueológico Alemán de Roma, y hoy es un vastísimo campo arqueológico, sólo en parte interrumpido por una antigua prisión de la época colonial francesa. Lambese está a algunos kilómetros al sudeste de Batna, y es desde Batna también desde donde es más cómodo llegar hasta Timgad; fundada en el año 100 por orden de Trajano, su trazado se hizo a imitación de una ciudad militar: un gran recinto cuadrado de más de 300 metros de lado (358 metros por 322), perfectamente cuadriculado y luego desbordado por nuevas construcciones —termas, necrópolis, iglesias cristianas, construcciones bizanti-

nas— que muestran el esplendor de la ciudad durante medio milenio. Si en Lambese se conservan los restos de un gran anfiteatro, en Timgad se conservan los de un teatro —de casi 4.000 plazas— y, único caso documentado, de una biblioteca, con inscripción del donante y signo de la vitalidad cultural de la ciudad. En el museo de Timgad, entre las muy abundantes piezas de interés, impresiona la cantidad de estelas y relieves relacionados con el culto de Mitra, culto oriental tan extendido por el bajo imperio, y en el que Mitra y el toro encierran simbolismos misteriosos y atractivos. La belleza —otra vez ese viaje hacia el tiempo detenido— de las ruinas de Timgad ha hecho que sean famosos los festivales ocasionales que las tienen como escenario; el ballet clásico español, en la etapa de dirección de María de Ávila, por ejemplo, bailó allí. A lo largo del siglo IV la ciudad mantuvo su importancia y, entre las numerosas iglesias cristianas, destaca la catedral de los donatistas, de gran influencia, como en otras ciudades —y en el campo bereber— argelinas, sobre todo durante el obispo Optat. La invasión de los vándalos —a partir del segundo tercio del siglo V— significó amplias destrucciones para Timgad y la conquista del general bizantino Solomon la convirtió en una gran fortaleza defensiva de aquel *limes* meridional. A pesar del largo viaje a través de la estepa argelina y de las altas mesetas, sin duda que merece la pena desplazarse hasta allí. Timgad fue prácticamente olvidada durante siglos y su hallazgo constituyó un verdadero desenterramiento.

Como en Tassili o en Ghadaia, también en Timgad un visitante puede toparse con el tiempo —la vida— detenido. Ante el horizonte estepario visible a través de la gran puerta central del que llaman arco de Trajano, o ante ese emocionante juego de palabras de seis letras, como si de un criptograma peculiar se tratase, inciso a punta de navaja tal vez, entre otras muchas inscripciones lúdicas, en un lugar apartado del foro: «*Venari Lavari Ludere Ridere Occest Vivere*». Que podría traducirse así: «Cazar Bañarse Jugar Reír Eso es Vivir».

Tebessa es la otra gran ciudad, de importancia militar también, en torno a los Aurés, al sur de Cirta y muy cerca de la actual frontera tunecina. Ciudad de primera hora de la época romana, su anfiteatro, excavado en los primeros años de la Argelia independiente, a mediados de los sesenta de este siglo, se ha fechado en dos fases de construcción, la más antigua de finales del siglo I y principios del II, la más moderna de finales del siglo III y principios del IV. El edificio que hoy alberga el museo de la ciudad es el antiguo templo dedicado a Minerva, con

una columnata corintia y un rico friso perfectamente conservados; y el esplendor de la comunidad cristiana se refleja en una de las más interesantes basílicas africanas, con naves separadas por arcos de medio punto enmarcados por columnas corintias, una rica capilla en recuerdo de siete mártires de la ciudad, amplia avenida enlosada y porticada, caballerizas y hospedería; conjunto lujoso y de fábrica de rica cantería. En la época bizantina la ciudad siguió siendo centro de importancia, como lo muestran las murallas fortísimas que integran, como si de un torreón se tratase, la llamada puerta de Caracalla, aún imponente hoy. Pero Tebessa, al contrario que Timgad, no fue una ciudad abandonada y hasta su anfiteatro fue habitado. En la órbita de Constantina y de los hafsíes tunecinos, su proximidad de los Aurés y su situación excéntrica debieron de agudizar su marginalidad relativa; en el siglo XVI, cuando se están forjando las fronteras argelino-tunecinas, Mármol se refiere a ella como pobre e insumisa, al mismo tiempo que, casi un texto aforístico, la define con hermosa precisión: «Tres cosas hay en esta ciudad que hacen ventaja...: los muros, las fuentes y las nueces».

Como en el resto de Argelia, y en particular en esa región en la que los Aurés imprimen su impronta particular, el período colonial francés y la resistencia de la población autóctona jugó un papel integrador «nacional», con ese matiz fronterizo peculiar en el caso de Tebessa, dado el gran número de exiliados argelinos en Túnez y la posibilidad de un maquis en las montañas próximas. En sus proximidades se instalaron campos de refugiados palestinos en tiempos recientes, de alguna manera tierra de asilo y de nuevas solidaridades. Los tapices de Tebessa, particularmente los de listados rojos y grises y gran tamaño, son de una sobria belleza; un poco en la línea, aunque menos extremos en su sobriedad, de los de pelo de cabra de color natural —blanco, negro y marrón— de los Aurés.

Entre Tebessa y Timgad, a media docena de kilómetros de Jemchela (Khemchela, la *Mascula* romana), en el lugar llamado hoy precisamente El Hammam, están los restos mejor conservados de unas termas romanas, aún en uso sus viejas canalizaciones, las viejas *Aquae Flavianae*, con una espléndida piscina circular. Al norte de Tebessa, en la misma línea fronteriza con Túnez, en la patria chica de Apuleyo, Madauros, colonia de antiguos legionarios, conserva importantes restos arqueológicos también, como el teatro o los impresionantes restos de fortificaciones bizantinas; la vivacidad de las descripciones de Apuleyo

(siglo II d. C.) de escenas cotidianas e ingeniosas —en el teatro, en el mercado— dejan entrever esa rica vida urbana de su tiempo y la madurez cultural de ese Magreb más o menos romanizado. Uno de los teatros mejor conservados está también algo al noroeste de Madauros, en la actual Jamisa (Khamissa, la *Thubursicu Numidarum*), con lo que este conjunto muy importante de restos romano-bizantinos de la parte meridional del oriente argelino —Lambese, Timgad, Tebessa, Madauros, Jenchela y Jamisa— bien podría configurar toda una ruta de interés articulable desde Batna, buen centro de comunicación para ello. Los llanos de Batna —como los de Setif o los de Guelma, por otra parte— pueden ayudar muy bien a comprender el contenido de aquella denominación de «granero de Roma» con que también se conoció esta zona del Magreb númida.

Tanto en Madauros como en Tebessa, en concreto en Brisgane, en su región, se conservan almazaras o molinos de aceite. Sobre todo en Madauros, la pequeña ciudad que, aunque la hemos incluido en ese circuito posible que pudiera tener por centro Batna, en la carretera de Suk-Ahrás (Tagasta) y Guelma, bien podría incluirse en ese grupo más cercano a la costa y a Annaba-Hipona sobre el que habremos de volver. En Madauros las almazaras familiares son frecuentísimas y se piensa que algunas de ellas podrían ser pre-romanas; muy indicativo de las características de la región. Pero el gran centro artesanal por excelencia, con almazaras, pero sobre todo con infinidad de alfares o talleres de alfarería y, como en otras ciudades, con molinos de cereal, es una ciudad en terreno montañoso muy cerca de Cirta, en dirección hacia la costa, hacia Yiyel y Skikda, Tiddis. Es una de las poblaciones de época romana más singulares, con el foro más pequeño del Magreb, interesantes juegos arquitectónicos y urbanísticos para acoplarse al escarpado terreno, como calles en escalera o fuentes públicas entre roquedales. En el Museo de Constantina se muestra una colección amplísima de la cerámica de estos talleres. Tiddis, próximo a Cirta, es también un poblado particular por ser el último refugio del culto mitraico en la región, de ese culto traído de Oriente por los militares romanos y que tan presente se podía percibir en Timgad; al parecer, en Tiddis se refugiaron algunos de estos colonos exlegionarios y siguieron practicando sus creencias hasta años en los que el cristianismo ya se había difundido por la región y tenía en Cirta pujantes adeptos. El entorno de la pequeña ciudad de montaña de Tiddis, en una ladera bien orientada sobre las

gargantas de Jeneg (Kheneg), es amplio y abierto, con lugares menos escarpados entre los que haber elegido el emplazamiento, pero fue preferido aquél a pesar de esos problemas de espacio; que les llevaron, por ejemplo, a excavar en la roca aposentos para no tener que disminuir aún más la superficie del foro. Algunos gustan compararla con la estructura de la típica *casbah* de la época musulmana, tortuosas en contraste con las rectilíneas calles y regulados trazados de las ciudades clásicas romanas.

Al este de Cirta, y hasta la frontera tunecina, bien comunicadas con el puerto de Annaba (Hipona), Guelma y Suk-Ahrás (Tagasta) eran dos notables centros, en el caso de Guelma con un teatro recién restaurado —mejor, reconstruido—, de las ciudades de primera hora incorporadas a la Administración romana tras la campaña de César en la Numidia. Pero tan evocador como la arqueología es el paisaje mismo, entre estas dos ciudades, llanos de cereal y olivos, aquí y allá, sin un orden diferente al marcado por la Naturaleza misma; tan rotundamente diferente a ese campo de olivares de Jaén, por ejemplo, al tresbolillo o al marco real, tan regulares y racionalizados, tan del siglo XIX. Montes repoblados de bosque pueden dar el toque de modernidad, tal vez, pero en algunos de esos parajes mesetarios en los altos de Guelma a Suk-Ahrás una vez más puede surgir la sospecha de la retención de un tiempo recuperable. Aunque un pequeño, pulcro y sobrio cementerio de muertos en la guerra contra los franceses —«mártires» o *shuhada*, plural de *shahit*— le recuerden a uno el tiempo transcurrido desde aquella «idílica» —tal vez, desde hoy— sociedad antigua de la «Edad de Oro».

Espero que una alusión personal no rompa el tono de este amplio ensayo, que uno pretendería lo más objetivo posible. Cuando el pintor Farés era el presidente de la Asociación de Artistas Argelinos, que tenía una sala de exposiciones en Argel, se celebraba una bienal de artes plásticas en Suk-Ahrás. Era una interesante iniciativa, como aquella otra de los «museos del felah» o museo de los campesinos, que pretendía poner un museo en cada pueblo socialista de la reforma agraria argelina con obra plástica de pintores de todo el mundo. Farés era un pintor muy realista y de alguna manera «militante» en su pintura de todas las causas sociales y, en particular, de las del Tercer Mundo, esté bien o mal llamarlo así. En aquella II bienal de Suk-Ahrás, apoyada también por las autoridades locales y provinciales, muy interesadas en promo-

cionar aquella iniciativa cultural de rango internacional para su región, estaba un pintor cubano, mulato claro de pelo cano, Juan Blanco López, de Matanzas, y de alguna manera terminé haciendo de intérprete suyo en los amplios debates sobre «arte y revolución» que se plantearon. Había representantes de algunas asociaciones similares de muchos países socialistas, como China, la URSS de entonces, Checoslovaquia, Bulgaria y otros, y entre algunos europeos occidentales había un austríaco empeñado en defender a ultranza el arte por el arte como lo más revolucionario del mundo. Juan Blanco López, el pintor de Matanzas, de alguna manera, aunque más matizada, también veía bien la libertad de creación frente a los corsés del «realismo socialista», e insistía mucho en que en Cuba había dado buenos resultados con los jóvenes artistas que, con estilos muy diversos, habían conseguido una obra plástica variada y reconocida en el exterior. Fueron debates animados, de buenas formas y mucho contenido teórico; pero las obras de los pintores argelinos eran demasiado de escolares todavía, la mayoría, y a veces también exponían labores más bien artesanales. Luego, al preguntarle a algunos amigos pintores como Sherfawi y Mersali, de Orán, que hacen trabajos interesantes, me comentaron que tenían tiranteces en el gremio suyo de artistas —ellos también eran profesores de Bellas Artes— con la Asociación que dirigía Farés, con lo que la mayoría de los artistas plásticos, sobre todo los pintores, se desentendían de ella. Farés era para ellos, un poco, como de la vieja escuela, como si pensara que todavía estaban en la época de la guerra de independencia contra los franceses; él había luchado de muy joven en la guerra y, herido, le habían llevado a hospitalizar a Túnez y allí había estado exiliado bastante tiempo; en el hospital había empezado a pintar y se había hecho muy popular entre los exiliados argelinos porque les pintaba sus emociones y anhelos más inmediatos, que eran la ansiedad por la guerra y el deseo de ganarla cuanto antes para poder regresar a sus casas. También utilizó su arte para la propaganda y para el estímulo de sus compañeros de lucha, lo que entonces era muy necesario. En España, Farés había expuesto en Madrid, en la galería del diario *Pueblo*, a principios de los setenta, y también en otros países, sobre todo socialistas. Pero a los jóvenes pintores, o a otros más europeizados, sin más, como el espléndido Hadda, uno de los pintores argelinos más apreciados en Europa, ya no les satisfacía esa estética «militante» a ultranza que podía arruinar su creatividad. El caso es que no se entendían desde el punto de

vista estético, pero eso también se reflejaba en el no entenderse en cuanto a la organización de actos conjuntamente. Años más tarde, en los ochenta, parece que se renovó la dirección de la asociación argelina de artistas plásticos y se comenzó a contar más con este sector de gustos más jóvenes y renovadores. «Arte y Revolución» era el lema, entonces, de aquella II bienal de Suk-Ahrás, la antigua Tagasta, ciudad natal de Agustín, el futuro obispo de Hipona. Y era milenio y medio el tiempo transcurrido. Pero sobre todo, ese milenio y medio pervivía en los campos de trigo y olivar disperso, de monte bajo y bosques a lo lejos, algo casi ancestral. Y en ese viaje imaginé una posible historia de pastores que había de titularse, con toda la simpleza e ironía del mundo, *Arcadio y los pastores*, y que por un raro azar se publicó en 1986.

Cerca de Guelma hay ricas aguas termales y, como es frecuente en toda Argelia, en esas fuentes termales se conservan restos de la época romana; como en El Hammam, cerca de Jenchela, al que hemos aludido ya, en Miliana, en Muzaia, o tan al sur como Biskra, en el Hammam Salihín. Al norte de Guelma, cerca de Heliópolis, en Hammam Berda hay una gran piscina circular de piedra, de casi 40 metros de diámetro, que aún recoge las aguas de una fuente de agua caliente, en un entorno de olivos, alguna palmera y matojos, muy evocador. Pero es en Hammam Mesjutín —el baño de los malditos, o de los maldecidos, o de los silenciados—, al margen de sus restos arqueológicos, en donde el paisaje y la leyenda confluyen de una manera admirable. De entrada, las fuentes termales —de agua caliente, y valga la redundancia— de Hammam Mesjutín forman una cascada de piedra blanca que brilla al deslizarse el agua sobre ella, una cascada petrificada. El arrollo que origina la cascada petrificada, siempre en formación por solidificación de los sedimentos que deja el agua, forma también una amplia explanada por donde se desperdiga el agua antes de llegar a la caída de la cascada. Y en esa explanada unos agujeros hacen el efecto de bufones marinos, escuchándose el rumor, a veces como resoplidos, del agua subterránea; también se pueden ver unas figuras de tamaño y vaga forma humanos, originadas también, sin duda, por los sedimentos depositados por el agua y el goteo. Y ahí surge la leyenda relacionada con el nombre extraño del Hammam, el baño de los maldecidos, o desechados, o algo similar, con ese sentido de exclusión de la comunidad. Las figuras petrificadas son los asistentes a una boda, en tiempos antiguos, sin duda pre-islámicos, a una boda singular: a una boda entre hermanos. Por eso

se puede pensar que sucede en un tiempo muy remoto, antes de la llegada a la región del Islam, religión que prohíbe ese tipo de matrimonios, aunque pudiera ser que fuera en tiempos posteriores, y que fuera una costumbre anterior que tardaba en desaparecer. El caso es que Dios, para que quedara claro que el incesto era un gran pecado, condenó a los novios y a todos los asistentes a que se convirtieran en estatuas de piedra para escarmiento propio y ejemplo para los hombres. Los suspiros y bufidos que se oyen, corresponderían a sus lamentos en el infierno. *¡Tellem chaho!*, podría terminar una abuela cabil en su aldea, no muy lejana de Hammam Mesjutín, por otro lado, al contarle una historia como ésta a sus nietos. Toda una leyenda sobre el tabú del incesto, sobre la maldición que cae sobre los incestuosos y los que lo consienten en su entorno. Tal vez de raigambre cristiana, romana o, más antigua aún, púnica o bereber.

Y no sería correcto despedirse de las planicies de Guelma sin hacer alusión a otra pequeña pervivencia del pasado muy sugestiva: la vaca guelmesa. Una raza autóctona de vaca de la región de Guelma, nada espectacular, pequeña y un tanto renegrida, nada que ver con una lustrosa vaca suiza u holandesa; un poco, quizá, con la resistente vaca casina asturiana, superviviente, como la guelmesa, tal vez por su propia resistencia. No conozco muchas poesías de otras culturas que, como la poesía en árabe, compare la belleza de unos ojos amados con la belleza de los ojos de una vaca. Y en las correrías españolas desde Orán, aquellas razzias o cabalgadas, mejor, que decían las fuentes españolas de la época, el ganado que se les capturaba a las tribus de los alrededores de la ciudad o de tierra adentro, se vendía en el mercado o se admitía rescate, en trigo y en cebada sobre todo, de su antiguo dueño para que pudiera recuperar sus animales; esto servía para «camellos o ganado menudo, cabras y ovejas», relata Diego Suárez Corvín, aquel vaquero asturiano que de niño huyó al sur y envejeció en Orán, «empero lo vacuno nunca se les da ni admite rescate». El ganado vacuno debía de ser un bien apreciado y escaso en el Magreb. Aquellas manadas de bóvidos de las pinturas del Tassili eran bienes de otros tiempos más lluviosos y, lo mismo que desaparecía el león de los montes de los alrededores de algunas ciudades —salvo tal vez en Suk-Ahrás, donde perviven en la memoria de la gente aún las cacerías de leones—, desaparecían aquellos vacunos necesitados de pastos, cada vez más escasos. Alguna parte de aquella rica fauna sobrevivió, como los monos de las gar-

gantas de Jerrata, en el camino entre Constantina, la antigua Cirta, y Beyaia, la antigua Bugía, no lejos de los altos llanos de Guelma; y podría ser también que aquella vaca guelmesa austera y resistente fuera una reliquia de aquellos rebaños de bóvidos saharianos. De las pocas que pudieron ver también los árabes, sin duda, aunque las recordaran vagamente abundantes en tiempos mejores, y por eso recordaran la belleza de sus ojos grandes, pacíficos y brillantes. Los cuentos populares cabiles tienen mucho que narrarnos al respecto.

ANNABA-HIPONA Y AGUSTÍN. LA IGLESIA DONATISTA AFRICANA Y OTRAS RESISTENCIAS A ROMA

En la Argelia oriental, al lado de Cirta, sin duda que la otra gran ciudad influyente fue Annaba, la Hipona donde desembarcara un día Escipión el Africano en ayuda de su aliado y amigo Masinisa y gran puerto en donde, al lado de los restos de la ciudad romana, restos anteriores permiten adivinar un pasado fenicio-cartaginés o púnico. Guelma y Tagasta son su entorno agrícola interior natural, y de ahí que fuera, con esos lugares, el núcleo principal de la *Africa Nova* que incorporara César a la Administración romana desde Cartago. Aquel joven de Tagasta, inteligente y rebelde, disipado, juerguista y vividor, cuya madre cristiana Mónica tanto deseara ver convertido en un hombre de bien, después de estudiar en Cartago y de viajar por la Italia imperial hasta Milán, se entiende muy bien que al regresar a su tierra de origen, y tras un paréntesis en Tagasta, eligiera Hipona para instalarse y llegara a convertirse en uno de sus hombres de mayor prestigio en lo cultural y en lo político, inseparable por entonces ya de lo religioso. La atración de un joven Agustín de Tagasta-Suk-Ahrás por el maniqueísmo, en el que las fuerzas del bien y del mal se enfrentan de continuo, no es extraño que influyera en una posterior influencia en la dogmatización del cristianismo romano. Tampoco es casualidad que Agustín de Hipona (354-430), como se le conoce aún hoy —milenio y medio después—, fuera el importante intelectual que fue y que su pensamiento siga interesando a filósofos e historiadores. Es importante destacar su formación clásica y cristiana, cuando el cristianismo aún conservaba esa vitalidad de una doctrina global no demasiado dogmatizada aún, pero que había iniciado, desde la época de Constantino, pocos años antes, una peligrosa tendencia a identificarse con un poder político concreto romano. La he-

rencia platónica de su formación clásica fue fundamental en la evolución intelectual moderna; cuando la «revolución científica» moderna deba enfrentarse ya a principios del siglo XVII con el dogmatismo «aristotélico» oficial, la herencia platónica, en gran parte transmitida también a través de la cultura islámica medieval, pasará a primer plano de importancia; Crombie hace partir del platonismo y de Agustín de Hipona

> toda la tradición racionalista del pensamiento europeo, con su creencia de que lo que es cierto es verdad en realidad..., principal motivo subyacente a toda la ciencia del siglo XVII.

Es significativo ver a Galileo apoyarse en la autoridad de Agustín para argumentar ante las autoridades eclesiásticas que Dios es autor no sólo del gran libro de las Escrituras, sino también del gran libro de la Naturaleza, y que en ambos se puede estudiar la verdad, aunque con resultados diferentes.

La inestabilidad del Imperio Romano y sus claros signos de desmembración, culminaron en el momento en que Alarico, en el año 410, saqueaba Roma; en los medios romanizados del momento muchos acusaron a los cristianos de ser la causa de esa crisis y hasta del mismo saqueo de la capital imperial. A raíz de estos acontecimientos y polémicas, Agustín inició la redacción de su obra *De civitate Dei contra paganos* el año 413, y no puede desligarse ese texto clave para la historiografía medieval y moderna de esas circunstancias. La «ciudad de Dios» y la «ciudad terrenal» se contraponen; si la terrenal busca «el honor y la gloria de los hombres», la otra tiene por «suma gloria a Dios, testigo de su conciencia»; si «aquella reina en sus príncipes o en las naciones a quienes sujetó la ambición de reinar, en ésta unos a otros se sirven con caridad». Frente al *tempus* terreno, en plena crisis, dominado por ambiciones de dominio y, por pura experiencia, perecederas, engendradoras de desgracias tanto para los príncipes como para «las naciones a quienes sujetó la ambición de reinar» —y ahí sería posible captar una vaga referencia a la «nación africana», entre otras—, otro *tempus* en clave de eternidad y salvación, de piedad, conciencia y caridad. Tal vez una «idea» platónica más, puntal de verdad y, por lo tanto, de realidad. O una sublimación temporal, en tiempos recios, o una tentación por el eterno «utopismo» o por lo que hoy se llamaría posmodernidad. Aunque el paso siguiente, que sí se dará en la Edad Media cristiana, de confusión de los dos «tiempos», base de las más delirantes

interpretaciones históricas providencialistas, no se da en Agustín de Hipona. Lo único que él pretendió, en aquellos tiempos terminales —él mismo morirá durante la conquista de los vándalos de su ciudad—, fue resaltar la finitud del mundo.

Cuicul, la actual Yamila, es una de las más hermosas ciudades romanas argelinas; su nombre actual, Yamila, quiere decir precisamente eso, bonita o bella. Entre Cirta y la Cabilia, próxima a Setif y sus ricas llanuras cerealeras, el paraje mismo y el estado de conservación la convierten en un verdadero espectáculo; un atardecer en Yamila, la sombra alargada de las columnas, puertas monumentales y templos, puede ser inolvidable. Más abajo del foro viejo o foro del norte, rodeado de los edificios públicos más representativos, el mercado conserva numerosas tiendas en torno a una plaza cuadrada porticada, con bajorrelieves específicos para cada una y hasta las medidas de líquidos y grano en uno de los mostradores. A finales del siglo II y principios del siglo III, el crecimiento de la ciudad hizo que surgiera una nueva gran plaza o foro del sur, llamado también la plaza de los Severo, con un esbelto templo al que se accede por una gran escalinata y el arco de Caracalla, uno de los arcos de proporciones más elegantes y armoniosas de Argelia, hoy restaurado. En Yamila se conservan también un teatro, con las gradas excavadas en una ladera natural, y los restos de una basílica paleocristiana de envergadura. En la cercana Setif, uno de los dos circos del país —el otro es el de Cherchell— muestra la importancia de las colonias romanas en esa zona del Magreb.

Pero la amplia romanización que manifiestan estas ricas ciudades del oriente argelino no nos debe llevar a engaño y hacernos pensar en una *pax romana* plena. Muy al principio de la época colonial romana, el año 17 después de Cristo, de la Cabilia argelina surgió un jefe bereber, Tacfarinas, del que Tácito narra sus hazañas. Con otros bereberes, antiguos soldados en las legiones romanas, pronto se hizo célebre como hostigador de los nuevos colonos con pequeñas operaciones rápidas que tomaban por sorpresa al enemigo, tácticas guerrilleras se diría hoy, tan usuales ya en los primeros enfrentamientos con los bereberes antes de la plena penetración colonial romana. El teatro de sus operaciones, además de la Cabilia misma, se localizaba entre Setif y Cirta y la costa de Yiyel y Beyaia. Como Yugurta un siglo antes, Tacfarinas mantuvo en jaque a varias expediciones militares y llegó, en alguna ocasión, a proponer paces al enemigo, con el envío de una embajada, incluso; pero a pesar del valor de los guerreros númidas, aquel movimien-

to no podía prosperar. Incluso Ptolomeo, el último rey mauritano, colaboró con los romanos en la destrucción de Tacfarinas, lo que le agradeció el emperador Tiberio, pocos años antes de que Claudio incorporara también la Mauritania al imperio. En la segunda mitad del siglo IV otro levantamiento tuvo por escenario también la zona de Setif y Cabilia, llegando hasta mucho más al oeste, a Cherchell y Tipaza; el nuevo «guerrillero» fue Firmus, con un episodio de amazona guerrera protagonizado por su hermana Cyria, y un resurgir a finales de siglo con su hermano Gildon, con final de intento de fuga por mar, naufragio y muerte en Tabarca, próxima a Hipona.

Mucha más trascendencia tuvo el movimiento donatista, que Agustín de Hipona se esforzó, con relativo éxito, en neutralizar, y que llegó a tener matices de «nacionalismo» africano, diríamos hoy, y hasta de enfrentamiento entre Cirta y Cartago en su fase final. En torno al año 305 después de Cristo había terminado el tiempo de las virulentas persecuciones de la Roma imperial pagana contra los cristianos, y un quinquenio después comenzaba a estructurarse una especie de partido rigorista contra la iglesia oficial, que echaba en cara a muchos, incluso prelados, «traiciones» cometidas en la época de persecución, así como la política de indulgencia para con los apóstatas arrepentidos. La crisis estalló en Cartago con la elección del obispo Ceciliano, al que algunos acusaban de haber sido débil en la época de las persecuciones; una turbia historia de enemistades personales, recogida por Menéndez Pelayo en su amplísima exposición de las heterodoxias españolas al ser uno de sus protagonistas una rica hispana asentada en Cartago, Lucila, a la que el nuevo obispo había reprochado su excesiva devoción por las reliquias de un mártir no reconocido oficialmente, desemboca en la elección de un nuevo obispo, al parecer con intervención de abundantes sobornos de la rica Lucila, un criado de la casa de ésta llamado Mayorino. Era el año 312 y un nuevo personaje aparecía en escena, Donato de Casae Nigrae —Donato de Casas Negras, nacido hacia el 270—, del bando de Mayorino y su sucesor a su muerte a la cabeza del movimiento, que pronto se conocería como donatismo. Historiadores católicos como A. Fliche y V. Martin, en la síntesis de estos sucesos, hablan de él como de un ambicioso personaje que «pretendía conquistar toda África», así como de «agitadores sin escrúpulos, guías de masas fanáticas» y tópicos similares de una narración partidista. Interesantes matices, cuando pronto se contrapondrá una iglesia de los «herederos de la tradición ecle-

siástica africana» a una iglesia «católica», universal, y justo en el momento en que Constantino se está convirtiendo —y son palabras de estos narradores católicos— en «brazo secular» de la Iglesia. La disputa de la iglesia de Cartago, con matices ya claramente cismáticos, llegó a Roma y la cuestión se planteó en dos concilios europeos convocados al efecto en Roma y en Arlés, en los que salió condenado el donatismo y el bautismo que los donatistas querían imponer a sus nuevos incorporados. La actuación de Constantino en ese momento, convocante de esas reuniones de obispos para dirimir aquellas cuestiones eclesiásticas —tan similar a ese Carlos V forzando a Roma a reunir un concilio en Trento—, suponían la aparición de una «religión de Estado» que hacía de la disidencia religiosa una cuestión política primordial. Tal vez en la línea de esa identificación entre fe y ley, que tal vez cumpliera una función política aglutinadora en un momento, pero que a la larga pudiera resultar nefasta. Pero el cisma estaba consumado, ante la rebeldía de los donatistas ante la condena de los dos concilios europeos; en Cirta, por ejemplo, en el momento de su cambio de nombre por Constantina y cuando la ciudad estaba siendo mimada por las autoridades romanas, Constantino, antes de la condena total del año 316, había permitido, al lado de la basílica «católica», una basílica particular para los donatistas; el obispo de Constantina, Silvano —enemigo de Osio de Córdoba—, había de protagonizar un proceso y el exilio, acusado precisamente de ser débil durante la persecución de Diocleciano, lo que habría de traer cierto desprestigio momentáneo de los donatistas. Pero es a partir del año 316, poco antes del proceso de Silvano, cuando la condena oficial de Constantino significa el exilio y la confiscación de bienes para los donatistas.

La iglesia católica o iglesia oficial, y las autoridades del imperio iban a comportarse en esta persecución contra los donatistas con la misma saña que las autoridades paganas anteriores contra los cristianos: matanzas terribles, saqueos y violaciones de todo tipo contra los donatistas exacerbaron los ánimos. Sin duda nuevos mártires heroicos debieron de constituir un peculiar «santoral» donatista africano-númida, similar al paleocristiano, tan bien conservado por la historia oficial católica. A raíz del proceso de Silvano de Cirta-Constantina, un edicto de tolerancia de Constantino pareció apaciguar los ánimos, aunque ya el cisma se había consumado y entre los cristianos se podía hablar de dos comunidades, católicos y donatistas, hasta en la lejana Timgad. Con Juliano (361-363),

sobrino y sucesor de Constantino, esa tolerancia debió de ser mayor aún, dada su inclinación a cultos no cristianos que le ganaron el apodo de «Apóstata»; los católicos, en las polémicas con los donatistas de la época de Agustín, le reprocharían a éstos precisamente esa mejora de su condición en el período de gobierno de Juliano el Apóstata. Cuando en el 391 el cristianismo se convierta en religión única y se prohíban los cultos paganos, el cisma donatista africano incluso parecerá reavivarse.

Constantina, la antigua Cirta, frente a Cartago una auténtica capital númida, se había ido convirtiendo a lo largo del siglo IV en la capital del donatismo; si con Constantino ya tenía una iglesia católica y otra donatista, durante muchos años de este siglo llegó a tener únicamente un obispo donatista. Pedro Longa se refiere a ella como cuna del cisma, «cuna del donatismo». Y sería muy interesante profundizar en la figura de Petiliano —nacido, posiblemente en la misma Constantina, en el año 365, un decenio más joven que Agustín, por lo tanto—, un abogado culto y gran orador y polemista; a los 30 años era consagrado obispo, tras haber sido elegido por la comunidad donatista contra su voluntad, y comenzaba a polemizar con los obispos católicos, primero Profuturo y luego Fortunato, amigos de Agustín de Hipona. El anticatolicismo hacía furor en la zona y se manifestaba en el campo con los «feroces circunceliones» —para la historiografía católica, la que a la larga había de prevalecer—, de uno de cuyos jefes se ha conservado el nombre, Optato Gildoniense. Apasionante cuestión la de la nueva manifestación de la rebeldía bereber y su expresión donatista. De Agustín de Hipona hay constancia de tres viajes a Constantina —en 395, 400 y 409—, además de otros muchos por otras ciudades de la región —como la bella Yamila—, nomadeo en el que aprovechaba para visitar y conversar con los obispos católicos de esas ciudades, y en el que comentaban sin duda los argumentos que luego desarrollaría en sus abundantes textos contra los donatistas, perfectamente conservados por la tradición católica. Dos años después de ese último viaje a Constantina, en Cartago se desarrolló un nuevo concilio en el que los dos cerebros de la asamblea fueron Agustín de Hipona y Petiliano de Constantina. Petiliano desplegó una actividad abrumadora, sus textos y discursos, considerados muy brillantes, equivalían a los del resto de los obispos reunidos y en la historiografía católica se le recuerda como «líder del partido derrotado». La actividad polémica de Agustín, de alguna manera, había contrarrestado la de Petiliano. Siete u ocho años después

del Concilio de Cartago se reunió un concilio exclusivamente donatista: sólo quedaban 30 obispos, cuando habían llegado a ser 400 en sus mejores tiempos. Petiliano murió en el exilio, fuera de su ciudad, después del año 420, cuando cada vez más gente, a los que él seguía considerando «desertores», retornaba a la iglesia católica tan ardientemente defendida por el obispo de Hipona. Pero el hundimiento de aquel imperio romano y cristiano y el peligro para aquella iglesia romana que tanto había defendido Agustín, y de la que se había querido desmarcar Petiliano, estaba próximo. Tras la irrupción de los vándalos de Geiserico, la iglesia donatista siguió todavía activa en África.

Pero se avecinaban otros tiempos. Y, tal vez, la figura de Petiliano de Constantina precise aún de una aproximación —como la de Agustín, aunque éste haya sido mimado por la historiografía de todos los tiempos— con enfoques nuevos, sin ortodoxias fijadas de antemano, más allá de lenguajes religiosos, anacrónicos ya, partidistas y empequeñecedores.

El oriente argelino moderno. Nacimiento de una frontera en el siglo xvi, en el eje Constantina-Annaba

Realmente, el *Africa Nova* se había convertido en una de las zonas vitales del Magreb. El eje constituido por la montañosa Cabilia, los llanos de Setif y la region de M'Sila —y hasta las actuales Buira y Medea—, constituyeron una verdadera bisagra articuladora de las sucesivas irrupciones extranjeras en la zona. Si la irrupción de vándalos y bizantinos, que llegaron hasta Timgad por el sur, se centraron sobre todo en Túnez y el oriente argelino, la irrupción árabe tuvo a ese eje y a esas regiones númido-bereberes durante un tiempo como obstáculo para su fijación magrebí. Ya nos hemos referido a Kusayla y a la maga Kahina, símbolos de la resistencia bereber a los nuevos extranjeros. También a aquel relato popular tradicional de la huida de Yala de la Qalaa de los Banu Hammad a la llegada de la segunda gran oleada árabe en el siglo xi, y de la participación de los bereberes Kotama en la expansión chií fatimita. Pero la islamización fue total y, con la capitalidad mantenida de la antigua Cirta, el oriente argelino giró en la órbita tunecina con los Hafsíes, cuando éstos tenían la fuerza o el prestigio suficientes como para mantener esa hegemonía.

Constantina, aún bajo la órbita de Túnez, mantuvo su peculiar capitalidad en el oriente argelino y —junto con la Beyaia o Bugía de la costa cabil— fue un importante centro cultural islámico. En el siglo XVI, la descripción que hace Mármol Carvajal de la ciudad y su entorno es bien evocadora. En primer lugar, resalta su fortaleza con frases como «su sitio es fuerte», «son los muros muy fuertes» o, al referirse al gran tajo que rodea a Constantina, comenta que el río —que él llama Río Sufegemar o Bu Marzoc— «hace una muy honda y fuerte cava», sin duda las gargantas de Rummel. Pero, lo que es más interesante, describe así la ciudad misma: «Dentro hay ocho mil casas pobladas, y una grande y hermosa mezquita, y dos colegios donde se leen diversas facultades». De la riqueza de su gente, destaca su comercio con «Numidia» —en alusión a la actual Túnez, sin duda— y Libia —en referencia al comercio sahariano— de donde «traen oro de Tibar y dátiles y esclavos negros, y ansí se hace en esta ciudad el mejor mercado de estas cosas que hay en Berbería». La vieja Cirta seguía manteniendo su singular capitalidad, a pesar de la pujanza de más modernas ciudades, como Cairuán, o de la propia Túnez, residencia real hafsí.

La importancia de Constantina, gran fortaleza en el interior, debió de afianzarse cuando la inseguridad de la costa mediterránea se acrecentó en el siglo XVI. La dinastía Hafsí de Túnez tenía cada vez más problemas que procedían del mar y debió de debilitarse mucho su control del interior. Antonio de Sosa dice que «había por muchos años defendido su libertad contra el poder del Rey de Túnez, a quien antiguamente fuera sujeta», cuando sitúa en 1521 la incorporación de la vieja Cirta al orden argelino. Y añade un dato importante para imaginar su rica vida económica; el año anterior el puerto de Collo había sido forzado por Jeredín Barbarroja a aceptar el régimen jenízaro-corsario de Argel, y Constantina no podía sustentarse sin aquella salida suya al mar y a donde iban comerciantes cristianos a comerciar; cada año «sacaban grandísima ganancia y provecho» de ese comercio exterior de mercancías como «lanas, barraganes, cera y cueros». La imagen de Constantina, la antigua Cirta, que se desprende de los relatos españoles de la época, no puede ser más opulenta, gestora de una parte del comercio sahariano y de su entorno agrícola y artesanal textil y del curtido de pieles. La vieja Numidia y *Africa Nova* se integraba, productiva y eficaz, en el nuevo orden político regional emergente; y con mayor naturalidad y facilidad —en la operación de Barbarroja no menciona para nada Sosa

la violencia bélica— que su vecina Cabilia, hostigadora de Barbarroja y de sus sucesores durante decenios desde sus fortalezas de Cuco y la Qalaa de Beni Abbés.

En la sugestiva narración de Mármol Carvajal, la violencia de su incorporación al régimen argelino es menor aún: «Se entregó Constantina a los turcos», una vez que había muerto Alí Ben Farax, un musulmán nuevo —esa terrible palabra de «renegado» de nuestras fuentes— durante el gobierno del cual había mantenido «el pueblo muy contento». Es más ambigua esta segunda versión, con respecto a la independencia de Constantina de los Hafsíes de Túnez; el gobierno popular de Ben Farax, iniciado durante el reinado del padre del rey tunecino Hascen de la época de Carlos V, había sido aceptado tras haber fracasado, de alguna manera, en tres intentos de reinstauración de un gobierno hafsí; el rey de Túnez les había enviado a uno de sus hijos, pero murió a manos de los «azuagos», el nombre que las fuentes españolas dan a esos «verdaderos africanos», los bereberes; un nuevo hijo enviado por el rey de Túnez, fue «muerto a traición por un criado suyo»; y el tercer hijo del rey enviado, Muley Abdul Mumén, era «hombre mozo dado a vicios y a deshonestidades, y tan disoluto» que lo quisieron matar y tuvo que huir a Túnez. Estos intentos de los Hafsíes por hacer retornar a los casentinos a su obediencia, se hacían después de un período de tiempo durante el cual no habían querido un gobernador tunecino, tras las matanzas del alcaide Nebil, otro musulmán nuevo de los que tantos empezaba a haber en Túnez, durante el reinado del abuelo de Muley Hascen; aquel alcaide Nebil debió de imponerse por la fuerza, venciendo y tomando rehenes de alguna tribu rebelde —Mármol cita a los Banu Hanexa—, y había terminado siendo reconocido casi como un rey. A su muerte, pues, los habitantes de Constantina se habían negado a aceptar a otro gobernador que procediera de Túnez, hasta el intento fallido del envío de un miembro de la familia real hafsí y la aceptación de Alí Ben Farax por su buen gobierno.

A pesar de la fecha temprana que da Sosa para la incorporación de Constantina al «Estado» argelino, la de 1520, también debió de ser amplia la autonomía de la zona, sobre todo durante el tiempo de enfrentamientos de sus vecinos cabiles con los jenízaro-corsarios. La conquista de Túnez de Jeredín Barbarroja que provocó la expedición de Carlos V de 1535 para restaurar al rey hafsí Hascen en su trono, debió de confirmar a los casentineses que su futuro iba a estar ligado a aque-

llos nuevos señores de la región. La contundente respuesta de Carlos de Habsburgo, poniéndose al frente de una magna expedición contra Barbarroja que supuso la vuelta de Muley Hascen y la fortificación de la Goleta con una guarnición española, no hizo variar aquella realidad; el control español, como en Orán o Bugía, se limitaba a la costa y sus proximidades, y el rey tunecino era demasiado débil e impopular por su dependencia de los cristianos como para ser una alternativa a los nuevos señores musulmanes de la región. En aquella ocasión, Barbarroja y sus hombres se retiraron por tierra hasta Annaba, en donde habían organizado la posible retaguardia para el caso —como fue— de que fuera precisa una retirada por mar, y desde allí, en una operación relámpago, organizaron el saqueo de Mahón, en Menorca, como represalia de la acción imperial, y se llevaron cautivos a Argel a los mahoneses supervivientes del saqueo. Con aquella iniciativa Barbarroja salvaba la cara y su liderazgo ante sus nuevos «súbditos» en la región y se mantenía la esperanza de una alternativa berberisca a la agresividad hispano-cristiana.

Annaba o Bona, la antigua Hipona, también se había incorporado a la órbita turco-berberisca de Argel al mismo tiempo que Collo y Constantina, en 1522, y sin resistencia; a pesar de ser «antigua y fortísima ciudad», en palabras de Sosa, bastó la presencia de Jeredín Barbarroja con 22 galeotas en el puerto de Annaba para que sus habitantes, «porque Barbarroja no los destruyese del todo», le dieran «obediencia». Como en Collo, en Bona-Annaba se instaló un alcaide turco. Mármol describe con su habitual encanto a la ciudad de Annaba y su entorno en esos momentos; dice que la llamaban «Beled el Igneb», que quiere decir pueblo de las azufaifas, por la abundancia de esta fruta en sus huertos, y cita las principales tribus de bereberes xauios —nombre más ajustado que el más generalizado entre los españoles de «azuagos» para designar a los cabiles Suawa—, «que viven en aduares como alárabes», que serían los Beni Merdez, los Beni Gerid, los Beni Adnan y los Beni Mançor, a la vez que reseña el hecho de que muchos genoveses fueran por tradición a contratar a aquel puerto. El obispo Sandoval da una visión tal vez más realista al decir que, en ese momento, Annaba ya no era lo que había sido:

> Era pueblo ya pequeño y hecho de las piedras y ruinas de Hippo, donde fue obispo Agustín, abundante de trigo, de ganado y manteca y de azofeifos; tiene coral.

Más aún, liga su decadencia a las destrucciones de los españoles, pues señala que «mandóla el Emperador (Carlos V) asolar» en 1541. Antes de esta destrucción, sin embargo, Bona tuvo un breve paréntesis de control imperial que duró lo que duró la vida de Alvar Gómez Zagal, su alcaide español; Adán Centurión, Joanín Doria, primero, y el más eficaz Andrea Doria en persona, después, éste con 40 galeras, fueron contra la ciudad en 1535, desde Túnez, aunque no pudieran evitar que Barbarroja se salvara con sus naves y de allí partiera con destino desconocido que resultó ser Mahón, en Menorca. Los genoveses, buenos conocedores de aquella costa y sus puertos a causa del comercio y de la extracción del coral, eran los más indicados para aquella acción naval. Mármol sintetiza ese período de control español con sobriedad: Alvar Gómez Zagal contó en Bona tan sólo

> con mil infantes y 25 caballos, con los cuales hicieron muchas entradas... en tierra de moros y trajeron gran cantidad de ganados, esclavos y ropas de los aduares de los alárabes y bereberes... y contra los turcos de Constantina.

Una vez más, puro «corsarismo», sin ninguna posibilidad de control más eficaz del territorio, pura «frontera», de ninguna manera una alternativa al orden turco que estaba instaurándose en la región. «Después de muerto Alvar Gómez —concluye el cronista español—, mandó el Emperador que se desamparase aquella frontera.» Y, en 1541, la destrucción a que aludiera Sandoval. Al contrario que la vieja Cirta, que logró sobrevivir y mantener su personalidad en aquel turbulento siglo XVI, Hipona parece que no logró salir indemne; sus habitantes debieron de retirarse al interior, hacia Guelma y Suk-Ahrás (la Tagasta agustiniana), hacia la misma Constantina, y durante un tiempo debió de primar su tradición agrícola sobre la comercial y marinera.

El problema cabil pareció resuelto por Hasán Bajá, el hijo de Barbarroja, un político excepcional y de gran tacto para los asuntos berberiscos, que hizo que por tres veces, a lo largo de casi un cuarto de siglo —entre 1545 y 1567—, fuera el «rey de Argel» por excelencia. Hasán Bajá era hijo de Jeredín Barbarroja y una mujer argelina, cologli por lo tanto, y su boda con una «princesa» bereber consiguió pacificar de momento las siempre tensas relaciones con las gentes de la Gran Cabilia. Es posible que entonces el dominio turco sobre Constantina pre-

tendiese ser más eficaz y, por lo tanto, más oneroso para sus habitantes. Sobre todo cuando llegó el relevo del buen gobernante que fuera Hasán Bajá: el hijo de otro gran corsario, Salah Bajá, Mahamet Bajá, de familia árabe alejandrina.

En enero de 1567 llegaba el hijo del legendario Salah Bajá a Argel y en mayo «los vecinos de la ciudad de Constantina» se rebelaban contra su alcaide turco, matando a cuatro o cinco turcos. La ocasión que da Sosa para la rebelión fue algo fútil: una cuestión de faldas; que el alcaide quería «entrar por fuerza y tomar una hija muy hermosa a un moro que no se la quería dar». Era la versión «oficial» que se contaba en Argel sólo diez años después. Pero Mármol Carvajal, aunque ya no es algo que sucediera mientras él estaba en la región, y por ello yerra en la fecha —lo sitúa en 1568— y, por lo tanto, en el encargado de reprimir la rebelión, que dice que fue Euchali, el musulmán nuevo calabrés tiñoso, sugiere otras causas menos anecdóticas; dice que los turcos «señorearon tan insolentemente ... que muchas veces han intentado rebelarse contra ellos», y que en 1568, «matando al alcaide y los turcos... se pusieron en libertad». La represión fue fuerte. Mármol dice que

> el gobernador de Argel —aunque se equivoque y diga que fue Euchali por la fecha errada— fue luego sobre ellos y, entrando la ciudad por fuerza, la saqueó y la robó, e hizo que los ciudadanos fortalecieran el castillo de nuevo a su costa, y le pagasen en lugar de pena sesenta mil doblas de a seis reales y medio cada una, y quitándoles las armas, quedaron en mayor sujeción y servidumbre.

No es creíble una acción así decidida por Euchali, el político que, tras Hasán Bajá, el hijo de Barbarroja, más mimó el Magreb argelino-tunecino y que tuvo una visión más amplia y ambiciosa de un posible estado unitario berberisco. Pero sí es posible que esto lo capitaneara Mahamet Bajá, el hijo de Salah Bajá, árabe alejandrino que no muchos años después negociaba en secreto con los españoles dejar el servicio del sultán otomano y pasar al servicio de los Habsburgos. Más aún, Sosa dice que Mahamet Bajá fue en persona a Constantina para castigar a los levantados y «los vendió todos en almoneda, hombres, mujeres y niños, y confiscó cuantos bienes tenían». Una represión terrible y disgregadora. Algunos casentineses que consiguieron escapar vía Trípoli —pues vía Túnez se hubieran encontrado con un régimen hostil aún a

los otomanos con el último monarca hafsí—, llegaron hasta Estambul «y se quejaron al Turco desto», completa Sosa; y ésa fue la causa de la caída en desgracia de Mahamet Bajá y de su corto gobierno, un año largo. El sultán ordenó «restituir en sus casas, libertad y hacienda» a los vecinos de Constantina y envió a Euchali para sustituir a Mahamet Bajá en el gobierno de Argel.

Era el momento de la sublevación de los moriscos granadinos en las Alpujarras —Mármol ya estaba allí, de regreso de su cautiverio berberisco, haciendo de intérprete y recogiendo datos que luego elaboraría en su segundo gran libro sobre aquella guerra atroz—, y Euchali parecía el hombre adecuado para el seguimiento desde Argel de aquel suceso prometedor para la política berberisca. Este asunto debió de pesar en la relativa caída en desgracia del hijo de Salah Bajá, Mahamet Bajá, y su enemistad con un «nuevo musulmán» como Euchali, preferido a un «musulmán viejo» como él, de notable origen y musulmán de nacimiento, como se encargaría más tarde de precisarlo en las negociaciones secretas con los españoles. Interesantes tensiones internas, tan similares a aquellas entre «cristianos viejos» y «cristianos nuevos» que se estaban dando en España por las mismas fechas, y sobre las que tanto se ha investigado y hablado en la historiografía internacional. Y hasta problema generacional —Mahamet Bajá tenía 35 años, el veterano y pronto todopoderoso Euchali era un sesentón—, tal vez, pudieran ser captables en aquella crisis de gobierno particular a raíz de la represión de la rebelión de Constantina contra su alcaide turco.

Con la conquista de Túnez y la Goleta por Euchali en 1574 y el final de los hafsíes tunecinos, la integración de Constantina en el «Estado turco» argelino debió de ser más estable y natural, dadas las buenas relaciones con la otra «regencia» tunecina. Constantina volvería a ejercer una cierta capitalidad cuando se convirtió en beilyk, dependiente ya definitivamente de Argel. Y la protección que suponía su condición de fortaleza interior, lejos de las influencias en ocasiones perturbadoras de la costa, como en el caso de Cairuán y de Fez, la fueron convirtiendo poco a poco en un reducto, próspero y provinciano, de la cultura tradicional islamo-berberisca. De alguna manera, conservando lo más posible de su rico pasado cultural milenario, Constantina, la vieja Cirta, pasó de forma sutil e inteligente por el largo paréntesis colonial francés sin sufrir un proceso de aculturación tan agudo como en otras regiones argelinas, sobre todo costeras. A pesar de ese testimonio

dramático y espléndido que es la obra del poeta casentinés Malek Haddad y sus poemas en francés marcados por el drama de la disglosia y el bilingüismo, ya evocado en dos ocasiones —*Oh mon dieu cette nuit tant de nuit dans mes yeux* y *Souvent je me souviens d'avoir été berger*—, en donde la evocación de los Mokrani, al alimón con la caricia, el corazón, los olivos, el hacha, la epopeya, el abuelo, el rosario musulmán y el vuelo de las águilas es de una profundidad poética y cultural difícil de olvidar.

La región de Constantina en la época colonial francesa. Resistencias a una aculturación

La conquista de Argel en el verano de 1830 iba a abrir un nuevo capítulo, no menos interesante que los anteriores, para la historia de la milenaria Cirta y de su región. Si el desplome de la autoridad de Hussein Dey en Argel y de Hasán Bey en Orán fue rápido, no sucedió así con Ahmed Bey de Constantina, que se mantuvo hasta 1837 al frente de su beilyk y, de alguna manera, con el agrado, desde Túnez, de algunos observadores europeos como los ingleses. Pese a la confusión de los primeros tiempos de la ocupación francesa —nada más iniciada, tuvo lugar en Francia la «revolución de julio» con el ascenso al trono de Luis Felipe de Orleans, con desajustes y cambios en la cúpula militar del ejército de ocupación—, pronto se vio que los nuevos europeos que acababan de llegar iban a quedarse allí.

Aunque Beyaia fue ocupada en 1833, la conquista de Constantina fue mucho más compleja. Hay un interesante personaje argelino, Si Hamdan ben Otmán Khodja —Jodcha—, que merece la pena ser evocado aquí para intentar comprender, en la medida de lo posible, un sector colaboracionista con las nuevas autoridades coloniales que, en muchos de sus planteamientos, podrían resultar paralelos a aquellos «afrancesados» tan denostados por una propaganda de época en la historia española un cuarto de siglo atrás. Es posible evocarlo aquí porque, justo en el inicio de la conquista francesa —algunos argelinos de hoy suelen hablar, para este período, de la «Conquista»—, Hamdan ben Otmán había llegado a aceptar, en el primer momento, una difícil misión al servicio de los franceses: convencer y pactar con Ahmed Bey de Constantina la aceptación de la autoridad francesa. Misión peligrosa pero,

analizada *a posteriori*, no descabellada del todo; que hubiera evitado no pocas desgracias y muertes. Hamdan ben Otmán había sido el secretario del último gobierno turco-argelino; era un hombre culto que había viajado a Europa y, de alguna manera, había aceptado la ocupación y aun pudiera decirse que era bastante favorable a ella; pero le desagradaba el método, las expropiaciones y las violencias que también se habían cebado sobre su propia familia, como miembro del *majsen* —clase política o del gobierno argelino— que era, a pesar de su amistad personal con la segunda figura del gobierno colonial del momento, el barón Pichon. En 1833 se publicó, en francés, un interesante trabajo suyo, *Aperçu historique et statistique sur la Régence d'Alger*, subtitulado *Le Miroir*; a pesar de algunos juicios y cifras incorrectas, dadas por otra parte sin mala fe, para un lector actual puede parecer lo que en pocas palabras resume Lacheraf: «Por el espíritu que la anima, es la obra de un patriota». Hamdan ben Otmán, fue, en la línea de otro colaborador de los franceses de primera hora, Buderba —que se convertiría en el hombre de Abdelkader en Argel, el introductor de su embajador Juda ben Crane, judío—, uno de los precursores de un nacionalismo urbano argelino moderado que iba a tener en la Constantina colonial, tal vez, sus más representativos ejemplos.

Esto sucedería, no obstante, después de la terrible conquista de la ciudad por el ejército francés en 1837. El último bey de Constantina, Ahmed Bey, pretendió independizar el territorio de su beilyk de la suerte que estaba corriendo el resto del país, opinión no mal vista en algunos medios internacionales incluso, pero no fue posible. Sin duda, la resistencia en muchas de las ciudades argelinas y en el campo había hecho comprender a los franceses que aquel territorio independizado iba a suponer un peligro permanente para su asentamiento en la zona y no lo quisieron permitir. A Annaba, los habitantes de la ciudad la habían abandonado prácticamente en su totalidad y el campo cercano bloqueaba la ciudad. En Beyaia, en 1833, la ciudad clave de la costa cabil, la resistencia de la población dio lugar a acciones destructivas difíciles de olvidar para los naturales. El duque de Orleans, en sus *Campagnes de l'Armée d'Afrique*, narra la conquista de la hermosa ciudad marítima que era Bugía con algunos párrafos que, al intentar reflejar la belleza misma del paraje, la hacen más dramática todavía:

> El combate continuaba con encarnizamiento en las calles todavía llenas de enemigos, en las viviendas, en los jardines; ni siquiera la noche interrumpió el tiroteo, gracias a un magnífico claro de luna que alumbraba a los combatientes.

El general Daumas, otro de los abundantes militares-escritores del período colonial francés, en su *Histoire de la Grande Kabylie*, es sobrio en su afirmación de que «la población entera muere o se exilia para siempre»; ya no querrán volver a la ciudad; el propio militar explica que, cuando se les promete el respeto de sus personas, bienes y religión, los antiguos habitantes de Beyaia ya no quieren regresar, bien retenidos por los bereberes de las montañas cercanas, bien porque ya saben lo que van a encontrar a su regreso:

> Sus casas en ruinas, en las que los soldados continúan a diario la demolición para quemar la madera, sus huertas, en donde el hacha no cesaba de abrir vías de comunicación, destrozadas...

Como había sucedido tres siglos largos atrás, el control de Beyaia-Bugía por un ejército europeo, español en aquella ocasión, había traído consigo la ruina total para los vecinos y el abandono de la ciudad. El testimonio del viajero Poujoulat, en 1846, transmite un balance estremecedor:

> Contaba con varios millares de habitantes antes de nuestra ocupación. Yo he encontrado allí tres familias árabes, un centenar de civiles europeos y un batallón en una guarnición.

El asalto a Constantina de 1837 debió de ser feroz. El año anterior el ejército francés había sufrido ante ella una derrota de importancia, además, y parecía claro que la resistencia podía dar lugar a prolongados combates. A pesar de que Ahmed Bey no era un personaje precisamente popular y su gobierno oligárquico, se podría decir, en estrecho contacto con viejas y ricas familias casentinesas, no había cambiado para nada desde 1830 a aquellos momentos, el otoño de 1837, a lo que achaca Lacheraf el poco entusiasmo popular por su defensa. La fortaleza de la ciudad, con el despeñadero de las gargantas de Rummel como límite de la ciudad, fue en aquella ocasión una verdadera catástrofe para sus habitantes. El mismo Poujoulat lo relata en su *Voyage en Algérie*, evo-

cación dantesca apropiada para que los más románticos grabadores —como sucedió, por otra parte— ensayaran imágenes tremendistas de una gran tragedia:

> Situándome en las inmediaciones de estos barrancos aterradores, detuve la mirada en las pendientes a pico por donde millares de hombres y de mujeres, más confiados en el abismo que en la piedad de los franceses vencedores, buscaron escaparse; sus medios de salvación eran cuerdas atadas a las crestas superiores de los peñascos: estas cuerdas se rompieron. Fue entonces cuando se vieron masas humanas despeñarse todo a lo largo de este inmenso muro de rocas y que se vio formarse una verdadera cascada de cadáveres.

Se calcula que la población de Constantina en el momento de la conquista, era de 40.000 habitantes; diez años después el mismo viajero habla de tan sólo 30.000, «comprendidos los europeos» y la guarnición militar, mucho más numerosos que los argelinos; todavía a principios de siglo, de los casi 60.000 habitantes, la mitad siguen siendo europeos y la ciudad de elegantes edificios occidentales contrasta con los barrios de judíos y moros, a los que se tilda de «infectos». Todavía hoy la ciudad mantiene sus edificios coloniales, con cierto encanto de época, en contraste con las nuevas barriadas modernas un tanto impersonales; un dicho popular local comparaba la ciudad con un albornoz extendido cuya capucha correspondía a la vieja alcazaba.

Las operaciones militares francesas para controlar el territorio de la región y las vecinas poblaciones hacia el sur duraron más de 15 años y las destrucciones causadas siguieron siendo grandes. El subdirector de la provincia de la que Constantina se convirtió en capital, escribía en 1843 que «el general Baraguey d'Hilliers, en sus últimas expediciones, ha destruido más de 5.000 olivos»; y se preguntaba a continuación: «Si empobrecemos el país por anticipado, ¿qué haremos cuando lo tengamos, si es que lo tenemos?». Era algo que estaba sucediendo, en esos años cuarenta, con las hostilidades del emir Abdelkader en pleno apogeo por toda Argelia. Pero más allá de la mera dinámica de la guerra, ese empobrecimiento de los argelinos llegó a convertirse en toda una táctica para doblegar la resistencia a la penetración militar. Otro militar, Mallarmé, lo expresaba con claridad al referirse a los Uled Yahia, de la misma región constantinesa, que acababan de ser sometidos de nuevo: «Los dejamos empobrecidos, lo que es una garantía para el fu-

turo». Pero la idea iba más allá de la inmediatez militar, que podría justificar —si el hecho colonial mismo es «admitido» como normalidad sería, incluso, «justificable» para algunos— planteamientos similares; el viajero Poujoulat expone cómo el *domaine* o las tierras que se quieren destinar para distribuir entre los nuevos colonos europeos, en principio franceses, pero que en realidad, ante problemas de adaptación y de demanda reducida, se ofrecerán a malteses e italianos, sobre todo, en el este, y a españoles en el oeste, *grosso modo*, así como a alemanes, irlandeses o de otras procedencias europeas, ese *domaine* institucionalizado vagamente de alguna manera

> está siempre presto a meter mano en el suelo ocupado por las tribus sometidas a nuestro poder; muchas han sido desposeídas, otras están sordamente excitadas por el temor de verse expulsadas de los lugares que cultivan o en donde reposan los restos de sus antepasados;

y continúa más adelante razonando la no conveniencia de la expulsión simple de esa gente, no por motivos de piedad o justicia, sino por el esfuerzo extremo que sería preciso para llevarla a cabo; su conclusión es explícita: «Será necesario, pues, vivir con los Árabes, hacernos un puesto a su lado, apretarlos, desposeerlos de todo o de una parte...». Para Mostefá Lacheraf, la progresión expresada así de alegremente por Poujoulat encierra todo el programa colonial «durante un siglo».

A pesar de la dureza de la implantación del nuevo orden colonial en general, en Constantina un militar francés, el mariscal Valée, desde el inicio del control de la región —desde septiembre de 1838, en concreto—, tomó una serie de decisiones que habrían de desembocar en un relativo éxito, si se compara con otras regiones del país, de la organización del control colonial, según el historiador A. Bernard; fue, sencillamente, estructurar la colaboración con una serie de jefes de grandes familias de la región, de alguna manera «familias feudales» dada su relación de poder y rentas con el resto de la población. Bernard cita a cinco de estos grandes jefes: Ben Aissa, Hamlaui, Alí ben Bahmed, Mokrani y Ferhat ben Said; este último sería reemplazado, en 1840, por Buasis ben Gana. En palabras de este historiador,

> eran vasallos más bien que funcionarios; tenían una guardia particular, percibían impuestos, nombraban ellos mismos a los cheijs jeques.

Estaban bajo la autoridad del comandante general de la provincia y, de esta manera, se convertían en administradores directos del país. Al fragmentar el poder entre varios jefes el mariscal Valée intentaba evitar un error que se había cometido en el oeste de Argelia, con el tratado de Tafna, el año anterior, por el que se reconocía a Abdelkader como emir de la población musulmana, con lo que se le engrandecía demasiado. Para otro historiador colonial, L. Rinn, que también analizaba las medidas del mariscal francés en ese contexto, estos jefes de grandes familias, convertidos en aliados de la Administración colonial por intereses políticos y materiales sin más, no eran simplemente administradores o funcionarios, sino

> aliados poderosos e influyentes; gentes cuyo nombre, antecedentes, situación familiar, nos hicieron aceptables a poblaciones trabajadas por el Emir en nombre del Islam. A estos aliados inesperados, que venían a ofrecernos un país que no conocíamos y en el que nunca se nos había visto, hubiera sido pueril pedirles otra cosa que concurso político o guerrero. Es lo que se hizo.

Estos métodos de política indígena de Valée en la región de Constantina serían los aplicados en todo el territorio argelino por las autoridades francesas.

Es muy significativo que el emir Abdelkader, cuyo proyecto político y acción es considerado con unanimidad por la historiografía argelina como el único intento de «Estado» moderno en el país, a pesar de la brevedad del ensayo —para Djender, únicamente entre 1837 y 1843—, actuara con rigor contra esos «feudales» autóctonos arrogantes y colaboracionistas con los franceses. A algunos, como a El Ghomari y a Sid el Aribi, condenados por un consejo de cadíes, en la primera hora de su acción, permitió que los ejecutaran. Más tarde, a uno de los notables del sur casentinés, de los elegidos en principio por Valée aunque pronto sustituido, Ferhat ben Said ben Buokaz —a causa del cual, al parecer, el duque de Rovigo exterminó el aduar de Uffia—, ordenó exiliarle en Tagdempt para que no perjudicara su causa.

La ciudad de Constantina y el nacionalismo argelino en sus inicios

Para el nacionalismo argelino el caso de Constantina y su región es emblemático. Algunas autoridades francesas comentaban la «apaci-

bilidad» de la provincia, así como su «espíritu de sumisión», en comparación con el centro y oeste del país. Lo que había sido inviable en otras ciudades más próximas a Argel —como Medea, Blida o Cherchell—, la existencia de un *hakem* o gobernante argelino adjunto al francés, era posible en Constantina. Una burguesía urbana a la que le podía sonar a algo ajeno lo que estaba sucediendo en los medios rurales, incluso los de su región próxima, en palabras de L. Rinn «sedentarios y cultos, amantes de la calma, la paz, la tranquilidad y el bienestar», artesanos, comerciantes, incluso con negocios agrícolas, respetuosos con la autoridad y amantes del orden, la seguridad y la vida familiar, se sentían muy diferentes de los beduinos. Y, en verdad, lo eran. Al lado de los jefes de las grandes familias que colaboraron con las autoridades coloniales en la instauración del nuevo régimen colonial, pues, un sector burgués o ciudadano —de habitante de la ciudad, *citadin*—, trabajador y culto, a pesar del drama del asalto de la ciudad por los franceses en 1837 y de la muerte terrible de tantos de ellos, despeñados por los barrancos que bordeaban la antigua Cirta, se consiguió reorganizar y pervivir en su ciudad, sometiéndose a la nueva Administración colonial, a simple vista con sumisa naturalidad. En momentos de ardor «revolucionario» antifrancés, esta realidad fue vista con tintes de «traición» por otros sectores sociales argelinos más radicales y exaltados.

Pero, a la larga, en análisis posteriores más serenos, fue un acto, en ocasiones heroico, de supervivencia. Lacheraf lo recoge con justeza; a resultas de la política diseñada por el mariscal Valée, la burguesía de Constantina sobrevivió «preservando algunos de sus valores». Cuando se vino abajo el gran proyecto del emir Abdelkader y las élites rurales y urbanas del resto de Argelia fueron desmanteladas por la represión y el exilio, «la élite constantinesa pudo reconstituirse, salvar, si no todos sus bienes, al menos una parte de su herencia cultural» de manera que Constantina, años después, pudo cumplir un papel «conservador» de una cultura islamo-berberisca, como había sucedido de alguna manera con Fez en Marruecos; una verdadera isla en donde se refugiaba esa cultura tradicional amenazada por un entorno de aculturación y mestizaje imperfecto y degradado. De entre las viejas familias de la ciudad, como los Ben Badis y los Ben Lefgún, algunas con memoria de sus raíces que se remontaba hasta el siglo XII y XIII, surgiría, un siglo después, un interesante movimiento nacionalista moderado pero de gran im-

portancia para la Argelia actual. Precisamente en las bibliotecas de esas familias burguesas casentinesas pudieron ser conservados los más importantes manuscritos y restos literarios de aquella cultura islamoberberisca en franco retroceso. Al mismo tiempo que, también en Constantina, la sociedad colonial antibonapartista —de Napoleón III, recién derrotado en Sedán— y republicana, hablaba de raza —y es fácil el paso siguiente a la «civilización», también dado— «neolatina».

Es un momento apasionante el del inicio de la década de los setenta del siglo XIX en la Argelia colonial, en general, y en el área de esa gran provincia oriental en particular. La II República francesa de Luis Napoleón y la Constitución de 1848 hacía de Argelia una parte integrante de Francia, con un problema estructural básico: los colonos europeos eran todavía muy minoritarios. Según cifras estadísticas recientes (1989) de Juan Bautista Vilar, en 1850, sobre un total de algo menos de dos millones y medio de habitantes en Argelia, sólo algo más de 115.000 eran europeos, de los que sólo casi 20.000 se localizan en el departamento de Constantina, menos de 12.000 de ellos franceses, el resto sobre todo malteses e italianos y unos 600 españoles. Se habla de un nuevo período de «colonización dirigida», que cubriría el período napoleónico (1848-1871) y que en sus líneas generales describe así Vilar:

> La idea de Napoleón III respecto a la nueva estructuración del territorio consistía básicamente en suprimir la infructuosa asimilación de la población islámica por una asociación, de manera que los campos quedasen para aquélla, en tanto los europeos deberían concentrarse en las ciudades, vivir de la industria y el comercio y contentarse cuando mucho con las tierras circundantes a los núcleos urbanos.

Para los colonos, en general, sobre todo para los franceses, esta política era «proárabe y anticolonialista»; uno de los *slogans* del asesor mulato de Napoleón III, Ismael Urbain, «el verdadero ciudadano de Argelia es el indígena», causaba sensación en la metrópoli, y en la colonia el general Pelissier, héroe de Crimea y que había destacado en la conquista argelina, consiguió contrarrestar en parte esa tendencia hasta su muerte en 1864. Desde 1858 se puede hablar de semiautonomía para la Argelia colonial, en el marco de una Administración militar instaurada de nuevo, similar a la de la época de Luis Felipe.

También se puede hablar de crisis. En el decenio 1858-1867, se calculan ocho malas cosechas sobre diez. Y crisis, sobre todo, en la población musulmana; las campañas de Pelissier y de Mac Mahon que finalizaron la conquista, las abundantes epidemias, en particular el cólera, y la migración de muchas tribus hacia Marruecos y Túnez contribuyeron a esa situación crítica, hasta el punto de que se registra un descenso en la población global argelina. Casi a la mitad con respecto a la población de antes de la llegada de los franceses, si no la mitad sin más. El general Bugeaud, gobernador general de Argelia, a finales de 1844, hablaba de cinco millones de argelinos, «pueden ser seis», y en enero de 1845, ante la Cámara de Diputados, de cuatro millones, aunque sean cifras revisables hoy. Pudo ser una rectificación debido a más informes en esos meses, aunque la cifra de cinco o seis millones puede que sea adecuada para el inicio de la «Conquista» francesa. En los primeros recuentos de los años setenta del siglo XIX no llegan a dos millones y medio las cifras que se dan para la población berberisca argelina.

Los viajes de Napoleón III a Argel, en 1562 y 1565, no parecieron solucionar el asunto; desde 1563, por lo menos, Vilar considera que los colonos comenzaron a manifestarse republicanos y antibonapartistas. El invierno de 1867-1868, calificado de «terrible» por el viajero Clamageran, afectó aún más a la población berberisca. Se habla de medio millón de muertos. En ese marco, con la guerra de 1870 y la caída de Napoleón III, hay que situar el levantamiento de Mokrani, al que ya hiciéramos alusión, encabezado por miembros de una de aquellas grandes familias de la región de Constantina, de las llanuras de la Medyana y de Setif y que Lacheraf califica de «insurrección político-agraria» de amplia repercusión en las tres cuartas partes del país.

Un periódico de Constantina —*L'Indépendant*, 9-II-1871— publicaba por entonces un significativo artículo muy expresivo de la preocupación reinante en esos medios europeos coloniales argelinos:

> No queremos a Bonaparte a ningún precio; y, por cierto, antes que sufrir todavía a este pillastre, preferimos entregarnos a Inglaterra. Sin duda, en este caso, puede ser que no hubiéramos de tener el nombre de República, nominalmente estaríamos sometidos a una reina, pero tendríamos de manera efectiva nuestra autonomía y el mayor cupo de libertad que podríamos soñar aquí, incluso con la República... Sería, para Argelia, la prosperidad, el progreso, un desarrollo inaudito de la colonización. No solamente serían religiosamente respetadas las pro-

piedades y los derechos adquiridos, sino que tomarían un enorme valor... El espíritu de empresa y los capitales fecundarían un suelo que el gobierno arabófilo no ha hecho más que abandonar a la pereza musulmana...

Por esas mismas fechas, desde Argel, un gobierno provisional elaboraba planes separatistas y un consejero municipal italiano, Crispo, estaba en contacto con Garibaldi, retirado en Caprera, para invitarle a hacerse cargo del gobierno en Argelia. Todo, por supuesto, al margen de los berberiscos, lo que hace a Lacheraf hablar de raza «neolatina» y recordar la colaboración con Rommel en 1942 de un sector de la colonia europea argelina y su adhesión al «orden nuevo» hitleriano. En aquel ambiente, el levantamiento de Mokrani cobraba aún mayor valor y simbolismo.

También la reacción de la burguesía casentinesa ante aquel suceso de rápido y trágico final, que había sido mitificado, de alguna manera, incorporado a la cultura popular en canciones y narraciones de heroísmo y muerte en los medios rurales, sobre todo, como ya viéramos. En plena campaña militar francesa de represión, en abril de 1871, en una carta colectiva de los casentineses al jefe de la colonia, el almirante Gueydon, se presentan a sí mismos como «gentes instruidas, ilustradas..., que aprecian con reconocimiento la protección y la justicia de Francia» y que no desean ser confundidos o identificados con aquellos revoltosos beduinos y «gente de las tribus»; no sólo condenaban la insurrección de Mokrani, sino que iban mucho más allá reclamando «una represión severa y enérgica que les aterrorice y espante». Era un gesto de lealtad a los franceses, en aquellas circunstancias difíciles del levantamiento de Mokrani y que podrían tener consecuencias muy negativas para los argelinos naturales, como sucedió, y sin duda debió de escribirse a solicitud, más o menos abierta, de las propias autoridades francesas, como sospecha Lacheraf, no pudiendo comprender tanta incomprensión de los casentineses hacia sus correligionarios campesinos. El historiador y militar Rinn —esa figura típica en el mundo colonial, el militar escritor, tan útil para acercarse con datos de primera mano a ese capítulo dramático de la historia universal—, que recoge y comenta esta carta, no deja de verter juicios duros hacia aquellos burgueses de Constantina, «amedrentados y egoístas», así como hacia el texto mismo de

la carta al gobernador general, a la que tacha de escrita con «lenguaje cruel». Con mayor o menor sinceridad, los ciudadanos casentineses habían levantado un nuevo escudo protector, sin duda dictado por su propio instinto de conservación; los sucesos de 1871 fueron decisivos para la apertura de una nueva escalada en el control colonial por los franceses y significaron el fin, durante muchos años, de una resistencia activa de los naturales berberiscos. Una fase se cerraba, la de la conquista y la resistencia armada, protagonizada por los medios rurales argelinos prioritariamente, y una fase nueva, con la III República francesa, comenzaba.

La gran efervescencia en los medios coloniales franceses en Argelia —comités de salvación, coordinados desde Argel por el abogado Vuillermoz, expulsión de las autoridades militares bonapartistas o la comuna de Argel, por ejemplo—, se desmoronó pronto y las nuevas autoridades republicanas, con el general Lullemand como comandante militar de Argelia y el periodista franco-oranés Du Bouzet como comisario de la República, iniciaron una nueva etapa de política que pudiera llamarse «asimilacionista». Argelia, perdida Alsacia-Lorena, pretendió convertirse en una rica y próspera provincia francesa, y se establecerá, sin duda en ese sentido, un gobierno civil para la colonia. El 24 de octubre de 1870 se concedía en bloque la nacionalidad francesa a los 33.000 judíos argelinos —que algunos relacionaron también con el levantamiento de Mokrani, pocos meses después— y, a continuación, a los 30.000 hijos de matrimonios entre franceses y extranjeros; también se ordenó que los colonos europeos solicitasen dicha nacionalidad, sin exigirles los tres años mínimos de colonos que se exigían hasta entonces. Todas estas medidas, además del crecimiento natural mismo de la colonia, permiten hablar de un apreciable crecimiento global de la población colonial europea. En 1876, «los franceses estaban al borde de lograr la anhelada mayoría en el seno de la colonia europea», escribe J. B. Vilar. Casi 200.000 franceses, más de 33.000 judíos naturalizados, casi 100.000 españoles, más de 25.000 italianos y casi 15.000 malteses, más de 20.000 entre otros extranjeros. Un total de más de 350.000 colonos europeos, por lo tanto, frente a casi dos millones y medio de súbditos franceses musulmanes. Con ojos desapasionados de hoy, un contraste llamativo pero muy esclarecedor de la esencia misma de la sociedad colonial francesa en Argelia.

El nuevo período colonial inaugurado se abría también con una gran ofensiva sobre las tierras indígenas, aprovechando la necesidad de una represión ejemplar sobre los recién vencidos rebeldes. La ley de 1873 es calificada por Lacheraf de «desastrosa» y el historiador A. Bernard comentaba el peligro de que pudiera provocarse «una insurrección agraria» si no se frenaban este tipo de medidas. R. Aynard intentaba acercarse a lo que pudieran pensar los medios rurales argelino-berberiscos sobre estas medidas:

> A sus ojos, la colonización aparecía, ante todo, como una especie de incautación de alrededor de dos millones de hectáreas, aproximadamente la quinta parte de los espacios cultivables en el Tell y en las Altas Mesetas;

estas cifras, para Lacheraf, son demasiado «prudentes», habla de «secuestro del Estado», cita también los bosques, las tierras de paso y las comunales, las minas, los cursos de agua, y calcula entre ocho y nueve los millones de hectáreas incautadas a la población autóctona berberisca, en un ambiente de gran especulación. Para un testimonio campesino de los Aurés de 1873, la descolectivización, después de una serie de medidas legislativas en ese sentido, la posibilidad de que cada uno pudiera comprar y vender sus tierras con libertad, significaba «la pena de muerte de la tribu». La gran ofensiva colonial, tal vez por ello, tras la represión y la incautación de tierras, no iba a encontrar una resistencia abierta ya en los empobrecidos medios rurales argelinos.

En ese contexto y en esa dinámica expansiva de los medios coloniales europeos, es en donde se va a ir fraguando en esa burguesía casentinesa un espíritu «conservador», en el sentido literal de *conservar* su tradición cultural y su propia personalidad islamo-berberisca, que saldrá a la luz en un texto muy representativo, poco más de diez años después, en 1887, en el momento en que un proyecto de ley estudia la «naturalización» en masa de los argelinos. Es, al mismo tiempo, un verdadero manifiesto «nacionalista», moderado pero muy claro. Estaba rubricado por 1.700 firmas, procedentes de todos los medios sociales de la ciudad: empleados, industriales, *muftis* de las mezquitas, consejeros municipales o intelectuales; entre ellos, dos profesores, el cheij Abdelkader Madyaui —Madjaoui—, profesor en las Medersas —o Universidades Islámicas— de Constantina y Argel, y el cheij Hamdán Lunisi,

uno de los primeros profesores de Ben Badis y futuro fundador de la Asociación de Ulemas argelinos, sobre quienes volveremos más adelante. Lacheraf piensa que no se puede dudar de que ellos dos, los intelectuales de mayor incidencia en la defensa de la cultura árabe en esos momentos y de mayor prestigio, fueran los inspiradores y autores de aquel texto clave de 1887; cuyo título completo también es expresivo: *Petición a los Señores Miembros del Parlamento por los Indígenas musulmanes de Argelia contra la naturalización en masa de los Musulmanes* (proposición de ley de Michelin y Gautier, 1887).

Era, pues, una petición dirigida al Parlamento francés y hablaba en nombre de toda Argelia, se refería a las cláusulas del tratado de Argel de 1830, «época en que nuestro país se ha puesto bajo la dominación francesa», e insistía en que se respetara su personalidad jurídica y las instituciones argelinas. El preámbulo de la carta se expresaba con claridad:

> Esta propuesta (de ley) no nos conviene y no puede colmar nuestros deseos... La entrada en la nacionalidad francesa tendría como consecuencia, para nosotros, la supresión completa de nuestra ley y de nuestro código, tanto desde el punto de vista de las cuestiones materiales (mobiliarias y propiedad) como desde el punto de vista del estatuto personal... Nuestro más caro deseo, lo que apreciamos más, es conservar nuestra ley... Al someternos en bloque y sin restricción a la naturalización francesa, se nos arrastraría, por añadidura, al abandono de nuestros hábitos —o tal vez quisieran, estos notables casentineses, hacer alusión a ese otro sentido de la palabra *coutumes*, el de «derecho consuetudinario»— y traería perturbación en nuestras costumbres *—moeurs—*, en este caso.

En términos muy hábilmente elegidos, a continuación, la carta de 1887 hacía una crítica muy sutil del ejercicio de los derechos electorales que se pretendía conceder a los argelinos musulmanes pues no podrían ejercerse «de una manera regular» —y esta expresión la resalta Lacheraf como clave de toda la exposición—, al no gozar los beneficiarios de estos derechos, en ellos mismos, de dos condiciones esenciales, «la libertad y la independencia». Para terminar, exponían sus peticiones, resumidas en tres grandes apartados. El primero, «organización de escuelas árabes y estudio de las vías y medios para ponerlas al alcance de todos los musulmanes». En segundo lugar,

admisión de los miembros indígenas de los consejos municipales y generales con los mismos derechos que los miembros franceses sin ninguna excepción, es decir, supresión de la reserva actual en lo que atañe a la elección de alcaldes y de teniente de alcaldes. En una palabra, igualdad absoluta entre todos los miembros de los cuerpos elegidos, cualquiera que sean.

En tercer lugar, finalmente, «medidas a tomar para hacer cesar el mal que sufrimos como consecuencia de la nueva reglamentación de la justicia musulmana», a resultas de algunas disposiciones del año anterior que debieron ser restrictivas para la magistratura musulmana, cuya defensa estaría, años después, entre las reivindicaciones de los ulemas argelinos.

Nacionalismo cultural y nacionalismo político. Con un paréntesis teórico en torno a variados «hechos coloniales» y «nuevos dioses»

Al margen del análisis, predominantemente político, que ha hecho de este texto la historiografía argelina y francesa, y sus conexiones con el posterior movimiento reivindicativo de los ulemas, encabezado por Ben Badis, y el nacimiento de un «nacionalismo» argelino contemporáneo, tal vez fuera posible hacer aquí un tipo de reflexión más general; que podría remontarse hasta la vieja Cirta y aquel viejo enfrentamiento entre «católicos», que tendrían en Agustín de Hipona su jefe de filas, y «donatistas» africanos, con Petiliano de Constantina como su teórico principal, y en cuya polémica hubo matices tan interesantes como la negación de la autoridad romana, aunque no la doctrina religiosa cristiana, peculiar «nacionalismo» también, pudiera ser, que distinguía perfectamente entre un poder imperial romano, cada vez más incorporador de la doctrina cristiana en sus mecanismos de control y de poder, y la salvaguarda de esa comunidad africana de ese control. Tal vez, pero habría que estudiar los discursos y la literatura polémica agustiniano-petilianista bajo puntos de vista nuevos. Sin necesidad de remontarse tanto en el tiempo, y ya en pleno enfrentamiento islamo-cristiano, es interesante también aquella identificación fe-ley que se había ido gestando a lo largo de la Edad Media, ya clara identificación

en el siglo XVI, y que había ido remitiendo a lo largo de la modernidad, de alguna manera, hasta permitir la aparición de un derecho internacional por encima de esa identificación excluyente por ambas partes. Es posible que el régimen colonial francés en Argelia, con sus titubeos y su elección final de una vía «dominadora» pura y simple, impidiera superar las consecuencias negativas para la posible convivencia entre gentes de culturas diferentes de esa identificación entre fe religiosa y ley, tan patente en esta carta de los notables casentineses de 1887. En la esencia misma del hecho colonial, por otra parte, como bien expresara Richard Konetzke al referirse a la experiencia colonial española en América tres siglos antes, está ese afán de dominar:

> No hubo durante el período colonial un asentamiento pacífico de europeos en el que se reconocieran los derechos de soberanía de los príncipes aborígenes. La idea que animó a los colonizadores fue la idea de dominar.

Y los franceses en el siglo XIX olvidaron algo que ya los españoles del siglo XVI habían aprendido, tal vez por una mayor convivencia —bélica con demasiada frecuencia, pero también pacífica, de intercambios culturales y de todo tipo—, y que habían asumido hasta el punto de recordarlo uno de sus «conquistadores» en la otra parte del mundo, en Extremo Oriente; el gobernador de Filipinas Gonzalo Ronquillo de Peñalosa, en 1582, le escribía al virrey de México que los chinos y los japoneses «no son indios sino gente tan buena y mejor que muchos de la Berbería» (AGI, Filipina, leg. 6, ramo 2, nº 59). Los usos —y abusos— coloniales americanos, que tanta destrucción provocaran, no servían para Extremo Oriente, como tampoco sirvieron para el Magreb, esos dos techos de la expansión colonial hispana en el siglo XVI. A pesar de haber transcurrido tres siglos, las lecciones de la experiencia colonial americana de los ibéricos, tan criticada por los europeos de su época —y hasta de hoy—, no había servido de nada, al parecer, en el fondo.

Tal vez venga a cuento aquí, en paréntesis de «paso del ecuador» de este ensayo sobre Argelia, evocar una breve reflexión, lúcida y compleja —por su hondura teórica, tan difícil de hacer encajar en un trabajo más expositivo como éste—, de Rafael Sánchez Ferlosio, *Mientras no cambien los dioses, nada ha cambiado* (Madrid, 1987); del que, en aras de la brevedad, citaré párrafos suyos y citas de sus citas mismas.

La Aventura Humana, la grandiosa y solemne ópera del Progreso, es una comedia vieja, falsa y mala, señalando cómo el protagonista *ad hoc*, que tiene que abarcar en un solo sujeto desde el cavernícola descubridor del fuego hasta el pirotécnico de Cabo Cañaveral, está, sin embargo, construido sobre un modelo ideológico del hombre tanto histórica como geográfica y socialmente muy determinado: el burgués europeo de la revolución industrial del siglo XVIII.

La alusión a la pirotecnia de Cabo Cañaveral se refiere a una noticia de actualidad en el momento en el que Sánchez Ferlosio redactaba su texto, la explosión del *Challenger* con la muerte de sus tripulantes, que provocó una serie de comentarios periodísticos que él utilizó como guía de su exposición. Así, cita la carta del presidente francés Mitterrand al presidente americano Reagan, en la que afirma que *nous savons que rien ne décourage l'Humanité dans sa marche en avant* («sabemos que nada desanima a la Humanidad en su marcha hacia adelante»).

Y un editorial del periódico *Le Monde*, de André Fontain, con una alusión a «la Aventura Humana» y con afirmaciones tales como *hier la decouvert du feu; aujourd'hui l'avènement des transports terrestres ou aériens; demain peut-être la maîtrise de l'Univers* («ayer el descubrimiento del fuego; hoy la llegada de transportes terrestres o aéreos; mañana puede ser el dominio del Universo»); también, con una glosa al «precio de sangre» que ese Progreso siempre se ha cobrado, y tomo la traducción excelente de Sánchez Ferlosio:

No es ninguna casualidad el hecho de que no sólo las religiones sino también las ideologías nacionalistas o colectivistas que, desde hace un par de siglos, han venido tan a menudo a reemplazarlos hallan llegado a dar tanto relieve a la noción de sacrificio.

Para terminar con un recuerdo a una estupenda frase de De Gaulle, «Francia ha sido escrita con la espada», o algo similar. Al hilo de todo ello —y de mucho más que omitimos aquí—, Sánchez Ferlosio afirma taxativo:

La Historia, el Progreso y el Futuro, lejos de suscitar recelo alguno, se vuelven dioses en quienes se puede confiar en cuanto exigen tributo de sangre, y justamente gracias a exigirlo.

Un análisis que, en verdad, podría antojársenos válido para valorar, o no demasiado alejado de lo que podría pensar un hombre del siglo XIX, de la época en la que la colonización francesa en Argelia —y la inglesa y la alemana, y otras en otros lugares— no era cuestionada a niveles teóricos profundos. Pero Sánchez Ferlosio no está tratando de la Argelia colonial, sino de la América colonial y el debate en torno a ella.

> El descubrimiento de América fue verdaderamente una nueva puesta en marcha de la Historia, porque ofreció de pronto infinitos territorios e innumerables pueblos a la dominación, y no hay más Historia que la Historia de la dominación.

Previa, por lo tanto, a la Revolución Industrial y a la aparición de un nuevo «modelo» humano —«El hombre de cada época alza sus propios rasgos históricos particulares por modelo de un hombre pan-histórico universal»—, con la sociedad burguesa triunfante ya en el siglo XIX y con la «sociedad victoriana» como posible «paradigma», si es posible utilizar aquí palabra tan controvertida y compleja, que tal vez no. Sánchez Ferlosio echa mano de otro notable «pensador», Karl Polanyi; de su obra *La gran transformación*, cita lo siguiente:

> Sólo la civilización del siglo XIX fue económica en un sentido diferente y distintivo, porque eligió basarse en un motivo que rara vez es reconocido como válido en la historia de las sociedades humanas, y que ciertamente nunca fue elevado antes al nivel de un justificativo de acción y conducta de la vida cotidiana, a saber, la ganancia (...) El mecanismo que el motivo ganancia puso en movimiento fue comparable en eficacia sólo a los estallidos de fervor religioso más violentos de la historia.

Y la ganancia —tan ligada a esa «codicia» de los españoles que Las Casas situaba en la raíz del desorden colonial americano— va muy ligada a esa «dominación»; tal vez a causa de ello «la dominación ha conseguido hacerse tomar en serio por la Historia». Es algo que ya intuyen —si no es que saben con certeza— los historiadores; por lo menos algunos que, además, lo dicen. Y pienso en Josep Fontana cuando afirma en su todavía estimulante *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, y cito de memoria, que habría que plantearse el estudio del pasado

como la evolución de las formas de explotación. Y dejarse de tonterías, tal vez.

Aún va más allá Sánchez Ferlosio al desmenuzar un viejo trabajo de Menéndez Pidal, *El padre Las Casas*, interesantísima toma de posición sobre tan polémico personaje, uno de los arietes de la ofensiva europea —holandesa e inglesa, también francesa— contra la experiencia española colonial en América, tan bien documentada por Ricardo García Cárcel en *La leyenda negra. Historia y Opinión*, de tan sugestivo subtítulo. Cito, de nuevo, por las citas precisas de Sánchez Ferlosio:

> Los imperios, a pesar de las vitandas injusticias y calamidades de muerte inherentes a toda vida humana, son en la Biblia y en la teología cristiana el grandioso instrumento con que la Providencia divina gobierna a los pueblos.

Con lo que el imperio se convierte en la «clave en el desarrollo providencial de la humanidad». Puede sonar a afirmación un tanto anticuada, incluso para un hombre del siglo XIX —no para Poujoulat y otros teóricos, católicos o no, de la Francia colonial, aunque sí para otros sin duda—, pero no lo será si se expresa con otros términos más claros: «Lo que para Menéndez Pidal parece indiscutible es que el único medio propio de la Historia es la dominación», en palabras del lúcido Sánchez Ferlosio. Pero Menéndez Pidal no está dando un salto en el vacío sino aferrándose a una tradición que él ilustra de una manera muy inteligente: contraponiendo a Vitoria y a Las Casas, comparando su manera de adentrarse en el pasado de los hombres, en su valoración del pasado «colonial» de mayor prestigio en un siglo XVI renacentista, el Imperio Romano.

> Vitoria lo recuerda (al Imperio Romano) para tomarlo como guía al juzgar el imperio español, mientras Las Casas lo recuerda para condenarlo juntamente con el imperio hispano.

Apasionante ese ejercicio Vitoria-Las Casas, Menéndez Pidal-Sánchez Ferlosio. Y que nos lleva, de nuevo, a la vieja Cirta y a su entorno, a Hipona, a Agustín. Cito a Menéndez Pidal, citado por Sánchez Ferlosio:

> Vitoria invoca a San Agustín cuando el santo obispo de Hipona aprueba como legítimo el imperio romano, escribiendo que Dios, no

> pudiendo dar su Ciudad celeste a los antiguos romanos por su paganismo, les concedió el magno imperio, como premio terrenal debido a las grandes virtudes terrenas que ellos mostraron en su amor a la patria, a la gloria, a la dominación.

Con lo que el mismo César, conquistador para Roma de aquella *Africa Nova* de la que Cirta e Hipona eran cabezas intelectuales —y enfrentadas, eterna esquizofrenia númido-berberisca y de más allá—, «insigne pagano» ambicioso de poder militar y de gloria, «engrandeció con sus virtudes terrenas, nada cristianas, el imperio otorgado por Dios a Roma». Según el providencialismo agustiniano —que sustituye el concepto de «Fortuna» de aquel esclavo griego en Roma, el lúcido Polibio, por el «Dios» de los cristianos, uno, poderoso y eterno—, y en palabras de Menéndez Pidal,

> nada significa el catalogar las maldades del dominio romano, las alevosas matanzas, los latrocinios de guerreros y gobernantes, el inicuo despojo de tantos reyes, la opresión de tantos pueblos, los perjurios, falsías y deslealtades que en la formación republicana del imperio de Roma denuncia Pablo Orosio. La grandeza del fin minimiza la maldad accidental que consigo pueden llevar los medios empleados.

Pura cultura occidental, de Maquiavelo a Hegel, a izquierdas y derechas —que Sánchez Ferlosio matiza bien—, en la base del principio agustiniano de que «el Señor gobierna la Historia mediante el sufrimiento». La «Historia proyectiva», que dice Sánchez Ferlosio:

> La proyección hacia el mañana, la eterna renovación de los futuros, ha sido el nervio y la demencia del Progreso desde la Revolución Industrial hasta hoy, y el primero y tal vez el más alto «precio que ha habido que pagar por el progreso» es, sin duda, el presente.

Para esos nuevos dioses de nombres ampulosos —Historia, Progreso, Futuro—, cuyos nombres en realidad tal vez estén ocultando otros de nombre menos ampuloso pero más reales —Ganancia, Dominio—, el sacrificio más apreciado —como los corazones humanos para Huichilobos, que había prometido el dominio de sus vecinos a los aztecas y que tanto horrorizó a los conquistadores españoles hasta llevarles a justificar sus propias crueldades en aquellos sacrificios humanos

que exigía, con cuya evocación termina Sánchez Ferlosio su reflexión—, a pesar de las protestas de Las Casas, extendible a todas las experiencias coloniales europeas y de más allá, el sacrificio más lacerante sería el presente mismo, pues. En aras de un Futuro divinizado —que exige sacrificios de sangre con naturalidad—, por otra parte brillante para cada vez menos y de manera cada vez más excluyente y selectiva. Y cerramos este paréntesis teórico, gracias a Sánchez Ferlosio.

La carta sagaz de los casentineses de 1887 contenía una formulación válida —como advierte Lacheraf— para todos los «pueblos» sometidos a una Administración colonial, sometidos a una dominación, sin más. El recurso a la vieja identificación fe religiosa-ley, que pudiera considerarse un paso atrás en la evolución de las culturas humanas, pues a una fe excluyente corresponderá sin duda una ley excluyente, no válida para todos, se daba como respuesta sibilina —carta sagaz— a la nueva identificación retrógrada de aquella sociedad francesa —y europea en general— neocolonizadora, la identificación fe-civilización, aunque esa nueva fe religiosa fuera en los nuevos «dioses ilustrados» —Progreso, por ejemplo— y el viejo lenguaje de cruzada cristiana fuera sólo minoritario o marginal; lo que habría que comprobar, por otra parte, pues con frecuencia seguía siendo lenguaje de muchos dirigentes de aquel nuevo orden. El lema elegido por Bugeaud, hombre clave en la conquista francesa de Argelia, *Ense et aratro*, algo así como «espada y arado», era glosado por un periodista en 1959, en plena fase final de la guerra de independencia argelina, más de un siglo después de la muerte del militar francés, así: «La espada no tiene sentido más que si ella cede su lugar al arado»; el «dios» del progreso había sustituido al de la cruz —de las cruzadas—, pero la espada había continuado siendo importante al servicio de ambos. A ambos «dioses» europeos, de los «rumíes» —de «romanos»—, en Constantina se les oponía su divinidad islámica de siempre, ligada a su lengua, a su ley y a sus costumbres de larga tradición civilizadora. Una vez más, una milenaria polémica reavivada, ambigua, en la que cabe todavía profundizar, sin duda, la de Agustín de Hipona y Petiliano de Constantina. Si no, chiíes-sunníes, fatimíes-abbasíes..., cristianos-musulmanes, europeos-africanos.

La reivindicación de escuelas arabizadas de la carta de 1887 de los casentineses respondía a un hecho que las autoridades coloniales francesas debían conocer bien y no podían, por lo menos en público, sin

sonrojarse, considerar como rechazable. Medio siglo largo atrás, en el inicio del período colonial, en una sesión de la Cámara de los Diputados el 20 de enero de 1834, el general Valazé, encargado de informar en una comisión sobre África, afirmaba que «casi todos los árabes saben leer y escribir» y que «en cada aldea hay dos escuelas». En 1887 las estadísticas oficiales cifraban en 79 el número de escuelas públicas francesas para «indígenas», con un alumnado de 8.963 estudiantes; sobre una población escolarizable que podría calcularse en medio millón de niños, la degradación cultural de los berberiscos es fácil de imaginar. Incluso un francés partidario de la extensión de la cultura francesa en Argelia —M. Wahl— era sensible a aquella degradación:

> Hemos comenzado por destruir casi por entero las *meids* (escuelas primarias), *zauias* (rurales), *medersas* (superiores) y otras escuelas musulmanas que existían antes de 1830... Más tarde se han llevado a cabo ensayos confusos... que no han dado más que resultados mediocres, si no negativos.

Uno de los dramas del período colonial francés, de alguna manera irrecuperable —que pesa aún hoy sobre la sociedad argelina con el grave problema de la deseada y difícil arabización—, había sido captado por los casentineses hace más de un siglo.

Ya hemos hecho alusión al drama íntimo de ese gran escritor casentinés Malek Haddad. También escrito en francés, un poema de juventud de uno de los más representativos escritores argelinos actuales, Rachid Buyedra (Boudjedra, Ain Beida, 1940), hoy más conocido y apreciado como novelista, profesor de la Universidad de Argel y buen conocedor de la cultura española por haber vivido un tiempo en España, hace alusión a esa degradación de la educación de masas, personalizándolo en su gente más próxima y con matices de literatura militante y airada muy de los años sesenta, que en Argelia coincidieron con los años inmediatamente posteriores a la independencia. Es el poema *Alphabetisation*, de su libro *Pour ne plus rêver* (1965), («Para no soñar más»):

> ¿Para qué sirven mis poemas
> si mi madre no sabe leer?
> Mi madre tiene veinte años

no quiere sufrir más
esta tarde vendrá
a deletrear lo que escribo
y mañana sabrá
escribir
Emancipación.

¿Para qué sirven mis poemas
si mi padre no sabe leer?
Mi padre tiene cien años
no ha visto el mar
esta tarde vendrá
a deletrear lo que escribo
y mañana sabrá
leer
Dignidad.

¿Para qué sirven mis poemas
si mi compañero no sabe leer?
Mi compañero no tiene edad
vivió en las cárceles
esta tarde vendrá
a deletrear lo que escribo
y mañana sabrá gritar
Libertad.

Para la historiografía argelina el período colonial francés tiene tres etapas bien definidas. Una primera entre 1830 y 1871, de «resistencia activa», fundamentalmente campesina; el emir Abdelkader, en el inicio de ese período, principal artífice de un gran proyecto de Estado argelino y del que la Argelia independiente se considera heredera, se convirtió en un verdadero «padre de la patria», respetado incluso por la Francia colonizadora. El período se considera cerrado con el fracaso de la movilización contra los franceses encabezada por los hermanos Mokrani y que tuvo un gran arraigo en Cabilia y en amplias zonas próximas. La segunda etapa, entre 1871 y 1920, es medio siglo completo de resistencia aletargada, de alguna manera; en palabras de Lacheraf, de «silencio taciturno pero jamás resignado de un pueblo» que se siente rechazado y despojado por una minoría europea que controla sus re-

cursos humanos y económicos y su destino político. Un tercer período se iniciaría en 1920, con un nuevo resurgir reivindicativo iniciado casi testimonialmente por el hijo del emir Abdelkader, el emir Jaled, aún puramente reformista y muy poco nacionalista, continuaría con un más robusto movimiento de los argelinos emigrados en Francia y agrupados en torno a la organización «Estrella Norafricana» a partir de 1923, y terminaría ya con la guerra abierta y la victoria final del Frente de Liberación Nacional, aglutinador de los grupos nacionalistas más dispares y decididos a la independencia de Francia.

En esos años veinte del despertar de un vago movimiento reivindicativo, y surgidos en los mismos medios burgueses de Constantina que habían inspirado la carta de 1887, dos grupos se iban perfilando bien definidos, el uno más ligado con la cultura francesa y con las instituciones políticas coloniales, muchos de ellos diputados elegidos, y otro grupo, articulado en una Asociación de Ulemas, de cultura literaria árabe y con una serie de reivindicaciones centradas en los aspectos educativos en lengua árabe, espirituales, de lucha contra el marabutismo y sus interpretaciones islámicas poco puristas y en ocasiones muy degradadas, y reivindicaciones jurídicas, dirigidas a fortalecer y extender una magistratura árabe más independiente de las autoridades civiles y más representativa de los sectores intelectuales musulmanes. Abdelhamid Ben Badis, fundador de la Asociación de Ulemas argelinos, había sido discípulo, como dijéramos, de uno de los firmantes de aquella carta de 1887, el cheij Hamdán Lunisi, y de ella tomaría, sin duda, aquella reivindicación común de defensa de la lengua árabe y de una magistratura musulmana; pero iba más allá, en cuanto a su formación teológica, que su maestro Lunisi, demasiado tradicionalista aún. Sus años de estudio en la Zituna y en la Universidad de El Azhar, le pusieron en contacto con el movimiento oriental *salafi* del cheij Abdú, movimiento «modernista» que combinaba el racionalismo y cierto cientificismo con la salvaguarda de los principios culturales y religiosos árabe-islámicos. Entre 1930 y 1938 la Asociación de Ulemas, bajo la presidencia de Ben Badis, en palabras de Lacheraf, se empeñaba en promover «un renacimiento cultural multiforme y una revolución moral» que, aunque limitada al orden religioso y cultural, iba a plantear, aunque fuera de manera imperfecta, el problema político argelino de manera más eficaz aún que sus contemporáneos los políticos casentineses elegidos consejeros generales

o municipales y agrupados en una Federación de elegidos de Constantina.

Éstos, como el doctor Benyelul (Bendjelloul), presidente de la Federación de elegidos musulmanes de Constantina entre 1936 y 1938, terminaron enredados en personalismos que no interesaban a la gente y desaparecieron de la escena política ante la indiferencia general y, en ocasiones, el menosprecio durante años; la gran represión que siguió al levantamiento del día de Todos los Santos —1 de noviembre— de 1954, especialmente apreciable en zonas como la región al norte de Constantina, muy colonizada por los europeos y con una rica población francesa, decidieron a algunos de estos políticos a reaccionar; el mismo Benyelul encabezó el que se llamara «grupo de los 61», en septiembre de 1955, que se opuso abiertamente a la política de integración preconizada por las autoridades francesas, en el momento en que en esa región del norte de Constantina comenzaba un ataque general de la ALN (Armada de Liberación Nacional, organización militar clandestina del Frente de Liberación Nacional salido de ella), en lo que Lacheraf considera «una aportación incontestable a la unanimidad argelina tan buscada» por entonces. Era una línea de políticos argelinos de la que el representante más ilustre sería sin duda Ferhat Abbás, hombre de formación francesa y muy cercano al pensamiento político francés, autor de un célebre *Manifiesto* que en febrero de 1943 había sido firmado por numerosos políticos partidarios de un Estado argelino federado con Francia, en plena guerra mundial en la que tantos soldados argelinos musulmanes estaban luchando al lado de los franceses. El 8 de mayo de 1945, la matanza terrible de argelinos por la armada francesa en Setif, en esa ciudad entre Argel y Constantina cuyo entorno de rica agricultura tan importante fue a lo largo de la historia de la región, debió de significar un duro golpe a las esperanzas de estos políticos moderados y contemporizadores. Ferhat Abbás, líder de la Unión Democrática del Manifiesto Argelino (UDMA), terminó también, en diciembre de 1955, alineándose con la política de no cooperación preconizada por el Frente de Liberación Nacional y pidiendo a los representantes de su partido que dimitieran de sus cargos electos. Volveremos sobre ello.

En cuanto a la Asociación de los Ulemas, que en el otoño de 1955 tan sólo era partidaria de una tímida autonomía interna, a principios de enero de 1956 declaraba en un manifiesto:

> No es posible resolver de una manera decisiva y pacífica el asunto argelino de otra manera que reconociendo solemnemente la libre existencia de la nación argelina, así como su personalidad específica, su gobierno nacional, su asamblea legislativa soberana y, esto, en el respeto de los intereses de todos... No puede haber término al estado actual de guerra, ni edificación de un orden libre nuevo, sin que medien negociaciones francas y leales con los representantes auténticos del pueblo argelino legítimamente investidos en el esfuerzo de la lucha.

La dimisión del presidente del consejo general de Constantina, tras recibir la dimisión de 19 de sus miembros previamente, y casi de manera simultánea al manifiesto de la Asociación de los Ulemas, significaba de alguna manera la culminación de aquel largo proceso iniciado en la carta de los casentineses de 1887. Volveremos sobre ello con mayor amplitud más adelante.

Este interesante «nacionalismo» casentinés, surgido en el contexto de unas reivindicaciones moderadas a simple vista, pero de fondo, terminaba por oponer al «mito civilizador» colonial francés, de alguna manera «neolatino» en la desacertada expresión de tantos creyentes «colonialistas», una ceñida unanimidad en torno a la cultura «árabe-islámica». Y ésa sería su aportación más destacada al «nacionalismo» argelino; que, por otra parte, encajaba bien con la tradición histórica turco-berberisca en un momento de agresividad del norte, francés y no español en este caso. Esa legitimidad pareció aumentar después de la guerra de independencia, a pesar de las limitaciones técnicas que el mundo cultural y científico «árabe-islámico», desde su lengua misma —que no perdía por ello su objetiva belleza cultural—, tenía para adaptarse a nuevas formulaciones y tecnologías. No está muy lejos todavía la lucha de los hispanohablantes para que la *ñ* fuera integrada como signo autónomo en la informática europea, indicativo de la magnitud del problema a la hora de integrar todo un sistema nuevo de signos ortográficos, por ejemplo.

Todo el período optimista y confiado en el desarrollo de la época de Bumedien y sus planes muy ambiciosos de industrialización con los recursos del petróleo y del gas natural, estuvo también presidido por las dudas en torno a una total arabización de la enseñanza y de la Administración o sólo parcial; en el grado o amplitud, en el caso de esa opción de arabización parcial si no se quería cortar con el exterior más

desarrollado en un mundo cada vez más interdependiente. Tras la caída del «modelo» llamado «socialista» en los años ochenta y el endurecimiento de las relaciones con un Occidente que se sentía victorioso y eufórico, viejos fantasmas de alguna manera «neocoloniales» fueron fáciles de despertar; aquella vieja reivindicación cultural, de probada legitimidad, aparece hoy como uno de los pilares del llamado «integrismo» islámico —esa identificación fe-ley, precedida de la de fe-lengua, seguida de la de fe-civilización—, deseoso de sustituir el «Estado» laico por uno confesional; en el que la religión de Estado —de ahí cierta fascinación por el nacional-catolicismo franquista español— vuelve a convertirse en uno de los más graves problemas políticos del Estado argelino nacido de la guerra de independencia (1954-1962) contra los franceses. Es un problema, por otra parte, que en algunos países europeos sólo quedó resuelto recientemente —como el caso de España, y las relaciones Iglesia-Estado aún tienen heridas abiertas que cicatrizar—, y de manera más o menos satisfactoria.

KATEB YACINE Y *NEDJMA*, O «EL ÁRBOL DE LA NACIÓN ENRAIZÁNDOSE EN EL SEPULCRO TRIBAL»

Kateb Yacine (1929-1989) publicó en París, en 1956, en plena guerra de Argelia por lo tanto, la novela que iba a convertirse en el texto literario emblemático de la literatura argelina contemporánea, si no de la literatura magrebí actual. «Sin *Nedjma*, puede ser que nosotros, escritores magrebíes de la generación de la independencia, no habríamos escrito lo que hemos escrito»; son palabras de Tahar Ben Jellun, uno de los más prestigiosos escritores magrebíes actuales, quien cita a otro escritor, Abdellatif Laabi, para corroborar su afirmación: «Descendemos todos del manto —*manteau*— de Nedjma». Nedjma, Estrella, es desde entonces mucho más que un nombre de mujer. Es todo un símbolo, y puede ser utilizado hasta para designar a una agencia de viajes juveniles en la nueva Argelia independiente.

Y sin embargo, Kateb Yacine no fue un «intelectual» cómodo para el régimen político argelino surgido de la guerra de la independencia contra los franceses. Nacido en Constantina y, como Malek Haddad, educado en la escuela colonial, por lo que el francés fue su lengua de expresión literaria en principio, la acción de *Nedjma* se desarrolla entre

Bona-Annaba —la antigua Hipona—, Constantina, Guelma y Setif; en la Argelia oriental de tan acusada personalidad histórica y en la que el dramatismo de un mestizaje cultural conflictivo se convierte en fenómeno de valor universal. Casi 15 años más joven que Albert Camus, de la «generación» siguiente se pudiera decir, como él del partido comunista, en principio, su postura ante la cuestión argelina fue mucho más radical y Kateb siguió considerándose «estalinista» prácticamente hasta su muerte, siquiera por principios y a pesar de la perplejidad que esa posición pudiera causar en otros compañeros «intelectuales» magrebíes como el propio Ben Jellun, quien llegó a sospechar si aquella postura no sería sólo irónica. Es posible que haya mucha más lucidez y dramatismo que ironía, sin embargo, en ese hombre que, en palabras de Benamar Médiène, «fue docker, periodista en *Alger Républicain,* soldador y constantemente poeta»; poeta —en palabras de Assia Djebar, también escritora argelina— «del país durante mucho tiempo el más prestigioso, el más loco, el más destructor de su juventud prolongada». El respeto a su persona y a su obra, al lado de esa rebeldía suya tanto testimonial como real, siempre cogido entre la censura y un exilio más o menos voluntario, le convirtieron en todo un mito, tanto académico como vital, para las nuevas generaciones instruidas de la Argelia independiente.

Nedjma era el relato de un veinteañero argelino de Constantina que, a raíz de los sucesos de Setif del 8 de mayo de 1945 y sus consecuencias en toda la región, en la que tantos de los suyos murieron o se arruinaron, lograba expresar en una lengua mestiza el hondón de la ruptura colonial entre dos comunidades que se comprendían en esa misma lengua sólo a medias. El francés utilizado en el relato sin duda es sorprendente, pero el *Ulises* de Joyce y el *Pedro Páramo* de Rulfo son reconocidos por el autor mismo como posibles parientes lejanos. El complejo juego temporal, el vaivén continuo entre el presente y el pasado, siempre las escenas sangrientas de mayo de 1945 como eje decisivo, consiguen el efecto mágico del «se dice» o «se cuenta», del «pudiera ser» pero «no es seguro», en la superficie del relato; pero en lo profundo, realidad, intenciones y motivaciones, es todo un documento que pocos testimonios escritos del momento —desde la prensa al escrito político o de administración— podrían superar a la hora de explicar lo que estaba pasando allí, en la colonia a punto de insurrección. Los cuatro amigos iniciales, protagonistas de la acción, Rachid, Mustafá, Murad y Laj-

dar, peones en una obra en la que saltará la violencia y la sangre, a medida que pasan los fragmentos literarios irán tomando perspectiva y, de alguna manera, emparentándose por complejas historias de uniones, separaciones y amoríos. Hasta resultar dos de ellos hermanos, todos primos entre sí y, finalmente, en el corazón de una historia de dramática destrucción tribal, casi leyenda, con el antepasado Kablut como punto de origen en el recuerdo, eslabones muy debilitados de un grupo tribal empobrecido y sin casi varones tras los muertos y los que abandonaron.

La sociedad colonial europea también está presente, con personajes breves pero rotundos; el transportista Ricard, con su particular desarraigo a cuestas como hijo de hugonote francés, o el patrón Ernst y su hija Suzy, o el joven italiano Luigi, crecido con los jóvenes árabes y que conoce tan bien como ellos la lengua dialectal, asustado y mediador cuando surge la violencia entre argelinos y colonos. También las relaciones conflictivas extremas y cotidianas: el padre del cabil Amexiene había sido condenado a muerte por matar a un colono que le confiscara sus rebaños. Y la represión policial feroz, con los obsesivos puñetazos y palos, los insultos despectivos y la tortura. Un mundo prebélico pero de violencia a flor de piel; aunque surgida por nimios gestos en apariencia, de ancestral significado. Y de intereses económicos cada vez más manifiestos, generadores de verdadera lucha de clases.

Pero se resalta a Nedjma, desde el título mismo de la novela, como un protagonista-guía del relato. Una mujer, como toda la historia, rodeada del misterio del «pudiera ser» o del «se dice», nunca definitivo y que concede al texto el encanto del relato de investigación y hasta policiaco. Si Mojtar es el posible padre de aquella hija de una francesa marsellesa —no queda claro nunca— lo mismo que probable padre también de quien había de ser su marido, con ese fantasma incestuoso rondando en la memoria de aquellos varones y pretendientes, todos parientes fascinados por Nedjma, protagonistas inconscientes de la destrucción de su tribu, los descendientes de Kablut. El desorden temporal de la narración hace que sólo al final, cuando los cuatro amigos y parientes se encuentren de nuevo como en el arranque del relato, sepa el lector que un posible desenlace ha sucedido ya mediada la narración; y que en ese posible desenlace es Nedjma, tal vez después de una aventura erótica con cada uno de sus primos, quien vuelve con los de su tribu, no se sabe si rehén o cautiva de uno de los que habían permanecido fieles al solar original, un negro que acababa de matar a su po-

sible padre Si Mojtar. Y es ahí en donde surge esa estatura mítica del personaje —la Andaluza la llega a llamar el autor en uno de esos pasajes «monólogo interior» peculiares— resumen de exilios y desarraigos que bien pudiera significar «el árbol de la nación enraizándose en el sepulcro tribal»; perfectamente arraigada en un mundo de resonancias hasta clásicas mediterráneas, presentes en destellos espléndidos; como ése, uno de los breves esbozos biográficos de aquella fascinante muchacha, de la niña Nedjma que «no quiere instruirse, antes de aprender a nadar», tan próximo al ideal de educación clásica griega en la que los niños bien educados sabían leer y nadar. Mujer hermosísima, en fin, que aún enamora en sueños a tantos argelinos.

«Mediodía, reflexión de África en pena a causa de su sombra, inaproximable desnudez de continente devorador de imperios, trago abundante de vino y de tabaco.» En la novela de Kateb Yacine nada hay lineal y sencillo, todo adquiere un profundo simbolismo y muestra las pistas de una ruptura inevitable. La degradación de la pobreza y el desarraigo, del insulto y el castigo, de la violencia, del vino y del hachís, la segunda preferible a la primera —«la segunda borrachera (de anís) no valía la primera (de hachís)»—, «los pretendientes sin título y sin amor» de la fascinante Nedjma, hija de argelino de la tribu de Kablut y marsellesa, todo contribuye a crear esa atmósfera misteriosa y parabólica, compleja en apariencia pero de mensaje para nada confuso. Como en *La peste* del semimestizo Camus, la sabiduría literaria e intuitiva se estaba convirtiendo en premonitoria de hechos graves que estaban por venir, una plaga larvada, el virus de la peste como el de la guerra.

«Libro-liberación» o «relato-poema» —*recit-poème*—, el análisis de Kateb Yacine —como el de Cervantes, y no es vacuo el paralelismo— va mucho más allá de lo literario al ser capaz de penetrar en el hondón de su tiempo y de su edad y hacerlo con una mirada sin veladuras casticistas. De alcance y valor universales. El drama de Kateb Yacine fue el de ese sector de la izquierda argelina que no se vio satisfecho con el Estado confesional islámico que de alguna manera debieron pactar los diferentes grupos integrados en el Frente de Liberación Nacional argelino; llegaba la independencia, de la que él era ya todo un símbolo, pero no el acuerdo entre los suyos. El deseado Estado laico y «moderno», ante la lucha por el poder de los diferentes grupos surgidos de la guerra de liberación, debió plegarse poco a poco a las dos fuerzas in-

tegradoras a nivel nacional, el ejército y la religión islámica, con su consiguiente arabización. El partido único aglutinador no alcanzaba a todos y los que habían quedado fuera de él se convertían en sospechosos.

En 1970 Kateb Yacine decidió instalarse en Argelia. Pero, en palabras de Ben Jellun, «entre él y el sistema político se alzaba un muro: su obra, rebelde, irrecuperable». En colaboración con un amigo del Ministerio de Trabajo, Ali Zamum —«sola colaboración con el poder que aceptó»—, preparó un espectáculo teatral de éxito, *Mohamed, coge tu maleta*; así lo recuerda Kateb:

> Compartíamos la convicción de que el futuro del país reside en los jóvenes trabajadores. Así nació *Mohamed, prends ta valise*. Allí, por primera vez, realicé tres viejos sueños: el de expresarme en árabe popular, ser comprendido por todos los argelinos, por la inmensa mayoría. (...) Al pueblo argelino había que abordarlo en su lengua, una de las dos lenguas vitales que le afectan, la que habla a diario, es decir el bereber o árabe popular.

Desde su retiro de Sidi Belabés organizó otros espectáculos teatrales con una compañía que participaba en el diseño del montaje y los contenidos, como *La guerra de los 2.000 años*, siempre en relación con alguna causa internacionalista y militante. Pero, al mismo tiempo, en palabras de Ben Jellun, «el exilio de Bel Abbès le volvió triste y su cólera no se calmaba nunca». Cuando murió, a finales de octubre de 1989, el insomne Kateb se sentiría, sin duda, más asediado y rebelde que nunca con el ascenso incontrolable de las más rancias ideas político-religiosas que transformaban a la fe-ley en un marco invivible e insoportable. Pocos años después de que el nuevo «código de la familia» recluyera de nuevo a la mujer, de alguna manera, la apartara de la sociedad civil exterior; cuando para Kateb el problema estaba claro, no era una cuestión religiosa sino estética: «Su belleza es su fatalidad. Se la encierra porque es bella. Pero hay que dejarla salir, dejarla mostrar su belleza». Y a uno le basta conocer superficialmente la sociedad argelina para comprender la carga de rebeldía que encierra ese sencillo juicio; y lo transformador —por no utilizar la desgastada palabra de revolucionario— que resultaría una aceptación general de ese postulado, a la larga, con más carga ética que el aparente tono meramente estético.

Benamar Médiène recuerda la visita al cadáver de su amigo en un hospital de Grenoble, «exiliado en su último exilio», y a un hispano no es raro que le evoque a aquel otro extraño patriota con fama de «afrancesado», Francisco de Goya y Lucientes, en su exilio final en Burdeos. Con esa mirada perdida lejos de *La lechera de Burdeos*, soportable ya sólo desde la lejanía de una pared en el Prado.

IV

TREMECÉN Y LA ORANÍA. EL OCCIDENTE ARGELINO

MÚSICAS CELESTIALES. LA CIUDAD DE TREMECÉN: GRANADA EN EL CORAZÓN

Creado el Universo, Dios se dispuso a crear al hombre. Pero, previamente, creó todas las almas que iban a animar a todos los hombres a lo largo del tiempo de duración que iba a tener el mundo. Es la tradición coránica. Una vez creadas las almas, Dios ordenó ponerse en movimiento a los siete planetas y a los otros cuerpos celestes y las almas creadas, entonces, escucharon la armonía de los astros en movimiento. La música de las esferas de nuestra tradición científica moderna, cuya formulación matemática a principios del siglo XVII hizo que el alemán Kepler descubriera la órbita elíptica de los astros. Cuando, por fin, Dios creó a Adán y ordenó a su alma ocupar el cuerpo, el latir ritmado de su pulso, añadido a su voz, fijaban el origen de toda música humana. Esa música que eleva a las almas a la santidad y acerca al hombre al Dios creador, intermediaria entre lo humano y lo celeste.

En el mundo árabe, ya en la época de la *yahiliya*, en el período pre-islámico llamado así, «de la ignorancia» de esas historias sabias del Corán, las melopeas beduinas eran cantos caravaneros desarrollados al ritmo de la marcha de los camellos o cantos guerreros al ritmo de los caballos al galope, melopea musical sencilla al servicio de las palabras. Ayudaba a memorizar los bellos textos, verdadera memoria colectiva. Pero más tarde, en Mesopotamia y Persia, y sobre todo en la corte de Bagdad, se hicieron composiciones más elegantes, al lado de estas largas y solemnes casidas, y comenzó, con la Escuela de Udistas (laudistas), toda una teorización mítica sobre el instrumento musical de am-

plísima difusión posterior, el laúd. Sus cuatro cuerdas iniciales —la más aguda primera *zir* o cuerda del Fuego, la segunda o *mathna*, del Aire, la tercera o *mathlath*, del Agua, y la grave cuarta cuerda o *bamm*, de la Tierra—, simbólicamente representación de los cuatro elementos y por ello pintadas de color amarillo, rojo, blanco y negro respectivamente, pronto sirvieron para teorizar sobre aquel engarce con las esferas celestes que era la música. Abu el Hasán Alí ibn Nafi (789-587), Ziryab, el *mirlo negro de Bagdad*, discípulo del gran maestro Ishaq el Mawsili, debido a los celos del maestro tras descubrir en él una valía excepcional, debió, muy a su pesar, abandonar Bagdad y emigró hacia el Magreb con su arte. Él haría evolucionar el laúd, una vez instalado en Córdoba, en Andalucía, y creó la velada musical que se hizo clásica como música andalusí por excelencia, la nuba.

La antigua Qasida iba a quedar como forma poética, con sus modalidades renovadas, hasta hoy. Bashir Hadj-Ali (Hach-Alí), un excelente poeta que ya hemos citado, buen conocedor de la música clásica árabe y que tiene una conferencia sobre ella de 1961, a punto de independizarse su país, escribió también en ese año un poema que titula precisamente así, *Casida andaluza*. Lo dedica a Pablo Picasso en sus 80 años, y cita en la casida el pasado musulmán de Andalucía al lado de un último héroe andalusí de origen, sin duda, Rabah Ussidhum, muerto en Madrid cuando luchaba en aquel frente con las brigadas internacionales pro-republicanas durante la guerra de España de 1936-1939. Y recuerda en ese momento a los nuevos berberiscos-andaluces en guerra contra el francés, al que también tuvieran que vencer en Madrid poco más de un siglo atrás los españoles-andaluces. El final hermosísimo evoca la meditación del *fedai*, del guerrillero, sobre movimiento y trayectoria que fulminan, sin duda, la bala de un arma de fuego de los nuevos guerreros evocados en la casida. El poema, escrito en francés, participa, como las casidas lorquianas, de esa modernización de un viejo canto beduino:

> La uvas del zéjel se secan en los belvederes de Granada.
> El acanto de los azulejos se derrama en el ocaso de los reflejos amargos.
> A disgusto huimos de Málaga tras la caballería del Zagal después de un sitio de cinco meses. Boabdil había hecho traición.

Alférez de las Brigadas, Rabah Ussidhum, soñaba
...Como se va a la fuente para no tener jamás arrugas
su corazón estalló sobre el corazón de Madrid
hace veinticinco años, como una granada madura.

Un caballo aúlla a la muerte en la garganta taladrada de
Lorca.
Esposas negras de Guernica vuestros hijos han crecido.
Nosotros estamos rodeados de huérfanos. Esposas negras de
Guernica
¿conocéis la agonía de vuestras hermanas de los Aurés?

En el patio verde de la paloma con arcos lobulados
el chorro de agua modula su canto, el clavel rojo ondea
el fidai da las gracias al modelado perfil y medita
sobre la justeza del movimiento y de la trayectoria que
fulmina.

En la corte de Abderrahmán II (822-852), el músico Ziryab, después de pasar por Túnez, en donde perduró su nombre en el barrio más alegre de la ciudad, Al-hay al ziryabi, y de donde debió salir al disgustarle al sultán uno de sus poemas, fue el árbitro de la elegancia y el buen gusto de la Córdoba califal, junto a la sultana Tarub y el poeta favorito de Abderrahmán II, el bello Yahia el Ghazal. Fue allí donde Ziryab le añadió una quinta cuerda al laúd, de la misma manera que el escritor barroco y guitarrista Vicente Espinel le añadiría, siete siglos y medio después, la sexta cuerda o «espinela» a la guitarra, una de las herederas de aquel instrumento. Una cuerda roja como la sangre, entre la segunda y la tercera, en el centro de los cuatro elementos, y que significaba el alma y la vida, el hombre en fin. Las otras cuatro cuerdas cobraron nuevos sentidos. La amarilla zir, de sonido caliente y claro, activaba la circulación de la sangre, era buena contra la morbidad y el disgusto, de los cuatro caracteres del hombre se relacionaba con el «colérico»; la roja mathna, la del hombre «sanguíneo», era buena para la circulación sanguínea y combatía la melancolía. La tercera cuerda, la blanca mathlath, de sonido frío y húmedo, era buena para los males del estómago, atenuaba la tristeza y correspondía al hombre «flemático» de temperamento, mientras que la negra bamm, de sonido profundo y grave, bajaba el ritmo circulatorio, tranquilizaba y acentuaba la melancolía

pues se correspondía con el temperamento «melancólico». Esta bellísima exposición teórica aclara mucho sobre los planteamientos filosóficos y místicos relacionados con la música desde siempre y no sólo en el mundo cultural árabe-islámico, sino también en la Europa previa a la llamada revolución científica de los siglos XVII y XVIII; está recogida por el tlemsení Al Maqqari (1591-1632), fuente clave para conocer a Ziryab, de esa ciudad de belleza más granadina que Granada misma hoy, Tremecén, la de las decenas de «giraldas» abdelwadíes, de la tradición almohade. La ciudad que conserva, en deplorable estado de conservación, pero restaurable al mantenerse los arranques del entramado de las cubiertas abovedadas, una amplísima «alhambra» sobre un valle que antaño —hoy lo está de nuevas construcciones y hasta factorías— estuvo cubierto de cerezos.

En Tremecén se conservó, al cabo de los siglos, un tesoro musical andaluz, al que se llama todavía «música granadina» —repertorio o nuba denominado *garnati*—; similar al repertorio o nuba de Constantina denominado *maluf*, más relacionado con otros tunecinos y libios y con mucha más influencia beduina; o al conservado en Argel, con base tlemsení y algunas influencias casentinesas, denominado *san'a*, más próximo al garnati por lo tanto. También en Marruecos existen nubas similares, y entre todas se ha logrado reconstituir algo de aquel pasado musical andalusí. De Ziryab mismo se citan 24 nubas, con sus reglas bien demarcadas; un recitativo de ritmo libre inicial o *nashib*, enlazado a un canto de movimiento largo o *basit* y un final, *muharramat*, con cantos ligeros y libres o *ahzas*. Era la nuba andaluza... el esquema del desarrollo de muchas de sus veladas musicales. Generaciones de músicos la habían transmitido hasta el siglo XIX y el XX, y un músico argelino, Mohamed Sfinya, pudo decir: «Esta música es nuestra, no debe morir con nosotros». Luego, Abu Alí al-Ghawthi, en 1904 en Argel, publicaría *El libro que desvela sobre los instrumentos de música* y E. Yafil ibn Shbab (muerto en 1920) publicaba, también ese año y en esa ciudad, una recopilación de cantos de esta tradición.

La fusión en 1942 de una Sociedad Musical argelina fundada por Ben Tiffani en 1930 con otra fundada dos años después por M. Lajal, conformó una nueva sociedad presentada como garante del patrimonio musical argelino. Al final de la guerra Bashir Hach-Alí, en la conferencia ya citada de 1961, advertía de la necesidad de conservar la tradición musical del país y en 1975, en la Sociedad Nacional de Ediciones

(SNED), aparecían todas las nubas conservadas en Argelia, después de no pocos estudios comparativos de los diferentes legados del país. Tremecén, en la primera mitad del siglo XX, también tuvo su sociedad literaria, artística y musical y los músicos y orquestas especializadas en música granadina, lo que luego se divulgaría como «música andalusí», fueron numerosos, lo mismo que los artesanos expertos en la fabricación de laúdes.

Pero Tremecén ha conservado una herencia aún más amplia de aquel pasado andaluz a causa de que había mantenido su contacto constante con Granada desde el siglo XIII, y mucho antes, y hasta bien entrado el siglo XV, hasta 1492. Luego, a lo largo del siglo XVI, fueron llegando a la ciudad en sucesivas oleadas más granadinos —los «moriscos» españoles— descendientes de los andaluces y, por lo tanto, parientes de no pocos oraneses y tlemseníes. Y una oleada final, en torno a 1609, de especial dramatismo por ser muy numerosa —decenas de miles de emigrados recién llegados— y en un claro proceso de aculturación: millares de ellos ni siquiera estaban circuncidados, como lo narraba el padre Silvestre en un libro sobre los hospitales de Argel, ni sabían siquiera hablar las lenguas o dialectos árabe-bereberes. Pero se adaptaron bien. Al fin y al cabo, se reconocían descendientes de sólo un par de generaciones atrás; hasta sus tradiciones campesinas y hábitos culinarios y medicinales, con el buen conocimiento de hierbas para todos los usos y con todas las virtudes, eran familiares para ellos.

Hoy las casas de muchos tlemseníes, aquellos que pudieron o supieron conservar sus viejos patrimonios del siglo XVI, tras la tremenda hecatombe que supuso para la ciudad la llegada de los turcos con Jeredín Barbarroja a la cabeza primero, y el período colonial francés más tarde, son un emocionante muestrario de patios granadinos, con barandales y un limón lunero en el centro a cielo abierto del patio, centro a la vez de la casa y sus habitaciones en torno. Granadinos, mas también de tradición almohade los más antiguos y con aportaciones turcas o más orientales los más modernos, del siglo XVII y más acá. Ni siquiera el período colonial francés consiguió modificar la manera de estructurar las casas de los creyentes musulmanes tlemseníes y de los ricos hebreos; de los muchos hebreos tlemseníes, ricos y menos ricos, pues era una colonia judía que se remontaba a la Edad Media también y procedentes en su mayoría de Andalucía y de España, en general.

Rodeando el centro de la ciudad, en torno a la mezquita vieja y una plaza rectangular decimonónica, apacible y provinciana, con quiosco de música como cualquier ciudad del norte mediterráneo, están las viejas casas de Tremecén; en alguna de ellas sus moradores creen recordar que un día guardaron la llave de su casa de origen de Granada, a la manera de lo que sucede en Fez o en Tetuán, no demasiado lejos al oeste. Conviven gentes de apellido de claro origen turco, como Terki o Mostefá Kara, o de más vago origen mediterráneo, como el apellido Corso. Pero son tlemseníes, notables tejedores de mantas listadas de tonos delicadísimos y entramados multicolores de rancia tradición, fabricantes de alfombras de nudo de lanas crudas y delicados dibujos de lanas de tonos tostados, ricos comerciantes herederos de aquellos mercaderes del oro de las caravanas que venían de la ciudad de Siyilmasa y del lejano Tombuctú. Tremecén fue visita obligada de los viajeros desde tiempos muy lejanos, desde su posible fundación en el siglo VII por Musa, el conquistador de España junto al bereber Tariq; sin esa antigüedad no se sabe si envidiable si impertinente de la vieja Cirta, pero con un brillante pasado musulmán que consiguió mantener, como aquélla, al poder protegerse mejor tierra adentro que las otras ciudades de la costa.

A las afueras de la ciudad están las ruinas de la Mansura, con la torre espléndida y altísima, restaurada en el siglo XIX para que no se vinieran abajo los tres frentes que aún se mantenían erguidos. Tremecén también sufrió, como la vieja Cirta, o tal vez más que ella, su situación fronteriza en la época de la expansión de los grandes imperios medievales así como innumerables guerras civiles y la conquista turca, en disputada competencia con los reyes de Fez y de Marraquech. El aporte nuevo de los exiliados españoles —de los antiguos andalusíes ahora denominados «moriscos»— debió ayudar a su reestructuración como ciudad con alcaide turco, aunque se mantuviera su vieja función de mercado intermediario entre la costa y la estepa. Pero ya no disfrutó de aquella capitalidad que, en la baja Edad Media, había contribuido tanto a embellecerla.

La actual Tremecén no es el primer asentamiento humano de importancia en aquel lugar, el valle del Safsaf, un río que termina en el Tafna, en un lugar protegido por los vientos del sur al pie de las rocas de Lella Setti; debido a esa protección es de clima muy benigno que hace que sus tierras sean ricas en cereales, frutales de todo tipo y vi-

ñedos, desde la época colonial francesa, de los que proceden excelentes vinos. En la época romana ya era conocida la región por su fertilidad y de ahí el nombre que le dieron los romanos, Pomaria. Un obispo pomariense del siglo V indica que su romanización, como en el caso de Cirta e Hipona y las otras ciudades romanas magrebíes, debió ser efectiva. La fundación de Musa, antes aludida, debe entenderse en ese emplazamiento exacto, o uno vecino, la ciudad de Agadir, primitivo recinto urbano. El actual, en torno al Mexuar, está relacionado por la tradición con Yusuf ben Tasufín; el Mexuar sería construido en el lugar exacto donde se alzó la tienda del gran jefe almorávide durante su cerco y conquista de Agadir en el año 1080, aunque la parte más antigua del actual edificio-fortaleza sea de mediados del siglo XII. El general Mezdeli organizó un campamento-ciudad que se denominó luego, al hacerse permanente, Tagart o Tagraret —«estación», las mismas consonantes básicas que Tugurt, otro gran mercado sahariano más oriental y que Tahert, en la actual Tiaret—, que más tarde se convertiría en la ciudad toda de Tremecén al ser abandonada Agadir en el siglo XIV. Con los almohades se fue convirtiendo poco a poco en esa gran ciudad que llegaría a ser, con un importante mercado del oro y la rica vega que permitía la alimentación de una numerosa población. La fundación de Muza, en el siglo VIII, citada como origen de la ciudad islámica, debió tener ese destino concreto de comercio caravanero brillante; cuando Yusuf ben Tasufín, el reformador almorávide, dejó Siyilmasa por su refugio en un castillo costero, el eje Siyilmasa-Tremecén tenía ya una gran vitalidad y las autoridades de ambas ciudades estaban incluso emparentadas para asentar mejor esa relación comercial muy lucrativa. En el siglo X tuvo problemas con Tahert, otro importante mercado caravanero, cerca de Tiaret, relacionada con los jariyitas y etapa en su viaje hacia Gardaia, que en algún momento llegó a atacar Tremecén ocasionándole serios destrozos. Con la desmembración del imperio almohade, clasicismo global de todo el Magreb, comenzó una nueva etapa de su historia, sin duda la más brillante, coetánea de los nazaríes granadinos.

La Edad de Oro de la ciudad, al igual que Barcelona, con la que mantuvo unas interesantísimas relaciones comerciales y diplomáticas que estudió muy bien Dufourq, y como tantas otras ciudades mediterráneas del norte, fue la baja Edad Media (siglos XIV-XV); eran los siglos de la máxima actividad comercial en el Mediterráneo, previa al descubrimiento de América y, con él, el desplazamiento de los nuevos

grandes mercados hacia el norte y hacia el oeste. Joven ciudad aún, al contrario que la vieja Cirta del oriente argelino, sin duda que había nacido precisamente para esa función de mercado de oro, transportado hasta ella a lomos de camellos por enormes caravanas de millares de esos animales. Su mismo origen vario parece atestiguarlo. También la máxima actividad de su salida natural y más próxima al mar, el puerto de Honain, es de estos siglos.

Los Meriníes de Fez y los Hafsíes de Túnez habían instaurado dinastías reales particulares. En Tremecén, los Beni Ifren eran la tribu ceneta más poderosa en la época de Ibn Jaldún, y de entre esos grupos tribales surgió la dinastía de los Abd el-Wadíes que convirtió a la ciudad en capital de un reino ceneta que llegaba en su control hasta el mar y hasta Argel. Yarmoracén fue el primer rey de los Zianíes, la nueva dinastía salida de la tribu de los Abd el-Ued. Su largo reinado personal, de 1238 a 1282, casi medio siglo, debió contribuir mucho al asentamiento de la dinastía. La ciudad creció en torno a la Gran Mezquita, construcción del siglo XIII —fue terminada en 1235— durante el reinado del almohade Alí ben-Yusuf; en ella se conservan muchos recuerdos de Yarmoracén, el rey que la hizo capital de un próspero reino. Muchos comerciantes europeos tuvieron instalados representantes mercantiles en un barrio de la ciudad, la Kissaria. Y los judíos tuvieron allí una de las aljamas más numerosas, en su mayoría venidos de Andalucía, de Aragón y de Castilla, sin duda a la sombra de las grandes operaciones financieras que se podían realizar en aquel rico mercado del oro. Fue un buen refugio para los exilios sucesivos que debieron sufrir como consecuencia de oleadas antisemitas europeas del momento. Y que les permitió mantener una red de agentes financieros repartidos por todo el Mediterráneo, cuando remitió el furor antijudío en Europa, tanto en el territorio cristiano como en el territorio islámico-otomano. De 1328 es una inscripción epigráfica sobre una lápida de mármol, con la normativa para favorecer el comercio entre europeos y tlemseníes, de Abu Tasfín; ya de época almohade aquel interés europeo por los intercambios comerciales con las caravanas saharianas, los Abdelwadíes lo heredaron y potenciaron.

Y embellecieron la ciudad con hermosas construcciones de gusto almohade —como la Giralda de Sevilla en España—, de clásico perfil. La hermosa mezquita de Sidi bel-Hasen, o mezquita de la Medersa, por haber albergado uno de esos centros de estudio, hoy convertida en mu-

seo, es de los años finales del siglo XIII. La de Sidi Brahim, con el sepulcro de Sidi Brahim en el exterior, es más conocida como de Sidi Bumedien; tiene unas espléndidas puertas de bronce al estilo cordobés, de la segunda mitad del siglo XIV, estricta contemporánea de los bellos trabajos nazaríes granadinos. Muchas familias granadinas habían comenzado a afincarse en la ciudad berberisca, cuando los tiempos comenzaban a ser recios para los suyos en la desde entonces mitificada Andalucía. Sin duda que aquellos granadinos comenzaron a construir patios porticados, con fustes de columnas tallados en una piedra enteriza, por ejemplo, al gusto casi renacentista de su ciudad de origen.

Antes de aquel esplendor bajo-medieval que atrajera a tanto inmigrante y absorbiera a tanta población musulmana andalusí, a principios del siglo XIV fue cercada durante siete años y seis meses por el rey Abu Yacob de Marruecos. Legado de aquel largo asedio es la gran mezquita y fortaleza de la Mansura —la Victoriosa—, construida a partir del tercer año de asedio, en 1302. Hermana de la Kutubiya de Marraquech y la Giralda de Sevilla, la Mansura es aún más impactante como imagen, según se dice ahora, dada su parcial conservación: sólo tres de los cuatro paños de muro de la elevada torre se yerguen, con tirantes de hierro que la refuerzan, colocados durante la restauración de la época colonial francesa. El vidriado verde de la puerta principal, muy bien conservada, hoy abierta sobre campos cultivados y de olivar, da cuenta de su pasado esplendor. Debió ser abandonada pronto, tal vez al mismo tiempo que se abandonaba Agadir y la gente engrosaba la ciudad que se había ido articulando en torno al Mexuar, así llamado por servir para las reuniones de gobierno de los reyes Zianíes y en torno también a la Gran Mezquita actual que construyera el almohade Alí ben-Yusuf.

La ciudad a la que llegaban sus vecinos los andaluces poco a poco, al principio, para instalarse. A la que llegarían luego a millares, a raíz de la toma de Granada por los reyes cristianos, los Reyes Católicos. Con su música, sus costumbres y bibliotecas, en ocasiones, de algunos sabios u hombres de religión que no habían podido soportar el sometimiento al infiel de una comunidad islámica. Una lápida conservada en el museo de la mezquita de la Medersa se creyó que fuera la lápida del sepulcro de Boabdil, el último rey granadino; al parecer, es más posible que sea de su tío el Zagal, como tantos notables granadinos emigrado

al Magreb y a Tremecén en la desgracia de la pérdida de aquel, desde entonces para ellos, su «paraíso perdido».

Todavía está muy presente en el recuerdo colectivo la pérdida de Granada; en la literatura, sobre todo en la poesía lírica, es un asunto recurrente en bellas metáforas y en evocaciones ensoñadoras del pasado. Hemos citado el ejemplo de la *Casida andaluza* de Bashir Hach-Alí, con un valiente Zagal y un traicionero Boabdil. De un poeta nacido en 1950 en El Biar, cerca de Argel, y que sólo conoció la guerra de independencia siendo un niño, Yamal Imaziten, es un final de poema de gran hermosura y melancólica evocación:

> Señor si un día tenéis tiempo Señor
> resucitadme no me prestéis un alma.
> No sé qué hacer con ella y no la quiero.
> Plantad tan sólo una Rosa de Granada
> en la frialdad de la ceniza.

Cerca de la mezquita de Sidi Bumedien, en el barrio que llaman de los «culuglis» —o cologli, mestizo de turco y argelina, normalmente—, sector social importante a partir del siglo XVI, sobre todo tras 1551, estaba la Medersa Yekubía fundada en la segunda mitad del XIV por Abu Hamma Musa II. En un alto desde el que se divisa el amplio valle resguardado de Tremecén, con un paisaje de huertos y jardines que en nada debían envidiar al de las vegas del Genil y el Darro, quedan también restos de antiguas instalaciones palaciegas que, en su tiempo, debieron ser de un esplendor similar al granadino. Hoy es el sepulcro de Sidi Brahim el que atrae a peregrinos y devotos que le piden deseos al santo varón y le cuidan y asean el recinto donde están sus restos, con ricos tejidos y trabajos metálicos que embellecen el venerado interior. Costumbres muy frecuentes, como las romerías cristianas andaluzas a santuarios campestres o pequeñas ermitas.

Y la música. Tanto en Tremecén como en otros lugares del país, fueron abundantes las cofradías y las romerías a lugares de devoción de los marabuts o morabitos, consultores, curanderos y milagreros; lo que molestaba a intelectuales y hombres de estudios jurídicos y coránicos por ser tradiciones corruptoras de la religiosidad popular y poco ortodoxas en su religión islámica al conservar rituales y conocimientos-creencias del pasado, de la jahiliya o de la ignorancia. Estas reuniones pia-

dosas conservaron la tradición musical; en ocasiones música sólo coral, con claras conexiones antiguas con la música cristiana que evolucionaba hacia el llamado «canto gregoriano», a su vez procedente de músicas romanas y bizantinas; en ocasiones el canto también se acompañaba con instrumentos musicales, verdaderas orquestinas.

Hasta que comenzó a perfeccionarse una música urbana más culta y refinada, heredera de la tradición de Ziryab, *el mirlo negro de Bagdad.* Esta música califal cordobesa se fue tamizando en su evolución con enriquecimientos granadinos nazaríes y se refugió en las ciudades del Magreb, en Fez y Tetuán, en Tremecén y Argel, y hasta en Túnez y la lejana Trípoli. Y sobrevivió, cada vez más reducido y confuso su legado sonoro; de las 24 nubas «granadinas», a principios del siglo XX sólo se conservaban 12, la mitad, y muchas de éstas incompletas. En palabras de Hach-Alí, además de no cesar de disminuir a medida que pasa el tiempo el legado musical andalusí, la mayor parte de las nubas «tienen amputados algunos de sus movimientos». La transmisión oral de aquellas piezas musicales, las adornó con *janats* o florituras, muchas veces innecesarias, incorporó sonidos nuevos, turcos por ejemplo, o intercambió palabras y melodías entre unas nubas y otras. Bashir Hach-Alí cita a dos maestros, a los que considera «verdaderas *bibliotecas* musicales vivientes», Al Fajaryi Abderrasak y el tlemsení Hach Larbi ben Sarri; eran los últimos representantes de una larga cadena de músicos, cada vez más escasos y con más dificultades para formar discípulos que pudieran continuar con la transmisión de aquella bella tradición musical. La mujer debió jugar un importante papel en esa labor transmisora, sin duda, con sus orquestas femeninas y sus bellísimas corales, así como inculcando en sus hijos varones la afición por los instrumentos de música, el laúd sobre todo; en ocasiones, a espaldas del padre de familia, la madre tlemsení —y más la de origen andalusí— podía llegar a pagar los estudios musicales de alguno de sus hijos, normalmente al que considerara más vivo de ingenio o sensible para aquel arte delicado, y le solía comprar un laúd. Transmitía una vieja herencia cultural de raigambre medieval que incluía la música entre las disciplinas básicas para la formación de un hombre culto, por lo que estaba en los programas de la universidad clásica, y que había dado excelentes resultados en los estudios matemáticos y físico-matemáticos. Su sensibilidad femenina le dictaba que bajo tan hermoso ropaje musical debía haber más profundos secretos captables por el intelecto humano. Y en el siglo XX, y con

una política decidida en los años posteriores a la independencia, se consiguió salvar gran parte, todo lo recordado por los viejos maestros, de ese legado musical. El texto de Bashir Hach-Alí, inmediatamente anterior a la independencia, pretendía racionalizar unas medidas conservadoras urgentes; también contemplaba otros legados apreciables, surgidos con la evolución del gusto de las nuevas clases urbanas que habían ido apareciendo, más popular o *chaabi*.

Los viejos hábitos musicales refinados andalusíes, la música y los poemas de las viejas nubas, pervivieron en una Tremecén tradicional que a principios del siglo XX contaba con algo más de 26.000 habitantes, de los que más de 10.000 eran europeos. Sólo 15.000 tlemseníes, de una ciudad que había llegado a contar con más de 100.000 habitantes en sus años de esplendor, en ardua tarea por conservar o preservar su antiguo patrimonio cultural, como Constantina en el otro extremo del país. La Tremecén de los juristas, como Abul Hasen ibn Yajlet-i-Tenessi de finales del siglo XIII, inscrito su nombre en los muros de la Gran Mezquita, o de los santones como Ahmed ben Hasen el Romaní, asceta y milagrero. La del sabio El Senussi, muerto tres años antes de la conquista de Granada por los castellanos, y la de Sidi Brahim y Sidi Bumedien.

La ciudad de los baños preparados para la hija de un rey de la tradición popular, que quiere ver en El Sahrich, gran receptáculo de 200 metros por 100 que recoge las aguas de los manantiales de Lella Setti, un lugar de placer. Cuando en realidad era el gran depósito de aguas mandado construir por Abu Tasfin en la primera mitad del siglo XIV.

Tremecén y los turco-berberiscos. El nacimiento de la frontera occidental argelina

En el gran depósito de El Sahrich, próximo a Tremecén, tuvo su escenario el último acto de la gran tragedia que debió significar para la ciudad la conquista turca de Aruch Barbarroja en persona, un gran marino no acostumbrado a expediciones de saqueo y control de territorios por lugares tan alejados de la costa. Corría el año 1516 y los españoles llevaban un quinquenio largo controlando Orán y su vecino Marzalquivir, una de las salidas al mar del reino de los Abdelwadíes. Como consecuencia de las contundentes campañas de Pedro Navarro

de 1509 y 1510, que en pocas horas ocupaban y saqueaban las ciudades más prósperas de la costa, varias ciudades berberiscas pactaron con el rey de España el pago de unas contribuciones anuales y el reconocimiento de su supremacía, a cambio de que no enviara contra ellas la armada con sus masas de gente anhelantes de saqueo. Se convertían, con esos pactos, en algo similar a lo que había sido el rey Boabdil de Granada en los años previos a la tragedia de la pérdida de la ciudad y el abandono de sus bienes para miles de familias de los suyos. Sandoval cita una embajada del rey de Tremecén en Burgos por ese tiempo. Los morabitos de la región alborotaban a la gente con sus discursos exaltados contra los cristianos y contra las autoridades musulmanas que se sometían a los infieles; hablaban a las claras de guerra santa, con la provocación que ello significaba para las bases militares costeras de los españoles —los presidios de Orán, Beyaia y el peñón de Argel—; los choques fueron permanentes y las expediciones de castigo —las odiadas *razzias*— de los soldados españoles destruían o saqueaban las cosechas de cereales y se llevaban por millares sus cabezas de ganado. Era la ruina de las tribus, y algunas también llegaron a pactar con los españoles, los «moros de paz» de las fuentes hispanas de la época, frente a los muy hostiles «moros de guerra».

En ese contexto aparecieron los hermanos Barbarroja. El mayor de ellos, Aruch, en la plenitud de su edad, rondando los 40 años, tras dos ataques desgraciados a la Bugía de los españoles, en uno de los cuales había perdido un brazo y se había hecho acoplar uno articulado de plata, se estaba convirtiendo en una leyenda en la región. Algunos *baldíes* de Argel, o habitantes de la ciudad de siempre, le enviaron una delegación a su retiro de Yiyel para que les ayudase a expulsar a los escasos soldados españoles que mantenían de guarnición permanente en la entrada del puerto de la ciudad, en el peñón de Argel. La operación de Barbarroja contra los españoles no tuvo éxito al carecer de artillería, pero Aruch Barbarroja se hizo dueño de la ciudad y fue exaltado a la jefatura de un movimiento antiespañol. Los morabitos, como recordaba Mártir de Anglería, le habían saludado como a un adalid del Islam contra los infieles; pronto, también los moriscos llegados de España e instalados en la costa, sobre todo los de Cherchell, buenos ballesteros y escopeteros. Con ellos, y con los cabiles de las montañas próximas a Argel, con Ahmed el-Qadi, el rey de Cuco, Aruch Barbarroja organizó una expedición por el interior; sometió a las ricas tribus de la Mitiya y

de los llanos del Chelif, y el rey Hamid el Negro debió abandonar su ciudad porteña de Tenés y se refugió en el Sahara; finalmente, Aruch se dirigió contra Tremecén, la más rica de aquellas ciudades y mercado caravanero, acogiendo en su camino a nuevos guerreros de tribus beduinas deseosas de botín.

La ocupación de Tremecén por Barbarroja y la muerte de todos los varones de la familia real a los que pudo echar mano el gran corsario, en total 22, según la tradición histórica, abría un nuevo período para la ciudad, a la vez que suponía las bases de una nueva frontera magrebí, la argelino-marroquí, perdurable hasta hoy. El relato que hacen las fuentes españolas contribuyó mucho a presentar la figura de Barbarroja como la de un cruelísimo aventurero que tiranizaba reinos a los que había previamente saqueado tras asesinar a sus autoridades legítimas. Como había sucedido con la muerte de Selim ben-Tumi en Argel, la muerte del rey de Tremecén y de su familia se magnificó. Aruch había dejado en Argel a su hermano Jeredín —a quien algunas fuentes atribuyen la conquista de Tenés a Hamid el Negro— y llevaba consigo «hasta veinte de los más principales ciudadanos y baldís de Argel, por mayor seguridad», en palabras de Sosa, como rehenes; así como hasta 1.000 turcos escopeteros y

> quinientos moriscos andaluces de Granada, Aragón, Valencia, que de toda Berbería se iban cada día recogiendo a vivir en la ciudad de Argel, por hallarse bien con los turcos, de los cuales recibían pagas de soldados para la guerra, los cuales moriscos eran también todos arcabuceros.

Sosa, como siempre transmisor de la versión oficial argelina, no menciona la participación cabil, que sí recogen Gómara y Sandoval. Hubo, al parecer, una delegación de «algunos moros de los más principales de Tremecén» que le propusieron a Aruch ayuda para su campaña, sin duda atraídos por su prestigio al haber vencido a la armada española enviada al mando de Diego de Vera, en 1516 y roto el mito de invencibilidad de los españoles.

A la muerte del rey Abdallah, que había pactado la paz con Castilla y había llegado a viajar para ello a la corte española, la dinastía Abdelwadí tlemsení estaba en plena disgregación. Así lo narra Sandoval:

> Tremecén pagaba a Castilla ciertos tributos desde el año 1512, que Muley Abdallah vino a Burgos a concertarse con el rey don Fernando. El cual le trajo... una doncella de sangre real muy hermosa, en presente, y 130 cautivos cristianos y 22 caballos moriscos y un leoncillo y una gallina de oro con 36 pollicos y otras cosillas moriscas que no hay acá.

Al desprestigio en los medios populares agitados por los marabuts que ese pago de «parias» suponía, en Tremecén, a la muerte del rey Abdallah, hubo problemas sucesorios; su hijo Bu Hamu —como le llama Mármol, el Abuchemu de Sandoval y el Abuchem Men de Sosa— y el tío de éste, hermano del rey muerto, Bu Zeyen —Abuzeyen le llaman Sandoval y Sosa—, se disputaban el trono; tras varios avatares, Bu Hamu tenía a su tío encarcelado en Tremecén. Sandoval precisa quiénes fueron los enviados del partido de Bu Zeyen a Barbarroja, los notables árabes Muley Yusef y Sidi Buyaia —no hay que olvidar que la dinastía tlemsení era ceneta o bereber—, con la ayuda de los cuales Aruch expulsó de la ciudad a Bu Hamu y sacó de la prisión a Bu Zeyen. «Mas de ahí a cuatro horas, lo mató con otros dos hermanos que tenía, y con los que le habían llamado, y alzóse con mucha parte del reino el año de 1517.»

Es Mármol Carvajal quien recoge con mayor detalle aquel suceso, de alguna manera también «fundacional» de una nueva etapa histórica para la ciudad, en contraste con la sobriedad de Sosa —siempre portavoz de los medios corsarios y jenízaros de Argel—, que hace que sean los mismos tlemseníes quienes maten a su rey. La versión de Luis del Mármol es la más cruel y novelesca; pacificada Tremecén con la huida de Bu Hamu y la liberación de Bu Zeyen, Barbarroja,

> viendo que la ciudad estaba sosegada, fingió que iba a visitarle —a Bu Zeyen— y a despedirse de él para volver a Argel, y hallándolo seguro en su aposento, lo prendió y en un mismo día lo ahorcó, a él y a siete hijos que tenía consigo, de las barandas de un corredor, con las propias tocas que traían a las cabezas. Y no contento con esto, hizo traer ante sí todas las criaturas varones que pudo haber de aquel linaje, y arrojándolas con sus propias manos en un estanque de agua las hizo morir. Estaba el cruel tirano mirándolas y riéndose de verlas boquear en el agua con la agonía de la muerte, y haciendo prender y matar a todos los ciudadanos principales amigos de Bu Zeyen que

> habían sido causa de su venida para que lo pusiese en libertad, porque no hiciesen algún trato contra él, se hizo luego pregonar por rey y señor de Tremecén en nombre del Gran Turco Solimán (*sic*), y comenzó a apoderarse de los lugares de aquel reino.

Con el error de considerar a Solimán sultán de Estambul, cuando todavía lo era su padre Selim, el relato de Mármol mantiene toda la viveza de una narración popular, de transmisión oral, sin duda oída en árabe mismo durante su largo cautiverio berberisco, y magnificada con detalles más o menos improbables pero imaginativos.

Estos sucesos precedentes ocurrían a comienzos del otoño del año 1517; los meses finales de ese año los pasó Aruch en Tremecén y, en noviembre, Mártir de Anglería analizaba el éxito de Barbarroja relacionándolo con su alianza con los morabitos, para quienes

> no hay que prestar obediencia a un rey que se somete a cualquier cristiano. Sin gran dificultad —escribía el humanista milanés de los morabitos— llevaron al pueblo al convencimiento de que había que creer en Barbarroja, sostén de la religión mahometana.

Según el relato de Sosa, Aruch aprovechó sus meses de estancia en la ciudad para contactar con el rey meriní de Fez y poner las bases de una alianza antiespañola, en la línea deseada por los morabitos; mientras, desde Orán, el gobernador marqués de Comares preparaba una expedición contra aquel corsario que no cesaba de medrar en sus empresas y que podía comenzar a ser considerado como un «príncipe nuevo» si no se le detenía en su rapidísima ascensión. Un año antes, cuando se preparaba la expedición de Diego de Vera contra Argel, última campaña cisneriana contra Berbería, Anglería había juzgado con clara franqueza la situación que estaba creando Barbarroja en la región con sus éxitos en Argel:

> Si no se les sale al paso inmediatamente, se propagará esta peste. Encontró apoyo en los pueblos de Mauritania porque de labios afuera profesa su misma religión; pero, en realidad, sigue teniendo corazón de pirata.

El marqués de Comares contaba para su expedición con el príncipe abdelwadí destronado, Bu Hamu, refugiado en Orán, en donde había

obtenido ayuda para luchar contra el usurpador. Recién llegado Carlos V a España, el marqués de Comares viajó para ver a su nuevo rey y «para le informar de las cosas y sucesos de Barbarroja y cuán importante era no dejar crecer más a este tirano», en palabras de Sosa. A principios de 1518 estaba de vuelta en la región y se prepararon para la contraofensiva. Es interesante el tono de estas ayudas prestadas por los españoles a las diversas parcialidades enfrentadas en la región, una de las causas más importantes, para los historiadores magrebíes, de la degradación política de aquel momento, de la que habrían de surgir los nuevos «Estados» berberiscos y sus fronteras hasta la actualidad. Aunque, desde otro enfoque, bien pudieran ser consideradas como integradoras de grupos —turcos y musulmanes nuevos o «turcos de profesión», cabiles, moriscos españoles, beduinos árabes y berberiscos—, en torno a una bandera común islámica.

En un primer momento, pues, Bu Hamu, con dos de sus hermanos —Abdallah y Mecehud, para Sandoval—, gestionaron en Orán con el gobernador Diego Hernández de Córdoba, marqués de Comares, la ayuda para su causa; cuando la represión de Barbarroja aumentó, otros tlemseníes ganaron la ciudad de Orán; un jeque —Boracaba, en el relato de Sandoval—, llevó incluso «32 niños nobles en rehenes para seguridad del socorro», y debieron pactarse por entonces, como tantas veces se había hecho y volvería a hacerse en años sucesivos, los pagos anuales que Bu Hamu haría a los españoles una vez que, con la ayuda de éstos, recuperase su reino. Junto a los matices corsarios, de saqueo y pillaje, un nuevo matiz igual de clásico, el mercenarial o de *contrato de condotta*, a la italiana. La operación militar tuvo dos fases claras; una primera, contra el puesto militar de Alcalá de Benarax —la Qalaa de los Beni Arax, pudiera ser—, al sur de Mostaganem, próxima a la actual Mascara, no lejos de Orán por lo tanto. En ella Aruch había dejado a Escander Corso, uno de sus hombres de confianza —Escander o alejandrino indica a las claras su procedencia, el Escandaro de las cartas de Mártir de Anglería— y, muy posiblemente, a uno de sus hermanos menores. Los españoles, al mando de Martín de Argote, arrasaron aquel fuerte y mataron a los turcos, consiguiendo con ello que los refuerzos que desde Argel debían enviar a Tremecén, a petición de Aruch Barbarroja, tuvieran problemas para transitar hacia allá. En una segunda fase, Bu Hamu, sus partidarios y los refuerzos españoles, con el marqués de Comares a la cabeza, marcharon directamente sobre Tremecén.

Era «por el mes de mayo, en tiempo de las cerezas (según decía un renegado español cordobés muy viejo que se halló presente)», como escribe Antonio de Sosa en los años setenta del siglo XVI, medio siglo largo después, desde Argel, aludiendo a su fuente oral de singular credibilidad. También Sandoval especifica la fuente de su relato, al igual que el de Sosa bastante completo: «Escribo esto conforme a la relación que en Madrid hizo Zafar Abdiguadi», un abdelwadí, por lo tanto, embajador de Tremecén años después pero que, como el renegado cordobés muy viejo de Sosa, también «se halló presente». Riqueza y vitalidad de aquellas fuentes españolas, de gran altura literaria además, verdaderos «clásicos» inéditos, si no semiolvidados por esos lectores y expertos en nuestra literatura del Siglo de Oro.

El final de Aruch Barbarroja no podía ser más literario o novelesco; de héroe trágico, ya a punto de ser entronizado en el mundo mítico de la región y de todo el Mediterráneo. Aruch estaba al tanto de los movimientos de tropas de los españoles, pero esperó hasta el final en la confianza de que el rey meriní de Fez —al que había prometido ayuda contra sus enemigos en alza, los Xerifes de Marraquech, si le ayudaba en su campaña antihispánica— llegaría a tiempo con su ejército. No fue así; Sosa dice que llegó, 15 días después, a las proximidades de Melilla; pero que, enterado del final trágico de Barbarroja, retornó a Fez sin iniciar las hostilidades. A última hora, pues, Aruch y sus hombres de confianza —turcos y moriscos, algunos árabes de tribus amigas y los cabiles de Ahmed el-Qadi también, según Sandoval, aunque silenciada esta presencia por Sosa— abandonaron en secreto la ciudad «llevando consigo toda su riqueza». Y comenzó la cacería del fugitivo.

«Luego se publicó la huida de Barbarroja, y los españoles, con el deseo del tesoro que supieron llevaba, volaron tras él.» Es el obispo Sandoval quien lo narra así. En la huida, en torno al río de Uxda, perseguido por los españoles, Aruch intentará

> un lindo estratagema de guerra; mandó sembrar muchos vasos de oro y de plata, muchas joyas y mucha moneda, de que iban todos cargados, con otras muchas cosas y ropas muy preciosas, pareciéndole que topando los cristianos con esto la codicia los haría entretener para cogerlo, y así tendría su tiempo para él y sus turcos poder huir. Mas no le valió su ardid, si bien discreto; que los españoles tuvieron ma-

> nos para asir lo que les habían sembrado y pies para alcanzar al enemigo y cansarle.
>
> En un corral de cabras cercado de una flaca pared de piedra seca..., se puso en resistencia con los que le habían quedado, y peleó esforzadamente con mucha porfía.

Sosa recoge una expresión, sin duda popular y de la tradición oral, al comentar que «con un solo brazo, peleaba como un león». También entre los españoles se magnificó aquel acto. El asturiano García de Tineo durante toda su vida mostraría un dedo de su mano con la uña «hendida» como herida de guerra en su enfrentamiento personal con Barbarroja; él fue el que consiguió malherir al corsario-rey y cortarle la cabeza; Carlos V le concedió un escudo de armas conmemorativo de aquella hazaña. La cabeza de Aruch en una pica y sus ropas fueron llevadas a Tremecén como trofeo, con los otros despojos de aquella batalla, «que fueron muchos y de gran valor», y que el marqués de Comares hizo repartir entre sus hombres. Repuesto en el trono Bu Hamu con la protección de los españoles —lo que era garantía segura de impopularidad en aquella Berbería en tensión política máxima—, los españoles regresaron a Orán. Mármol recoge la noticia de una reliquia peculiar que el alcalde de los Donceles dio a San Jerónimo de Córdoba, en donde está enterrado, de la que se hizo una capa a la que «llaman de Barbarroja», y que era «una aljuba de brocado sobre carmesí pelo que tenía vestida» en el momento de su muerte, tal vez a la altura de Río Salado, entre Orán y Tremecén, en el tiempo de las cerezas.

Todavía iban a tardar algo más de tres decenios los turco-berberiscos argelinos en controlar la ciudad y fijar su frontera oeste con Marruecos; pero el final de los Abdelwadíes parecía cantado de antemano, necesitados de la ayuda de los infieles españoles para poder mantener su autoridad y, con una frecuencia en verdad enfermiza, enfrentados por motivos dinásticos entre las diferentes ramas familiares. Previa a la incorporación de Tremecén al orden argelino-otomano, sin embargo, la ciudad había de ser saqueada de nuevo por los turcos y una larga guerra argelino-marroquí fue necesaria para fijar aquella nueva frontera. P. Mariño, en la colección de tratados internacionales de España durante el período de la preponderancia española que edita el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), tiene un interesante volumen sobre los tratados con el norte de África en tiempos de

Carlos V; aunque con algunas imprecisiones y muchas dudas sobre la ortografía de los nombres propios berberiscos —como en este trabajo, por otra parte—, es de importancia para captar esa misma «hegemonía» española en la zona, basada en pagos fijados a cambio de apoyo militar, en ocasiones, o en contribuciones propias del viejo vasallaje feudal, de alguna manera. Pueden constituir una guía para desmenuzar las disputas internas en las que se desmembraba la dinastía de los Zianíes, nombre que hoy ostenta un espléndido hotel en el centro de Tremecén, cuidadísimo en cuanto a materiales empleados en su construcción y decoración, sobre todo sus ricos azulejos y tapices.

La ofensiva final contra Tremecén la iniciaría el hijo de Jeredín Barbarroja, Hasán Bajá, mediados los años cuarenta del siglo XVI, después de que el rey Muley Abdallah el Maçote hubiera conseguido mantener un difícil equilibrio entre el gobernador de Orán y la Argel de Jeredín Barbarroja. A la muerte de El Maçote estallaron de nuevo las disputas por la sucesión entre sus dos hijos, Mohamed y «Baudila» —en la documentación española—, y este último, con su abuelo, se refugió en Orán. Iban a ser una baza política para inmiscuirse en los asuntos de la región en manos del nuevo gobernador oranés, Martín de Córdoba, conde de Alcaudete, el último que intentara una política expansiva de envergadura para el Magreb; Alcaudete iba a encontrar la muerte en ese intento, en Mostaganem (1558), frente a Hasán Bajá, el hijo de Jeredín. Un judío oranés, Jacob Cansinos, participó con frecuencia, como mensajero y traductor, en aquellas complejas negociaciones hispano-tlemseníes. Los españoles consiguieron imponer como rey de Tremecén, por poco tiempo, a «Baudila» —Buabdallah—; pero los argelinos ya habían comenzado a intervenir con fuerza y el antiguo rey Mohamed, ya a principios de los años cuarenta, debió pactar con ellos su instalación en Mostaganem, puerto al este de Orán y enclave turco típico desde entonces, entre Tenés y la fortaleza española.

Frente al rey tlemsení protegido por los españoles, un pretendiente refugiado en Fez y otro en Argel —Muley Ahmed, primo de los anteriores según Mariño— mantuvieron la inestabilidad. En el verano de 1545, al año de llegar como nuevo gobernante a Argel el hijo de Barbarroja, Hasán Bajá, que había de convertirse en el gran político magrebí durante un cuarto de siglo, la primera empresa importante que organizó fue una expedición militar a Tremecén. Con «3.000 escopeteros turcos y renegados y 1.000 espahys a caballo y diez piezas de ar-

tillería», más 2.000 jinetes de Hamid el Negro —Hamidalabdi en Sosa—, reconciliado con los turcos y de nuevo al frente de sus tierras de Tenés. La expedición instauró en el trono tlemsení a Muley Ahmed, con la consiguiente huida a Orán del rey depuesto y el pago del nuevo rey a Hasán Bajá de «alguna cantidad de dineros que juntó (Ahmed) de los amigos y tomó de otros». La decadencia de aquella monarquía, mera mercancía hispano-turca, era patente. No había pasado un año y ya el nuevo rey era forzado por el conde de Alcaudete a una nueva capitulación protectora: debía pagar a los españoles 4.000 doblas anuales durante seis años, después de muchos regateos, según recoge Mariño.

Una nueva intervención de Hasán Bajá, desembarcado en Tenés con una fuerza de igual magnitud que en la ocasión anterior, a punto estuvo de enfrentar a españoles y argelinos. Al convertirse Muley Ahmed en nuevo protegido de los españoles a causa de los pagos pactados, Hasán Bajá apoyó a otro pretendiente, Muley Hasén, bastardo de la familia real; hijo de una negra, como protestara por entonces Alcaudete, que llegó a viajar a España para encontrar apoyo para una gran acción africana. En la tradición oral recogida por Sosa, el enfrentamiento turco-español —en el bando español 6.000 hombres , «casi todos escopeteros», más 6.000 jinetes tlemseníes— no tuvo lugar al enterarse Hasán Bajá de la muerte en Estambul de su padre Jeredín y desear viajar a la corte otomana para solucionar asuntos de su herencia. Tras un pacto con Alcaudete, que según la reconstrucción de Mariño bien podría ser en el marco de las treguas habsburgo-otomanas, Hasán Bajá, «llorando amargamente la muerte de Barbarroja, cabalgó en un caballo negro, y él se vistió de negro, y se volvió derecho para Argel», dejando en Tenés los pertrechos de guerra para que fuesen embarcados también para Argel. La cuestión tlemsení estaba poniendo en pie de guerra a toda la zona occidental argelina; pronto también iban a intervenir los marroquíes. En ausencia de Hasán Bajá, y mientras llegaba de Estambul otro gobernante —que había de ser Salah Bajá, otro compañero de primera hora de los Barbarroja—, un interesante personaje se hizo cargo de aquellos complejos asuntos, el alcaide Saffa —o el caíd Saffa, como dice Mariño—, el verdadero artífice diplomático y militar de la incorporación definitiva de Tremecén al «Estado» argelino.

Estos sucesos coincidían con el fin de los meriníes de Fez y el ascenso de los Xerifes de Marraquech que, durante un tiempo, hizo que los turcos y los españoles desearan una estabilización de los asuntos ma-

grebíes. Mohamed el Qaim fue el fundador de la dinastía Saadí en Marruecos (1509-1641), la dinastía de los Xerifes —de *Xerif*, *xuarafa* en plural, de donde proviene *chorfa*: los descendientes del profeta Mohamed—; uno de sus hijos, Ahmed el Arai —el Hamete o Xamete de Mármol, el Xerife Menor de Torres— en 1545 derrotó al rey meriní de Fez, Ahmed el Wattasi, y consiguió controlar el territorio actual marroquí. Es entonces cuando va a ensayar su aventura argelina que lo enfrentó a los turcos. Diego de Torres, palentino de Amusco, narró muy bien esa verdadera epopeya del ascenso de los Xerifes; rescatador de cautivos, cautivo él mismo entre 1550 y 1553 —en el tiempo de estos sucesos—, debe mucho a Mármol en alguno de sus capítulos, también cautivo como él mismo en ese tiempo —entre 1553 y 1557—, y el testimonio de ambos, personal y de primera mano, es fundamental. «Al principio del año 1551, no le dejando reposar su ambición, determinó de enviar a conquistar el reino de Tremecén que confinaba con el de Fez», inicia Torres el relato de aquella aventura bélica. El nuevo rey de Fez envió a uno de sus hijos, al que los cronistas llaman el Arraní, que entró con facilidad en Tremecén, al parecer con el acuerdo de muchos de sus habitantes, sin duda hartos de los vaivenes de las guerras civiles y las injerencias turco-españolas. El Arraní, sin embargo, quiso ir más allá y, respetando el territorio controlado por los españoles de Orán por sugerencia de su padre, envió una expedición a Mostaganem que obligó a los turcos a retirarse. Después de dejar una guarnición en Mostaganem, según el relato de Torres, el Arraní volvió a Fez. Pero Sosa incluye algunos matices de interés al enfrentar a los fesíes con la gran tribu de los Beni Amar cuyo territorio se extendía, entre Tremecén y Orán, hacia el oeste, y que podían movilizar hasta 12.000 caballos. Los Beni Amar, «recogiendo sus ganados y camellos con cuanto tenían», se unieron a los turcos contra los marroquíes; una expedición enviada desde Argel con el alcaide Saffa, el alcaide corso Hasán y el alcaide sardo Alí —en el relato de Torres el protagonismo es de un navarro, musulmán nuevo que luego regresará a España para hacerse de nuevo cristiano—, consiguió derrotar a los marroquíes a la altura del río de Uxda; el Arraní fue muerto en esa batalla y su cabeza llevada primero a Tremecén, que fue saqueada por los turcos y por los Beni Amar, y más tarde a Argel, en donde Antonio de Sosa dice que estuvo expuesta sobre la puerta de Babazón hasta 1573, durante más de 20 años por lo tanto, cuando Arab Amat reformó aquella puerta y ordenó retirar tan tétrico

trofeo. La aventura marroquí terminó, por lo tanto, con un nuevo saqueo de Tremecén: «Aunque perdonaron a la gente..., no tuvo cosa preciosa ni de valor que... no fuese a los ciudadanos todo por fuerza... robado». Su incorporación definitiva a Argel fue con el alcaide Saffa como primer gobernador turco. Se iniciaba una nueva época para la ciudad; sin duda debió recuperarse poco a poco de tanta guerra de banderías y del saqueo final, y un nuevo mestizaje se añadía a los bereberes cenetas, árabes y andaluces, los cologlis, descendientes de matrimonios mixtos con los nuevos gobernadores de la ciudad y grupo desde entonces poderoso e influyente.

El nuevo «rey» de Argel, Salah Bajá, encabezó en 1554 una expedición contra Fez, en donde expulsó al rey Xerife y en su lugar restauró en el trono al último rey meriní; tras su regreso a Argel por mar —y dejando una guarnición turca en Peñón de Vélez, en donde había de permanecer hasta la expulsión por los españoles diez años después—, cargado de riquezas, los Xerifes volvieron a instalarse en Fez, ya de manera definitiva. Aquel enfrentamiento con los marroquíes se puede considerar como una empresa argelina, en la que participaron también los cabiles de Beni Abbés, lo mismo que la incorporación de Tremecén a aquel nuevo «Estado» turco-berberisco.

Tremecén no volvería a recuperar la capitalidad perdida. Sólo durante un tiempo, a finales de los años setenta del siglo XVI, otro gran político magrebí, el musulmán nuevo sardo Rabadán Bajá, de la confianza del calabrés Euchali y con su consentimiento, intentó hacer de Tremecén la capital de una regencia, como lo eran Argel, Túnez y Trípoli, que sirviera de punto de partida para la incorporación del reino de Marruecos a la órbita otomana; no tuvo éxito la empresa y con esa generación de políticos desaparece, de alguna manera, aquel proyecto expansivo hacia el oeste. Tremecén se convirtió en ciudad de acogida para exiliados marroquíes. Uno de ellos, sin duda el más notable, fue Abdelmelec y su familia —el Muley Maluco cervantino—, con su propia madre Sahaba al-Rahmaniya a la cabeza, durante el destierro que le llevó a Estambul y a gestionar el apoyo otomano para recuperar el trono marroquí a la muerte de su hermano Abdallah el Ghalib. A uno de sus hermanos, Abd el Mumen, que dejó Marruecos por Tremecén en 1559, al parecer casado con una hija de Hasán Bajá —nieta de Jeredín Barbarroja por lo tanto— y que llegó a gobernar Tremecén en nombre de los turcos, agentes de sus parientes Xerifes lo mataron en la Gran Mez-

quita de la ciudad hacia 1571. La expedición de Abdelmelec a Fez, con el sardo Rabadán Bajá al frente, en los meses iniciales del cautiverio de Cervantes en Argel —finales de 1575, principios de 1576—, tuvo en Tremecén su escala más importante, refugio de una oposición marroquí bien relacionada con los tlemseníes y que haría pensar a Rabadán Bajá en la conveniencia de convertirla en nueva capital del oeste argelino, frente a los españoles de Orán y el reino de Marruecos. La batalla de Alcazarquivir o de los tres reyes, en el verano de 1578, en la que murieron Abdelmelec, su sobrino el rey negro Mohamed el Mesluj o Almutawaquil, y el joven Sebastián de Portugal, sobrino de Felipe II, supusieron una conmoción para la zona; pero, de alguna manera también, la estabilización territorial del Magreb durante mucho tiempo. Se estaba consolidando una nueva frontera, en la que Tremecén sintetizaba y conservaba —esa música andalusí o granadina, la rica arquitectura de raíces almohades, la «memoria» valiosa de Al Maqqari— siglos de un legado cultural magrebí de un gran valor, a pesar de la decadencia y las desgracias.

El surgimiento de Mascara como nueva capital de un beylik en el oeste argelino

El vino de Mascara es, hoy, la denominación de origen por excelencia de los vinos argelinos; decir «Mascara» es decir algo así como «Rioja» o «Valdepeñas» en España. Pero esa relación de Mascara con el vino es algo bastante reciente, no va más allá de la época colonial, cuando los colonos franceses —y españoles— dedicaron a viñedo amplias zonas de cultivo de la región, al sudeste de Orán y al sudoeste de Mostaganem, en el camino interior de Argel hacia Tremecén. Vinos de Mascara, al parecer, fueron —y tal vez sean aún— importados en cantidad apreciable hacia regiones vitícolas francesas, como Burdeos, como caldos que sirvieran de base a una elaboración de calidad que precisa de otras cosechas ajenas que engorden las propias para cubrir una amplia demanda de prestigio. Durante un tiempo, a raíz de la independencia argelina, muchas de aquellas tierras fueron descepadas, como una reacción casi instintiva de rechazo a una parte del legado colonial; al fin y al cabo, el viñedo dedicado a la fabricación de vinos era un cultivo que más bien tenía poco que ver con una tradición islámica en la

que las bebidas alcohólicas —y el vino es todo un símbolo en ese sentido— eran consideradas pecaminosas. En las fuentes españolas sobre el Magreb moderno, por ejemplo, se habla de los vinos argelinos como mal elaborados, aunque existentes y del gusto de los corsarios y los jenízaros, y se achaca aquella mala elaboración al hecho de que fuera medio clandestina o mal vista, en general.

Pero el nombre de Mascara, con ese sentido entre lúdico y pecaminoso, tiene otro significado más «serio»: alude a lo guerrero; *máscar* es algo así como ejército, y *mascaría*, militar. Se adapta mucho esta significación al origen mismo de aquel enclave que luego sería una próspera ciudad, rodeada de llanos ondulados y ocres sembrados de cereales y viñedos. Con Mostaganem en la costa y Tremecén en la frontera marroquí, la ciudad de Mascara surgió como instalación militar turca, próxima a aquella Alcalá de los Benarax en donde Martín de Argote destrozara la guarnición de Escander Corso y de uno de los hermanos menores de Barbarroja, antes de dar caza al ya poderoso «primer rey» de Argel, Yiyel, Tenés y Tremecén. Uno de los enclaves fuertes próximos a la Orán española, pues, de aquella doble frontera.

Un asturiano de Urbiés, cerca de Pola de Lena, pastor de vacas por aquellos montes —vaquero—, Diego Suárez Corvín, *el Montañés*, como gustaba denominarse a sí mismo, o el Soldado, en Orán los últimos decenios del siglo XVI, en sus escritos, en ocasiones toscos de expresión, en ocasiones emocionantes a causa de esa tosca prosa misma, espontánea e impregnada de eso que llaman «cultura popular», dejó muy rica información sobre la región de Orán. Es otra de las fuentes españolas más singulares y valiosas del siglo XVI para aquel verdadero laberinto de tribus y acciones bélicas que hoy pudieran parecer «menores» —como Braudel dice al referirse al corso como guerra menor y degradada—, pero de trascendencia para la región por su dinámica integradora o desintegradora. El testimonio de Suárez, para el fenómeno «colonial» de las razzias o cabalgadas, es imprescindible. De él es uno de los pocos textos que se conservan sobre el origen de Mascara y su estrecha relación con esas cabalgadas y con la articulación de un «Estado» turco-berberisco.

Todo comenzó tras una cabalgada en 1562, organizada por el nuevo conde de Alcaudete, Alonso de Córdoba, y su hermano Martín de Córdoba —quien habría de ser marqués de Cortes y gobernador de

Orán años después, en el tiempo de las andanzas cervantinas por Berbería—, contra «un lugar de moros nombrado Cidi Solimán», cerca de Alcalá de Benarax. Martín de Córdoba había estado cautivo en Argel, a raíz de ser hecho prisionero en Mostaganem en 1558 por Hasán Bajá, el hijo de Barbarroja, en la misma batalla en la que perdió la vida su padre homónimo el gobernador de Orán, Martín de Córdoba el Viejo, conde de Alcaudete. La cabalgada fue muy provechosa.

> Trajeron una grande presa de más de 350 esclavos y esclavas de muy buen talle, por criarse en pueblo regalado, riberas de aquel río (Ued Habra), en una resolana.

Expresivo Suárez. Los jeques de Benarax enviaron una delegación a Argel para entrevistarse con Hasán Bajá y hacerle llegar sus quejas; el resumen de Diego Suárez deja entrever la seriedad de los pactos de las tribus con aquel «aparato de Estado» berberisco que tuvo en el hijo de Barbarroja uno de sus mejores políticos y militares. Los jefes tribales se quejaron de que

> si no echaba a los cristianos de Orán y Marçalquivir, no podían vivir en toda su provincia seguramente ni pagarle sus garramas y tributo al Gran Señor. En fin, iban a pedir a los turcos viniesen a sitiar aquellas plazas y las ocupasen por el Gran Turco, quitando de allí tan mal padrastro y sobrehueso como eran los cristianos.

Era un viejo proyecto de Hasán Bajá, así como lo había sido de su antecesor Salah Bajá, que murió de peste cuando preparaba —en 1556— esa expedición precisamente. El año de 1563, en efecto, tuvo lugar el largo cerco de Orán y Mazalquivir, por mar y por tierra. Es el telón de fondo de la obra de teatro de Cervantes *El gallardo español*, con sus protagonistas caballerescos, el galán Alimucel y el valiente soldado español Saavedra, obra en la que Cervantes, sin duda, profundiza más en la cuestión berberisca. También fue narrado el hecho de manera espléndida por otro soldado, Pedro Gaitán, en una de las joyitas inéditas o semidesconocidas, como casi siempre, de la prosa española de finales del siglo XVI; en ella concede especial protagonismo a un joven nadador, César de Tarifa, que comunicó a nado hasta siete veces las ciudades sitiadas con mensajes secretos, sin recibir merced por ello, como se lamenta el soldado Gaitán tras narrar la heroica hazaña, com-

pararla con las hazañas mitológicas clásicas e integrarla así en uno de los debates de época más característicos, el de los «Antiguos y Modernos». El cerco de Orán de 1563, a pesar de su dramatismo, fue un fracaso para los argelinos. Y los mismos jeques de Benarax, después del fracaso del cerco que también a ellos, como a otras tribus, movilizara, volvieron a enviar otra delegación a Argel. Diego Suárez dice que en ella iban los «nombrados Abderrahmán bent Açoror y Almanzor bent Xafar»; la petición —que fue atendida por Hasán Bajá de inmediato— era esta vez que fuese construida una fortaleza «con presidio y guarnición de turcos y artillería, para seguridad de aquella tierra y sus comarcas».

Construida cerca de la Qalaa de Benarax —Suárez siempre escribe Bent Arax—,

> le dicen «torre de Mascara», aunque no es en forma de torre su edificio, sino buena fortaleza cuadrada, como un castillo aunque de sencillos muros, con una torre maciza en cada esquina, con buena plaza y espacio dentro en que viven los turcos que allí están de guarnición.

Desde el inicio, aquella fortaleza se convirtió en una verdadera ciudad —«villa Mascara»—, muy pronto próspera: en ella «se hace la mejor feria de todo el reino de Tremecén, donde más mercaderías de todo género se juntan». En principio, aquel puesto militar, pronto convertido en ciudad de vida animada y buen mercado, dependía del gobernador de Tremecén; él era el que enviaba los turcos de la guarnición, el alcaide de la plaza, las vituallas, «municiones y socorro». Tampoco era al principio un potente enclave, pues en 1558 contaba

> con cincuenta turcos ordinarios y su alcalde, con algunas piezas de artillería pequeña de campaña que se llevaron de Mostagán, de los que allí tomaron al conde don Martín.

Con el tiempo, sin embargo, Mascara iba a ser la sede del beylik occidental argelino, como Constantina era la sede del beylik oriental, desplazando de alguna manera a Tremecén.

La Mascara de hoy es una ciudad moderna argelina, con edificios de la época colonial francesa y nuevos barrios de viviendas uniformes —como en el resto de las ciudades del país— de la época del rápido

desarrollo de la era Bumedien. Se conservan también los restos de la fortaleza turca, pero los recuerdos de los mascariníes están hoy más ligados a la figura del emir Abdelkader, el héroe nacional de la resistencia a la colonización francesa, y a los beys que más se señalaron por sus victorias contra los españoles, el bey Mustafá abuch-Chelagam, al que los españoles conocían por el Bigotillos —su apellido Bu-chelaghem significa eso, bigotudo—, conquistador de Orán a principios del siglo XVIII, y el bey Mohamed el-Kebir, el conquistador de Orán de 1792.

Si la oposición más recia a la presencia española en la costa se centró en Mascara, fue tras un largo proceso de adaptación de las tribus beduinas a la presencia de los turcos, aunque musulmanes de alguna manera extranjeros también, de aquellas autoridades que dependían de Argel y, más nominalmente, del lejano sultán de Estambul. En el relato de Suárez esos roces son reseñados desde el inicio mismo de la fundación de la ciudad; su relato contiene lugares comunes del análisis español de la realidad berberisca, esa resistencia a las nuevas «estructuras» de una Administración que hoy se considera más moderna, pero que aquí y allá —esa polémica tan del siglo XVI europeo de la legitimidad o no de la fijación de impuestos por las monarquías llamadas «absolutas»—, dio lugar a roces que se achacaron a motivos varios; aunque, en el fondo, siempre relacionados con la coerción y los impuestos cuando no ambos al mismo tiempo. El relato de Diego Suárez es literario y sugestivo para realizar este tipo de análisis:

> Teniendo los turcos por vecinos, sufrían dellos muchas injurias y molestias, quitándoles por fuerza sus haciendas y forzándoles sus mujeres e hijas, y lo mismo nefantemente a los muchachos morillos de buenos rostros, según la nación turquesca tiene por costumbre usar desta torpedad; demás desto, hicieron forzoso venir a los principales xeques de señores en vasallos y mozos de los turcos, mandándoles por fuerza y muchas veces a palos...

La acusación de bujarronería a los turcos es uno de los «horrores» magnificados sobre todo por los medios eclesiásticos para mover a piedad a los europeos y que contribuyeran económicamente a aquella empresa que movía tanto dinero de la redención de cautivos; los celos por motivo de faldas, la resistencia a la autoridad y a los cobros de impues-

tos pudieran ser típicos de esos roces de dos comunidades que, a la larga, iban a convivir siglos y hasta mestizarse; los cologlis fueron hijos de turco —y europeo o «turco de profesión» o musulmán nuevo— y mora, normal dadas las migraciones sobre todo masculinas y el hecho de que los aportes femeninos exteriores a aquella sociedad procedieran casi únicamente del cautiverio. Pero en el relato de Suárez se introduce un dato nuevo: fueron los jeques que viajaran a Argel para pedir un puesto militar turco los que se rebelaron contra ese nuevo control de la región por la que desde la Edad Media habían campado a sus anchas, Abderrahmán Bent Açoror y Almanzor bent Yafar.

En su malestar, en el que llegaron a sitiar Mascara, también trataron de pedir ayuda a los españoles de Orán contra los turcos. De nuevo, los métodos tradicionales empleados con los reyes de Tremecén parecía que se iban a poner en pie; de aquellas tribus los jeques enviaron a Orán rehenes de garantía, «15 o 16 mancebos moros de doce a veinte años, sus hijos, hermanos y sobrinos, de la nobleza y más gente labradoril de aquella tierra». Ya no tenían sentido aquellos planes, sin embargo, y el mismo Suárez critica las promesas de ayuda al ser inviables por no disponer los españoles del mínimo de 15.000 soldados, al menos, necesarios para un plan así, teniendo los turcos tan cercano el socorro de Mostaganem y de Tremecén. Los tratos de aquellos jeques con los españoles, a pesar de la hegemonía nueva que llevaba ya más de medio siglo instaurándose en la región, ponía de manifiesto uno de los problemas endémicos de las diversas tribus y fracciones con más de medio milenio de vida y que Ibn Jaldún, dos siglos atrás, había expuesto con maestría desde esa región misma; nada menos que la gran dificultad de que se instaurara una organización política estable que sustituyera a la vieja *asabiya* o solidaridad familiar basada en la línea paterna —solidaridad agnaticia por vía de varón—, típicamente beduina.

Las tribus de la Oranía y su relación con los españoles, desde un punto de vista argelino

Un trabajo sobre las tribus de la Oranía que colaboraron con los españoles de Orán, escrito a mediados del siglo XVIII por Si Abdelkader

el Mecherfi, profesor del cheij Bu Ras, autor también de obras de interés, al que su traductor francés tacha de «panfleto», es de interés para comprender lo que de disgregador pudo tener la larga presencia española en la costa argelina, y su influencia en el interior campesino.

Se centra, sobre todo, en los Beni Amar, tribu hilaliana, árabe de origen por lo tanto, pero también presenta otras —los Kristel, tribu ceneta o los bereberes Ghomra— y, en particular, las diversas fracciones de los Beni Amar que colaboraron más estrechamente con los «infieles» de Orán. El tono de Abdelkader el Mecherfi es en verdad airado y, sin duda —el escrito es de 1764—, destinado a provocar en los lectores argelinos a los que iba destinado un claro sentimiento antiespañol y «patriótico», diríamos hoy, aunque fuese únicamente en nombre del Islam, y por lo tanto expresado en el viejo lenguaje de cruzado-ghazi. 30 años largos antes de este escrito, en 1732, los españoles habían reconquistado Orán con una gran armada que enviara Felipe V y El Mecherfi había presenciado la operación militar; también precedía el escrito unos 30 años a la reconquista definitiva de Orán por el bey de Mascara, Mohamed el Kebir, en el marco de las negociaciones de paz hispano-argelinas. Es en ese contexto beligerante, pues, en el que cobran más sentido esos matices de exaltación antiespañola que Bodin califica de panfletarios. La colaboración de las «ocho tribus» —o fracciones tribales con entidad por su número de aduares y riqueza— con los españoles había constituido, en verdad, una maldición para toda la Oranía, de Tremecén a Tenés, de Tiaret y Saida a la costa. Aunque en su relato se deje entrever cómo los mismos enfrentamientos tribales, y de las tribus con los monarcas tlemseníes, también habían sido endémicas. Es una constante histórica que se juzgó necesario neutralizar a la hora de planificar el nuevo «Estado moderno» y una de las medidas claves tomadas por el Frente de Liberación Nacional (FLN) argelino en su organización de la lucha contra los franceses —que el Frente Polisario tomó de su experiencia y aplicó a rajatabla con éxito en el Sahara occidental— fuera la de hacer desaparecer los vínculos tribales, a veces con castigos ejemplares y rigurosos para los infractores, y la sustitución de esos vínculos por otros de solidaridad «nacionales», o al menos de partido; de manera que el ser «argelino» estuviera por encima del ser cabil, árabe hilaliano o ceneta, por ejemplo.

Las acusaciones de Abdelkader el Mecherfi a las ocho tribus «traidoras» —«árabes cristianizados» o «árabes satélites de los cristianos» los denomina— son terribles.

Cuando los españoles fueron sólidamente establecidos en Orán, diversas tribus árabes cuya fe había declinado (¡Alá nos preserve de esta desgracia!) se pasaron a su bando y se pusieron a su servicio y formaron parte de su ejército. Por esa acción de esas tribus, numerosas desgracias abrumaron a los árabes.

Era ya una desgracia el hecho de que lucharan con los españoles en contra de sus correligionarios, les sirvieran de espías o informadores y les abastecieran de alimentos y otros pertrechos necesarios para su permanencia en Orán. El mayor horror era la captura subrepticia (*teghtis*) de gente para vendérsela a los españoles, de donde les vendría el nombre de *maghatis* o *moghattisuna*, y la palabra española con la que se designaba a estos «moros de paz» de nuestras fuentes, «mogataces». Abdelkader el Mecherfi la glosa así, de una manera imaginativa y capaz de aterrorizar a las sencillas gentes campesinas:

El teghtis —ese rapto de cautivos, tan generalizado por otra parte en el mundo costero mediterráneo, y traduzco de la versión francesa del texto de El Mecherfi— se practicaba de la manera siguiente. Los Maghatis, provistos de cinturones de cuero de Tafilete, iban a los aduares —o aldeas campesinas— con sus acémilas, dándoselas de gente de ciudad de los que hacen giras de buhonería en los aduares y venden especias. Recogían algunas informaciones y las llevaban a los españoles. Si encontraban una ocasión favorable de capturar a alguno, joven o viejo, se apoderaban de él, le ataban por la boca con su cinturón de cuero y lo llevaban de noche a Orán, en donde lo vendían a los españoles y obtenían un beneficio con su precio. ¡He ahí lo que acostumbraban a hacer! (¡que Dios los maldiga, los confunda y libre la tierra de ellos!).

A pesar del tono de historia popular, como las típicas del hombre del saco o el sacamantecas para meter miedo a los niños, el relato es bien expresivo de un estado de ánimo generalizado en los medios campesinos ante aquellas tribus amigas de infieles. De la tribu de Kristel contaba una anécdota que debía ser el colmo de la impiedad y de la maldad para un musulmán creyente y campesino:

Se cuenta que los Krichtel sometieron al teghtis — raptaron— a su imán, el que dirigía sus oraciones, aprovechándose de un momento en el que estaba descuidado, para venderlo a los españoles.

Son historias de cierta truculencia infantil, muy similares a las que en los medios populares cristianos, y muy utilizadas por los eclesiásticos también, se contaban de la maldad de los «renegados», de aquellos que se pasaban al infiel y podían llegar a ser adalides en una operación de saqueo y captura de cautivos en sus propios pueblos de origen. Hasta Cervantes —y por supuesto Antonio de Sosa— tiene personajes en su teatro de este tenor, el renegado malvado de *Los baños de Argel*, contrapuesto al renegado bueno, arrepentido y que quiere volver a tierras cristianas. O el renegado navarro del que habla Torres, huido de Navarra tras herir de un arcabuzazo al cura de su pueblo, o algo así, tan similar a la anécdota del imán de los Kristel. Parte de una realidad tremenda, pero magnificada de manera que pueda servir para una propaganda, tan presente en el teatro español del Siglo de Oro a todos los niveles, y hoy estudiado como algo intrínseco del Barroco y su papel divulgador y exaltador del «Estado moderno», de la Monarquía y de la Iglesia triunfante. Propaganda, pudiera ser, pero extraída de una dura realidad. En ambos casos.

La historia de estas tribus instaladas en el occidente argelino es, de alguna manera, la historia profunda de la región; e Ibn Jaldún, buen conocedor del asunto —cerca de Tiaret, en Frenda, en tierras de los Suwair, se conserva con orgullo la cueva en la que según la tradición acostumbraba a retirarse a meditar el sabio—, es una de las fuentes fundamentales para conocer esa historia. En el caso de los Beni Amer, proceden del tronco de los Zoghba, y en las genealogías de sus diferentes fracciones —los Unazera, los Guiza, los Chafai, los Uled Ali y los Uled Abdallah et-Tali, las que aquí nos interesan por esa alianza traidora para sus correligionarios con los infieles españoles— figura siempre como antepasado común Zoghba el Hilali; son, por lo tanto, de los llegados al Magreb a mediados del siglo XI, tras un largo recorrido que los hiciera afincarse en la Ifriquiya tunecina y cuya irrupción ya evocamos con aquel relato de los bereberes Beni Yala tan sugestivo, en los llanos de Setif, M'Sila y Medea, la Qalaa de los Banu Hammad.

Una vez ocuparon las diferentes tribus árabes hilalianas los territorios de los bereberes senhayas, los Beni Amar del grupo de Zoghba entre ellas, como los Soweir, se expandieron hacia el oeste y chocaron con las tribus bereberes cenetas —en su origen un jefe llamado Zenat—, que debieron cederles territorios a pesar de continuar fuertes, como muestra el hecho de que la dinastía abdelwadí tlemsení surgiera

de una familia de ese tronco ceneta, Banu Zian, de ahí los Zianíes. Los Beni Amar, como otras tribus descendientes de Zoghba el Hilali, ocuparon la estepa sahariana y partes del desierto mismo desde el M'Zab hacia el oeste, sin duda aquellos mozabitas jariyitas sus vecinos en plena construcción de sus ciudades herméticas del palmeral de Gardaia. Una de esas fracciones «traidoras» de los Beni Amar, los Hamian, mantenían entre sus recuerdos tribales el momento en el que los almohades les confiaron el cobro de los impuestos en el Hamsa y el Dehus, el sur del Yuryurá y el alto del río de Beyaia, tributos de la frontera oriental almohade, por lo tanto, del actual entorno de la Cabilia.

En tiempos de Yarmoracén ben Zian, el fundador de la dinastía abdelwadí de los Zianíes, en la segunda mitad del siglo XIII, que controló desde Tremecén los territorios limítrofes hasta el mar, los Beni Amar fueron llamados a la zona esteparia sahariana al sur de Tremecén, como tapón interpuesto entre el reino y otra tribu hilaliana clásica, los Maakil, que causaban continuos disturbios en su territorio. Los Maakil terminaron emigrando más hacia el sudoeste, al actual Sahara occidental, y sus dos ramas principales, los Beni Hasán y los Ulad Delim, son los *arab* por excelencia de las tribus de la región que luego integrarían el Frente Polisario, aunque también se extienden por la actual Mauritania gentes de este tronco tribal. Apasionantes itinerarios de gente migratoria, en ocasiones base de relatos tribales en boca de sus poetas o *iguíus*.

El territorio de los Beni Amar, con sus diferentes fracciones, se extendía en una amplia área geográfica entre M'Sila por el este y Tremecén por el oeste. Su relación con los Zianíes no debió dejar de ser compleja y problemática en ocasiones. De mediados del siglo XIV —su muerte, el año 761 de la Égira, sería entre 1359 y 1360— es el fin de uno de los jefes mitificados de los Beni Amar que habría de dar lugar, en genealogías que partieron de él desde entonces, a otra fracción tribal, los Ulad Sogheir o también llamados Segharena. Sogheir y un primo suyo, Alí ben Amar —cuyo nombre da lugar a la familia Ben Amar, de nombre de tanta resonancia en la literatura española también—, se disputaban la jefatura de los Beni Amar y, muerto Sogheir, el mando supremo quedó en su primo. Pero, tal vez por ello, su muerte entró en ese proceso mitificador, creador de bellas leyes, historias fundacionales, como sucediera con los Barbarroja mismos. Las tres versiones diferentes de su muerte pueden indicar bien la procedencia, de tradiciones amigas o ensalzadoras o denigratorias, todas en el entorno de aquella Tre-

mecén de los Zianíes-Abdelwadíes. Según algunos, tras saquear la zawia de Sidi Alí el Bahri —también conocido como Abu Sif—, en ausencia del santón, éste le persiguió después de maldecirle y le mató. Según otra versión, en una escaramuza entre los Beni Amar y otro clan —los Belad Uta— a causa del reparto de un botín, encontró la muerte en la refriega. Una tercera versión, que se juzga la más correcta —y laudatoria—, narra que en esa misma contienda intervino Sogheir para separar a los combatientes, en nombre de los de su clan, y murió a causa de un mordisco en el estómago que le propinó por error uno de los suyos. Comenta Abdelkader el Mecherfi, narrador de estas tres versiones, con el encanto del relato popular: «Los dientes habían penetrado en el vientre como un sable cortante. ¡Considera, oh, lector, la fuerza de estos dientes poderosos como los de un león!». El rey de Tremecén Abu Hamu ordenó tratar el cadáver de aquel jefe tribal con honores reales: su cuerpo fue lavado, envuelto en lienzos reservados al uso real y enterrado con honor en el cementerio de El Obbad, próximo a la hermosa mezquita y zawia de Sidi Bumedien. En realidad, Sogheir estaba tramando con el rey meriní de Fez, a quien había enviado mensajeros secretos, una traición contra Bu Hamu por lo que era un traidor a quien el rey tlemsení había honrado tanto. Y El Mecherfi concluye su relato con el comentario de que «tal es el hábito de los Beni Amar, el comportarse así, con traición y perfidia».

De uno de los hijos de Sogheir, Abdallah et-Tali, descendería la fracción de los Beni Amar que conservaban su nombre; esa fracción no sólo era aliada de los españoles y por lo tanto una maldición para sus correligionarios, sino que «los judíos los tenían bajo su yugo agobiante que los había marcado con los estigmas de la infamia y el envilecimiento» y habían llegado a contratar alianzas matrimoniales de hijas suyas con españoles y hasta con judíos. Uno de los suyos, Abu Nesabia, habría sido, además, el asesino del legista Chaban ez-Zenagui a las puertas de Orán el año 1098 de la Égira —1686-1687 después de Cristo—, una impiedad más que añadir a su gente.

A raíz de uno de los enfrentamientos entre meriníes de Fez y Zianíes de Tremecén, fracciones de los Beni Amar se instalaron, finalmente, en zonas más próximas a Orán, en los montes y llanos de Tessala y la Meleta —la Meseta de las fuentes españolas sin duda—. Tal vez el recuerdo de la muerte de Sogheir y sus tratos ocultos con los meri-

níes tuvieran algo que ver con ese desplazamiento hacia el norte. Fue desde esos nuevos emplazamientos desde donde algunas tribus contactaron con los españoles recién llegados a principios del siglo XVI a Orán y Marzalquivir. Su contacto con los españoles, tan repudiado por Abdelkader el Mecherfi, bien mirado, no era muy diferente del que terminó minando y haciendo desaparecer la dinastía Zianí, el reino abdelwadí de Tremecén; contacto con los infieles que aprovecharon bien los Barbarroja para establecer el nuevo «Estado» argelino, a pesar de los reparos que para un sector de la historiografía argelina —y en las fuentes cristianas de la época— tuvo ese ensayo.

En aquel complejo mapa o mosaico de sutiles o burdas diferenciaciones tribales, generadoras de enfrentamientos endémicos, el «Estado» argelino turco-berberisco, con los matices «coloniales» que se resaltan en ocasiones, pudo ser viable precisamente por el aglutinador islámico frente a aquellos infieles españoles cuya presencia en Orán cubrió todo el período. Julien comenta cómo fue la noción de «frontera» precisa, frente a la noción de «confines» difusos, una de las aportaciones básicas de los turcos al mundo moderno magrebí, noción que los otomanos habrían tomado de su ya largo contacto con los europeos. Es posible, a pesar de la larga vida «fronteriza» andaluza medieval. Entre los reparos propuestos por la historiografía actual al «Estado» moderno turco-berberisco de Argel está el control poco efectivo de una gran parte del mundo rural tribalizado de la región. Era una constante heredada de siglos anteriores, por otra parte, y se hizo por entonces un gran esfuerzo por superarla: las anuales expediciones de jenízaros, bien documentadas, para cobrar los impuestos en el mundo rural. Es el verbo «garramar», o cobrar las «garramas», que dicen los españoles de entonces con cierto retintín de si aquello no sería otra forma de corso, olvidándose del aire de despojo y «coerción» que tomaba a veces el sistema fiscal hispano en plena época de Felipe II mismo. Un historiador moderno sabe bien que la estructuración de un sistema impositivo eficaz y permanente, sin altibajos graves, fue la clave del éxito de ese modelo de Estado que terminó imponiéndose en Europa y exportándose, en un largo proceso que aún dura hoy. En la misma palabra «impuesto», a pesar de su contenido económico, domina la referencia a la «coerción», a la «imposición».

Pero volvamos al mundo rural de la Oranía de la mano de esos clanes o parcialidades tribales «malditos» por hacer lo que sus vecinos

pero con apoyo de «infieles» intrusos. Entre aquellos «moros de paz» o «moros amigos» los españoles habían creado una jerarquización en la que en el culmen de trato honorable estaban dos parcialidades de los Beni Amer, los Unazera y los Guiza. Los Unazera tenían, en el siglo XVIII, seis aduares considerables y se habían ido desplazando desde la zona actual de Ain Temuchen hacia la zona montañosa más próxima a Orán, que ocupaban junto con los Guiza, con los que terminaron entremezclándose, en la montaña y llano de la Meleta. Formaron dos cuerpos especiales con los españoles, los Zmala (de Unazera) y los Lossus (de los Guiza), cuyos nombres terminaron sustituyendo a su denominación tribal y debieron ser muy temidos y odiados por sus vecinos. La denominación *lossus*, además, por sus raíces consonánticas *l* y *s*, sería sinónimo de bandolero o salteador que, por otra parte, no era una designación demasiado mal vista en un contexto en el que guerra-botín coinciden con bandolerismo-botín de alguna manera, y hasta podía ser sinónimo de valiente e intrépido. Los Guiza tenían 13 aduares y en los casos de extremo peligro para los españoles podían pasar a vivir en los mismos recintos defensivos, llegando a decir el implacable Mecherfi que españoles y guizas «estaban unidos por lazos de una sólida amistad». Mogataces, «raptores de niños», soldados, debían tener la peor fama en los medios rurales del interior del país. Uno de sus santones, Sidi Ahmed el Halfaui, tras sufrir violencia de su parte, los maldijo, junto con los Unazera, en este caso por haber deshonrado a sus mujeres; «decrecieron por el efecto de esta maldición —concluye El Mecherfi— y están, todavía hoy —mediado el siglo XVIII— en un estado miserable». Ambos grupos tribales, pues, eran los mejores aliados de los españoles. Hasta el punto de que en la evacuación de Orán de 1708 por la conquista de Mustafá Buchelagem desde Mascara —que debió ser una de las claves de la decadencia de estas tribus—, algunos Unazera parece que acompañaron a los españoles y Abdelkader el Mecherfi dice que uno de ellos seguía viviendo en Ceuta en su tiempo. Debió haber más, sin duda, de estos colaboradores que tanto recuerdan a los odiados «jarquis» de la época colonial francesa que también debieron instalarse en Francia tras la victoria final del FLN en 1962.

En el tercer grado de la escala de trato honorable estaban los Hamian, también de los Beni Amar, a los que aludiéramos al evocar su época lejana de recaudadores de impuestos para los almohades en la lejana Cabilia argelina; eran 30 aduares de gente valiente, expertos guerre-

ros a los que se les atribuían terribles masacres secretas y, desde las primeras operaciones turcas contra Orán, se pusieron de la parte de los españoles. De uno de sus jefes, al parecer —siempre ese encantador «se dice» de la tradición oral—, tomó su nombre el montecillo que domina Orán con el espléndido castillo de Santa Cruz en lo alto, obra maestra de la arquitectura militar del siglo XVI junto con el próximo de Marzalquivir, a la orilla del mar. El nombre es Muryayo; el jefe de los Hamian —¿el jeque Muryayo?— sugirió la construcción de una fortaleza sobre el alto que contrarrestara los posibles ataques desde las zonas más elevadas de la meseta vecina. Los de esa tribu serían también quienes consiguieron abastecer de agua transportada en odres a los españoles durante las refriegas con los turcos. Según la tradición, los españoles pagaron a aquel jeque Muryayo sus servicios con una muerte cruel: desconfiando de su lealtad, le enterrarían en un pozo excavado para la cimentación del que luego fuera imponente castillo. Una tribu berebere, los Ghomra, sus gentes muy mezcladas con los árabes Hamian —mestizaje berberisco, pues, ejemplar—, serían los siguientes en el orden de aquel trato honorable, en un tiempo en el que la «precedencia» tenía tanta importancia y podía ser causa de conflictos serios, por delante de otros poderosos Beni Amar, los Chafai, con sus cuatro ramificaciones.

Los Kristel, por fin, venían a continuación; aunque en el siglo XVIII estaban ya muy debilitados al contar su aduar con unas 90 chozas únicamente. Eran bereberes cenetas y su instalación cercana a Orán, hacia el este —todavía hoy el pueblo de Cristel, sobre unos acantilados sobre el mar, conserva su nombre—, había desplazado a bereberes senhayas, los Beni Rian, que desarecieron como tribu o clan con el ascenso de los Beni Zian, los Zianíes de Tremecén. Los Kristel, cuando eran atacados por tribus enemigas más poderosas, se refugiaban al pie de las murallas de Orán, bajo protección de los militares españoles, y proveían la plaza de abastecimientos alimenticios de sus huertos incluso por mar, en barcas, cuando hacerlo por tierra era difícil o peligroso. Buenos espías, con ellos está relacionado, como vimos, el nombre de «mogataces». En aquella jerarquización particular, tras ellos irían dos de las fracciones de los Beni Amar a las que El Mecherfi más zahiere y desprecia, los Ulad Ali, valientes y susceptibles, con más de medio centenar de aduares y auxiliares de los españoles en las cabalgadas y razzias contra otras tribus del interior, así como responsables de los rumores

y noticias alarmantes que circulaban por el mundo rural y que mantenían aterrorizada a la gente, y los Ulad Abdallah et-Tali, a los que ya hemos hecho referencia, también de más de medio centenar de aduares. Un signo degradante más de estas tribus colaboradoras o aliadas de los españoles, finalmente, era un tatuaje o *uchum*, en forma de estrella sobre la mejilla izquierda, que parece que lucían muchos de los Beni Amar, salvo los Unazera y los Guiza, y que era considerada como signo de esclavitud.

Al lado de estos «moros de paz» de las fuentes españolas estaban los «moros de guerra» o tribus hostiles. Los Habra, también árabes hilalianos cuya genealogía hacían partir de Soghba el Hilali, y en particular de uno de sus descendientes, Suwaid —nombre con el que se designaba a otra tribu también—, los Boryia o los Meyahir, entre las citadas por El Mecherfi de las más próximas a Orán. Un informe de José de Aramburu de 1741 —publicado por Mohamed el Corso y Mikel de Epalza— contiene una amplia descripción de las tierras y tribus de la Oranía y las que estaban sometidas a la «jurisdicción» o al «dominio» de Orán antes de 1708, control también impositivo que era difícil restaurar después de 1732, cuando los españoles volvieron a instalarse en la ciudad después de una nueva expedición naval de conquista. El amplio entramado tribal, aunque no colaborara con los «infieles», era afectado por conflictos más o menos frecuentes. Otro historiador de Orán, El Mazari, que valora bien las noticias sobre tribus de la región de El Mecherfi, narra de una manera impresionante la desaparición de los Habra, a manos de los Suwaid —con orígenes tribales comunes— y en relación con la llegada a la costa argelina de las primeras oleadas numerosas de moriscos españoles tras la expulsión de 1609; el episodio, bien documentado, también lo recoge Epalza en su síntesis sobre los moriscos españoles antes y después de la expulsión. Al tono más aséptico, preciso y sobrio de Epalza, prefiero el más truculento de El Mazari por entroncar mejor con la tradición popular de los relatos que originan estas noticias, más acorde con aquel mundo rural tan vapuleado. El desembarco de uno de los primeros contingentes de moriscos expulsados entre Orán y Mostaganem, en la zona de Arzew, fue seguido de acciones contra ellos de gentes de la tribu Habra;

> despojaban a los fugitivos de lo que traían en sus manos y llegaban hasta abrirles el vientre imaginando que habían tragado piezas de oro o de plata u otros objetos valiosos.

Enterado de estas noticias un santón de la región, Mohamed Gueddar, muerto en los años centrales del siglo XVII, animó al jeque de la tribu Suwaid a castigar a aquellos malvados y, tras la lectura un viernes de las tradiciones sobre el profeta Mohamed recogidas por El Bujari, ambos encabezaron la expedición de castigo; tras una cruenta batalla en la que murieron más de 200 guerreros Habra, la tribu dejó de existir de hecho. Sólo quedó un pequeño aduar con ese nombre y la mayoría de los miembros de la tribu se dispersaron y se confundieron con otros grupos tribales. A aquel desastre se añadían las acciones de los españoles y El Mazari recoge un canto, compuesto por el bardo de la tribu, que cantaban por la noche las mujeres reunidas en grupos que alternaban en el canto. «Dieron a esta lamentación nocturna el nombre de *Tebuach.*» El canto del bardo contenía el pasaje siguiente:

> Oh, Señor, henos aquí entre el fuego y el fuego, entre los
> auxiliares del Duque —en alusión al gobernador español de
> Orán— y los de Gueddar —en alusión al santón.
> De ti viene el socorro, oh Dios de la gloria y todopoderoso,
> oh, Señor, toma entre tus manos nuestra suerte.
> Doscientos veinte guerreros han quedado sobre la misma arena.
> ¡Un aduar de bravos! ¡Qué poderoso aduar!
> La muerte ha venido de Dios, pero Gueddar fue la causa.
> Que los supervivientes no pierdan el recuerdo.

El dramatismo de aquellos enfrentamientos campesinos, que perduraron en la memoria de la gente durante generaciones, debieron pesar no poco sobre aquella sociedad secularmente fronteriza. Tampoco era tan diferente de los enfrentamientos entre familias y clanes europeos, desde Ayalas y Riveras toledanos a Capuletos y Montescos, tan literarios. El Mazari termina con una noticia muy significativa sobre algunos miembros de aquella tribu desparecida, ya de la época colonial francesa:

> Los Duaidia, o Ulad Daud ben Habra, son una familia a la que pertenece el señor Mohamed ben Daud, agha de los Duair, y su hermano el señor Abdelkader ben Daud, agha de Saida. Estos dos señores y sus hijos forman parte, en la hora actual, de los notables del Majsén de Orán.

Desaparecida aquella asabiya jalduniana en relación con una tribu desaparecida, una familia superviviente se integraba en la «clase política», que dicen hoy, del período otomano y colaboraba con el gobierno colonial francés, ya al margen del tribalismo rural, en aquellos ensayos de gobierno suprarregional, aunque tuvieran ese matiz colonial; un desarraigo peculiar que destaca también Lacheraf como frecuente, sobre todo en el mundo urbano.

Abdelkader el Mecherfi recoge un poema de Abulabés Sidi Ahmed, hijo de un caíd apodado el Siyilmasi el-Masauri, en el que apostrofa a los Beni Amar desde el principio: «¡Alguno!: para hacer llegar mis palabras a las tribus de los Beni Amar, a aquellos sobre todo que permanecen bajo el yugo del infiel»; tiene, entre sus estrofas, una incitación a las diversas tribus y a los turcos, al «pueblo del Islam»:

> ¿Cuál será vuestra excusa, la de todos vosotros, ante Dios, del hecho de que el infiel gobierne en Orán?... ¿Cómo sufrís que las vírgenes hijas de las primeras familias sean retenidas en cautividad?

Y termina con nuevos insultos provocadores contra los Beni Amar:

> ¡Ninguno de vosotros, que no sea un eunuco que el cristiano ha mancillado con su hierro de marcar, oh descendientes de Amar! Los príncipes están bajo el yugo: ¡un perverso se ha convertido en vuestro amo y os ha puesto bajo la protección de los infieles!

Aquella impiedad podía tener mayores repercusiones aún que los meros insultos, más o menos poéticos, y entrar en el terreno de lo jurídico. Para el jurista Sidi Ahmed el-Filali-t-Tlemsani, en lo referente a las tribus colaboradoras con los infieles españoles, estaba claro jurídicamente: era lícita la «efusión de su sangre y la confiscación de sus bienes». Más mesurado, El Mecherfi juzgaba, basándose en la conquista de Orán por el bey Buchelagem —convertida en reciente experiencia para esa distinción— que había tres grupos entre esas gentes: los que habían luchado con los españoles durante las operaciones militares, los que habían luchado con sus correligionarios musulmanes pero hacían de agentes de los españoles, y los que, sin más, habían luchado a favor de sus correligionarios musulmanes. A estos últimos no sería lícito matarlos, mientras que todos los del primer grupo, salvo los niños, podían ser muertos o pasar, con sus bienes, a ser botín de los musulmanes; en

cuanto a los del segundo grupo, podrían ser muertos todos los que cayeran en manos de los musulmanes y, los que no, su suerte quedaba en manos de Dios. La vieja identificación entre fe religiosa y ley no había podido ser superada aún e impregnaba todavía lo que hoy podría ser considerado como manifestaciones de «nacionalismo» argelino; la agresividad de los Estados cristianos del norte tal vez lo había propiciado también. En la Europa del siglo XVIII, por otra parte, no sucedía de manera muy diferente. Hasta en la Inglaterra de la revolución industrial podían surgir furores anticatólicos, no llegando hasta 1829 una «ley de emancipación de los católicos» que, además, no desterró de la vida cotidiana de la civilizada sociedad victoriana el prejuicio anticatólico. La confusión fe-ley pervive claramente hasta la judicatura, a veces relegada a lo meramente ceremonial, como ese jurar o prometer ante un crucifijo o un libro santo.

La Orán española. Judíos, moros y cristianos otra vez

Orán es considerada hoy en Argelia como la ciudad más abierta y animada, a la que un argelino puede desplazarse unos días de vacaciones para divertirse con mayor garantía de éxito. Desde ella, hacia el oeste por la costa, tras Marzalquivir, la zona de playas hasta Aïn el Turc es muy concurrida en verano y, más al oeste todavía, está el complejo turístico de Los Andaluces. El aeropuerto de Orán-Es Senia y el puerto tienen el mayor movimiento del país, después de Argel. Un paseo junto al mar, sobre el puerto, con palmeras y anchas aceras, y las calles comerciales del centro de la ciudad, suelen estar llenos de animación y muy concurridos. Hacia el este, a medio camino de Mostaganem, en Arzew está la gran planta de licuefacción de gas natural, en donde desembocan gaseoductos que vienen del Sahara, uno de los pulmones económicos del país, con un puerto de mucho movimiento de grandes barcos cisterna para el transporte de gas licuado. Fue una de las apuestas económicas fuertes de la era Bumedien, y las altas chimeneas, con fumarolas, brillan en la noche y se distinguen, con su brillo rojizo, desde puntos muy alejados del interior agrícola de pequeños pueblos que recuerdan, con sus casas bajas, la época de la colonización francesa.

La conquista de Orán por Cisneros en persona y por Pedro Navarro, en 1509, precedida unos años antes por la conquista de Marzal-

quivir, uno de los mayores puertos militares del mundo que todavía hoy guarda bajo sus aguas una parte de la flota francesa hundida durante la Segunda Guerra Mundial, fue todo un hito en su momento de importantes consecuencias para la región. Y en los proyectos del cardenal Cisneros, inquisidor general y arzobispo de Toledo —lo que significaba en su época poder manejar el mayor volumen de rentas de España después de la monarquía misma—, varias veces «jefe de Estado» en funciones, como se diría hoy, de la ya poderosa Monarquía Católica española. Bataillon glosa muy bien lo que suponía aquella magna expedición que Cisneros financió con las rentas de su arzobispado. En principio, había querido comprometer en la empresa a los reyes de Inglaterra y de Portugal, yernos del rey Fernando. Escribe Bataillon:

> El plan es grandioso: la secta mahometana destruida y los pueblos todos que viven fuera de la comunidad cristiana incorporados por fin al rebaño de Dios... Muy pronto, en la exultación de la victoria, Cisneros celebraría la misa ante el sepulcro del Señor y, en sus manos, Fernando y sus dos yernos, desbordantes de pura alegría y de felicidad, recibirían arrodillados el cuerpo de Cristo. Se pensaba, pues, en una verdadera cruzada para la conquista de Tierra Santa, y el proyecto no omitía ni a los Balcanes ni a Egipto.

Hasta varios siglos después no se llevaría a cabo aquella «empresa» europea cristiana soñada por Cisneros, sin embargo, y no en el sentido de tener arrodillados ante sí a los reyes de la cristiandad precisamente. De momento, y sólo con las rentas cisnerianas en el caso de Orán, Pedro Navarro establecería una serie de bases en la costa berberisca que no tendrían continuidad.

Pero al lenguaje oficial cisneriano, de grandioso proyecto expansivo cristiano, la realidad imponía otro lenguaje muy diferente, más real, más de acuerdo con los tiempos y con sus protagonistas de base que abarrotaron un centenar de naves, más otras muchas pequeñas de «vivanderos y buscavidas» —en expresión de Fernández Duro—, que sólo aceptaron embarcar en Cartagena tras la caballería que transportaba el dinero de las pagas. Después de una rápida operación por tierra —desde Marzalquivir— y por mar, en la que brilló el genio marino y militar de Pedro Navarro —el gran corsario que en su juventud llamaran Roncal el Salteador ahora conde de Oliveto—, la ciudad fue tomada al asalto y saqueada. «Murieron moros y moras más de cuatro mil, y aún dicen

que cinco mil; los cautivos no tienen número.» Y el lenguaje realista se imponía:

> Lo robado que ha parecido y tienen los soldados escondido vale más de 500.000 ducados. Y los hombres pelados juegan doblas como blancas... Y en las calles de la ciudad, que es mayor que Guadalajara dos veces, no había quien anduviese por ellas de muertos y de picas quebradas. La marina, los huertos, las casas, todo lleno de muertos.

El lenguaje político oficial cristiano, entre humanista y medieval aún, y ya no sólo en aquella España eufórica tras el encuentro de un «camino» expansivo amplísimo después de 1492, lo presenta Bataillon como un «profetismo iluminado». Reproduzco la síntesis que hace unos años hice para el libro *Un Mediterráneo de piratas. Corsarios, renegados y cautivos*:

> Bataillon comenta magistralmente el impacto que la conquista de Orán causó en algunos sectores humanistas más exaltados, a través de la correspondencia que se intercambiaron, y en concreto en el círculo reformista parisino de Lefèvre d'Étaples, «pues nada demuestra mejor hasta qué punto comulgaban París y Alcalá en el mismo espíritu, en las mismas esperanzas, y cómo la obra de Cisneros está estrechamente ligada en ciertos aspectos de la reforma parisina». Charles de Bovelle, discípulo de Lefèvre y que había estado en España en 1506, «en el momento mismo en que Cisneros empeña en su gran proyecto de cruzada toda su imaginación y toda su energía», «después de una temporada en Roma, había reanudado en París su estudiosa existencia cuando supo la nueva de la toma de Orán». La carta que escribió a Cisneros el 22 de agosto de 1509 es vibrante: «Han llegado los tiempos en que Dios, después de caminar de Oriente a Occidente, debe llevar su luz hacia el Este; con las armas de Cisneros, el Sol de Justicia marcha en sentido inverso al sol: Has sabido vencer: tienes que saber aprovechar la victoria. Has tomado en tu mano el arado: no vuelvas atrás tus miradas hasta que los surcos africanos queden llenos de la divina simiente. Has comenzado a hacer violencia al reino de los cielos, pues éste sufre violencia: no cejes, no descanses hasta penetrar en él..., hasta que tome posesión de él, contigo, el innumerable y glorioso ejército de Cristo...». «El 16 de noviembre de 1509, Cisneros responde a su honorabilísimo y carísimo Bovelle. El cardenal encarga a su familiar Gonzalo Gil, a quien Bo-

velle conoce bien y que ahora enseña en la Universidad de Alcalá, que le escriba una relación detallada... Bovelle da las gracias al cardenal (20 de marzo de 1510) por el envío de la relación de maese Gonzalo Gil. A su vez, quiere comunicarle un triunfo semejante, cuya noticia se ha difundido por Francia: Quizá lo sabes ya. El Sofi o gran rey de los persas ha encontrado en las santísimas aguas del bautismo un segundo nacimiento: ahora va a combatir contra la feroz nación turca bajo los estandartes de Cristo». Bovelle manda a Cisneros un relato del gran acontecimiento tal como a él le ha llegado, contentándose con traducirlo del francés al latín. Si hay que dar fe a los profetas, han llegado ya los tiempos en que tiene que desaparecer el Islam... Que una sola fe, que un solo príncipe reine por fin en todas partes... La inquietud mesiánica, inquietud de la cual es Bovelle ejemplo tan brillante, recorre toda la cristiandad. Nace el sentimiento agudo de una crisis gigantesca, crisis de desarrollo que se traduce en el ensueño de una unidad cristiana destinada a englobar el Islam convertido, crisis de conciencia que se expresa en violentas aspiraciones de reforma. Estos dos aspectos de la época no son disociables. También Savonarola, en sus vaticinios, había entrevisto una cristiandad renovada interiormente, que convertiría a turcos y a paganos sin ayuda de la espada. Muy pronto encontraremos en España misma este profetismo iluminado.

El cardenal Ximénez de Cisneros —muchas calles de la época francesa en la región oranesa recordaron al cardenal Ximénez, y en Orán llevó su nombre la calle principal de la ciudad vieja, frente al puerto pesquero actual— entró con los vencedores en la ciudad, la cruz en alto, mientras recitaba el salmo 115, *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomine tuo da gloriam*, y volvió a Cartagena en un viaje relámpago con el único trofeo de las llaves de la ciudad de Orán. A aquellas llaves de su casa granadina con las que algunos moriscos españoles podían viajar a sus refugios berberiscos, Cisneros respondía con aquella contundente operación militar; vista desde hoy, una amplia operación de «supercorso» y de destrucción selectiva y refinada. Las bibliotecas oranesas fueron saqueadas y destruidas, como había sucedido con las granadinas, y salvo algunos libros científicos, al parecer, sobre todo de medicina. No debía ser un legado cultural despreciable; poco tiempo antes, de la comunidad musulmana oranesa había salido la famosa *fatwa*, que resaltan García Arenal y Cardaillac, del *muftih* de Orán en la que se precisaba el comportamiento que debía guardar la comunidad musulmana espa-

ñola bajo autoridades cristianas; desarrollaba la *taqiyya* —o disimulación—, la conversión aparente con signos externos, aunque fueran pecaminosos para el musulmán, pero la continuidad en la fe y en la ley en el secreto de los corazones y del hogar familiar. Los libros jurídicos, importantes para la permanencia de la memoria colectiva, como en el caso de la literatura precolombina americana —con aquella obra múltiples veces desaparecida en la corte española misma de Bernardino de Sahagún, redactada en nauatl—, también «desaparecida», fue destruida por sistema y sin ningún tipo de consideración. La lengua —de ahí la importancia del libro escrito—, como bien hubiera observado Nebrija en 1492, en un famoso prólogo a la gramática castellana, primera de una lengua romance, era compañera del «imperio». Y en la mente de Cisneros, tan apasionada y clarividente, como en la de Carlos V o en la de Felipe II en su mejor momento, ese imperio era ya explícitamente universal, como la catolicidad romana desde la época de Agustín de Hipona. Los cañones capturados en Orán, fundidos, sirvieron para el bronce de las campanas de la iglesia de San Ildefonso de Alcalá de Henares, al lado de la vieja Universidad; en donde el cardenal Ximénez quiso ser enterrado en un sepulcro que se le encargó a Domenico Alessandro Fancelli y que fue realizado por Bartolomé Ordóñez —aunque al parecer no lo pudo terminar— y que aún hoy puede contemplarse.

A pesar del saqueo y las destrucciones, la ciudad de Orán era recuperable. «Hay en la ciudad muy buenas casas y parece Toledo», escribía mosén Cazalla. Sus potencialidades para el futuro no eran de desdeñar:

> Hay puerto y playa, hay seis paradas de molizas en un arroyo que corre alrededor de la ciudad. Es un paraíso de huertas y tiene campiña y sierra, la mejor que tiene ciudad de España.

En testimonio de Mártir de Anglería, como siempre curioso y elegante, su recuperación como gran mercado en la región debió ser rápida, al menos a niveles locales:

> De África nos dicen que los árabes —a los que en el idioma español llaman alárabes, corrompiendo la palabra—, gente trashumante, sin ley, que vive al cielo raso o en tiendas de campaña, que transporta toda su familia y todo lo suyo en camellos donde quiera que vayan, comercian tan íntima y frecuentemente con nuestras guarniciones de

> Orán, que parece han tenido cordial trato con ellos desde hace cien años. Traen para vendérselo ganado mayor y menor y aves con todo lo vendible, lo mismo que los campesinos acostumbran a llevarlos a los mercados urbanos.

Porque Orán había sido una importante salida al mar de aquella amplia red caravanera que había significado el auge de Tremecén en la región y en sus cecas se había acuñado moneda. La rápida conquista de la ciudad por los españoles había impedido que el ejército enviado por el rey tlemsení evitara aquel desastre económico y político para los Abdelwadíes. Tres años después, como viéramos, el propio rey ziani negociaba en Burgos, con otros enviados de Berbería, el fin de las expediciones españolas contra la región; si éstas se reanudaron en 1516 (Vera) y 1520 (Moncada), ya fue contra los Barbarroja de Argel, el nuevo poder ascendente, y contando con el apoyo de los tlemseníes, en principio.

En algunas fuentes se introduce un asunto de gran trascendencia en aquel suceso que amenazaba convertirse en determinante para toda la región: la colaboración de los judíos con los españoles. En España se habló de milagro, de eficacia de las oraciones de Cisneros y de su cabildo toledano, pero también —lo recoge Fernández Duro y concuerda con la versión argelina misma— de «inteligencia entre el alcaide de los Donceles, los judíos de la ciudad, y sobre todo los cobradores de rentas, que tenían las llaves». Aquella colaboración secreta, si existió, tal vez esté en la base de la futura permanencia de una floreciente comunidad hebrea en la zona; en el caso de la judería de Orán —la de los Cansinos y los Cohen— la única permitida o tolerada en territorios de la monarquía católica. Una judería, además tan próspera que se calculaba en el doble de poderosa, en cuanto a número de familias con rentas apreciables procedentes del comercio, que la musulmana. En un interesante documento de 1494, cuando parecía que las capitulaciones de Granada todavía podrían ser cumplidas y, por lo tanto, que una ciudad pluriconfesional era viable bajo la autoridad del nuevo «Estado» cristiano, una delegación de notables oraneses musulmanes fue enviada a Granada, en donde fue recibida y negoció con Hernando de Zafra la posibilidad de aceptar la soberanía castellana; el enviado, «Mahomad Belhaje Rahama», debía ser un Beni Amar, tal vez de la tribu o clan de los Guiza, pues a un aduar con este nombre se hace alusión en los

tratos, así como a la Meleta, en donde por ese tiempo diversas fracciones tribales Beni Amar se estaban instalando —en particular los aduares de los Unazera, muy emparentados con los Guiza, según El Mecherfi—, a raíz de su progresión hacia Occidente en relación con los Zianíes de Tremecén y los problemas causados con el tronco hilaliano de los Maaqil, esos antepasados de los saharauis actuales de un sector del Frente Polisario. Tampoco podría ser considerado eso como una traición a su rey zianí, pues al menos desde casi un decenio atrás, como recoge Pulgar en su crónica espléndida y fechada en 1487, antes de la caída de Granada por lo tanto, el rey de Tremecén había enviado ya una rica embajada a los Reyes Católicos en la que pedía protección para él y los de su reino; tras hacer alusión a los andaluces que habían llegado a su tierra

> con un seguro, que les era guardado cumplidamente, les suplicaba que le recibiesen en su encomienda y que le mandasen dar seguro para él y para los de su reino; porque no recibiesen daño de sus flotas que andaban armadas por el mar, ni de sus gentes que descendiesen en tierra. La embajada llevaba ricos presentes, de caballos moriscos y de jaeces de oro y albornoces para el rey aragonés, vestiduras de seda de diversas maneras y argollas grandes de oro y perfumes, y otras cosas de las más preciosas que se usaban en aquellas partes para la reina castellana. Los Reyes Católicos agradecieron los presentes y aceptaron no hacerles guerra con la condición de igual contrapartida y no ayudando a los moros de Granada con gentes, ni con armas, ni con mantenimientos.

Los Beni Amar, tan denostados por Abdelkader el Mecherfi, no habían obrado de manera más traicionera para con sus correligionarios que los monarcas zianíes, por lo tanto, y sólo en el corso turco-berberisco y la colaboración con los Barbarroja de moriscos españoles y cabiles, así como de otros sectores tribales árabes y cenetas pudieron neutralizar a partir de 1516 la gran ofensiva hispanocristiana.

En lo referente a Orán, la aljama judía podía cuantificarse en el doble que la musulmana; de ahí que en los cálculos de lo que podría rentar a la Corona española aquella ciudad —unas 10.000 doblas anuales—, una de las condiciones era la licencia para que se mantuvieran en Orán, con sus leyes y lugar de culto religioso, «veinte casas de judíos y diez de moros», básicamente de mercaderes. Y eso debió suceder sin

duda. El escándalo que suponía para El Mecherfi esa colaboración entre facciones de los Beni Amer y los judíos oraneses, sobre todo de la amplia facción de los Ulad Abdallah et-Tali, también la relaciona con el papel que los hebreos desempeñaron en aquel intento de control de la región berberisca por los españoles, el de recaudadores de impuestos. El arriendo de las recaudaciones de impuestos, frecuente en el período moderno hispánico y con frecuencia mediante asientos con financieros solventes —alemanes como los Fugger o los Welsser o genoveses— que podían adelantar el dinero y obtenían a cambio no cortos beneficios, debieron cubrirlo en el Magreb oraní los judíos. El Mecherfi es claro al respecto, y su testimonio es muy válido:

> La percepción de los impuestos se efectuaba por medio no de los españoles sino de los judíos de Orán, estos últimos disfrutando de una superioridad inmensa sobre los Beni Amar. El judío (¡que Dios lo maldiga!) salía con su escolta militar para percibir la tasa, montaba su tienda en medio de los aduares de los Ulad Abdallah y de otros Beni Amar, y disponía de ellos como un soberano absoluto dispone de sus sujetos, dictando a su gusto órdenes y prohibiciones, haciendo apalear a éste, poner grillos en los pies a aquel, zurrar a aquel otro, dejando libre a un cuarto y otros actos así de arbitrarios sin encontrar a nadie que se les opusiese.

Es una manera de narrar la percepción de impuestos muy similar a la narrada por los españoles con respecto a aquel «garramar» de los turcos, también periódica y con acompañamiento de soldados. Aparte de estas funciones, los hebreos hacían también de intermediarios entre la comunidad musulmana y los cristianos, ya como embajadores y financieros-comerciantes, ya como espías; de los años setenta del XVI son algunos conflictos entre un Cansinos y un Cohen —esos Cohen que aún en el siglo XVIII cumplían un papel importante en la ciudad— por actividades de información, en las que hay sospecha de tratos dobles, y en el teatro cervantino las bromas a costa de los judíos son posibles incluso en los medios de los cautivos cristianos en Argel, mostrando el ínfimo prestigio de aquella rica minoría en la compleja sociedad berberisca del momento; igualmente, el caso de musulmanes nuevos de origen judío —los «renegados» de las fuentes hispanas— aparece documentado y aún hoy en la sociedad musulmana argelina hay apellidos de clara raigambre conversa judía. Como en el caso de los «cristianos nue-

vos» españoles de origen judío —los «judeoconversos» de la historiografía posterior— el cambio de ley traía a la larga la posibilidad de integración social y el rechazo claro sólo se daba hacia aquellos que no llevaban a cabo ese cambio de fe-ley.

En fin, el mismo El Mecherfi habla de matrimonios mixtos en el caso de los Beni Amar, y no sólo del «normal» desde el punto de vista islámico, entre hombre musulmán y mujer cristiana, perfectamente admitido y hasta deseado como un verdadero «lujo» social pues suponía la incorporación al *harem* o al clan o tribu de una mujer exótica y de belleza más apreciada; muchos ejemplos están documentados en la sociedad turco-berberisca de Argel, y las fuentes españolas lo resaltan en casos significativos muy frecuentes en lo que hoy llamaríamos «alta burguesía» argelina, sobre todo en los medios de los «musulmanes nuevos». El escándalo que El Mecherfi resalta de conceder esposa musulmana a un infiel, tal vez pueda ponerse en relación con aquellos que las fuentes españolas denominan «pasados de Orán», desertores españoles del «presidio» que era la ciudad, huidos a los medios rurales oraneses o a Argel que se casaban y se integraban en la sociedad musulmana. Aún en el siglo XVIII, y en el momento mismo de la salida de los españoles de Orán, en 1792, se habla de ese problema; fueron muchos individuos varones a lo largo de casi tres siglos de presencia hispana en la región y merecerían un estudio pormenorizado. Junto a los cautivos que desean quedarse en Argelia una vez rescatados, bien como «francos» con sus negocios particulares —tabernas, comercio, intermediarios varios—, bien como «musulmanes nuevos», con familia incluso y como corsarios, los huidos —«pasados»— de Orán, nada desdeñable su número, sin duda que gentes de origen humilde en la estamentada sociedad hispana del momento, supusieron un aporte significativo a esa sociedad moderna berberisca de más ágil movilidad social.

Pero desde Orán al mundo rural llegaba más agresividad que mestizaje, más saqueo que intercambios, más intentos de dominio colonial que posibilidad de integración. El testimonio del asturiano Suárez Corvín al respecto es muy claro, cuando desmenuza las técnicas de la correría, cómo se hacen más en invierno «por ser más largas las noches», cómo «son hasta mil personas las que van», el orden que se lleva, etc. En cuanto a las presas, en estas expediciones más o menos frecuentes cada año,

acontece muchas veces traer un soldado 4 y 5 moros; y aún yo he visto entre dos, que iban a la parte, juntos de conformidad, captivar y traer 12 esclavos presos en una ocasión de jornada.

La rentabilidad económica, a medida que pasaba el tiempo, se iba convirtiendo en motivo fundamental, al margen de otras consideraciones; en tiempo de Suárez, a finales del siglo XVI y principios del XVII, a los participantes en estas correrías «se les paga después la presa a 20 reales, sólo por la toma, y 10 reales por el pequeño que no puede andar». Al margen de los ganados y cualquier otro botín. Como en la Andalucía medieval, el enfrentamiento por ideales expresados en lenguaje de cruzada era sustituido por otros menos elevados, expresados en términos más reales, de corsarismo y depredación.

El «abandono de Orán», que dijo siempre la historiografía española clásica, haciendo hincapié en las capitulaciones del tratado de paz entre la Regencia de Argel y España, o la conquista de Orán por el bey de Mascara Mohamed el-Kebir, en la que insiste sobre todo la historiografía argelina, llegó tras una serie de proyectos abandonistas por parte de un sector de políticos españoles que veían en aquel «presidio» un gasto sin sentido. Floridablanca, en España, insistió en la necesidad de firmar la paz con Argel y abrir relaciones diplomáticas normalizadas y consulados comerciales. En su «testamento político» valoraba muy positivamente los tratos con la Regencia, más serios que los que se hacían con otras naciones europeas, y su opinión fue decisiva a la hora de llegar a un acuerdo de tratado de paz. El bey de Mascara, con su insistente presión militar, en condiciones dramáticas para el «presidio» español tras una serie de movimientos sísmicos que habían debilitado las fortificaciones de la ciudad, contribuyó también a la agilización de las negociaciones. De alguna manera, esa segunda conquista de Orán por el bey de Mascara —la primera había sido en 1708, durante la Guerra de Sucesión española— pudo considerarse como una victoria musulmana frente al infiel, en la línea de un primitivo «nacionalismo» berberisco, y con toda legitimidad al heredar siglos de hostilidades y provocar unas capitulaciones de paz que trajeron consigo modificaciones fronterizas. Orán se incorporaba, definitivamente, al «Estado» argelino. Lo mismo que había sucedido con Tremecén, Constantina o Annaba. Y a un «Estado» que había dejado clara su amplia autonomía frente a Estambul durante las negociaciones mismas de paz, como muy bien re-

saltara Terki Hassain en sus trabajos sobre el período del dey Beni-Otmán, uno de los últimos grandes políticos del período turco-berberisco. Pero el conflictivo período vivido por Europa en ese momento, con el desorden creado por las guerras napoleónicas y el renacer de las ansias expansionistas, así como la confusión con los cambios de alianzas sucesivos —y la revitalización del corso que ello traía consigo—, había de tener graves consecuencias para toda la región. No hubo tiempo suficiente para que la Regencia pudiera reciclar sus relaciones exteriores en el nuevo marco creado por los sucesivos tratados de paz de la segunda mitad del siglo ni para que adecuara sus usos económicos a los nuevos tiempos. Y Orán, en concreto, como la misma Argel, era una de las ventanas al exterior, comercial y marinera, fronteriza y mestiza y por ello menos «casticista», más animada y «liberal» o «libertaria», mejor, como está comenzando a denominar a este fenómeno un sector historiográfico muy interesante, sobre todo alemán, para desvincular a la palabra «liberal» de un sentido decimonónico demasiado definido.

El emir Abdelkader. Algunas consideraciones sobre la guerra de independencia española y la «conquista» francesa de Argelia

Orán y Tremecén son los dos núcleos urbanos más representativos del occidente argelino. Pero no son los únicos. Mascara, frente a Tremecén, fue ganando en importancia político-militar durante el período turco-berberisco y en torno a ella se articularía el arranque del gran movimiento anticolonial que aglutinó el emir Abdelkader a partir de 1830. Saida, de crecimiento más moderno, en el centro de una rica región con viñedos y abundante ganadería lanar, puede considerarse fundada por el emir Abdelkader como ciudad; su nombre es bien conocido en todo el país: de sus manantiales se ha comercializado la más difundida agua mineral sin gas; pedir una *saida* en Argelia equivale a pedir una botella de agua mineral sin gas, como pedir una *mosaia* es hacerlo de una botella de agua mineral con gas. Tiaret, también en zona agrícola rica y gran mercado, como citáramos ya, es una antigua instalación, con restos romanos y, sobre todo, importante centro medieval de mercado caravanero, la Tahert sospechosa de jariyismo. De esas zonas del interior procede la gente campesina sobria y dura de la estepa, con frecuentes migraciones individuales o en familias ya hacia la costa y más allá y que

al pasar a habitar casas construidas o de pisos, reproducen de alguna manera en su interior la jaima tradicional hasta conseguir el efecto de casa sin muebles, únicamente con alfombras, tapices y colchonetas y, como mucho, un armario descomunal y un mueble para la televisión. Capaces de soportar el hacinamiento, a pesar de su dureza también para ellos, causado por la falta de viviendas en el norte argelino o los altos precios del alojamiento de las ciudades europeas adonde emigraran en busca de trabajo. Sidi Belabés es una ciudad hoy próspera, pero también de reciente instalación, de la época colonial francesa, y con la peculiaridad de haber sido poblada sobre todo por colonos españoles de origen, campesinos levantinos, murcianos y andaluces; hoy tiene una interesante industria que en Argelia destaca por la gran abundancia de mano de obra femenina, con toda la leyenda que eso genera en otras regiones, de muchas mujeres por las calles y, por ello, sospechosas de costumbres más liberales con todas las consecuencias de atracción-rechazo que ello lleva consigo en una sociedad que está obligada a combinar modernidad y costumbres ancestrales, casi atávicas. Una vez más, pura frontera.

Particular personalidad conserva el rincón noroccidental argelino, de Nedroma en las montañas y pequeños puertos pesqueros —Beni Saf o Gassauet—, con una de las salidas al mar de Tremecén, el viejo puerto de Honain, hoy centro arqueológico de gran interés. La ruina de Honain se relaciona con la breve ocupación española (1531-1534) y su posterior destrucción y abandono, tras haber cumplido su función de salida mediterránea del oro transahariano a lo largo de la época medieval. Pero el entorno de Honain, la «One» de tantas fuentes, tiene un rico pasado. Un pasado fenicio, tal vez, romano y cristiano donatista, para algunos patria de Abdelmumen ben Ali, fundador de la dinastía almohade —los «Muminíes»—, en disputa con los que le quieren originario de Nedroma, más al interior, pequeña polémica local de gran viveza. En esa zona también se ha situado la antigua Siga, capital de los mauritanos de Syphax, tan ligada al destino del extremo oriental argelino, la vieja Cirta, aunque con un futuro menos brillante tal vez por la lejanía del corazón colonial romano; de ahí que esa capitalidad «mauritana» se trasladara más hacia el centro del país y a su zona costera, hacia Cherchell. Tanto las montañas de Nedroma, el macizo costero del Trara, como la costa, en torno a la desembocadura del Tafna, con hermosísimas playas en lugares sólo semiaccesibles o al lado de pueblecitos

de pescadores de gran vitalidad, tal vez por su excéntrica situación, conservan un encanto particular, indudable atractivo.

A la conquista francesa de Argel en la primavera de 1830 siguió, casi de manera simultánea, la ocupación de Orán. En ambos casos, las autoridades turco-berberiscas no opusieron apenas resistencia. Tanto el último dey de Argel, el piadoso Hussein Dey, como el anciano bey Hassán, aislado con su guarnición de jenízaros en Orán, no supieron organizar una defensa como hiciera Ahmed Bey en Constantina. El bey Hassán entregó la ciudad de Orán a los franceses enseguida, y él mismo continuó al frente de un simbólico gobierno hasta febrero de 1831, aunque con poca autoridad. «Desde la partida del bey Hassán y la llegada de los franceses a Orán, todos los musulmanes habían abandonado la ciudad», comentaba el historiador Rousset. Las demoliciones de casas y el abandono de la ciudad por sus habitantes supusieron un duro golpe para la misma; en 1838 aún tenía unos 1.000 habitantes, a mediados de los años cuarenta poco más de 2.000, no llegaba a 3.000 aún en 1861, 15 años después tenía unos 8.500 habitantes y en 1881 algo más de 12.500. El crecimiento casi nulo de los años cuarenta y cincuenta debió estar muy relacionado con la guerra misma. Tras el bey Hassán, se intentó la fórmula de nombrar un nuevo dey, Jeredín Aga, tunecino, con un sueldo anual de un millón de francos; no importaba, en palabras del mariscal Clauzel, nombrar a un tunecino gobernador de los territorios ocupados efectivamente por los franceses, «a condición de ser el vasallo y tributario, no de la Puerta —Turquía— sino de Francia». Al llegar, visto el abandono de la ciudad, deseó regresar a Túnez y el gobierno de su califa, protegido por mercenarios turcos y bajo las autoridades francesas, debió ser tenso; sobre todo los días de mercado en que «algunos campesinos armados hasta los dientes se aventuraban en la ciudad», como evoca Lacheraf. De alguna manera, Orán es repoblada casi por completo, por no decir por completo, desde los primeros años de la época colonial francesa. Y en su repoblación, los españoles, pero esta vez pobres emigrantes levantinos, murcianos o almerienses, volverán a tener un destacado papel, como muy bien estudiara Juan Bautista Vilar, convirtiéndose en el puerto de entrada en la colonia francesa de abundante mano de obra no demasiado bien contratada ni tratada, en muchas ocasiones, ni por las autoridades ni por los colonos y compañías francesas que intentaban expandir la agricultura de la región. En Mostaganem sucedió lo mismo que en Orán. En 1833 la ocu-

paban los franceses y conservaron en el gobierno, con su consentimiento, al viejo gobernador Ibrahim a la vez que «se vio a la población salir precipitadamente y huir a la llanura». También, pues, la ciudad fue abandonada por sus habitantes.

En la ciudad de Mascara ya había comenzado a articularse por entonces un amplio movimiento en torno al emir Abdelkader que hoy podría denominarse nacional, con matices de modernidad que no ha cesado de realzar la historiografía argelina, y que sería el más amplio proyecto anticolonizador hasta el punto de convertirse en punto de referencia y mito fundacional del Estado argelino independiente tras 1962. Es muy sugestiva la imagen del emir Abdelkader desterrado en Damasco y asiduo, en torno a 1870, a los salones de Richard F. Burton, el gran arabista, militar y diplomático inglés, traductor de *Las mil y una noches* en su retiro de Trieste, del *Kama Sutra* y del *Ananga Ranga*, como él sufí qadirí y al que le unió una grande y respetuosa amistad. Pero sobre todo, ese Burton que supo incorporar a los servicios secretos de su país, con ejemplar eficacia, sus conocimientos antropológicos y lingüísticos, sus propias creencias religiosas y su capacidad para el disfraz que algunos han llegado a relacionar con la *taqiyya* islámica —disimulación u ocultación—, *hayy*, tras su viaje a La Meca como el líder argelino. Burton le retrató por entonces como «un musulmán consciente de su religión» y su esposa, Isabel Arundell, católica militante, con lo que ello tenía de diversidad también en la sociedad victoriana inglesa, visitó su harén de Damasco y dejó interesantes noticias sobre sus cinco esposas, «una de ellas muy bonita». En Damasco moriría en mayo de 1883; dejaba tres esposas y 24 hijos, algunos de los cuales recibieron una pensión francesa y otros pasaron al servicio de Turquía.

La personalidad del emir Abdelkader que tanto fascinara a Burton, también apasionó a los hombres de su tiempo, en plena euforia expansiva colonial, al mismo tiempo que quedaba indeleble en el recuerdo de sus compatriotas argelinos. A raíz de su rendición, con la entrega de la espada al general francés Lamoricière en vísperas de la Navidad de 1847, Abdelkader se convirtió, a pesar de los acuerdos en contra, en prisionero de los franceses en Tolón, Pau y Amboise, antes de ser liberado por Napoleón III y ser desterrado o exiliado a Brussa en 1852; tras un terremoto que asoló la ciudad, el emir Abdelkader se instaló ya definitivamente en Damasco con una pensión francesa de 100.000 francos. Allí habría de pasar su madurez y ancianidad rodeado

de gran prestigio y manteniendo su influencia en uno de los medios más complejos del mundo desde el punto de vista cultural-religioso y político. La historiografía francesa, o europea en general, resalta su destacada intervención en los disturbios anticristianos de 1860 en Damasco, en los que el emir argelino puso bajo su protección a 3.000 refugiados cristianos orientales evitando así una gran matanza, por cuya intervención recibió el cordón de la Legión de Honor francesa; también resalta esa historiografía las visitas admirativas que hizo al canal de Suez y a la Exposición Universal de París de 1867, así como su presumible cariño a Francia, manifestado al contribuir con 3.000 francos en 1873 a la caja en pro de Alsacia-Lorena tras la guerra del 70 que trajera consigo la caída de su protector Napoleón III. Más aún, la historiografía colonial resaltó que en 1871, con la gran insurrección de los hermanos Mokrani que ya evocáramos, con sus contradicciones pero con su profundo significado de rechazo del colonizador por amplias masas rurales, al margen del pactismo y sometimiento de los notables, el emir Abdelkader recomendó a los argelinos someterse a aquella autoridad colonial que él mismo había combatido menos de un cuarto de siglo antes y cuestionado tan brillantemente. ¿Conversión del héroe argelino a aquella nueva «ley» que identificaba control colonial europeo con misión civilizadora? Última fase en el proceso de identificación fe-ley, la identificación fe-civilización, parece poco probable. ¿Tal vez posibilismo político para evitar a sus compatriotas, ante un sector de los cuales seguía guardando cierto liderazgo, mayores sufrimientos, despojos y desdichas? Sería su último gran fracaso político a simple vista, en ese caso. O, tal vez, resignación ante un *maktub* desfavorable, o «estaba escrito», tan popular aún hoy en la región y, al mismo tiempo, tan similar a ese concepto de «fortuna» que Maquiavelo no se había recatado en adoptar para sus muy agudos análisis; y que aún hoy, a pesar de que a uno le pudieran tachar de «determinista», sería conveniente mantener a la hora de pergeñar una biografía individual, por ejemplo, como un elemento fundamental para un determinado tipo de análisis.

De alguna manera, el emir Abdelkader se refugió en su pasión por el estudio y el conocimiento, hombre de gran erudición, lo que tanto admirara en él Burton, su doble condición de santón y de guerrero, de líder de gran inteligencia. Escribió un tratado sobre el caballo árabe y, fruto de su dedicación preferente a la especulación filosófica y teológica, un libro que aparecería en París en francés, dos años después de

su muerte, y cuyo título podría traducirse por *Llamada al inteligente, advertencia al indiferente* —o «aviso», esa palabra tan del castellano renacentista y barroco—. Pudiera ser que en el análisis en profundidad de esos textos se encontraran algunas claves para terminar de comprender a aquel notable argelino.

Pero es la historiografía argelina la que hace un mayor esfuerzo por profundizar en este personaje emblemático de su historia más reciente. Mostefá Lacheraf, en concreto, insiste mucho en su rechazo del *majsen* o feudalidad administrativa turco-berberisca y de la otra feudalidad militar y poseedora de la tierra o terrateniente, así como en la modernidad de su pensamiento político y de su gestión como hombre de Estado. El emir Abdelkader había nacido en 1807 en Guetna, a una veintena de kilómetros al sudoeste de Mascara, en una familia de morabitos que hacían llegar su genealogía a los Fatimíes, descendientes del profeta Mohamed por lo tanto. Educado por su padre Muhieddín, desde niño mostró con precocidad su inteligencia en el comentario de pasajes coránicos complejos así como en el conocimiento de la historia; a su elocuencia unía su habilidad como jinete y en el manejo de las armas. En los medios tribales de su región, de la llanura del Eghris, pronto alcanzó gran prestigio y llegó a despertar recelos en el dey de Argel que ordenó asesinarlo. Ésta fue la razón de su primer exilio, con su padre Muhieddín, que le llevó a El Cairo, en Egipto, desde donde viajó a La Meca y se convirtió en «Hadj» —*hayy*, al «Agi» de las fuentes hispanas—, honroso título en la comunidad musulmana que se otorga al peregrino que ha hecho su viaje a los Santos Lugares del Islam.

Parece importante este capítulo de su biografía pues le haría conectar con un movimiento antiotomano de mayor amplitud que la mera «guerra santa» contra el infiel al que muchos sectores de la historiografía francesa quisieron dejar reducido el movimiento encabezado por Abdelkader. Mehemet Ali en Egipto y Bashir Ach-Chihabi en el Líbano hablaban en ese tiempo de libertad y progreso frente al dominio otomano y, en resumidas cuentas, Abdelkader era un exiliado a causa de la desconfianza de ese gobierno peculiar del dey de Argel, de titularidad otomana a pesar de gozar de amplia autonomía resaltada por Ciro Manca para el siglo XVII y por Terki Hassain para el período del dey Beni Otmán en el XVIII. Ese estar integrado en un movimiento liberador más global que el viejo aglutinador religioso contra el infiel, que había funcionado en el siglo XVI con los Barbarroja, y en el origen del régimen

y «Estado» turco-berberisco, hace que el emir Abdelkader sea valorado también en circunstancias tan alejadas aparentemente como en la Argentina, nuevo «Estado» independiente, de Domingo F. Sarmiento; en su obra *Facundo. Civilización y barbarie*, Sarmiento, aunque compara al gaucho argentino con el beduino en su barbarie, valora positivamente al defensor de la independencia de su país el emir Abdelkader. También los americanos se habían rebelado, tras su primer momento de levantamiento antifrancés, contra los españoles en nombre de la libertad y el progreso. También los franceses y su herencia revolucionaria reciente habían jugado destacado papel en la independencia americana y en el surgir de un espíritu modernizador frente a la obsoleta presencia española en las colonias. Muchos de aquellos militares franceses, por otra parte, habían participado en las campañas militares napoleónicas en España, que habían llevado en plan civilizador a tantos soldados franceses a la antigua metrópoli de los argentinos. El mismo Lacheraf comenta cómo la defensa de la «comunidad islámica en peligro», posible lectura del concepto de «yihad» o «guerra santa», en poco se diferenciaba del concepto de «la Patria en peligro», acuñado por los franceses en los años revolucionarios y de alguna manera sacralizado también, aunque con un lenguaje más moderno, al servicio de los mismos intereses expansivos. Tal vez lo que los franceses habían iniciado en España sin éxito, que paradójicamente provocara la independencia americana, lo estaban consiguiendo llevar a cabo con éxito en el imperio turco: a partir, en este caso, de una de sus colonias históricas más peculiar, Argelia. Sutiles paralelismos, pero que no se le pasaron desapercibidos a aquel interesante intelectual argentino, Domingo F. Sarmiento, en España difundido por Miguel de Unamuno. El que considerara los Pirineos más como una barrera defensiva, y por lo tanto saludable, que como una barrera entorpecedora de la benéfica penetración europea.

Otro indicador de la modernidad de Abdelkader sería el hecho de que uno de sus educadores fuera un hombre buen conocedor de la cultura occidental, de alguna manera occidentalizado, como era el cadí de Arzew Sidi Ahmed ben Tahar, que le iniciaría en el conocimiento de la política europea. La misma colaboración de notables judíos en la empresa del emir Abdelkader permite hablar de proyecto nacionalista y no mero fruto del «fanatismo religioso» que intentaron resaltar tantos analistas franceses. Juda ben Crane, judío occidentalizado, fue el embajador y representante del emir Abdelkader ante la Francia colonial,

y jugó un destacado papel en las capitulaciones del tratado de Tafna en 1837 con el mariscal Valée. Tres años atrás, destacados judíos oraneses, como un Busnaq, otra de las familias históricas, como los Cohen o los Cansinos, o Mardoqueo Amar, fueron también colaboradores eficaces del emir durante las negociaciones con el militar francés Desmichels. Hablar de movimiento puramente religioso era una soberana tontería. Los judíos habían disfrutado de cargos de importancia en el dispositivo montado por el emir Abdelkader, lo mismo que árabes o cabiles de todos los sectores sociales.

La vuelta del exilio de Muhieddín y su hijo Abdelkader fue precisamente en 1830, y esta vez sí se encontraron al frente de un movimiento que alcanzaba a todas las tribus de la llanura del Eghris al frente del cual Muhieddín tomó la ciudad de Mascara y, desechando para sí el título, aceptó que uno de sus hijos, Abdelkader, fuera proclamado emir y fijara en Mascara su capital en 1532; tenía entonces casi 25 años y, enseguida, llegaron adhesiones lejanas, hasta de las faldas del Yuryurá en Cabilia, con Ben Zamun y el futuro califa cabil, el joven Ben Salem. Por entonces los militares y políticos franceses del nuevo régimen del rey Luis Felipe no parecían tener claro el futuro de aquella acción que había dejado en sus manos Argel y Orán, y se llegó a proponer algún tipo de acuerdo internacional para gestionar o colonizar aquellas nuevas tierras. La relativa aquiescencia de las autoridades turco-berberiscas a su acción, aunque el dey Hussein insistiera en los tratados en el respeto a la religión, leyes e instituciones argelinas, así como la protección de sus intereses económicos y de propiedad, debió animar a los franceses —como antaño a los españoles con sus enlaces con las debilitadas monarquías de la región, los Zianíes en particular—, a intervenir como parte interesada. El cerco de Orán con 10.000 jinetes llevado a cabo por el emir Abdelkader, una vez iniciada la espontánea adhesión a la yihad contra los recién llegados en los medios rurales de la Oranía, supuso la retirada del general francés Boyer y el 26 de febrero de 1834 se llegó a unos acuerdos de paz con el general Desmichels por los que, a pesar de la oposición del viejo majsen o clase política turco-berberisca, en análisis de Lacheraf, se puede considerar que el emir Abdelkader es reconocido como la autoridad real del país y suponen el declive definitivo de las autoridades colaboracionistas con los franceses y herederas del régimen anterior. Ese mismo verano el emir Abdelkader arreglaba sus cuentas con otro sector de notables colaboracionistas con los

franceses, como Ben Ghomari, jefe de la tribu Angad, entre Uxda y Tremecén, que se había mostrado favorable al general Boyer frente a sus correligionarios; en enfrentamientos armados en Meharez y El Mina, algunos de esos notables fueron capturados y, tras ser juzgados, el emir permitió que fuesen ejecutados, entre ellos el propio El Ghomari y Sidi el Aribi; para la historiografía argelina estas acciones significan el fin de la anarquía y el gran logro político de la unidad del emirato de Abdelkader.

Pero el enfrentamiento no había hecho nada más que comenzar. A la victoria de Abdelkader sobre el general Trézel junto al río Macta, el general Clauzel sustituyó a éste e inició una ofensiva en toda regla; la dinámica misma de los acontecimientos, a pesar de las dudas iniciales, empujaba a los franceses a la guerra colonial. A finales de 1835 Clauzel ocupaba Mascara y un incendio la destruía casi por completo. Un militar presente, el capitán Changarnier, se asombra ante la belleza de la ciudad destruida, que en nada se adecuaba a la idea que él se hacía de aquellos «bárbaros»:

> Aproveché para recorrer la ciudad —escribía—. La encontré muy superior a la idea que me había hecho de ella. No había allí, en absoluto, ninguna tienda, sino casas moriscas no desprovistas de elegancia. La mezquita principal es muy bella y, en la sala de las tumbas, hay, o más bien había, algunas de ellas remarcables por la ligereza y la gracia de las esculturas; los mármoles eran de una rara belleza.

Mascara abandonada por sus habitantes, lo mismo que había sucedido en Orán y en Mostaganem. El mariscal Clauzel se dirigió hacia Tremecén, en principio un medio más favorable a los franceses por estar una parte de la población judía y de los cologlis o mestizos de origen turco, un poco los turco-berberiscos, a favor de la presencia francesa, llegando algunos a luchar como soldados en las milicias coloniales. El emir Abdelkader y los suyos debieron abandonar la ciudad ante los franceses y prosiguieron su lucha contra otros sectores del ejército colonial; a orillas del Tafna, cerca de Sidi Yacob, el general D'Arlanges era derrotado por Abdelkader y en su ayuda entró en escena Bugeaud, un militar que terminaría coronando con éxito la guerra colonial años después. En Tremecén el mariscal Clauzel había mostrado a los tlemseníes uno de los lados oscuros del control colonial, al imponer multas

y confiscaciones como contribución de guerra a los mismos sectores judíos y cologlis que habían colaborado con los franceses, lo que podía considerarse humillante; más aún, no contentándose con las reservas de grano y otros abastecimientos encontrados en las casas y almacenes de los tlemseníes huidos, y necesitado de moneda corriente y metales preciosos, confiscó abundantes cantidades en moneda y joyas a esos mismos judíos y cologlis tlemseníes, sin duda medidas muy debilitadoras para la ciudad. Para Tremecén, como para sus vecinas de la Oranía, la conquista francesa había resultado catastrófica.

El 30 de mayo de 1837 se acordaba el tratado de Tafna por el que el emir Abdelkader obtenía el reconocimiento de su autoridad prácticamente sobre todo el territorio argelino, salvo Argel y Orán y un entorno breve. Y es el momento en el que el emir organiza una estructuración territorial en 8 *califaliks* —o califatos, con un representante suyo al frente o califa—, a su vez divididos en *aghaliks* en donde las tribus beduinas tenían al frente un caíd y a su jeque como delegado del emir. Organizó también el ejército, en el que se interesó en particular por la artillería, importando pólvora marroquí e instalando cañones en Tremecén, Mascara y en la Mitiya al sur de Argel, en Miliana. Pero los franceses ya estaban dispuestos a continuar el control colonial del país, y el mariscal Valée, en 1838, advertía a la corte de Luis Felipe que se impidiera tratar a los embajadores del emir con el rey a través de sus ministros, pues

> esta concesión, si se admitiera, situaría a Abdelkader en el rango de los soberanos independientes y aseguraría la independencia de la nacionalidad árabe contra la que luchamos,

según escribía. Pronto, el propio mariscal Valée encontraría una disculpa para romper con los acuerdos de Tafna al no serle admitida negociación alguna para rectificar uno de sus artículos y la guerra se iniciaba en 1839 de nuevo, con el paso del desfiladero de las Puertas de Hierro por el ejército francés. Los militares coloniales lo expresaron con claridad; Valée mantenía la necesidad de «impedir el desarrollo de una nacionalidad árabe, único peligro real que nuestro establecimiento en Argelia iba a encontrar en lo sucesivo». Y Bugeaud, ante la Cámara de Diputados francesa, era también claro: «Es preciso que la nacionalidad

árabe sea derribada, que el poder de Abdelkader sea destruido o Ustedes no harán nada en Argelia». El viejo análisis de Konetzke sobre la esencia del orden colonial se manifestaba en la realidad, una vez más, a la perfección. En 1840 la realidad de la guerra se mostraba con toda su crudeza; durante el verano casi 5.000 soldados franceses encontraban la muerte y más de 2.500 debieron ser repatriados a hospitales franceses.

El ejército francés, con Valée y Bugeaud, sobre todo este último, comenzó una nueva fase en el control colonial, con la utilización de nuevas tácticas que luego perfeccionaría Lemoricière, duque de Aumale. En ellas ocuparon un relieve especial la organización de «tropas indígenas», con frecuencia no sólo captadas por el señuelo de un sueldo, sino también por el medio muy antiguo ya de los rehenes, tan utilizado por los españoles en Andalucía y en Orán. La retención de parientes cercanos de las tribus por los franceses, favorecía la colaboración de aquellos soldados y *spahis* irregulares, a la manera tradicional de la región, al mismo tiempo que forzaban a algunas tribus a separarse del emir Abdelkader —esa asabiyya jalduniana más fuerte que otros lazos más amplios— sobre todo en la región de Orán. Aunque había sido experimentada con anterioridad, por Clauzel antes del tratado de Tafna y por Valée inmediatamente después, esta nueva política militar francesa debilitó mucho a Abdelkader. Una de las obsesiones de Bugeaud era atraer al bando francés a Mohamed Ben Allal, califa de Abdelkader para la región de Ech-Chelif y la Oranía oriental; lo intentó a base de ofrecerle dinero y tierras para él y para su familia en su región de origen de la Mitiya, pero sin éxito. En su retirada hacia Marruecos en 1843, murió en el combate en Beni Yacob, en la Oranía próxima a Marruecos y los franceses llegaron a rendirle honores militares tras decapitar su cadáver; tenía Ben Allal entonces 29 años. El emir Abdelkader, en el año 1843, había visto reducida su fuerza, de hecho, a operaciones guerrilleras y al nomadeo de su *smala* de unas 15.000 personas, entre las que viajaba su propia familia, su esposa y su madre. La captura del emir se encomendó al duque de Aumale, Lemoricière, y ya en la primavera de ese año le causó un gran descalabro al hacer prisioneros a miles de los suyos, obligándole a desplazarse hacia Marruecos.

Muchas tribus pasaron a Marruecos con el emir y el sultán marroquí Muley Abderrahmán, presionado por sus súbditos, se vio obligado a alinearse con Abdelkader contra los franceses llegándose a una ver-

dadera guerra franco-marroquí de manera indirecta, con acciones como la conquista de la fronteriza Uxda o el bombardeo de Tánger. La escalada bélica ya era imposible de detener y Francia se volcó en ella con todo su potencial económico-militar. Antes, sin embargo, es de interés reseñar el intento de arreglo ensayado por el mariscal Bugeaud a través de Leon Roches, un arabista que —de alguna manera como el inglés Burton, aunque sin su genialidad— ponía sus conocimientos al servicio de los intereses militares de su país. Como el mismo Burton, también Leon Roches cumplió funciones consulares y diplomáticas, en Tánger y en Túnez en concreto, representante por lo tanto de aquellos «orientalistas» que colaboraron con su saber especializado a la expansión colonial de sus Estados, en la más pura línea de aquellos españoles del siglo XVI —Haedo, Sosa, Torres o Mármol— que ofrecían sus trabajos a la monarquía por si un día necesitaba esa información para extender su imperio a aquellas tierras y gentes estudiadas. Lacheraf se refiere a él como espía. Es una sospecha razonable, como la que se debe tener con esos «africanistas» españoles del XVI, como hemos comentado.

Durante las negociaciones que dieron lugar al tratado de Tafna, Leon Roches y el emir Abdelkader se habían comunicado mucho y habían llegado a intimar, siendo tratado el arabista francés con estima y afecto por el hospitalario argelino, sin duda captado por alguien que —como en el caso de Burton más tarde en Damasco— podía comprender su mundo cultural y religioso con cierta profundidad. Pero ese mismo conocimiento de aquella cultura ajena, sobre todo para los medios militares franceses que no cesaban de sorprenderse ante el «enemigo», lo utilizaría Leon Roches precisamente para hacer más presentables las exigencias del colonizador. A su gestión se debe la consecución de una *fatwa* —o consulta jurídica y teológica con una recomendación explícita— de importantes ulemas de Cairuán y de La Meca, reconocidos teólogos islámicos, en la que se recomendaba a los argelinos cesar los combates y rendirse, dada la superioridad de los franceses y para evitarles mayores calamidades dado lo desigual de los dos bandos. Al mismo tiempo que se difundía aquella sentencia, que no gustó en los medios liderados por el emir Abdelkader ni se atendió a ella puesto que continuó la lucha contra los franceses, Leon Roches escribía al emir en términos amistosos pero con una serie de propuestas que hacen a Lacheraf considerar estas cartas «una obra maestra de la insolencia y el menosprecio». El preámbulo es todo un alarde de astucia: «Dios tie-

ne sus designios sobre cada pueblo; castiga a los unos por los otros y da su país a quien quiere», para argumentar que los franceses han vuelto a un país que sus ancestros romano-latinos habían tenido antes que los musulmanes, sugiriendo que eso debería interpretarse como designio divino; el asunto de la carta, ofrecerle una rendición honrosa y en absoluto un tratado de paz o unos acuerdos, lo presenta también con lenguaje cuidado y formal:

> Me dices que aceptarás toda proposición que no sea contraria a la religión; tengo demasiada alta opinión de tu espíritu para suponer que, por estas palabras, quisieras hablar de un tratado o de una paz cualquiera; habría que suponernos afectados de locura. Has querido decirme que no rehusarías un arreglo que, al poner fin a esta lucha de una manera honorable para ti y los tuyos, no hubiese incompatibilidad con tu ley y la religión.

Alaba luego la magnanimidad del mariscal Bugeaud que le ofrece el paso a La Meca con todos los suyos que le quieran seguir y, para los que se queden, el *aman* o perdón y la posibilidad de retirarse a sus respectivas tribus. «Creo que jamás la historia de los pueblos nos ha dado ejemplo de más generosidad por parte de un enemigo vencedor; y nunca enemigo vencido ha conocido fin más glorioso.» Luego le explica que, en opinión de Bugeaud, su lucha honorable por la religión y la patria se está convirtiendo en bandidismo que corta caminos y ataca a tribus más débiles. Todo, en fin, mantiene un aire de habilidad dialéctica y refinado engaño retórico que contrasta con la franqueza del emir Abdelkader al manifestarle la confianza que tiene en su persona y el deseo de intercambiar delegados que consigan que «renovemos una alianza cuyas bases han de ser un seguro garante de una amistad y un acuerdo duraderos». Leon Roches envió una segunda carta al emir, en los mismos términos que la anterior;

> el rey, la Cámara parlamentaria, los ministros, la nación, todos quieren guardar nuestra conquista... Ven ante el mariscal (Bugeaud); sométete a su discreción y a su generosidad... Acepta los decretos del Muy Alto.

Pero esta segunda carta no habría de obtener respuesta del emir. La respuesta, de alguna manera, fue la reanudación de las hostilidades,

si cabe con mayor ardor y dramatismo. Desde la llegada misma de los franceses a Argelia se había hecho abundante uso de unas milicias especiales, una «legión extranjera» en la que se enrolaban a sueldo no pocos exiliados de las abundantes guerras románticas europeas; no pocos de ellos españoles exiliados tras una de las guerras carlistas que, alistados en Francia —eran hombres de Maroto, sobre todo, tras la pacificación del abrazo de Vergara—, fueron traídos a Argelia por orden de Valée; en el caso de estos legionarios españoles, en torno a un centenar de ellos desertaron y se pasaron al bando del emir Abdelkader, en concreto. Allí coincidieron también con el coronel Scott, excombatiente en España con los liberales, que luego se adhiriera a las filas de Abdelkader y dejara un interesante relato publicado en 1842 en Londres. A partir de 1843 la ofensiva contra Abdelkader fue total y muy violenta; las «columnas infernales» de Bugeaud fueron famosas, como los «volatineros de la muerte» de Montagnac, «el más excitado de los jóvenes oficiales de la conquista», para Lacheraf; a otros oficiales este autor los define simplemente como «verdaderos criminales de guerra y teóricos del exterminio y del reagrupamiento», en alusión a la dureza de las acciones militares francesas que trajeron amplísimas destrucciones por todo el país. En Sidi Brahim, Abdelkader consiguió infligir a los franceses una de sus más espectaculares derrotas, en la que encontró la muerte Montagnac, y la toma de Ain Temuchen por el emir, en donde retuvo durante seis meses a la guarnición francesa antes de matar a todos al no tener ni siquiera alimentos con que mantenerlos, fueron sucesos dramáticos pero, de alguna manera, sin posible salida airosa consiguiente. Montagnac, en carta a un amigo antes de su muerte, le comentaba qué tintes iba tomando la guerra de Argelia:

> En todas las operaciones de guerra que estamos haciendo desde hace cuatro meses, hay escenas como para enternecer a un peñasco si uno tuviera tiempo para enternecerse un poco... He aquí, bravo amigo, cómo es preciso hacer la guerra a los árabes. Matar a todos los hombres hasta la edad de 15 años, prender a todas las mujeres y los niños, cargar los buques y enviarlos a la Martinica o a otra parte; en una palabra, neutralizar a todo aquel que no se arrastre a nuestros pies como los perros.

Los testimonios de otros militares —Pelissier, Saint Arnaud o Richard, el más enardecido e impaciente partidario de una Argelia euro-

pea— están llenos de excesos de todo tipo; el hecho de que muchos pueblos de la Argelia colonial llevaran después sus nombres Lacheraf lo presenta como «un insulto a la conciencia moral».

La rendición final de Abdelkader al general Lemoricière, con la continuación que ya hemos expuesto para el emir, tuvo lugar a finales de 1847. Todavía en 1848, tras la desaparición del peligro que significaba el emir Abdelkader, el mariscal Bugeaud aconsejaba «poner Argelia en estado de guerra» para respaldar la gobernación militar del territorio sometido. Algunas características de la guerra de Argelia, como las mismas guerrillas —muy activas en toda la Oranía mediados los años cuarenta—, hacían que muchos de aquellos militares, como Bugeaud mismo, que habían participado en la guerra de España un cuarto de siglo antes, pudieran aplicar en ella su experiencia adquirida en aquel otro territorio, sureño al fin, aunque un poco más europeo; en el que la ayuda de los ingleses con Wellington —para los ingleses, la Guerra de Independencia española es una inteligente y exitosa campaña de Wellington con la ayuda de algunos irregulares guerrilleros— y la estructuración política de los españoles en Juntas y Cortes pudieron frenar aquel intento prematuro e imperfecto aún, pero que en Argelia fue viable. Para un francés romántico de la época, tan exótica podía parecerle la Andalucía de la *Carmen* de Merimée como la cabalgada o «fantasía», con abundante humo de pólvora y rico colorido, de un Delacroix. Cuestión de matices pues aún las leyendas moriscas españolas podían primar sobre las gestas románico-góticas cristianas medievales. En efecto, Bugeaud había estado en la guerra de España entre 1808 y 1813 y se reincorporó al ejército, y luego a Argelia, tras un retiro en su finca francesa hasta la llegada de Luis Felipe al poder; lo mismo que Boyer, aunque avanzado políticamente, duro e inflexible militar que en la guerra española se había ganado el apodo de Pedro el Cruel, quien convirtiera a Orán en centro de exilio para liberales españoles de la época de Fernando VII; también Clauzel, casado con una criolla dominicana, había combatido en España y los recuerdos y comentarios sobre su experiencia española ocupan lugar destacado en sus *Memorias* tanto como los recuerdos argelinos. Los paralelismos entre la experiencia antifrancesa española y la argelina, con tan poco tiempo de diferencia, deberían merecer un estudio más profundo. Podrían surgir interesantes perspectivas nuevas para todos.

RESISTENCIA A LA COLONIA FRANCO-ESPAÑOLA DE LA ORANÍA: BUAMANA. EVOCACIÓN DE ALBERT CAMUS Y *LA PESTE*

Desde los primeros tiempos de la colonización de la Oranía, emigrantes miserables de Alicante, Almería y Murcia sobre todo llegaron a aquellas tierras. J. B. Vilar, buen conocedor del asunto, lo resume así:

> Los jornaleros miserables de la España meridional se desparramaban por todo el territorio roturando baldíos, abriendo caminos, desecando marismas y pantanos, talando matorrales, introduciendo nuevos cultivos y empleándose en los duros trabajos inseparables a la puesta en marcha de toda colonización. Y la ciudad de Orán se había convertido en una ciudad esencialmente israelita. Dos de cada tres moradores eran judíos. El resto europeos, en su mayoría españoles, franceses e italianos, por este orden;

los musulmanes eran muy pocos, unos 500, frente a 3.500 judíos y unos 2.000 europeos, de los que más de 700 eran españoles. En 1840, la relación de españoles y franceses es de tres a dos. El fin de las campañas del emir Abdelkader trajo consigo el aumento de esa emigración; en 1847, en torno a un fuerte de los franceses, comienzan a llegar españoles a Sidi Belabés; poco más de diez años después constituyen ya una población de en torno a 2.000 habitantes íntegramente españoles. Los colonos españoles se difundían por el campo oranés, de Mostaganem y Sig a Saida, y penetraban en Es-Chelif y la Mitiya. A pesar de las crisis de los años sesenta, con abundantes malas cosechas, y de los setenta, tras las últimas campañas de conquista del mariscal Pelissier —nuevo gobernador con la II República tras 1848— y de MacMahon, desastrosas sobre todo para la población musulmana que sufrió epidemias y migraciones de tribus enteras a Túnez y a Marruecos, la insurrección de Buamana a principios de los años ochenta afectó dramáticamente a los colonos españoles.

Una de las tribus que emigraron a Marruecos en los años sesenta, después de una serie de incidentes en el campo oranés, eran los Ulad Sidi-Cheij —o Sidi Jeque, sería su traducción española—, que desde Marruecos siguieron hostigando a las tribus filofrancesas. En ese ambiente surgió Mohamed el Arbi, bisnieto de un notable morabito —Sidi Brahim ibn Tach—, nacido en 1840 en el oasis de Figuig en Marruecos e instalado desde mediados de los setenta en la zawia de su fundación

en Moghar el-Tahtani; era Buamana, quien a partir de 1881 comenzó a predicar ya abiertamente la guerra contra los franceses. En abril de ese año desbarató una patrulla francesa que llevaba la misión de detenerle y muchas tribus, incluso leales a Francia con anterioridad, se levantaron y durante semanas escaramuzaron con los militares franceses enviados y se adentraron en los territorios cultivados por los colonos europeos. El 11 de junio, en la localidad de Jalfalla, sorprendió y dio muerte a un centenar de obreros agrícolas españoles y se llevó a unos 600 como rehenes, con los que desapareció en el sur. Fue un gran escándalo en España y se llevaron a cabo repatriaciones numerosas, así como reclamaciones para los damnificados ante el gobierno francés. Aquellos sucesos, conocidos como los «sucesos de Saida», recibieron amplio tratamiento en la prensa española y francesa del momento y alertaron a los dos gobiernos sobre el alcance de aquella fuerte migración española a las colonias francesas.

Pronto las acciones de Buamana, desde sus bases en Figuig, fueron oscurecidas, hasta desparecer, por la aparición de otro personaje destacado, Suleimán ibn Kaddur, también internado en Marruecos a mediados de los setenta y que ahora levantaba contra los franceses a todo el sur oranés; contaba con el respaldo de cofradías y morabitos tunecinos y hasta tripolitanos, así como con la ayuda de las cabilas marroquíes próximas a la frontera argelina; era, por lo tanto, un movimiento de más alcance global que el más reducido y casi de salteadores de Buamana, a pesar del sentido de rechazo anticolonial que reflejaba a las claras. En noviembre de 1881 Ibn Kaddur atacaba un aduar de los Hamian —esa tribu que ya en la época de los españoles en la región eran «moros de paz» o aliados de los europeos— en donde obtenía un botín de 2.500 camellos y 15.000 ovejas, entre otras riquezas; la respuesta militar francesa cometió torpezas, como la quema de Sidi Cheij y el traslado de las cenizas del santón en pleno ramadán por el coronel Negrier que a punto estuvo de originar una insurrección más amplia todavía que podía enredar incluso a los musulmanes afectos a los colonizadores.

Las medidas francesas fueron dando, sin embargo, sus resultados. Se instalaron nuevos enclaves militares más al sur en la estepa, hasta la altura de Gardaia, aumentaron el control sobre la frontera marroquí y, sobre todo, establecieron relaciones con los Ulad Sidi-Cheij con vistas a pactar un posible retorno pacífico a la región; se les devolvió una gran parte de sus bienes, que reclamaban, se les permitió reconstruir

la zawia del morabito Sidi Cheij, la destitución de algunas autoridades hostiles y la presencia de uno de los suyos en el gobierno regional. Aunque siguieron los problemas con una especie de bandolerismo tribal que se movía en ambos lados de la frontera argelino-marroquí, la emigración pudo reanudarse con amplitud.

Estas insurrecciones, diez años posteriores a las de Mokrani, mejor estudiadas, merecerían una atención mayor de la historiografía. La argelina, así, en pleno proceso de revisión de estos sucesos, insiste en su interés anticolonial lo que no parece contradecir a la historiografía europea; Juan Bautista Vilar resume así esa resistencia a los franceses, en la que se puede englobar tanto el caso de Abdelkader como otros posteriores:

> La penetración francesa se vio favorecida por el enfrentamiento secular entre *yuads —djuads—* o aristocracia militar y el clero morabítico. Los primeros controlaban la Argelia central; los morabitos, los flancos. La Administración europea se apoyaría en las castas militares que incorporó a su servicio, aburguesándolas, sobornándolas y domesticándolas.

Contra esa realidad estallaría el alzamiento del emir Abdelkader, cuyo padre era el representante de la cofradía Qadiriya, y uno de sus éxitos sería la conciliación con las otras tres cofradías del país —el caso de los Tidyaniya es de sobra conocido, así como su colaboración con los franceses—, con estos Tidyaniya, los Taibia y los Derkaua, además de otros sectores parciales urbanos y árabes, aunque el movimiento fuera de marcado carácter bereber. De ahí el interés del análisis del levantamiento de los Mokrani y de estos brotes breves de los años ochenta en la Oranía.

Pero tras el parón que supuso para la emigración española a la Oranía las acciones de Buamana e Ibn Kaddur, ésta siguió progresando y a principios de los noventa representaban más de 100.000 los colonos españoles en la región, frente a los casi 80.000 franceses. Se habló en los medios coloniales de «peligro español» y se dieron medidas de naturalización y de «asimilación» que lograran afrancesar algo más el territorio y que encontraron en Jules Cambon un duro ejecutor. Aunque muchas de aquellas medidas naturalizadoras y de extranjería fueron

juzgadas como artificiales por algunos sectores más temerosos del «peligro español», la predominancia francesa en la colonia se comenzó a afianzar y en los primeros años del siglo XX ya doblaban los franceses a los españoles en número, hasta los casi 190.000 franceses en torno a 1910 frente a los poco más de 90.000 españoles. En las ciudades de Orán y de Sidi Belabés, sin embargo, siguieron siendo más numerosos los españoles que los franceses. Cifras, aunque importantes, menores si se considera que la población musulmana era superior a los 700.000 habitantes para un total de un millón aproximadamente para toda la Oranía.

Aunque la época de apogeo de la emigración española a Argelia termina con el siglo XIX y los emigrantes españoles se dirigirán primero a América y luego hacia Europa en el siglo XX, todavía Argelia fue un importante lugar de destino tras la Primera Guerra Mundial y tras la Guerra Civil española muchos exiliados abandonaron España por puertos levantinos vía Orán y Argel, como Rafael Alberti o Pedro Salinas, antes de pasar a otros lugares, o se quedaron en la región y participaron en la guerra de independencia argelina; aunque la OAS en la Oranía parece que se expresaba más en español que en francés, no pocos emigrados españoles ayudaron a los argelinos en su guerra contra los franceses y todavía en los años setenta quedaban en la región exiliados españoles. La costa levantina española sirvió de refugio también a importantes núcleos de *piés noirs* —pies negros o colonos europeos en Argelia, que se consideraban ya argelinos— que debieron abandonar sus tierras con la independencia del país tras la guerra en 1962. Una nueva era se abría para la antigua Berbería.

Todo un período de relativo «clasicismo» se cerraba, cuya figura emblemática podría ser perfectamente Albert Camus. Un sector de aquella emigración española hacia Argelia, menos mimada por las autoridades francesas que la muy favorecida de gentes procedentes de Francia —en ocasiones, parisinos de los barrios bajos que nada sabían de agricultura y de los hábitos campesinos—, como sucedió en el caso de todos los colonos europeos, consiguió medrar en la Argelia colonial y hacerse un lugar en aquella sociedad «afroeuropea»; a base de matrimonios mixtos y de naturalizaciones sucesivas, se había ido forjando en aquel «crisol argelino», lo que algunos llamaban ya en 1903 una «raza argelina». Los rasgos distintivos fueron franceses, mas también españoles, italianos y malteses, y lo normal era que la integración se

advirtiese a la segunda generación; los «neos», como se les denominó, comenzaron a jugar un papel político determinante en las elecciones y combatieron ya en la Primera Guerra Mundial con los franceses o manifestaron a las claras su «francofilia». Un observador español, Huertas, comentaba el comportamiento político de aquellos «neos» en Orán, «impulsivos, entusiastas, impregnados todavía de un vago complejo de inferioridad» que, hasta la Segunda Guerra Mundial, podían apuntalar electoralmente a políticos que utilizaban en sus programas cierto antisemitismo y la solidaridad de origen. Un novelista, Luis Bertrand —Louis Bertrand—, en la novela *Sang des races* —«Sangre de razas»— traza el perfil de uno de estos emigrantes españoles que podían sentirse «argelinos»; enriquecido en la colonia, vuelve a España y advierte que no se puede adaptar ya en su antigua tierra, se siente extraño en ella, desarraigado, y termina por regresar a su nueva tierra africana. A pesar de las torpezas, sobre todo vistas *a posteriori*, con una perspectiva amplia, del ensayo colonial francés en Argelia, una sociedad minoritaria había cuajado de manera más espontánea de la prevista. Un cónsul español enjuiciaba así la «voluntad» colonizadora francesa:

> En los Estados Unidos y posesiones inglesas el individuo coloniza bajo la protección de la autoridad; en la Argelia la autoridad pretende colonizar en presencia de los individuos y enseñarles el arte.

El ensayo estaba viciado desde su base misma, como hoy mismo pudiera observarse en la cuestión sudafricana, en donde el *appartheid* pudiera ser visto como el techo de esa experiencia así planteada. Aunque un sector de aquella emigración fuera utilizada, pudiera decirse, de «conejillo de indias» para una experiencia con claros matices prioritarios económicos y modernos planteamientos de capital y mercado; braceros levantinos, murcianos y andaluces fueron muy apreciados en las experiencias de explotaciones modernas agrícolas, en una de las cuales llegó a participar el exitoso hombre de negocios gaditano que era el «desamortizador» ministro Mendizábal, y las autoridades consulares españolas llegaron a protestar por las levas amplias del desprotegido —por todos, por su país de acogida y por el de origen— peonaje rural levantino y andaluz, a veces precedidas de verdaderas campañas publicitarias semiclandestinas de captación por el deprimido campo meridional español. Pero surgió una sociedad colonial —como aquella «criolla» ame-

ricana— con una vida urbana más predominantemente europea y con unas minorías musulmanas afrancesadas o europeizadas con sus manifestaciones culturales bastante precisas.

«La mañana del 16 de abril, el doctor Bernard Rieux, al salir de su habitación, tropezó con una rata muerta en medio del rellano de la escalera.» Antes, en el arranque real del relato —éste es un segundo inicio literario—, Camus (1913-1960) había situado también con precisión lo que él quiere que sea una crónica de una peste: «Los curiosos acontecimientos que constituyen el tema de esta crónica se produjeron en el año 194... en Orán». Y en aquella crónica de un año escaso de la vida de Orán que es *La peste* de Albert Camus, bulle una sociedad vivísima y animada que reacciona con cierta grandeza ante una situación límite, ante la peste; una plaga, como la guerra, ante la que la reacción inicial de la gente fue decirse «esto no puede durar, es demasiado estúpido»; con lo que eran gentes normales, pues

> eran humanidad: no creían en las plagas... ¿Cómo hubieran podido pensar en la peste, que suprime el porvenir, los desplazamientos y las discusiones? Se creían libres y nadie será libre mientras haya plagas.

Estaban, en definitiva, desprevenidos ante las plagas, tanto ante la peste como ante la guerra. Aquellos oraneses eran «hombres que tenían ideas muy concretas y bien ordenadas sobre todo lo que concierne a la banca, a la exportación, a los frutos cítricos y hasta al comercio de vinos», con sus rutinas provincianas y sus diversiones más o menos moderadas. Por la ciudad, de unos 200.000 habitantes, circulan el médico y cronista Bernard Rieux, hijo de un obrero, tal vez como el propio Camus —hijo de un obrero agrícola y una mujer española—, su madre silenciosa y dulce y su esposa enferma; el juez Othon, su esposa y sus dos hijos niños, la muerte de uno de los cuales creará uno de los clímax álgidos del relato; el oficinista municipal Joseph Grand, que «no encontraba la palabra adecuada», abnegado y fatalista; el suicida frustrado y especulador Cottard, hombre de opiniones liberales —«su frase favorita: 'Los grandes se comen siempre a los pequeños', lo probaba»— que terminará enloqueciendo, asesino paranoico cuando al fin remita la peste; el «santo» laico Jean Tarrou, co-cronista de lo sucedido, cuya muerte final cuando ya había pasado todo constituye «una derrota definitiva, la que pone fin a las guerras y hace de la paz un sufrimiento in-

curable»; el periodista parisino enamorado Raymond Rambert, excombatiente en la guerra de España con los republicanos; los españoles García, Raúl y González, el futbolista, y la madre española, recios y sobrios, del barrio español —esa hoy arruinada vieja Orán, frente al puerto pesquero— y de los medios marginales del contrabando; el jesuita padre Peneloux, militante y erudito, colaborador del *Boletín de la Sociedad Geográfica de Orán* —junto con la *Revue Africaine* de Argel, las dos revistas científicas más prestigiosas de la Argelia francesa— con sus trabajos sobre San Agustín y la iglesia africana, cuyos sermones creaban la vaga idea de que «por un crimen desconocido estaban condenados a un encarcelamiento inimaginable», al presentar la peste como plaga y castigo y hacer arrodillarse a todos los «orgullosos y ciegos» oraneses en la catedral. Y otros más, individualizados o en grupos, habitantes de una ciudad reconocible aún hoy —aunque sólo en parte—, fea y sin árboles, amarilla y gris, de crepúsculos espléndidos o esa «luz inmóvil» peculiar de otras horas del día, un poco a espaldas del mar a pesar de estar a su vera con el paseo marítimo sobre el puerto, con esos días de viento que barre la meseta y el sol meridional omnipresente. Con esa imponente catedral en medio de la ciudad —hoy convertida en centro cultural y biblioteca— y su jardín de palmeras y granados con una estatua dorada de Juana de Arco —hoy desaparecida— y la plaza de armas con el Ayuntamiento tras dos leones rugientes y el teatro, con sus ficus y una estatua de la República en el centro —hoy obelisco conmemorativo de la independencia— y el sonido del tañer de campanas, en la ciudad de hoy sonido ya olvidado desde hace años.

Fue una ex-alumna hispanista argelina, brillante estudiante de Sidi Belabés, quien me brindó una de las claves de la lectura de *La peste* con una simple frase: «No salimos nosotros». Entre la amplia gama de protagonistas de la novela de Camus, entre los oraneses, no hay ningún musulmán, ningún argelino de hoy. Se citan de pasada las callejuelas del barrio negro o los «muros azules, ocre y violeta de las casas moras», perfectamente reconocibles también hoy, pero nada más. Parece que aquella separación y exilio que originaba la peste, y su consecuencia, el miedo y la rebeldía, plaga que Rieux insiste en comparar con la guerra, afectase únicamente a aquella población europeo-africana de apreciable clasicismo y que los «indígenas» no contasen para nada. Y, sin embargo, en su lectura actual uno no puede por menos de encontrar un aire premonitorio de un cataclismo equiparable al de la peste, el de la guerra,

menos de un decenio antes de que ésta estallase en todo el país y también en Orán. Latente pero intenso en su presencia, precisamente a causa de esa ausencia espectacular del «indígena», del «árabe», en el relato.

Un detalle cobra entonces una importancia esencial: el periodista parisino Raymond Rambert, animoso y solidario, que no duda en entrar en contacto con los barrios bajos de españoles y contrabandistas para huir de la plaga hacia la vida y el amor de su amante parisina, harto de la gente «que muere por una idea» pues le parece que «en el fondo es criminal» y que provoca en Rieux la defensa de la honestidad frente al heroísmo, está en Orán para realizar un reportaje; «sobre las condiciones de vida de los árabes» y sus condiciones sanitarias, precisamente. Y la lectura de *La peste*, tanto para un argelino actual con cierta sensibilidad, como aquella excelente alumna argelina, un poco oranesa, cuya lectura la incitara a hablar de «nosotros» con naturalidad —hoy está casada con un sueco y puede presentarse como señora Anderson—, como para un conocedor de la ciudad actual de Orán, semeja una parábola habilísima, casi una profecía, en la que, si se sustituye la peste por la guerra, la lectura se puede transformar en una experiencia inquietante ante un posible análisis sesgado y de gran lucidez. La peste y la guerra como plagas parejas son varias veces sugeridas en el texto de Camus; lo mismo, el mensaje de que las «únicas certidumbres» son el amor, el sufrimiento y el exilio y de que «hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio», inmediatamente antes del rotundo final: el bacilo de la peste no muere y puede volver en cualquier momento.

La sensación de parábola sabia está sin duda ligada a la maestría literaria de Camus, no hay duda; pero esa maestría es en verdad cervantina cuando hace alusión sutilmente, como de paso, a su otra magna novela inquietante, *El extranjero*; en Argel había un proceso, en el tiempo de esta peste oranesa, y «se trataba de un joven que había matado a un árabe en una playa». Otra de las, únicas alusiones al «árabe», al «indígena», por el que se interesa como periodista el joven Rambert. También el único personaje de este tipo de *El extranjero*, entrevisto en la neblina provocada por la tanta luz de una playa mediterránea, abatido como al azar, sin expresa voluntad de ello por parte del asesino, recién huérfano de madre y desarraigado, uno de los personajes emblemáticos de la novela moderna. Para esa sociedad sin «árabe», en verdad novelesca, de ese personaje y de su misma ignorancia de él podía surgir la nueva plaga que pudiera provocar el bacilo

adormecido; plaga destructora como la peste misma, la misma guerra. Sospecha sugestiva que realza más el goce literario. Aunque, tal vez, sea que la novela se queda corta. La prematura muerte de Camus en 1960 impidió, sin duda, esclarecer algún malentendido.

Como Camus, otro escritor, esta vez oranés, del barrio de Santa Eugenia y de madre también española, Jean Senac (Beni Saf, 1926-1973), sí vivió la guerra de independencia argelina contra los franceses. Y optó por quedarse en la nueva experiencia de un Estado «independiente», trabajó en la radio y fue uno de los animadores de la vida literaria de expresión francesa en Argelia; una antología de la joven poesía argelina en francés (París, 1971) seleccionada por él, es todavía hoy de interés y actualidad. Pero él mismo fue uno de los más interesantes poetas que hicieron una poesía muy del momento, de combate y exaltación nacionalista, fruto de la dureza de los tiempos y de la ilusión por la nueva etapa política del país. Tras 1962, Jean Senac escribió un hermoso poema, muy arriesgado —desde el punto de vista formal—, que aludía a los nuevos tiempos y la nueva poesía que ellos traerían consigo; en *Citoyens de beauté* —«Ciudadanos de la belleza»—, comienza con esa alusión:

> Y ahora cantemos al amor,
> pues no hay Revolución sin Amor,
> no hay mañana sin sonrisa.
> La belleza en nuestros labios es un fruto continuo.
> Tiene este sabor preciso de los erizos de mar que se cogen
> al alba
> y que se saborean cuando el Erizo de Mar de Oro se separa de
> las brumas y sobre las olas modula su canto.
> Pues todo es canto —¡salvo la muerte!—,
> ¡Te amo!
> Es necesario cantar, Revolución, el cuerpo sin fin renovado
> de la Mujer,
> la mano del Amigo,
> el perfil como una escritura sobre el espacio
> de todas las que pasan y de todos los que pasan
> que dan a nuestra marcha su verdadera luz,
> a nuestro corazón su aliento (...)

Y que termina en un arriesgadísimo pero sugestivo salto mortal literario:

Sí, no haya miedo, diles
que eres bella como un comité de gestión,
   como una cooperativa agrícola,
   como una mina nacionalizada.
¡Osemos, oh amor mío, engalanar con flores nuevas
el cuerpo del poema nuevo!

MÚSICAS TERRENALES. «RAI», VINO Y HACHÍS, LIBERTAD, SUBDESARROLLO Y DESPOTISMO

Wahran, Waharan, rahti hsaara.... «Orán, Orán, has hecho el viaje en balde», o «ya no eres lo que eras y a cambio de nada», o algo así. Es el inicio de una de las más bellas y nostálgicas canciones de Ahmed Wahbi, esa voz profunda y reposada, tantos años el cantor por excelencia de la ciudad, hoy anciano venerable de pelo abundante y cano. Es una canción que —como *Valencia* o *Granada*, por no hablar de *Asturias patria querida*, en España— conocen un poco por toda Argelia. Es la canción moderna, breve y de letra en ocasiones chispeante, en ocasiones romántica, amorosa o nostálgica, con un lejano deje andalusí y oriental; y ese tono de «cualquiera tiempo pasado fue mejor» tan manriqueño y tan típico de la poesía de siempre beduina y árabe, que aparece aquí y allá con casi enfermiza o morbosa insistencia y signo claro de insatisfacción con su tiempo, añoranza de un pasado recordado menos arduo o idealizado; y tal vez, también, búsqueda de un nuevo «clasicismo».

Bashir Hach-Ali trata brevemente de la aparición de una música urbana en el siglo XX:

> Era floreciente antes y después de la Primera Guerra Mundial, con pequeñas composiciones, las «zendanís», «guigui», «torquí», «ksentini», rutilantes de gracia, pimpantes, ligeras, preciosas en ocasiones;

bien canciones femeninas o de fiestas de mujeres, bien cantos tabernarios o cantos de marineros, para cantar o bailables, y tanto en Argel como en otras ciudades populosas, incluso del interior del país. En ese ambiente, con una base que arranca de la música «arubi» —arubi hoy, en la ciudad, tiene un sentido de «paleto», de alguien recién llegado del campo— que en contacto con la ciudad da el «hawsi» —fusión de

una música más académica con la del terruño—, surgirá una música urbana más elaborada; en Argel, es destacable un tipo de esta música hawsi conocido como música «chaabi» —o popular—, una creación peculiar, típicamente magrebí o argelina y marroquí, que el cantor El Anka, de Argel, dignificó e hizo célebre. En Constantina surgió otro tipo de música particular, el «maluf», cantada y con amplia instrumentación, más influida por la música oriental que por la andaluza pero verdadera creación magrebí también, de tono grave y movimiento moderado, asimismo bastante popular.

Pero es en Orán en donde de estas formas de la música hawsi surgirá un movimiento musical que hoy, con el «rai», es posible que alcance difusión internacional apreciable con cantantes como Cheb Jaled o Cheb Mamí. Hay un amplio debate sobre qué puede significar exactamente la palabra *rai*, aunque en su sentido laxo y en profundidad todos estén de acuerdo en que se relaciona con el individualismo y la libertad de opinión y hasta de costumbres; y en lo musical, como el «jazz», en la libertad formal y la improvisación, así como en la incorporación, sin que la tradición interfiera, por pura economía musical, de nuevos sonidos o instrumentos. El *rai* significa también una importante ruptura con la poesía —y la canción, por lo tanto— tradicional árabe-musulmana al prescindir de la metáfora, la imaginería y los circunloquios propios de ella y expresarse en un lenguaje directo, poco elaborado, con la presentación de situaciones concretas y directas. Y tanto en la vertiente religiosa de los cantos de las cofradías y las fiestas religiosas y romerías, como en la más típicamente urbana, como en las composiciones amorosas y hasta eróticas —cantos de bodas campesinos, por ejemplo— que estarían en la base de un pop-rai urbano de cafés cantantes de la ciudad, cafetines moros y prostíbulos; de los cabarets y locales de baile, en fin, del período de entreguerras, en donde también convivió con las orquestinas de tipo occidental y sus instrumentos internacionales más comunes. Al viejo grupo tradicional en el que el cantor tocaba una *gasba* o flauta y las cantoras el *tar* —tambor con címbalos— o el *gal'lal* o tambor cilíndrico de cerámica, se añadirá la influencia, a causa de la radio y el cinematógrafo, predominante en la canción urbana, de la música egipcia de Farid el Atrach, Um Kulzum o Abdelhalim Hafez, tan escuchados en todos los países islámicos. El laúd y el violín, la guitarra y la «derbuca» en la percusión, invaden las

orquestas nuevas y en Orán cantantes como Belaui el Huari o Ahmed Saber combinan todas esas influencias. De ahí saldría Ahmed Wahbi.

Pero el rai va mucho más allá. Una mujer de Relisán, una ciudad interior clave en el enlace entre la Oranía y sus ciudades y la Mitiya y Argel, que comenzó como bailarina de cabaret, se convirtió en la gran estrella de la canción de antes de la Segunda Guerra Mundial y de la guerra de Argelia, con el nombre de Shija Rimiti Relizaniya; el nombre mismo se convierte casi en la designación de un género; *Rimiti* es una forma grosera de la expresión francesa *remettez-moi ça*, algo así como «méteme eso aquí», en alusión a la costumbre oriental de meter dinero en billetes en el escote o en las caderas de una bailarina como pago a su arte; así se puede hablar de otra Shija Rimiti famosa, esta vez de la ciudad de Saida y por eso apodada Saidia. La canción que pone de moda la Relizaniya está llena de dobles sentidos, con frecuencia de contenido erótico o picante, y de feminismo, de alguna manera, en una sociedad tan marcadamente masculina en sus valores; la voz ronca y el timbre grave, así como su fuerte personalidad, la convirtieron en todo un símbolo de un gusto popular muy amplio. Todavía hoy, en ciudades o grandes poblados campesinos del sur de Orán, pueden organizarse fiestas nocturnas —verdaderas «leilas» de la tradición andaluza— con alguna mujer cantora de este tipo en pleno campo, con comida y bebidas alcohólicas incluso, al margen de la vida y costumbres de la ciudad, mucho más estrictas; y que adoptan esa forma sin duda a causa de esas mismas carencias de locales de esparcimiento en los que puede escucharse ese tipo de música y disfrutarse de ese tipo de fiesta popular urbana. En los años cincuenta, antes de la guerra de independencia, el cantante Belkasem ben Butelya, introduce el uso del acordeón en la música rai, y un gran músico, Buteiba Saidi, ya después de la independencia, acordará el instrumento a las escalas de cuarto de tono, más adecuadas a la melodía tradicional. El trompetista Messaud Bel'lemú introducirá la trompeta y el saxo y a mediados de los años setenta, en un disco conjunto de estos dos músicos, Buteiba y Bel'lemú, aparecía la denominación pop-rai para esta especie de salsa magrebí que, en sus últimos ensayos, parece adaptarse bien también a un gusto más cercano a la música discotequera internacional.

La marginalidad que persiguió desde sus orígenes mismos a la música rai, parece estar desapareciendo. Todavía a principios de los años ochenta la música rai era escuchada en la radio y la televisión con mu-

cha parquedad, dadas sus letras duras y el mundo que reflejaba o sus amores tremendos y arrabaleros. Pero en Orán, en las numerosas bodas que se celebraban los fines de semana de la primavera y el verano, sobre todo, las orquestinas rai, muy numerosas, servían de rica cantera a toda una generación de músicos y pequeñas casas grabadoras de casetes ponían cada año a disposición de muchos los nuevos grupos y canciones. Casi todos los cantores se llamaban *cheb* —«guapo», o algo así—, y las cantantes *chebbas*, bellas, como Chebba Fadela; y pronto el rai de Cheb Jaled, su franqueza, su voz sugerente y su canto al «vino, acordeón, alegría y coraje», como titulaba un periódico parisino una entrevista con el cantante argelino, en el momento del inicio de su lanzamiento por una multinacional del sector poderosa, se convirtió en la estrella de aquella música arraigada y mestiza al mismo tiempo. Y en Cheb Jaled, el rai puede adoptar aire de canción crítica y de protesta, sus mismas declaraciones pueden resultar subversivas. En una de sus últimas canciones, tras los tiempos en los que la represión policial por diversos problemas políticos en el país se hizo mayor y se recrudeció la violencia urbana entre grupos diversos, conectó con amplios sectores de la juventud argelina, que encuentra en él a uno de sus más ajustados portavoces. Dice así —y cuando habla de quemar el corazón se refiere a un tipo de quemadura-tatuaje muy frecuente en sectores populares duros magrebíes, que se dejan una señal en la piel con el cigarrillo encendido para que un recuerdo no se les diluya— en una difícil traducción aproximada:

> Me largo, Orán, adiós.
> Mi corazón que antes te quería, voy a quemarlo para que no te olvide.
> La profecía de los ancianos se está cumpliendo:
> A quien fuerce y traicione a esta tierra, Orán le castigará.
> En la ciudad de Orán hay mucho forajido forastero que la estropean, unos por aquí, otros por allí.
> Cuando cae la noche, te tengo miedo, Orán.
> El barrio de Hammeri se ha convertido en Chicago y se oyen las balas día y noche.
> ¡Cuánto te amo, muchacha oranesa! Tu vestido y tu bolso, tu contoneo, tu brazo gracioso como el de una muñeca.
> Cuando cae la noche, tengo miedo por ti, muchacha.
> Me largo, Orán, adiós.

La dureza de la canción, con ese aire ligero, desenfadado y directo, ese toque tierno al evocar a la muchacha oranesa en sus detalles de más coquetería —que no carece de dureza tampoco en el marco de las dificultades de la mujer en la vida cotidiana de la calle de una ciudad argelina— y su alusión a la violencia, consigue conectar con fuerza con ese 60 % de población joven del país. Y tiene un gran valor como manifiesto sociológico muy acertado. Esa sociedad en la que la superpoblación, la juventud y el desorden económico de los últimos tiempos parece presionar a una clase política que rumorean clientelar y corrupta. Aunque no lo sea, y el problema sea más profundo, más estructural, un programa de educación política parece prioritario: si no fuera así, una vez más el único lenguaje reconocible que iban a tener para que la desintegración social no fuera total, sería el viejo lenguaje religioso islámico. La omnipresencia de la televisión internacional en todas las casas argelinas, el contacto con lo que pasa en Europa y en el exterior de su país, también a través de los cientos de miles de emigrantes —millones—, mensajes a los que el rai fue permeable y capaz de realizar su síntesis particular sobre ello, síntesis musical pero también verbalizada y comprensible por mucha gente; aunque no sea la suya una síntesis política, global y adecuada, sino sólo parcial y reivindicadora, sin «programa» político claro o al uso —tampoco se le puede pedir—, pero de alguna manera renovador, si no «revolucionario» o revolucionador de la sociedad de la que procede. El mensaje popular rai más crítico puede también confluir con algunas voces sinceras, como el Kateb Yacine de la pieza teatral *Mohamed, coge tu maleta*, tras volver a Argelia en 1970 porque tenía «falta de retomar contacto con su país» y renunciar a su expresión francesa para ensayar un teatro directo, en árabe dialectal y con recursos de creación colectiva, en su retiro de Sidi Belabés. O las voces de algunos poetas como el oranés Hamid Skif, en el poema *On nous a trompé*, en un momento del cual señala:

Nos engañaron
como se engaña a bestias al acecho
como se engaña a niños tiernos
como se engaña a clientes tontos.
NOS ENGAÑARON
de la raíz de las uñas a la de nuestra lengua
vendiéndonos mercancía echada a perder en los
subsuelos de la memoria...

Para terminar:

Pero, ¿qué hacemos camaradas
una vez engañados
una vez lavados?
¿qué hacemos
  sino jugar
a las cartas en el polvo
de sus mentiras?

Otro poeta joven en el momento de la guerra de la independencia contra Francia, Yucef Septi, en su *Esperanza desesperada*, arremete contra «los que han reemplazado a los colonos»:

Y ¿por qué queréis que se calle
por qué queréis que no se replique nada
por qué queréis que no se devuelvan los golpes
por qué queréis que no se os escupa a la cara
por qué queréis que no se sea vuestros asesinos...?

Muy relacionado con el ambiente musical del rai —como, por otra parte, con los ambientes musicales populares— está el mundo del alcohol y el hachís. Con un matiz muy peculiar de la región; mientras el vino tiene en contra la prohibición coránica más o menos expresa —y es una discusión interesante de taberna, la prohibición absoluta o sólo relativa del vino en el Corán—, el hachís no y su uso puede ser considerado como una costumbre muy acendrada en todo el Magreb, sobre todo en bodas o en las noches del mes de ramadán, mes del ayuno diurno, santo por excelencia. Si en una fiesta familiar popular en donde hay jóvenes occidentalizados en un medio de familia más tradicional, alguno de los viejos advirtiera la presencia del alcohol, lo lamentaría como pecado y por temor a que pudieran surgir conflictos agresivos, mientras que si advirtiera el uso del hachís no sucedería lo mismo; tal vez lo contrario, pues sería un síntoma de larga tertulia y conversación. Son viejos hábitos y que saben controlar por costumbre. La misma Isabel Eberhardt, en sus *Diarios*, comenta cómo a su regreso a Argel una de las primeras visitas que realiza en la ciudad es a uno de los cafetines en donde sabe que puede comprar hachís. Y, sin embargo, la venta de vino o alcohol está permitida, así como su consumo público en restaurantes

y tabernas, a pesar del tabú religioso, mientras que el uso y la venta del hachís están prohibidos. Los tres tratados árabes sobre el *Cannabis indica*, uno de ellos de finales del siglo XVI, que ha publicado Indalecio Lozano, de la Universidad de Granada, muestran a las claras el profundo conocimiento que, ya en el siglo XIII, tenía la cultura árabe-islámica de sus propiedades y de las consecuencias de su uso; los textos, además, son de polémica doctrinal y religiosa, contra el uso del hachís por algunos sectores sufíes para fines especulativos y místicos, de alguna manera. Lo que hace que no sea raro, incluso hoy, que muchos hermanos musulmanes —de más estricto islamismo popular por ello— lo usen sin reparos morales de ningún tipo, a pesar de la prohibición legal que pesa sobre él. Y lo convierten de alguna manera también en acto subversivo, al ir contra una ley penal que no consideran islámica, por lo tanto, y por ello transgredible. La cercanía de la región marroquí de Ketama, de gran producción de hachís, y de la frontera argelina oranesa y tlemsení, genera un amplio comercio de contrabando en la región, a veces de intercambios de productos de primera necesidad y precio subvencionado en Argelia —café o bombonas de gas, por ejemplo— por otros productos y hachís marroquí; en períodos de parón económico, la chavalería de los barrios de Orán, por ejemplo, redondea los ingresos familiares con este tipo de contrabando también, similar al que se da entre Orán y Alicante con productos industriales europeos. Y cuando se convierte en algo masivo, este tipo de tráfico menor, es síntoma claro de crisis generalizada, si no mero reflejo de otro tipo de funcionamiento similar en más altas esferas, según se piensa tanto en medios intelectuales como populares. Un desplome moral generalizado, apreciable en la era posbumedianista y antes en Argelia, pero agudizado con el asesinato del presidente Budiaf en 1992, es posible que dejara al país en manos del otro único mensaje moral global, el islámico, convertido una vez más en ley única.

En ese caso, podría aplicársele a la sociedad argelina el mismo juicio que ese fino historiador andaluz, don Antonio Domínguez Ortiz, aplicaba a la sociedad española histórica. Glosando el dicho del conde-duque de Olivares de que al pueblo había que «atemorizarlo para que no escedan», de manera que «negando al pueblo cualquier móvil elevado reducía su esfera de interés a la mera subsistencia», el historiador andaluz hace uno de los más duros juicios de las clases privilegiadas de la sociedad española moderna: «Tradicionalmente las clases privilegia-

das han pecado, más que de maldad deliberada, de inconsciencia y de culpable ignorancia en sus relaciones con el pueblo». Una parte importante de las consecuencias no se solventaron hasta la Guerra Civil de 1936-1939, aunque se solventaran mal muy posiblemente. En Argelia podría hablarse en los mismos términos y el período colonial francés no hizo sino acentuar esa grieta de la sociedad berberisca. El emir Abdelkader mismo, antes de acceder al reconocimiento general, sufrió ese menosprecio del notable «feudal», que dijera Lacheraf, quien recoge la anécdota, que le recordaba como un pobre chico salido de una familia inferior a la suya cuando visitaba Orán; este notable, Mustafá ben Ismail, jeque de los Duair, cuando visitó a Abdelkader como emir, sintiéndose humillado porque no interrumpiera una entrevista con un campesino para recibirle, dijo estas palabras que recoge Lacheraf, sin duda recordadas por la tradición oral:

> Puesto que estos que ayer eran mis servidores tienen hoy día el derecho de hablar delante de mí y más alto que yo, juro que jamás mi rostro se volverá a encontrar con el tuyo.

Esa actitud del poderoso, no tan diferente de la de la época de Ibn Jaldún, debió impregnar a toda la sociedad argelina y al nuevo poder, y podría verse reflejada hasta en el trato mismo que un policía municipal puede tener hacia sus coetáneos por el mero hecho de vestir un uniforme. Pero ésta tal vez sea otra historia.

V

ARGEL: DEL CLASICISMO BERBERISCO DEL SIGLO XVI A LA ARGELIA INDEPENDIENTE

La costa central argelina. Cherchell, la antigua Iol-Cesarea, última capital mauritana, y Tipaza

«Argel —que los moros llaman Gezayr de Beni Mozgana— es una famosa ciudad..., la cual fue edificada por un pueblo de bereberes africanos llamado Mozgana... Gezayr (es) nombre antiguo que quiere decir islas...» Así comienza Luis del Mármol Carvajal una de las descripciones de la ciudad más hermosas de las fuentes españolas del siglo XVI. «Su sitio es en la ladera de un alto monte y está cercada de altos y fuertes muros de piedra, y de un foso muy hondo con muchos baluartes al derredor.» La ciudad del siglo XVI, que debió fascinar a los ribereños del Mediterráneo, con su leyenda de crueldad y cautiverio, pero también de posibilidad de ganancias rápidas y de medro económico para unas gentes de zonas deprimidas o castigadas aún hoy, griegos y albaneses, gentes de Anatolia que la veían como castellanos y extremeños veían América, calabreses, sicilianos y sardos, españoles del sur. La cartografía española de la época, como bien presentaran Epalza y Vilar, dejó abundantes representaciones gráficas de la ciudad, entonces sólo esa *casbah*, hoy patrimonio de la humanidad para la UNESCO y que fascinara, al igual que Gardaia, a no pocos arquitectos, como Le Corbusier mismo. La descripción de Mármol es inmejorable:

> Las casas comienzan desde la marina, en un llano, y se van alzando poco a poco, como gradas, unas sobre otras por el monte arriba, haciendo una bella vista; porque todas tienen sus ventanas y corredores a la mar y no se quitan la vista unas a otras. La fábrica de ellas es

> muy buena en general; y, en particular, hay muchos palacios modernos hermosamente labrados por los arraeces y capitanes turcos y renegados que allí han residido. Las plazas y las calles están muy bien repartidas, y cada oficio y trato puesto por sí.

La blanca y empinada Argel, una de las ciudades con más personalidad del Mediterráneo.

La primacía de Argel estuvo muy ligada al ascenso de los Barbarroja a aquella especie de «principado nuevo» que diría Maquiavelo, al control de un amplio territorio, con zonas del antiguo reino ziani de Tremecén y zonas del reino hafsí de Túnez. Y en una progresión tan rápida y realizada con tanta habilidad política que admiró y sorprendió al ya relativamente más estable mundo político europeo renacentista, en pleno desarrollo de lo que los historiadores dieron en llamar —no importa que ahora el nombre mismo se cuestione, sigue siendo operativo— «Estado moderno». La forma en que la tradición narra la muerte de Selim ben-Tumi a manos de Aruch Barbarroja está impregnada de esos matices de todos los «mitos» fundacionales; en este caso de un régimen político que iba a mantenerse bien estructurado, con sus limitaciones y sus pactos, durante tres siglos largos; al que se conocería como la Regencia de Argel.

La ciudad de Argel no tenía la antigüedad ni la importancia de otras ciudades vecinas de la costa; tal vez un puerto menor, como Tenés, más al oeste, y por supuesto mucho menor que Beyaia, de quien las fuentes españolas que recoge el obispo Sandoval la hacían depender, a pesar de que la mayoría la conecten con el reino de Tremecén. En la antigüedad romana los grandes centros urbanos de ese tramo de costa se encontraban más hacia el oeste, en Tipaza o en Cherchell, la Iol-Cesarea, capital de los últimos monarcas mauritanos. O más al interior, como Miliana (Zucchabar) o Chelif (Oppidum), región para la que Argel es una de las salidas naturales al mar. También en la bahía de Argel hubo una ciudad romana, Icosium, pero menos importante que sus vecinas más occidentales. Las ruinas romanas de estas dos ciudades, Tipaza y Cherchell, a orillas del mar, son aún hoy de gran belleza y el Museo de Cherchell conserva los restos de aquel esplendor antiguo. Ambas ciudades estaban amuralladas, además, por recintos muy amplios —el de Cherchell de una longitud de más de cuatro kilómetros, la más larga muralla africana y una de las más amplias del mundo ro-

mano—, que defendían parte de las tierras del entorno de la ciudad y hacían más fácil su defensa de las poblaciones hostiles que la rodeaban. Casi 40 torres cuadradas, redondas u octogonales se conocen de las de Cherchell, y algunos barrios tenían sus propias murallas menores que un asaltante debía también salvar para dominar la ciudad.

La importancia de Cherchell, que alcanzó los 40.000 habitantes, fue grande; capital mauritana con Juba II, protegido de Augusto, tras el asesinato de su hijo y sucesor por Calígula el año 42 después de Cristo, se convirtió en capital provincial romana de la Mauritania Cesariense —su nombre romano es Cesarea— y de ella dependía el territorio entre Setif y la actual frontera marroquí; Tánger sería la capital de la otra provincia mauritana, la Mauritania Tingitana. El puerto de Cesarea se convirtió en el más importante de la costa mediterránea africana. Excavaciones recientes en torno al islote del faro, han mostrado la existencia de restos importantes entre el siglo V y el I antes de Cristo, sin duda allí estaba el emplazamiento, bien protegido de los vientos del norte, de una instalación comercial fenicio-púnica.

La historia de Iol-Cesarea está conectada con los últimos reyes mauritanos. Una inscripción funeraria en caracteres púnicos del hijo de Masinisa, Micipsa, parece indicar que fue el centro urbano entre Siga —en la región de Nedroma— y Cirta —Constantina— que pasó a ser elegido como nueva capital con la instalación de los romanos en el *Africa Nova*. En las guerras civiles inmediatamente anteriores a la conquista de César, el rey mauritano Juba I se alineó con los pompeyanos que habían de ser vencidos y el rey Juba se suicidó el año 46 antes de Cristo tras esa derrota ante César. Juba II, el hijo de Juba I, con el apoyo de Octavio César Augusto fue reconocido rey mauritano y su capital, con el nuevo nombre de Cesarea en honor del futuro emperador, creció y se embelleció con la paz. Los restos romanos de la época de Juba II están hoy en los museos del Louvre, de Argel y de Cherchell. Juba II casó con Cleopatra Selene, hija de la reina de Egipto Cleopatra y de Marco Antonio, al parecer, mujer de una gran belleza, y su hijo Ptolomeo fue el último rey mauritano. Tal vez las magnas fortificaciones de los siglos I y II después de Cristo sean el signo más claro de inseguridad ante los levantamientos campesinos contra el control romano en la zona; de la cercana Tipaza también destacan sus dos kilómetros y medio de muralla por el mismo motivo. La guarnición de soldados romanos de la ciudad debió de ser también muy importante; procedían de Siria

y de los actuales países danubianos. En Tipaza, fortificada por Antonio Pío, a mediados del siglo II después de Cristo, cuando toda la Mauritania rural se levantaba contra los romanos, los restos de inscripciones funerarias indican la procedencia de los soldados de aquellas guarniciones: de Próximo Oriente, del Danubio, pero también de las actuales Holanda e Inglaterra. Una vez más, frontera y escenario para un amplio mestizaje.

Ciudades costeras, la de Tipaza verdaderamente evocadora —como Yamila, cerca de Setif, su entorno natural perfecto todavía—, el foro se desplaza hacia el puerto, perdiendo ese centro geométrico y cruce de ejes de las ciudades del interior y situándolo frente al mar. La importancia de Cesarea-Iol, la actual Cherchell, que contaba con un anfiteatro de 120 metros de largo por 70 de ancho, y con uno de los únicos circos de la región —con el de Setif—, perfectamente visible en las fotografías aéreas y de 400 metros de largo por 40 de ancho, también queda de manifiesto en sus importantes conducciones de agua, que alcanzan en sus captaciones hasta 30 kilómetros al sudeste de la ciudad, un gran acueducto del que se conservan tramos enteros y cisternas en casas particulares y en edificios públicos que se alimentaban con los pozos que recogían las aguas del subsuelo. Como en Tipaza, con baños privados como el de la llamada «casa de los frescos» —por haberse encontrado en ella restos de pinturas murales—, se puede hablar de gran lujo y despilfarro, en los barrios ricos de la ciudad, de un bien tan preciado en la región como el agua. Igual que en el este del país, más romanizado, las termas y baños públicos o privados de la antigüedad debieron pervivir, a lo largo de los siglos, impregnando a toda la cultura árabe con su atractivo, en los *hamam* o baños moros hasta hoy día; básica en las tradiciones purificatorias pues limpia el alma del pecado de la misma manera que se limpia el cuerpo, el agua salvadora —como esa confesión oral cristiana ante el sacerdote representante de Dios—, vivificadora como el pan y el vino de los cristianos. Tradición del agua que pervivió frente a otras aportaciones cristianas, de tanto asentamiento en la región, como en el resto de Argelia, con sus obispos donatistas y sus bellas construcciones religiosas basilicales. Según la tradición, en el anfiteatro de Cesarea-Cherchell sufrió martirio la virgen Santa Marciana, atada a un poste y devorada por un león; su delito había sido destrozar una estatua de Diana que adornaba una fuente, verdadero furor contra las imágenes de los ídolos que también heredarían los mu-

sulmanes. La necrópolis de Tipaza es un verdadero museo ella sola, un museo funerario al aire libre, variadísimo, con humildes tumbas y suntuosos mausoleos; por raro azar, son estas casas de los muertos que rodean las ciudades romanas los restos mejor conservados de aquella sociedad antigua. Como esas kubas airosas de los marabuts o santones recordados sobre todo en el mundo rural de toda Berbería, lugar venerable y de mediación con un más allá temporal misterioso y tal vez amenazador.

En lo alto de los montes que separan la franja costera de Cherchell y Tipaza de la rica Mitiya interior, a unos 40 kilómetros al este de Cherchell, se conserva un imponente mausoleo, en un paisaje-mirador que lo realza de manera espectacular, conocido popularmente como «la tumba de la cristiana». En realidad, pudiera ser el mausoleo de Cleopatra Selene, la mujer de Juba II y madre del último rey mauritano Ptolomeo, de la que se conservan algunos bustos al gusto romano, o una tumba real sin más de aquellos reyes númido-mauritanos. Es un amplio cuerpo cilíndrico de bien tallados sillares y medias columnas adosadas de elegantes proporciones y rematadas por volutas como en los frentes del capitel jónico; el anillo está cubierto por una elevada cobertura cónica, como un gran túmulo, aunque más recuerda a las pirámides egipcias. La misma forma tumular tenía, en el extremo occidental argelino, en el emplazamiento de la antigua Siga, el que se denominaba «mausoleo de Syphax», antes de que desapareciera al ser excavado a mediados de los años setenta, y, mucho más al sur, el mausoleo conocido como el «Medrasen», en curso de restauración, de estructura idéntica a «la tumba de la cristiana» pero de aire menos esbelto y más egipcio el tipo de medios fustes de columnas adosados. Enterramientos únicos en el Magreb y en todo el Mediterráneo, su personalidad cultural con aportes de procedencias diversas pero de gran coherencia, tienen tanto encanto y grandeza como los restos de las culturas ibéricas españolas levantinas y sureñas.

Esa región costera entre Cabilia y Tenés, en donde Argel, Tipaza y Cherchell son los puertos más notables para luego convertirse en un tramo de costa de acantilados hasta el puerto de Tenés, se convirtió en relativamente excéntrica en la época medieval, cuando alcanzó mayor importancia por ser más transitada la región más meridional de la Mitiya y la estepa misma. No obstante, mantuvo su tradición marinera con altibajos y con más autonomía cuando el control de las monarquías tlemsení y tunecina decayó. Antonio de Sosa recoge la versión, sin duda

oral, de un viaje de Aruch Barbarroja a Cherchell —la Sargel de las fuentes españolas—, en donde se había instalado otro corsario turco, Carasán, antiguo hombre de Barbarroja, previo al viaje a Argel en el que había de hacerse con el poder tras matar a Selim ben-Tumi. Aunque Carasán se plegó a los deseos de Aruch, éste le mandó cortar la cabeza e hizo que los habitantes de la ciudad, así como los hombres y esclavos de Carasán, le reconociesen a él como señor.

En aquel momento, en torno a 1516, los habitantes de Cherchell eran en su mayoría moriscos españoles, de Granada, Valencia y Aragón, allí instalados y que también se dedicaban al corso por las cercanas costas baleares y levantinas que conocían muy bien. Aunque en los años ochenta del siglo XVI Sosa calcula en 1.000 casas —vecinos o familias— los habitantes de Cherchell, en tiempos de Barbarroja calcula que serían la mitad, unos 500, e incluso que había sido totalmente repoblado por aquellos recién venidos moriscos españoles. El puerto de Cherchell era pequeño, pero «con poca industria y trabajo se podía hacer capaz y muy seguro»; y eso era su principal atractivo, además de que su entorno rural «fuese de todo bastimento muy abundante y de sus montañas hubiese... gran abundancia de árboles para poder hacer bajeles». Mientras los españoles siguieron ocupando el peñón de Argel, que hacía inseguro el puerto de la ciudad para el regreso de las campañas de corso, hasta 1529 por lo tanto, Jeredín Barbarroja había de mimar aquel puerto y usarlo como centro de sus expediciones corsarias, base segura como lo había sido Yiyel. Los «moriscos de Sargel», además, habían apoyado a los Barbarroja desde el principio y habían participado con ellos en las campañas militares por el occidente argelino, encantados de un jefe político que dirigía sus principales esfuerzos contra los odiados cristianos españoles que los habían expulsado de sus tierras. Si la aportación morisca en amplias zonas del país, en Tremecén o en Argel mismo, había sido amplia, como mostrara Epalza, para Cherchell había significado un nuevo despertar como ciudad, una verdadera repoblación. En el verano de 1530 Andrea Doria en persona capitaneó una expedición contra Cherchell, en donde se guarnecía una parte de la flota de Barbarroja y en donde más de 600 esclavos cristianos trabajaban en las obras del puerto; tras el éxito inicial, que liberó a una gran cantidad de cautivos, la reacción rápida de los corsarios y los campesinos del entorno de la ciudad hizo que medio millar de soldados, entre ellos el caballero Palavicino, murieran o quedaran prisioneros de los berberiscos y Doria debió hacerse a la mar hacia Mallorca para evitar peores males.

La antigua Iol-Cesarea, repoblada por moriscos marinos y agricultores, se rehacía con su entorno en el marco de un nuevo régimen político que fijaba su nueva capitalidad en la cercana Argel.

Hoy la costa entre Cherchell y Argel, con los complejos turísticos de Tipaza y Sidi Ferruch, con las hermosas playas en donde desembarcaran los franceses en 1830, es el principal centro turístico del país, junto con la cornisa oranesa. Viejas tradiciones constructivas y ornamentales —esa cerámica de tonos verdes pintada a mano o los tapices y alfombras de las diversas regiones de la estepa— y una cocina que recoge también tradiciones culinarias locales, hacen de aquellos hoteles y centros de diversión una pequeña isla de alterne internacional y turístico al uso, con puerto deportivo y más asequible para un viajero occidental y sus gustos. Es la zona de mayor representatividad y la más preparada para ese tipo de reuniones y congresos internacionales que un Estado moderno precisa. Ese Estado que en torno a Argel comenzó a perfilar Jeredín Barbarroja y que la guerra de independencia, entre 1954 y 1962, después del período colonial francés, terminó de pergeñar, con la referencia obligada de aquel proyecto inconcluso del emir Abdelkader.

La Argel clásica de los Barbarroja

La toma del poder por Aruch Barbarroja en Argel está muy ligada a la presencia de los españoles en los puntos estratégicos de la costa argelina. La llamada de los argelinos a Barbarroja, ya fuera con conocimiento de su señor Selim ben-Tumi o sin su conocimiento, se relacionó con la molesta presencia de la guarnición española del peñón que entorpecía la actividad marítima de sus habitantes. La falta de artillería hizo que no pudieran dar el deseado asalto a la isleta llamada del peñón, a la entrada del puerto de Argel, pero Aruch aprovechó el viaje para instalarse en la ciudad. Las diferentes fuentes de la época narran de manera diversa la muerte de Selim ben-Tumi, para algunos emparentado con tribus de la Mitiya, para otros con los cabiles, dudas que indican su raigambre bereber. Tres muertes diferentes recogen esas fuentes: apuñalamiento con decapitación posterior, ahorcamiento con su propio turbante y en la torre de la puerta de la ciudad y muerte por asfixia en su baño o hamam; con él se ponía fin a un régimen político

colaboracionista con los españoles, pues algunos resaltan que los hombres de Barbarroja, mientras anunciaban a los argelinos la muerte de Selim ben-Tumi y los animaban a aceptar a su nuevo señor, destruían las armas de Aragón que habían sido colocadas en algunos lugares de la ciudad; uno de los hijos de Selim ben-Tumi, además, se quedó en España como cristiano y se casó en Illescas, como recuerda Sandoval. El mismo obispo Sandoval sintetiza muy bien el efecto del golpe de Estado de Aruch: «Diose a gobernar haciendo muchas cosas de hecho. Batió moneda, acrecentó las rentas, hizo armada y llamóse rey».

La acción de Barbarroja, en el verano de 1516, se sitúa muy bien en el contexto de la muerte reciente de Fernando de Aragón —a principios de ese año, quedando Cisneros al frente de los reinos españoles mientras llegaba a España el heredero Carlos de Habsburgo— y las esperanzas que su desaparición crearon en toda la región. Pero Cisneros fue contundente nada más saber el golpe de Barbarroja en Argel; con celeridad organizó una nueva armada que puso al mando de Diego de Vera —al que Mártir de Anglería tacha de fatuo e inútil— y gestionó la ayuda del rey de Tremecén y de Hamid el Negro de Tenés, que debían asistir por tierra a los expedicionarios españoles; la campaña se presentaba como defensora de los derechos de los sucesores de Selim ben-Tumi, uno de cuyos hijos se había refugiado en Orán huyendo de la matanza de los corsarios. Juan Negrilli, jefe de la guarnición de españoles en ausencia de mosén Nicolao Quint, se quejaba a Vera de los pocos hombres de armas que tenían pues la mayoría eran payeses mallorquines atemorizados y sólo habría hábiles unos 200 hombres que pudieran luchar; al mismo tiempo, le advertía de que no debía esperar el apoyo de gentes de la región:

> Porque Barbarroja tiene por amigos a todos los alárabes y le favorecen, y ha hecho las paces con los hijos del jeque (Selim ben-Tumi), y se ha casado el mayor con una hija del morabito de Barbarroja; por ende, no ha de hacer vuestra merced cuenta que en Berbería ha de haber moro que sea en su favor.

La expedición fue un desastre para los españoles, con miles de muertos y 1.500 cautivos —en cálculo de Sosa desde Argel, que Fernández Duro reduce a 400—, lo que suponía un gran triunfo del nuevo régimen inaugurado por Aruch Barbarroja. La continuación, ya hemos he-

cho alusión a ella: la conquista de Tenés y de Tremecén y la muerte del gran corsario en el tiempo de las cerezas de 1518 frente a los españoles de Orán, ya con Carlos de Habsburgo al frente de la monarquía católica.

Eran los tiempos en los que el sultán Selim incorporaba Siria y Egipto a la órbita otomana, para cuyas campañas había convocado a todos los corsarios turcos del Mediterráneo, cada vez más en operaciones de pequeñas flotillas como bien estudiara Alberto Tenenti, y no es raro que en ese ambiente los Barbarroja obtuvieran ese apoyo otomano que habría de ser decisivo para su régimen político recién instaurado en Argel; no hay una certeza documental del inicio de ese apoyo, como recuerda Godfrey Fisher, pero la presencia en la Argel de Jeredín Barbarroja, desde esas fechas, de un contingente de 2.000 jenízaros, o algo más, se cita con normalidad en las fuentes del momento. Muerto Aruch Barbarroja, Carlos V decidió una nueva ofensiva contra Argel que se plasmó en la nueva expedición capitaneada por Hugo de Moncada —hijo del marqués de Aytona, caballero valenciano virrey de Sicilia en ese momento— y que Fisher, al manejar muy fragmentariamente las fuentes españolas, no sabe precisar demasiado. Con gente de Sicilia, refuerzos españoles —Vera participó también en esta expedición— y de Bugía, así como con promesas de ayuda del rey de Tremecén por tierra —finalmente no enviada, a lo que se achacó una parte del fracaso—, en 80 naves salió la expedición en el verano de 1519. En Orán se entretuvieron en una magna cabalgada para abastecer de carne a la armada, que supuso la captura de 15.000 cabezas de ganado menor y mayor, además de casi dos centenares de cautivos, a tribus instaladas en las proximidades de Arzew. Pero la operación constituyó un nuevo fracaso español. Tras el temor inicial, Jeredín Barbarroja se dispuso a defender la ciudad; Mármol lo recoge de manera bien ilustrativa:

> Hayredín estaba aguardando para defenderla (Argel) con harto temor porque tenía pocos turcos dentro y no mucha confianza en los moros de la ciudad... Y viendo que los de Argel escondían sus dineros y joyas en pozos y en cuevas, y en otras partes, y que algunos sacaban sus mujeres e hijos, mandó pregonar so pena de la vida que nadie lo hiciese... A este tiempo acudieron todos los alárabes y bereberes de aquella comarca, con quien Hayredín tenía hecha amistad, y trabaron algunas escaramuzas con los cristianos, donde murió harta gente de ambas partes.

Entre la mala coordinación en los mandos y una tormenta nocturna, los españoles fueron desbaratados y los barcos supervivientes de la armada se retiraron dejando muchos muertos y cautivos en Argel; a una parte de estos cautivos, a los que Barbarroja supo que habían participado desde Orán en la campaña en donde encontrara la muerte su hermano Aruch, los mandó matar cruelmente, según las fuentes españolas.

> Desta fecha quedó Barbarroja —escribe Gómara— rico de dineros, de cautivos, de artillería, de naos, de maderas para hacer fustas, de otros muchos bienes, en especial artillería, de que tenía grandísima falta.

Y, sobre todo, nacía la leyenda de inexpugnabilidad de la ciudad de Argel tras la neutralización por dos veces de una gran armada española. Su capitalidad, a pesar de la oposición de una parte de los bereberes de la Gran Cabilia, se reforzaba y su hegemonía alcanzaba a toda la Mitiya, por el oeste a Tenés y Mostaganem y por el este a Annaba y hasta Constantina.

Pero la capitalidad de Argel no fue plena hasta 1529, cuando Jeredín Barbarroja pudo al fin conquistar el peñón de Argel a los españoles, cuya guarnición estaba al mando del madrileño Martín de Vargas por entonces. Otra vez el relato de aquel suceso, cuando Carlos V se preparaba para su viaje a Italia en donde había de ser coronado emperador en Bolonia y había desamparado de alguna manera la vigilancia de las costas al desplazar consigo al grueso de la marina hispano-italiana, recogido por las diversas fuentes españolas, se convierte en relato semilegendario, tan típico de la transmisión oral, como había sucedido con la muerte de Selim ben-Tumi. Si Sosa la narra como muerte a bastonazos, tras la trabajosa conquista del fuerte español y al no querer hacerse «turco de profesión» el oficial español, Sandoval añade el descuartizamiento y, en un alarde de imaginación, el cronista Santa Cruz apunta que «le mandó Barbarroja hervir en una caldera de aceite, donde murió como buen cristiano y caballero».

Se iniciaba, entonces, una nueva etapa en la vida de la ciudad, tal vez una de las más brillantes, con la incorporación de otros grandes corsarios que habían actuado hasta entonces desde otros puntos de la costa, y entre los cuales destacaba Sinán de Esmirna, apodado el Judío, tuerto y con fama de mago, futuro organizador de la flota otomana en

el mar Rojo y en el océano Índico. Los años treinta de la ciudad, con los corsarios turcos Sinán de Esmirna y Cachidiablo, el alejandrino Salah Arraez, el sardo «Azanaga» —Aga Hasán, el eunuco excautivo desde niño que defendería la ciudad frente a Carlos V en 1541— o el también sardo Rabadán, futuro gobernante muy querido de la ciudad, cuando Cervantes llegó allí cautivo, fueron años de esplendor económico y asentamiento de una sociedad berberisca argelina mestizada y próspera. Tres cautivas, dos de ellas mallorquinas, cuando los argelinos pusieron fin a la presencia española en el peñón de Argel, se casaron con notables de la ciudad y, en los años en que Sosa y Cervantes están en Argel, sus descendientes ocupaban la cúspide de aquella «alta burguesía» argelina de armadores, corsarios y comerciantes, también emparentada con alcaides y gobernadores.

A partir de 1533 Jeredín Barbarroja abandona Argel por Estambul, salvo la breve estancia en Túnez entre 1534 y 1535, en la que intentó incorporar aquella región al Imperio Otomano; una expedición naval con Carlos V al frente puso fin a aquel intento prematuro y Túnez no se integraría en la órbita turca hasta después de Lepanto. En 1533 también se darían los primeros contactos amistosos con la Francia de Francisco I, en el marco del enfrentamiento con su enemigo común, la Casa de Habsburgo. Colaboró en aquel acercamiento un castellano de Valladolid que también odiaba a los Habsburgos, el excomunero exiliado en Francia Antonio Rincón, uno de los artífices de la diplomacia francesa en Oriente. En Argel, Jeredín confió el gobierno de la ciudad y a su propio hijo, el futuro Hasán Bajá, hijo de madre argelina —cologli, por lo tanto—, a Hasán Aga, el valiente y fiel eunuco sardo. Su entrada en Estambul, con valiosos presentes para el sultán Solimán, en el momento delicado de la caída en desgracia del primer bajá Ismail, supuso su consagración política al serle confiada la flota turca como almirante o kapudan pachá; pasaba de tener a su mando una treintena de naves a poder controlar centenares de galeras. El régimen argelino, con sus hombres de confianza allí y su influencia en Estambul, le sobrevivía con más brillantez, si cabe. Las relaciones diplomáticas con Francia y la coordinación de los movimientos de la flota turca con los franceses, le consagraban también como una de las piezas claves del Mediterráneo. La presentación que hace Fisher de las expediciones de corso de Jeredín por la costa italiana en su primera salida, así como la gran campaña de paso para Tolón en 1543, son de admirable corrección y escrupulosas

a la hora de atacar únicamente objetivos en tierras controladas por la Monarquía Católica; sus comparaciones con la actuación de otras armadas y otros ejércitos del momento, le hace resaltar la gran disciplina de la armada turca, de aquellos jenízaros profesionales de férrea organización jerárquica. Los intentos secretos de los agentes de Carlos V para atraerse a su bando a Jeredín Barbarroja en 1539 y 1540, ofreciéndole incluso el reconocimiento de un reino en toda la Berbería para él, son también indicativos del reconocimiento internacional de aquella figura singular, verdadero «príncipe nuevo» si hubiera deseado adaptarse a los valores del mundo político cristiano del momento. Al tiempo que fracasaban estas negociaciones secretas, llevadas a cabo con extrema discreción —incluso el mismo obispo Sandoval, tan informado, intuye algo raro pero las desconoce, y hasta el siglo XIX no se hablará de ellas— a través de Andrea Doria y el virrey Gonzaga de Nápoles, agentes españoles capturaban y hacían desaparecer en el Milanesado al «tornadizo» Antonio Rincón, uno de los hombres más buscados por los servicios secretos imperiales, aquel excomunero vallisoletano que viajaba a Estambul como embajador del rey de Francia; su desaparición, protestada hasta por el papa, supuso una nueva ruptura de hostilidades entre Francisco I y el emperador Carlos V nada más regresar éste de su frustrada campaña argelina en la que empeñara, según Carande, varios años de envíos de plata americana a España.

El intento de Carlos V en 1541 de conquistar la ciudad de Argel terminó en un completo fracaso; en aquella expedición quedaron claros algunos matices muy de época, de súbditos nominales y fidelidades cruzadas. Carlos V envió una embajada a Hasán Aga con la invitación de que se rindiese con un buen partido de respeto de vidas y haciendas y que volviese a su fe y ley, pues había nacido súbdito suyo como sardo; mas Hasán Aga declinó la invitación, mostró su deseo de pelear hasta el fin, recordó «que nadie libró bien siguiendo el consejo de su enemigo» y despidió la embajada recordando las dos derrotas anteriores de una armada española ante Argel. Miles de soldados imperiales perecieron o fueron hechos prisioneros; los abastecimientos del ejército desembarcado estuvieron tan mal organizados que los soldados debieron comerse hasta sus caballos, de los que apreciaron sobre todo el hígado. Para muchos españoles la derrota fue cosa de brujería, como recoge el obispo Sandoval, y para los berberiscos también tuvo algo de milagroso y lo atribuyeron a un morabito de la ciudad, al que Sosa llama «Cid

Butica», resucitado para orar durante la tormentosa noche de la invasión imperial. A Carlos V, a pesar de los gastos y las pérdidas de millares de sus hombres, le quedó al menos el consuelo, como escribe en una carta desde el campo de batalla mismo, de que «en los que se perdieron y fueron muertos, no hubo hombre de cuento».

Y fueron precisamente esos hombres que no eran «de cuento», muchos de ellos nacidos súbditos de los Habsburgos como el propio Hasán Aga, gentes de los grupos sociales más desprotegidos de la sociedad cristiana, los que engrosaban las filas de los berberiscos de manera continua; bien a base del cambio de fe o ley cuando eran cautivos, bien de manera más claramente voluntaria de adultos. Argel era para muchos no tierra de cautiverio sino tierra de libertad, a pesar de la intensa propaganda en contra, sobre todo de los medios eclesiásticos y de los gobernantes, y que caló hondo hasta el punto de que el turco, como bien expusiera Delumeau al estudiar el miedo en Occidente, como el judío o el infiel en general, fue recibido en los medios populares europeos, incluso ingleses, de alguna manera demonizado. Hasta en la denominada «leyenda negra» a los españoles se les comparó con los turcos, en cuanto a crueldad y a lujuria, para indicar su maldad esencial, y prácticamente todas las acusaciones que se hicieron a los españoles en la Europa del siglo XVI y aún después, las habían hecho los españoles de los infieles berberiscos y turcos. Todavía en la historiografía académica actual es difícil encontrar una narración desapasionada de aquellos tiempos, en la que se presenten con rigor las realizaciones políticas de ambos lados del Mediterráneo, con claves en el fondo tan similares. Cuando en el siglo XVII el italiano Salvago, al intentar explicar al Senado veneciano lo que podía ser el régimen político de aquella ciudad berberisca de sociedad tan dinámica habló de *repubblica popolare*; a pesar de la extrañeza y crítica de algunos de sus usos, había logrado una expresión bastante adecuada, y más teniendo en cuenta la política europea del Barroco y sus postulados sacralizadores del poder. El ensayo argelino inaugurado por los Barbarroja mantiene aún hoy todo su atractivo, incluso a niveles teóricos. Libros como el de Godfrey Fisher, empeñado en medir sus armas teóricas en favor del régimen político berberisco, ya no tenían por qué ser necesarios; sin que por ello sea preciso criticar y hasta evitar el nombre mismo de Berbería y berberisco por sus connotaciones peyorativas al hacer alusión a lo bárbaro; los ingleses —como los españoles, por otro lado— están ya acostumbrados a ese tipo de matices, pues no en vano, como comenta Christopher Hill

citando al sociólogo Sorokin, la política inglesa de ese tiempo tenía fama en toda Europa por su crueldad y el único rey al que no habían dado muerte violenta a su padre o a su madre durante más de un siglo, Carlos Estuardo, a él mismo sus súbditos le cortaron la cabeza cuando era rey, revolución política de grandes consecuencias —y positivas, dicen los historiadores— en la historia general.

Vivía todavía Jeredín Barbarroja cuando su hijo Hasán Bajá sucedió en el gobierno de Argel a la muerte de Hasán Aga; como éste, habría de convertirse en uno de los gobernantes más queridos en la ciudad. Con tres estancias casi consecutivas en Argel, Hasán Bajá fue el gran político berberisco durante casi un cuarto de siglo, hasta las vísperas de Lepanto. Con otro gran corsario compañero de su padre, Salah Bajá, dejó organizado el gobierno de un amplio territorio, que se corresponde casi exactamente con el actual territorio no sahariano de Argelia, y supo solucionar el problema cabil con habilidad; casó con una hija del rey de Cuco, con lo que se estableció una dinámica más integradora, y con las armas consiguió forzar a los bereberes de Beni Abbés a aceptar la hegemonía argelina. Sosa, en los años ochenta, lo recuerda bien. Tras una serie de campañas militares en 1558 y 1559, el «rey de Labes» acordó con Hasán Bajá «ser leales amigos y enemigos de enemigos, sin obligación alguna de tributo». Todavía en 1580, y Sosa da la fecha del 16 de septiembre,

> vino un hijo deste Rey de Labes a visitar y dar el parabién a Jaffer Baxá, recién venido de Turquía (como nuevo gobernante), y le trujo un presente que se tuvo por muy rico de 6.000 doblas, que son 2.400 escudos de oro, 400 camellos y 1.000 carneros.

Este tipo de embajadas debieron de ser bastante normales en la Argel clásica por excelencia de la segunda mitad del siglo XVI, ya embellecida por las abundantes obras públicas —en el puerto, palacios y mezquitas— de la época de Jeredín y de su hijo.

Cautiverio y libertad en la Argel clásica de los corsarios y los jenízaros

La ciudad rebosaba de cautivos cristianos. Para entonces ya es posible la cifra de 25.000 cautivos, que Sosa reseña como habitual en Ar-

gel. Sobre todo, tras el desastre del conde de Alcaudete en Mostaganem en 1558 y la gran «rota de Yerba» —«los Gelves, madre, malos son de ganare», que decía la canción castellana de época— de 1560; en ambos casos, millares de soldados quedaron en manos de turcos y berberiscos y no pocos de ellos notables —como Martín de Córdoba hijo, futuro gobernador de Orán, o el hijo del duque de Medinaceli— u «hombres de cuento» en la terminología imperial de 20 años atrás. En la misma ciudad de Argel de los años sesenta del siglo XVI, en el momento de mayor esplendor de la ciudad, cuando su participación en las empresas otomanas —como el cerco de Malta de 1565— era determinante, la gran abundancia de cautivos cristianos con su relativa libertad de movimientos —y libertad de culto, impensable entonces en la misma España, por ejemplo—, a pesar de ser la mano de obra básica en los trabajos muy abundantes en la ciudad y en el penoso oficio del remo de las galeras, los cautivos cristianos llegaron a hacer peligrar la seguridad de la ciudad y del régimen político turco-berberisco con ingeniosos y arriesgados planes conspiratorios que no pocas veces tuvieron éxitos parciales espectaculares como una huida masiva de cautivos en una galera, por ejemplo; el mismo Cervantes, en la segunda mitad del decenio de los setenta, participó y organizó alguno de esos intentos de fugas masivas. De esos medios de excautivos salieron, además, los más destacados agentes secretos y diplomáticos de Felipe II de los decenios siguientes, y hasta el mismo Cervantes, recién llegado a España rescatado tras cinco años de cautiverio en 1580, fue contratado como correo de información reservada e hizo un viaje relámpago a Orán a comienzos del verano de 1581 —era gobernador aquel excautivo Martín de Córdoba, como le recordaría en la obra de teatro *El gallardo español*— al ser juzgado idóneo por su conocimiento de la tierra y sus gentes como excautivo que era.

Sería de importancia revisar el asunto de los rescates y canjes de cautivos, tan importantes en la política y en la guerra de todo el período moderno, y particularmente entre España y Argelia, endémicamente enfrentadas en todo el período. En uno de los relatos de Antonio de Sosa, de los años setenta, se presentan las incidencias de la campaña de rescate de cautivos de fray Jorge del Olivar; problemas financieros hicieron que no alcanzase el dinero para rescatar a todos los cautivos previstos, y hasta el rescatador debió permanecer en Argel como garantía

del pago del dinero que faltaba; muchos cautivos, molestos por aquel hecho, llegaron a amenazar al rescatador con hacerse musulmanes y quedarse en la ciudad como «turcos de profesión» si no se solucionaba aquel problema que los hacía continuar en estado de esclavitud un tiempo mayor del previsto. Para ellos, el rescate, más que una «caridad» era un deber de sus jefes puesto que habían caído en aquel estado en servicio de su rey y señor; como en el caso del ilustre «tornadizo» Pedro Navarro, que pasa al servicio del rey francés al no facilitar su rey natural Fernando de Aragón su rescate y sí hacerlo Francisco I, para aquellos cautivos ser rescatado era un derecho que tenían como súbditos del Rey Católico, y el fraile rescatador era un agente más de su rey que debía cumplir su misión con eficacia y evitando interferencias tan molestas como calcular mal los recursos financieros. Apasionante planteamiento, sin duda, presente también en los planes de los corsarios argelinos y sus jefes —el «capitán de la mar», de las fuentes españolas, que no dejaría de tener cada vez más importancia en el gobierno argelino—, cuando el capitán de la mar Arnaut Mamí protege al jesuita Torres, en Argel para emplear en el rescate de cautivos el legado testamentario del ayo de Juan de Austria, Quijada, no por amor a los «papaces» —como allí llaman a los eclesiásticos católicos—, a los que desearía ver morir entre tormentos por ser los responsables de la persecución de sus correligionarios en España, sino porque tiene, en aquella misión, la categoría de embajador del rey de España y hacerle mal al jesuita Torres podría tener repercusiones similares con sus cautivos musulmanes en tierras de ese rey y dificultar su rescate, así como entorpecer o imposibilitar futuros contactos, siempre necesarios, entre los dos bandos en guerra. Aquel colectivo —la taifa de corsarios de Argel— tenía claro su estatuto internacional, esas leyes del corso y de la guerra tan en la base del derecho internacional marítimo.

Presentado el rescate como asunto de caridad cristiana, que daba lugar a no pocas colectas para obtener dinero para rescatar cautivos pobres, dinero gestionado por los padres redentores, el rescate era visto de manera muy diferente por los cautivos; sobre todo los cautivos que no eran «hombres de cuento» y que veían su cautiverio como algo permanente al no poder hacer frente sus familias a un gasto tan elevado, muy al contrario que los notables, a los que su rescate solía llegar con relativa prontitud —por supuesto a Martín de Córdoba o al hijo de Me-

dinaceli— aunque fuese tan elevado que se calculaba en miles de ducados y no en decenas o centenas como sucedía con el rescate de un no notable. El propio Cervantes hubo de sufrir a causa de aquellos matices sutiles al retrasarse su rescate cinco años y estar a punto de no conseguirlo debido a la creencia de que él también era un «hombre de cuento»; 500 escudos —más de 500 ducados— costó su rescate, varias veces más que el de un hombre común.

En fin, de esa manera se comprende mucho mejor ese fenómeno del «turco de profesión» —del también demonizado «renegado» en las fuentes españolas— del período clásico argelino de la segunda mitad del siglo XVI. El padre Gracián de la Madre de Dios, cautivo en Berbería (Túnez) en los años finales del siglo, tiene textos fundamentales para comprender aquel fenómeno apasionante; el más claro es aquel en el que afirma que más de la mitad, «y aún las tres partes», de los cautivos en Berbería reniegan de la fe; es decir, cambian de ley, se hacen «turcos de profesión» o nuevos musulmanes y pasan a engrosar las filas de los berberiscos como corsarios o leventes —soldados de las naves de corso— y se integran en la sociedad berberisca. Sobre todo los jóvenes, en una de esas oportunidades únicas de organizar su vida con posibilidades de medro económico y cierto reconocimiento social, de alguna manera impensable en su sociedad de origen o muy difícil; en un medio social de gran permisividad, además, sobre todo desde el punto de vista de la mitología popular tan captable en las «utopías» de pobres, ese «país de Jauja», por ejemplo. Las razones para ese comportamiento que dan los contemporáneos no tienen desperdicio, y podrían resumirse en la afirmación cervantina de que esas razones eran, sobre todo, «alcanzar libertad en esta vida», afirmación tajante en *Los baños de Argel*.

La biografía de un gran corsario, en particular de los sucesores inmediatos de los Barbarroja en Argel, podía convertirse en una biografía ejemplar para un hombre humilde de los medios ribereños del Mediterráneo; así, el calabrés tiñoso Dionisio Galea, excautivo de Barbarroja, pobre galeote desde muchacho y que llegará a rey de Argel y almirante de Turquía tras Lepanto, Alí Bajá, conocido como Euchali —el Ochali al que Cervantes elogia en el *Quijote*— y a cuya familia calabresa visitaba de vez en cuando y ayudaba en lo económico; o el grumete veneciano Andreta, excautivo de Dragut y de Euchali que, cautivado en una nave ragusea, se convirtió en un veinteañero poderosísimo, luego rey de Argel también y sucesor de Euchali como kapudam pachá

o almirante de la flota turca; como el sardo Rabadán Bajá o el eunuco húngaro Jafer Bajá, también muy notable político.

Es el mundo de *i renegati*, a los que Salvatore Bono concede el protagonismo principal de aquel siglo XVI argelino. Los nuevos musulmanes, algunos de ellos tan sinceros creyentes que, como Rabadán Bajá, tenían como afición principal la lectura de libros coránicos, o como aquel arraez al que Bartolomé y Lucile Bennassar presentan como un buen musulmán según el proceso inquisitorial que le hacen en una cárcel italiana. O esos hombres de corta formación cultural pero que se adaptan perfectamente a una religión de reglas sencillas, poco exigente y que permite licencias sexuales impensables en la sociedad cristiana o esas mismas fiestas corsarias del final de una buena campaña que convertían a Argel en un prototipo de «fiesta popular» en la que todos los excesos —al decir de los murmuradores «papaces» que, como Sosa, veían pecado en cada esquina de la ciudad— eran posibles. La Argel del cautiverio, sí, pero también la de la libertad; una libertad dura en una sociedad difícil, pero en el sentido en el que la cultura popular consideraba que debía ser esa «libertad»; no tan alejada de la cervantina, por otro lado, aunque el gran escritor sólo la precisara de manera parabólica.

Antonio de Sosa se extraña de que en aquella sociedad berberisca argelina no existiera el concepto de «honra» que tanto le importara a su sociedad hispano-italiana de origen; tan importante era un notable cultivado como un pobre patán ignorante, con tal de que éste fuera próspero en sus negocios, un hombre rico en fin, sin consideraciones de origen o de linaje. Lo más alejado de la sociedad hispana estamentada y rígida ya, con una imposible movilidad semejante a la que se podía dar todavía en la sociedad berberisca; el origen de las grandes fortunas de muchos de aquellos hombres era una combinación de «fortuna» favorable y *virtù*, en el sentido de fortaleza física, ánimo combativo e inteligencia natural, al alcance de todo hijo de vecino; aunque una cierta élite berberisca se fuera creando a base de enlaces entre los descendientes de las principales familias de la ciudad —ese simbólico enlace entre el nieto de Barbarroja y la hija de Dragut, sin duda dos de las mayores fortunas berberiscas—, todavía la movilidad social era enorme si se la comparaba con otras sociedades mediterráneas del momento. Realmente era aquello, en expresión acertada de Salvago, una *repubblica popolare*. Una visita al Museo del Bardo de Argel puede ayudar mu-

cho a comprender aquel mundo argelino del siglo XVI; los restos culturales más hermosos no son objetos de altar o de gran palacio de la nobleza, sino armas —gumias, pistolas—, vestidos y tapices, objetos de uso cotidiano pero delicados y refinadísimos, al gusto de una «burguesía» práctica y amante de comodidades; todos los testimonios de cautivos coinciden en alabar la riqueza de los adornos femeninos, esa joyería de oro y perlas de los cuentos populares, que hacen concluir que Argel es la ciudad más «rica» del Mediterráneo, en esa concepción de riqueza en la que no entran las consideraciones financieras intangibles sino la riqueza del «tesoro» visible de la imaginería popular.

En la sociedad argelina de esos momentos comenzó a hacerse frecuente el enfrentamiento entre los jenízaros o estructura militar y la taifa de los corsarios y armadores de los que, en esta Argel clásica del siglo XVI, salieron la mayor parte de sus gobernantes. Hasán Bajá mismo, el hijo de Jeredín, tuvo tales problemas con los jenízaros a causa de su hábil política magrebí que fue arrestado y enviado a Estambul acusado de planear una Berbería árabe-cabil independiente de Estambul; un peligro que también se temió en el mundo colonial español en América y que hiciera que se procurara frenar el prestigio y poder de Hernán Cortés, por ejemplo, que en su vejez en España acompañó a Carlos V a la expedición contra Argel de 1541; su collar de esmeraldas de fabuloso tamaño, que llevaba consigo en aquella expedición, terminó en el fondo de la bahía de Argel y es todavía un «tesoro» soñado para esos arqueólogos peculiares que son los buscadores de galeones hundidos con carga rica. El enfrentamiento entre corsarios y jenízaros pareció solucionado por el hijo de Salah Bajá, Mahamet Bajá, que sucedió al hijo de Barbarroja en el gobierno argelino un breve tiempo, inmediatamente antes de Alí Bajá, el legendario calabrés tiñoso Euchali, al permitir que los jenízaros pudieran participar como leventes o soldados de galera en las expediciones corsarias, lo que no deseaban los marinos corsarios. Su rápida sustitución por Euchali debió estar relacionada con esa medida, tanto como con su desafortunada política con Constantina. Euchali también tuvo problemas con los jenízaros y debió abandonar su gobierno en Argel en 1571 casi como un fugitivo: pero desde Estambul dominó la política magrebí e impuso siempre en el gobierno a sus hombres de confianza —Rabadán Bajá y Hasán Veneciano, sobre todo—, todos del mundo marinero.

Otra tensión más se adivina en la sociedad argelina en ese episodio de Euchali y Mahamet Bajá, desvelado muy bien por los servicios se-

cretos españoles del momento que estuvieron a punto de lograr el nombramiento de Mahamet Bajá como gobernador de Argel después de Lepanto, con el trato secreto de que luego se pasaría a los Habsburgos; era —y recuerda mucho a lo que sucedía en la España del momento— la oposición entre musulmanes de nacimiento, como Mahamet Bajá, hijo del alejandrino Salah Bajá y notable por linaje ya, y musulmanes nuevos, como el mismo Euchali —y Rabadán Bajá, Jafer Bajá y Hasán Veneciano—, tan similar a la oposición «cristiano viejo-cristiano nuevo» de la sociedad española. En sus tratos secretos con Felipe II, Mahamet Bajá llegó a pedir al monarca español que si no salía bien la operación planeada, le dejara refugiarse en Sicilia con su familia sin necesidad de cambiar de «ley», ya que era musulmán de nacimiento y no converso, como había sucedido con la familia real tunecina, con los últimos hafsíes. También los servicios secretos españoles trabajaron mucho el entorno de Euchali, Rabadán y Hasán Veneciano, a base sobre todo de enlaces de comerciantes —la familia Corso, instalada en Valencia sobre todo—, de excautivos que habían dejado buenas amistades en Argel o Estambul o de musulmanes nuevos —turcos de profesión que dice Sosa o «renegados»— que deseaban en secreto regresar a su tierra de origen y reconciliarse con sus antiguas autoridades cristianas. Es un capítulo de gran interés también, que muestra una de las debilidades internas del nuevo régimen argelino, aunque éste lograra sobrevivir a la larga a aquellas conspiraciones continuas desde el exterior. Aquellos fenómenos masivos de pánico popular ante rumores de invasión española, y más en una sociedad en la que la peste hacía estragos periódicamente, como en Nápoles y otras ciudades mediterráneas verdadero mal endémico, tenían una justificación bien seria que, en ocasiones, explicaba aquellos fenómenos de crueldad que tanto aireara la propaganda católica e hispana. Todo ello está en el corazón de aquella gran ciudad de Argel que conociera Sosa y Cervantes, entre 1575 y 1580, y que tan bien la describieran si se prescinde de los juicios de valor de aquella propaganda tan similar a la llamada «leyenda negra» u opinión europea sobre la España del momento y sus gobernantes Habsburgos.

Los planes de gobierno de Jafer Bajá, el eunuco húngaro bien asentado en los medios cortesanos de Estambul, merecen unas consideraciones finales para terminar de comprender aquella Argel clásica que los Barbarroja y los marinos de su casa encumbraran. El gobierno de

Jafer Bajá, entre 1580 y 1582, breve por lo tanto, tiene lugar entre dos gobiernos de Hasán Veneciano, el hombre de confianza de Euchali y que le habría de suceder como kapudam pachá o almirante de la flota turca. Es también el momento en que los españoles han conseguido, tras años de negociaciones semisecretas, firmar una tregua por tres años después de la gestión excepcional del caballero milanés Giovanni Margliani, excautivo tuerto y hábil negociador. Jafer Bajá llegó a Argel con un proyecto muy claro de intentar sustituir una economía basada en demasía en las capturas corsarias —hasta el punto de que Sosa afirmara que había hambre en Argel y los corsarios se tenían que endeudar si pasaban más de dos meses de campaña sin presas—, por una economía más basada en el comercio y los recursos propios de la región, nada desdeñables desde el punto de vista agrícola; sin duda que basada también en un renacer de las viejas rutas comerciales medievales, reseñada por Vitorino Magalhaes Godinho para Oriente (golfo Pérsico-Basora-Beirut y Adén-mar Rojo-Alejandría) y para el Sahara, extremo que habría que precisar aún más aunque para el gran historiador portugués se podría hablar de una recuperación al menos de los dos tercios de su volumen comercial anterior a la apertura de la ruta marítima africana por Vasco de Gama en 1498. Jafer Bajá, como muestra de esa voluntad de cambio en profundidad, invitó a todos los comerciantes extranjeros que había en Argel a que acudiesen con mercancías a la ciudad y que llevasen a sus países un mensaje esperanzador, la invitación a rescatar a todos sus naturales que estuviesen cautivos en Argel, con facilidades para tan amplia operación. Las fuentes cristianas, sobre todo Sosa, le alabaron como gran hombre de gobierno y resaltaron el hecho de que su madre, que le acompañaba siempre, tal vez fuese cristiana con mayor o menor secreto pues gustaba de frecuentar a los eclesiásticos cautivos y hasta hacía celebrar misas con discreción en su casa. Tal vez fuera un plan político amplio que en aquel momento —verano de 1580, Cervantes a punto de ser conducido a Estambul en la galera de su amo Hasán Veneciano—, muy avanzadas las negociaciones de tregua de tres años con Margliani aún en Estambul, pero proyecto sin duda visto con desconfianza por un sector de la sociedad berberisca clave, el de los corsarios, liderado por el aún poderosísimo Euchali. Debió ser un plan pactado en los medios cortesanos otomanos entre el ala más pacifista y el ala más dura, sin duda representada por Euchali, a quien los servicios secretos españoles intentaron eliminar por esos meses tras fracasar en su

intento de atraerle, para salvar a Hasán Veneciano, cuyo gobierno en Argel había sido muy conflictivo por su afán de enriquecerse de manera rápida. El regreso a Estambul de Hasán Veneciano, sin embargo, a finales de 1580, fue decisivo; el día de su partida de Argel el redentor fray Juan Gil consiguió reunir el dinero del rescate de Cervantes y aquel «estropeado» español, como le llamara Sosa, fue desencadenado y sacado de la galera del «rey», ya libre. En Estambul Hasán Veneciano debió exponer sus reparos al plan de gobierno de Jafer Bajá y lo que suponía de pérdida de eficacia y agresividad frente a los españoles que, tras la incorporación de Portugal a la monarquía católica por Felipe II, podrían hacerse con el control total de los mares. Firmadas las treguas a principios de 1581, toda Europa estuvo pendiente de la expedición de Euchali a Argel en la primavera de ese año, empeñado en una acción militar contra Marruecos que permitiera la creación de un «gran Magreb» bajo la hegemonía otomana; el viaje de Cervantes a Orán en junio de ese año está relacionado con los temores hispanos de una ruptura de las treguas que al final no tuvo lugar. Pero en abril de 1582 Hasán Veneciano volvía a Argel para un segundo gobierno y Jafer Bajá volvía a Estambul, su proyecto económico-político abandonado. Y el segundo gobierno del hombre de confianza del calabrés Euchali, el veneciano Hasán, fue de gran agresividad de nuevo contra los españoles; encabezó la campaña de corso de aquel año por aguas de Italia y Cataluña con 22 naves y, lo que parece muy significativo, recogió a unos dos millares de moriscos españoles en la costa alicantina que le esperaban allí —familias enteras con sus pertenencias— según lo habían acordado previamente, sin duda los informadores —verdaderos agentes secretos argelinos en España— con los que se sabe que siempre contó Euchali y los de su casa. Era el relanzamiento de una política agresiva contra España —y la Italia hispánica—, el fracaso de aquellas esperanzadoras treguas y del proyecto —que a la larga es posible que significara la imposibilidad de Argel para prescindir del corso— de cambios de Jafer Bajá.

En los años ochenta del siglo XVI, pues, Argel consolidó su capitalidad berberisca en la orientación que le habían conferido Jeredín Barbarroja y los corsarios de su escuela. La desaparición primero de Euchali, y luego de Hasán Veneciano, al parecer envenenados por otro musulmán nuevo de origen genovés, Cigala, que les había de suceder como kapudam pachá o almirante de la flota otomana, significó el fin del ver-

dadero período clásico argelino. En los años finales del siglo, sobre todo a partir del primer gobierno del turco Herder Bajá, que tuvo problemas con los cabiles de Beni Abbés que solucionó por las armas, parece consolidarse un plan de gobierno trienal más en contacto con la corte otomana, aunque con esa tendencia a la autonomía berberisca ya manifestada en el período anterior y que culminaría en el siglo XVIII; sería posible apreciar también un mayor divorcio entre los sectores sociales gobernantes —el majsen o clase política que dirían hoy— y los gobernados. De Herder Bajá, turco, Sosa dice que era «viejo gotoso, enemigo de pobres, soberbio», y de su sucesor Amato Bajá, que era de familia noble turca, «justiciero aunque soberbio», con todas las connotaciones que eso llevaba consigo de formación de una élite gobernante con claridad desmarcada de aquella sociedad en la que la gran movilidad había atraído a tantas gentes de toda la ribera mediterránea y más allá. El gran corsario de esos años finales del siglo XVI, muy estimado por la historiografía inglesa que lo destaca mucho en sus trabajos, fue Morato Arraez, verdadero tormento para los marinos hispano-italianos, a quien en una versión, que habría que precisar, hace salir al mar, ya avanzado el siglo XVII, a pelear con los infieles para morir en el combate y alcanzar el honor de ser *shahid* o mártir musulmán. Pero la Argel clásica por excelencia, la de la saga de los Barbarroja, el acto de creación de un régimen político duradero y eficaz, ya había terminado y se podría hablar de cierta «provincialización» de Argel, con respecto a Turquía, así como de cierta inercia al no conseguir adecuarse a un nuevo tipo de relaciones internacionales precisamente por el éxito mismo de su «economía corsaria», de aquel «modo de producción corsario» que dijera Ciro Manca.

Los moriscos españoles en Berbería y el entorno agrícola de la ciudad. La Regencia de Argel

Un capítulo de particular interés y dramatismo en la vida argelina fue la llegada masiva de moriscos españoles en el siglo XVI y, sobre todo, tras 1609, cuando en la corte de Felipe III se decidió la expulsión masiva de los moriscos. A lo largo de la Edad Media, a medida que iba avanzando la «reconquista» cristiana, habían ido pasando al Magreb no pocos musulmanes españoles, tanto a Marruecos como a la Berbería

central argelina, sobre todo a Tremecén, como viéramos. Tras la conquista de Granada, y a lo largo del siglo XVI, esa emigración se mantuvo constante y aumentaba en los momentos de mayor tensión o conflicto abierto en la Península Ibérica, como en la guerra de las Alpujarras (1568-1569) cuando Euchali desde Argel canalizó una parte de la ayuda voluntaria de los musulmanes magrebíes hacia Andalucía. El asunto, de gran interés, acaba de ser brillantemente sintetizado por Mikel de Epalza, quien destaca, según el testimonio del autor anónimo del *Libro de las expediciones de Arruy y Jair-ad-din* —en nuestro texto Aruch y Jeredín—, «la intencionalidad política de las autoridades de Argel al acoger a refugiados andalusíes e instalarlos en sus territorios para reforzar la lucha contra los cristianos». Precisa también Epalza que estos nuevos inmigrantes a la vez reforzaban a las autoridades turco-berberiscas, «también de origen foráneo, frente a la población originaria del Magreb que estaba bajo su mando». Su participación como soldados y como corsarios entró dentro de la normalidad y supusieron un verdadero grupo de presión en Argel, a veces enfrentado en sus intereses con la taifa de los corsarios al exigir un trato más duro hacia los cautivos cristianos que los corsarios consideraban perjudicial para sus intereses, como especifica bien Sosa en la época de Rabadán Bajá, cuando Cervantes estaba todavía en el cautiverio. Muchos de ellos se instalaron en medios urbanos y la introducción de la industria textil de la seda parece estar relacionada con ellos, calculándose en más de medio millar los sederos de Argel a principios del siglo XVII. Las obras hidráulicas para abastecer de agua Argel, a comienzos del siglo XVII, inmediatamente después de la expulsión de 1609, también se relacionaron con uno de aquellos nuevos inmigrantes moriscos españoles. Argel pasó a contar con un barrio de los Tagarinos —de *thagr*, frontera, nombre con el que se designaba a los moriscos aragoneses, frente a los «granadinos» o castellanos— y se les relacionó mucho con el comercio y rescate de cautivos, siendo resaltado su odio a los cristianos y el mal trato que dispensaban a los españoles «en venganza del bien perdido», como escribía un excautivo madrileño en Argel a mediados del siglo XVII, en alusión al recuerdo vivo que mantenían del abandono forzado de sus bienes en España, de la que se sentían originarios. Muchos de ellos se integraron en la rica «burguesía» argelina, ya desde el siglo XVI; una hija de Rabadán Bajá estaba casada con un rico morisco español y en la documentación aparece el apellido Topal con el que en el siglo XVIII Benamar Topal tenía

fama de ser de los más ricos de la sociedad berberisca. El padre Francisco Ximénez, también en el siglo XVIII, menciona a Mostafá Benamar como el más rico de Argel, deseoso de calcular su riqueza en comparación con la riqueza de un «grande» de España. También es notable el personaje literario de Vicente Espinel, en su novela clásica en la que Marcos de Obregón, durante su cautiverio en Argel, a punto está de emparentar con un rico morisco levantino que añora España, le quiere casar con su hija y hace alarde de los honores y riquezas que goza en su exilio argelino, de alguna manera impensable si se hubiera quedado en su tierra de origen, a pesar de que se consideraba un buen cristiano, por el rechazo de los que se decían «cristianos viejos».

La emigración morisca procedente de España tuvo mucho mayor alcance y dejó huellas profundas también en el medio rural de toda la región. Tanto en el oeste, en la zona de Nedroma, Magnia y Tremecén, como en el este; en el entorno de Beyaia y Annaba se les relaciona con la difusión del olivar; un rico andalusí instalado en Túnez, Mustafá de Cárdenas, es citado en el siglo XVIII como impulsor de la plantación de olivares en el entorno de Annaba. También se les relaciona con la extensión de la vid y de muchos frutales. En la rica zona agrícola de la Mitiya, abastecedora de Argel por excelencia, se menciona la presencia de abundantes moriscos, sobre todo en la ciudad de Blida, uno de los centros agrícolas más prósperos, aún hoy famosa en los medios populares por sus flores y sus cultivos de huerta; también se les relaciona con el auge en esta ciudad de la fabricación de los gorros de lana o *chechía*, similares a los que estos mismos moriscos convirtieron en una mercancía tunecina muy apreciada en todo el Magreb. En fin, los moriscos españoles, o los andalusíes en general, como se les podría denominar a estos musulmanes de origen español emigrados de manera más o menos forzada o expulsados sin más, al igual que los judíos sefardíes —con los que en ocasiones colaboraron en asuntos comerciales y económicos en general, tal vez sintiéndose de alguna manera más próximos por su origen común—, mantuvieron relaciones con otros andalusíes establecidos en otras regiones islámicas, de Marruecos a Turquía y fueron en general, en expresión de Epalza, «dinamizadores económicos» en su nuevo país, en el que terminaron integrándose plenamente, y con unos planteamientos de lucro similares a los de la burguesía europea moderna, de alguna manera.

El interés por el estudio de esta minoría en los últimos años permite hablar de toda una nueva área científica, la «moriscología», que Epalza precisa bien en cuanto a sus fuentes específicas, metodología y centros de investigación, así como sus periódicos encuentros —desde principios de los años setenta— y publicaciones. Es paralelo al interés despertado también entre los historiadores por la documentación inquisitorial española, tan rica para adentrarse tanto en la cultura y la mentalidad de la gente del pasado como en los mecanismos del poder y las tensiones que ese denominado «Estado moderno» generó en amplios sectores sociales, verdaderos dramas colectivos en ocasiones, como en este caso.

La Mitiya, y la región agrícola paralela a la costa entre Argel y Tenés, desde Blida a Miliana y Es-Chelif —o El Asnam, la Orleansville francesa, zona de terribles movimientos sísmicos—, por donde discurre el ferrocarril y la carretera principal entre Orán y Argel, es una de las zonas agrícolas vitales del país. Desde la Antigüedad y a lo largo de la Edad Media, lo fue también en el período turco, a pesar del control limitado que el régimen turco-berberisco ejerció sobre el medio rural. En Miliana, de donde eran famosos los ferreteros, según algunas fuentes, se refugió Selim ben-Tumi en los momentos inciales de la llegada de los Barbarroja a Argel, cuyas tribus eran parientes o aliados. Es-Chelif, aunque con restos de asentamientos antiguos y leyendas sobre ídolos preislámicos, es prácticamente de fundación francesa colonial pues en esta zona agrícola tuvieron lugar las más prósperas instalaciones de colonos europeos cuya impronta perdura todavía hoy en sus campos cultivados con abundantes hiladas de cipreses para proteger de los vientos los campos sembrados y naranjales. Al sur de Es-Chelif o El Asnam, en los montes Uarsenis, hay zonas de bosques, con cedros como en otros lugares del país. A la altura de Es-Chelif, en la costa, la zona montañosa de la costa de Tenés es de gran belleza, las tierras de Hamid el Negro, en la órbita de Tremecén, que pactó con los españoles en el momento de la ofensiva de Pedro Navarro, fue expulsado de sus tierras por Aruch Barbarroja y, más tarde, se reconcilió con Jeredín y murió como gobernador de los suyos ya integrado definitivamente en el nuevo orden turco-berberisco.

Toda esta región central argelina sufrió la conquista colonial francesa con rigor, tanto los centros urbanos principales, como Blida, Medea, algo más al sur, también viva su tradición andalusí, y Miliana, como

los aduares de campesinos de toda la Mitiya. Ya a finales de 1830 el general Clauzel saqueó Blida en una expedición que se dirigía hacia Medea, residencia del bey del más reducido beylik de la Regencia, el de Titteri; todos los hombres armados fueron fusilados y los incendios de sus campos y bosques se extendieron por varios kilómetros; un levantamiento contra la guarnición francesa dejada por Clauzel, al mismo tiempo que desde el exterior era atacada por los campesinos y montañeses, dio lugar a una nueva represión casa por casa, que alcanzó también a mujeres y niños. El administrador que dejara el militar francés fue expulsado por los habitantes de la ciudad y, cuando se negaron a pagar las contribuciones impuestas dos años más tarde por el duque de Rovigo, el militar dejó que sus soldados la saquearan aunque poco pudieron obtener puesto que la ciudad había sido abandonada prácticamente por los supervivientes de las anteriores represalias. En el caso de Medea, de mayor importancia estratégica, fue ocupada y abandonada sucesivamente, antes de su ocupación definitiva en 1840 por el mariscal Valée y ser abandonada, como tantas otras ciudades argelinas en las mismas circunstancias, por sus habitantes. Tanto en Medea, como más al norte, en Miliana, el apoyo al emir Abdelkader fue muy activo y, por ello, las razzias de los franceses fueron particularmente constantes en toda la región, con la destrucción de las cosechas y la captura de los rebaños de ganado, reflejada con reiteración en los informes de la época, y que tanto recuerdan, por ejemplo, a las narraciones de la guerra de Granada tres siglos y medio atrás. Monotonía de las «conquistas» a lo largo de la historia.

A los tres siglos de aquel acto fundacional de Aruch Barbarroja, el régimen turco-berberisco conservaba tan sólo una sombra de la vitalidad que le había convertido en un excepcional enemigo del expansionismo de los habsburgos en el Mediterráneo. A finales del siglo XVI, desaparecida la generación de grandes políticos corsarios con Euchali y Hasán Veneciano que, finalmente, no consiguieron integrar a Marruecos en la órbita otomana, se podía apreciar un proceso de «provincialización» de Berbería; Argel, como Túnez y Trípoli, se convertía en una Regencia administrada por un bajá —que corresponde, mejor que pachá al término «baxa» de las fuentes hispanas—, «en el marco normal de la Administración otomana», en palabras de Charles André Julien. Pero también el Imperio Otomano —como el Habsburgo— había perdido su vitalidad y «la soberanía de la Puerta, válida de derecho, en la

práctica no era más que una ficción». En el siglo XVII algunos hablan todavía de «Edad de Oro» del corso berberisco, con la irrupción en el Mediterráneo también de ingleses y holandeses así como con la sustitución de la hegemonía de los Habsburgos por la francesa, y algunas flotillas berberiscas se adentraban en el océano Atlántico. Pero la sociedad argelina se estabilizaba, de alguna manera, se hacía más «conservadora», perdía movilidad y pronto los jenízaros —los militares— se convertían en los verdaderos amos de la vida política nombrando ellos —el *odyak* u hogar, como corporación—, a través del diwan o consejo de medio centenar de oficiales y altos funcionarios, a los deys que la corte otomana se limitaba a confirmar con el envío a Argel de un caftán de honor y un nombramiento de bajá para el nuevo dey. Como recuerda Julien, la mitad de los 28 deys de Argel entre 1671 y 1830 tuvieron una elección agitada y con el asesinato previo de su antecesor. Eso no impedía que un gran gobernante, como el dey Mohamed Beni Otmán, estuviera un cuarto de siglo, entre 1766 y 1791 en concreto, al frente de la Regencia.

A lo largo del tiempo, el gobierno de la Regencia de Argel se había estructurado en dos provincias o beylyks principales, con un bey en Constantina y otro en Mascara, hasta que tras la salida de los españoles de Orán y la incorporación de esta ciudad a la Regencia pasó a residir allí, más otra más pequeña, con sede en Medea. El dey de Argel controlaba directamente el entorno de la ciudad y la llanura de la Mitiya. Los beys debían enviar a Argel dos veces al año las rentas procedentes del cobro de los impuestos de su territorio, que aseguraba los sueldos de la milicia —que no sobrepasaba nunca los 15.000 hombres— y del majsen, o clase política que dirían hoy. Estos impuestos los recolectaban, si había problemas, con una fuerza militar que, en la época anterior, las fuentes españolas calculaban entre 2.000 y 3.000 soldados y 8.000. Era el «ir de garrama» o «garramar», sin duda procedente del nombre de uno de los tipos de impuesto que se solía pagar en ganado, y con cuyo cobro tal vez confundieran las razzias españolas en la Oranía. La consideración del cobro de impuestos como un acto de semicorso —ese «ir de galima» de las mismas fuentes, tan similar en su sentido— no debió de ser extraña tampoco en la Europa del momento, cuando Bodin comenzaba precisamente el primero de los libros de *Los seis libros de la República* con la distinción clara entre un príncipe y un bandido o un corsario. Sobre todo en el mundo rural, tanto europeo como berberisco, en donde siempre terminaba recayendo el peso

de los gastos de ese «Estado moderno»; el excautivo Miguel de Cervantes, en sus operaciones por el medio rural andaluz con destino a la costosísima Gran Armada —la irónicamente *Invencible*—, bien sabía de aquellas resistencias rurales obstinadas a cobros y ventas obligadas de abastecimientos a oficiales reales. Estos dos fenómenos serían semejantes también en su repercusión social, aunque con matices que al no ser rectificados a tiempo —al no haberles dado tiempo a ello, por lo menos, a causa de la conquista francesa de 1830—, en el caso de la Regencia de Argel tuvo serias consecuencias desintegradoras de los diferentes grupos sociales —o «castas» que diría Américo Castro— por su diversa manera de participación en ellos. Julien dice que la Administración del odyak o militares jenízaros fue «brutal y exigente», pero tampoco debió parecer a los campesinos más que la irrupción militar colonial francesa, cuando ésta llegue, con el agravante de una mejor comunicación de ley y lengua. Las dos terceras partes de los deys nombrados entre 1790 y 1825 fueron destituidos y ejecutados por el agha de los jenízaros, que tenía esa potestad de castigar a bastonazos o ejecutar al culpable de una Administración no satisfactoria. Realmente era una evolución de aquel régimen político hacia otro pretoriano y aberrante, mucho más extremo que en el período clásico de la Argel del siglo XVI con aquella verdadera saga de grandes políticos de los Barbarroja.

Y esa fue una evolución perniciosa que hace que hasta los historiadores argelinos actuales, como Yender (Djender) o Lacheraf mismo, en su discurso más apasionado y nacionalista por estar más próximo a la guerra de independencia de 1954, minusvaloren ese período «colonial» turco-berberisco; aunque tanto Lacheraf como Julien lo hagan más popular, de alguna manera, que el período colonial francés —e incluso lo mitifiquen un poco a raíz de la conquista francesa, según sugiere Lacheraf—, por no ser un infiel el colonizador. Fue perniciosa la evolución porque impidió que surgiera una «conciencia nacional», en palabras de Julien: «El régimen colonial aplicado rigurosamente por los Turcos no permitió a Argelia progresar en el sentido de la unidad». Con el agha de los militares y la «casta» jenízara, participaron también de la estructuración impositiva y de dominio los jefes tribales privilegiados, los jeques de las tribus Deira o de majsen, exentos ellos mismos de impuestos no estrictamente coránicos. Para los campesinos, pues, tan feudales eran los oficiales y soldados que procedían de Argel como es os jeques «feudales» y, más tarde, algunos jefes de familias morabitas

que se asociaron de alguna manera al grupo dominante. Incluso los cologlis o mestizos de turco y mora, normalmente, o sus descendientes, aunque no pudieran participar de puestos principales en el gobierno o la milicia y desdeñaran los oficios y los negocios, destacaron por su riqueza y vida regalada a causa de sus ricas herencias o de la explotación de sus tierras. Al igual que algunas familias judías que dominaron asuntos financieros y parte de las relaciones exteriores; incluso con el emir Abdelkader, lo que para Lacheraf es un indicio de modernidad en la concepción del Estado por el emir. Los Bacri y los Buchenaf jugaron un importante papel en los acontecimientos que llevaron a la ruptura de la Regencia con Francia después del famoso golpe de abanico del último dey Hussein al embajador francés, el controvertido Deval. En esas «castas» también intervinieron los motivos geográficos; Argel se llenó de gentes procedentes del interior campesino, y esas gentes cumplían funciones y trabajos específicos, como los prósperos mozabitas, los laghuatis —de Laghuat, refinadores de aceite—, o los cabiles; un cabil era mal visto en funciones de guardianes por los jenízaros, pero los últimos deys, precisamente para protegerse de los jenízaros, tenían su guardia cabil. De alguna manera, todo llevaba a fraccionamientos internos de la sociedad argelina que impedían que se precisase ese «carácter nacional» aunque la gente —estaba claro— se sentía apegada a la tierra de sus antepasados, a niveles locales o regionales. Proceso, por otro lado, no demasiado diferente en esa Europa en la que nacionalismos anclados en un pasado muy remoto están aflorando de manera bastante sorprendente en ocasiones. Más acentuado en Estados que han sido de dominio otomano —y el caso de Yugoslavia es terrible—, pero también en la más compleja Rusia y hasta en Irlanda y España.

Nacimiento del nacionalismo argelino moderno. Messali y Ferhat Abbás

Son asuntos complejos, generadores de una sociedad de clases marcadas, pero a la vez no demasiado diferentes de esa sociedad europea que se creyó más civilizada y preparada para «colonizar» con campesinos propios y mejores técnicas, tierras de un mundo rural en el que el felah sobrevivía en duras condiciones impositivas; ya fuera de ese gobierno desde Argel, al que los franceses consideraron independiente

de su teórico «colonizador» turco a pesar de las protestas de Argel y de Estambul, ya fuera de sus «feudales» tribales o marabúticos. Pero que, al sufrir la experiencia colonial francesa, con sus torpezas que ya debían haber sido comprendidas y superadas tras la amarga experiencia colonial ibérica y otras, fueron cobrando coherencia y descubriendo sus intereses «nacionales» y su peculiar identidad. Las consecuencias de la conquista fueron demasiado graves, en cuanto a destrucciones y expoliaciones, para que hubiera podido triunfar un interesante movimiento renovador, al igual que estaba sucediendo en Oriente con los «Jóvenes Turcos» o los «Jóvenes Egipcios», que podía denominarse el de los «Jóvenes Argelinos» para distinguirlos de los «Viejos Turbantes» o argelinos —indígenas se les denominaba— más tradicionalistas y reacios a la modernización de sus usos y hábitos socio-económicos. Muy interesante movimiento de los medios urbanos, como Constantina y Orán, pero sobre todo en la capital por excelencia desde cuatro siglos atrás, Argel. Los debates de principios de siglo fueron estimulantes y prepararon las tímidas propuestas del emir Jaled, primero, de los ulemas de Ben Badis luego, pero también, con otros factores, la «Estrella Norafricana» y hasta la figura de Messali y la de Ferhat Abbás.

Aunque Messali sea originario del occidente oranés-tlemsení y Ferhat Abbás fuera tantos años el «farmacéutico de Setif», su lucha política tuvo que mirar de continuo a Argel; de la misma manera que los trabajadores argelinos, procedentes de todo el territorio colonial-nacional, comenzaran su grupo en torno a «Estrella Norafricana» en tierras francesas, metropolitanas. Al debate, de alguna manera, entre «antiguos» y «modernos», tan europeo también desde siglos atrás —y tan japonés por los mismos años, los de la era Meiji—, se añadía el fenómeno de la emigración —el *ghorba*, tan popular aún hoy—, en uno de los casos, y el de la dinámica del juego de los partidos políticos y del debate parlamentario y periodístico en el otro caso. Fenómeno muy similar al de tantos países europeos, y por los mismos años. Pero estaba el asunto del «hecho colonial» mismo, ese fenómeno de alcance profundo que Franc Fanon, a veces con la desmesura añadida de los años de enfrentamiento bélico, se esforzó en hacer más comprensible con relativo buen éxito. El hecho colonial, por su esencia misma impositivo, «dominante» según la afirmación de Richard Konetzke ya citada, en referencia al hecho colonial español en América pero de alcance global a todo dominio colonial. Tal vez un dilema que ni Camus mismo tuvo

tiempo de verbalizar por su muerte prematura, pero que él tenía bien intuido y que Sartre, con esa desfachatez característica, exageró y «panfletizó» casi. Hasta en *Rayuela* mismo, Cortázar se hace eco del problema argelino y comprende que —es en el fragmento 90— «era necesario apoyar con la acción a los rebeldes argelinos» y equipara el «luchar por la independencia argelina» con la lucha contra el antisemitismo y el racismo.

Más antigua que la polémica clásica entre «antiguos» y «modernos» tan fructífera en la Europa clásica, resuenan ecos de la polémica de los disidentes jariyitas, que para Ibn Jaldún es muy magrebí o berberisca, y ya en el origen de la memoria histórica la cuestión de la iglesia donatista que enfrentara a Agustín de Hipona y a Petiliano de la vieja Cirta. Aunque esta vez con claves y términos más modernos de «colonialismo» y «nacionalismo». Tras la Primera Guerra Mundial, en la que tantos argelinos participaran codo con codo con los franceses, a lo largo de los años veinte, fue naciendo y desarrollándose ese «nacionalismo» moderno argelino que terminaría aglutinando a amplios sectores «indígenas» y enfrentándolos finalmente a los franceses y colonos europeos en Argelia en la cruenta guerra de independencia de 1954 a 1962. Y en un marco de expansión demográfica en la sociedad musulmana y estancamiento o crecimiento mucho menor en la sociedad colonial franco-europea. En los años treinta se señala un parón de inmigrantes franceses y una fecundidad de los colonos europeos menor que la de los argelinos, verdadera explosión natalista la de estos últimos. Si la población de la colonia europea pasa de casi 800.000 habitantes en 1921 a casi un millón en 1954, la población argelina pasa de 5,8 a más de 9,5 millones en el mismo período. Al mismo tiempo, la población colonial europea se va concentrando cada vez más en las ciudades, hasta el punto de que del 35 % de esa población que vive en el medio rural, en 1911, se reduce a sólo el 20 % en 1954, cuando fue precisamente en esos medios rurales de la colonia en donde el rechazo al orden colonial había sido mayor como bien resaltara Lacheraf. La ciudad de Argel, en concreto, pasó de 174.000 habitantes a principios de siglo (1906) a casi 600.000 en 1954, de los que poco más del 40 % eran europeos. Era ya la blanca y populosa ciudad actual, la de esa cinta cinematográfica espléndida que es *La batalla de Argel* de Pontecorvo.

El servicio militar obligatorio para los musulmanes (1907-1908) había generado, antes de la Primera Guerra Mundial, un ambiente de ma-

lestar grande en amplias zonas del país y había dado lugar a migraciones a otras tierras islámicas que en algunos casos, como en Tremecén y su región, habían sido de consideración; de una población musulmana tlemsení de unos 25.000 habitantes, inmediatamente antes de la guerra habían emigrado 1.200, muchos de ellos notables, con sus familias, como el mufti de la ciudad. El malestar por el asunto del servicio militar confluyó con las reivindicaciones «regeneracionistas», se podía decir, de aquellos «Jóvenes Argelinos» a los que los «Viejos Turbantes» denominaban «portadores de redingote», ironizando sobre su adopción de formas occidentales dado su cariz laico-liberal; el drama de los «afrancesados» españoles de la época napoleónica, escindidos entre su afán modernizador y su «patriotismo» tal vez pudiera ayudar a comprender el fenómeno. Numerosas asociaciones modernizadoras y científicas que estaban surgiendo en ese medio en el país tenían ese carácter. En el tiempo del triunfo en Turquía del movimiento de los «Jóvenes Turcos» (1908), que saludaban a la Francia revolucionaria, el abogado Ahmed Buderba en Argel, ese mismo año, protagonizaba la primera manifestación política de esos «Jóvenes Argelinos» con reivindicaciones tan claras como la negativa al servicio militar obligatorio y la demanda de todos los derechos civiles para la población musulmana de la colonia. Todavía no era la formulación de «Argelia para los argelinos», que no se daría hasta después de 1914, pero sí podría pensarse, como recuerda Ageron, en la formulación de Leopold Sedar Senghor, tan clara: «¿Asimilar la civilización occidental? Sí. ¿Ser asimilado por ella? No». Es fácil encuadrar ahí una figura como la del emir Jaled (Khaled), ex-alumno de la academia militar de Saint Cyr, que reaccionaba ante la naturalización con la afirmación de que «Yo soy árabe y quiero permanecer árabe»; de alguna manera portavoz en París de los «Jóvenes Argelinos», en Argel será vigilado y tachado de «Joven Turco panislámico». También se recuerda la llamada desde Constantina de Omar ben Kaddur en 1913, en el momento en el que el emir Jaled se apartaba de la armada francesa con un permiso temporal, impregnada de «nacionalismo»: «¡De pie, pueblo! Mirad al porvenir. ¿Vas a despertar y emprender un renacimiento científico, islámico y reformista? Reúne los trocitos de la nacionalidad e insúflale un alma nueva».

Pero será en Francia misma, entre las dos guerras mundiales, cuando va a surgir lo que pudiera denominarse un «nacionalismo revolucionario», de alguna manera, y en sectores conectados con el partido co-

munista francés al principio. Y surgió entre los argelinos emigrados a Francia, más o menos iniciada esta emigración en torno a 1905 pero que experimentó un fuerte aumento durante la Primera Guerra Mundial —a pesar de la ley de 1914 que suprimía el permiso de viaje a Francia a los obreros argelinos—, por necesidades imperiosas de mano de obra, y en una fuerte progresión; 7.000 emigrados en 1914, 20.000 al año siguiente, 30.000 en 1916, 35.000 en 1917. Aunque se procuró que sus estancias fueran cortas, de los movilizados oficialmente quedaron tras la guerra en Francia casi 70.000 obreros. A lo largo de los años veinte la emigración argelina a Francia no cesó de aumentar; si en 1921 fueron más de 20.000 los emigrantes, dos años después fueron unos 44.000 y en 1924 más de 70.000. Los colonos europeos de Argelia llegaron a quejarse de que se les iba la mano de obra nativa y aunque el regreso a Argelia se procuró que fuese al cabo de año o año y medio, los casados con una mujer francesa podían quedarse en Francia. A partir de 1921 los partidos obreros, comunistas y anarquistas, comenzaron a interesarse por los trabajadores coloniales y en el partido comunista francés se organizó una fracción concreta, con Abdelkader Hadj Ali a su frente, de la que surgiría la «Estrella Norafricana» —en contacto también con el sindicalismo— y el que habría de ser político clave del nacionalismo argelino, Ahmed Mesli, llamado Messali.

Messali era de familia cologli humilde, perteneciente a la cofradía de los Derkawa, y había nacido en Tremecén (1898) y emigrado a Francia en 1923, después de haberla conocido unos años antes durante el servicio militar. Obrero, aunque con intereses culturales que le hicieron frecuentar cursos de la Sorbona y de árabe clásico, pronto estuvo al frente de la «Estrella Norafricana» y sustituyó a Hadj Ali —comerciante con mayores obligaciones profesionales que el obrero Messali— al frente del movimiento. Ambos eran del Comité Central del partido comunista francés y su lenguaje seguía las pautas del momento al hablar de colonialismo e imperialismo, de burguesía y de proletariado. Pero muy pronto también se comenzó a hablar de una Argelia independiente. En 1929 la «Estrella Norafricana» tenía unos dos millares de afiliados y al año siguiente Messali y Hadj Ali fundaban un periódico, *L'Oumma* —«Umma» o comunidad islámica—, que se podría definir como islamo-nacionalista. Messali, con problemas policiales que le comenzaron a hacer sufrir períodos de cárcel y períodos de exilio, a raíz de la llegada del Frente Popular en Francia y la disolución de la «Estrella No-

rafricana», funda el Partido del Pueblo Argelino —el PPA— que disgustará tanto a sus antiguos compañeros del partido comunista como a los ulemas y, por supuesto, a la propia Administración colonial. A mediados de 1938 se calculan en dos millares y medio el número de militantes, crecimiento que no había sido capaz de lograr el partido comunista francés en ese medio. Prohibido en septiembre de 1939, para Messali se iniciaba un tiempo de largas condenas y exilios continuados prácticamente hasta 1954, hasta el inicio de la guerra de independencia, que le convirtieron en un personaje mitificado en los medios populares; a ello contribuyó también su propia imagen, de larga barba blanca y aire morabítico.

Durante la Segunda Guerra Mundial, de nuevo, se volvió a repetir, de alguna manera, el fenómeno de la participación argelina paralela a la francesa en general, como en la Primera Guerra Mundial, aunque esta vez con más complejos matices ante el desdoblamiento que el régimen de Vichy supuso tanto para la metrópoli como para la colonia. La propaganda alemana y filonazi, con sus mensajes antihebreos y que dejaba entrever la posibilidad de una supresión de la Administración colonial francesa, sedujo a algunos sectores populares y muchos rumores corrieron en ese sentido a principios de los años cuarenta; la policía colonial sospechaba de una posible «germanofilia» popular, y algunos militantes del PPA llegaron a colaborar con los alemanes a pesar de que Messali, desde la prisión misma, rechazó por igual las invitaciones alemanas y francesas. Ben Badis, antes de su muerte en abril de 1940, había afirmado que aquella guerra no interesaba a los musulmanes, que en ella no tenían un bando que defender. Cuando en marzo de 1941 se condenó a Messali a penas más duras de las esperadas, el PPA organizaba pintadas por Argel con el claro lema de «Argelia para los argelinos». Ferhat Abbás, por su parte, como uno de los políticos elegidos ya en los años treinta, mantuvo su línea reivindicativa de lo que ya había definido con anterioridad —«Sin emancipación de los indígenas, no hay Argelia francesa duradera»— y, con el desembarco angloamericano a finales de 1942, se convirtió en un activo interlocutor político para los aliados. Algunos consideran que los contactos de Ferhat Abbás con los aliados en Argel pudieron marcar el principio de la emancipación argelina. La primera redacción de su famoso *Manifiesto del pueblo argelino*, con Ahmed Bumendyel (Boumendjel), es de febrero de 1943 y en él se reivindicaba «la nacionalidad y la ciudadanía argelina». Para

los militantes del PPA el desembarco aliado había significado el primer gran desastre militar de Francia desde 1830 y una pérdida apreciable del prestigio francés. El *Manifiesto*, con tantos otros políticos de los elegidos como «representantes» —de alguna manera colaboracionistas con el gobierno colonial—, lo hubiera firmado el propio Messali si no hubiera renunciado a ello para protestar por su falta de libertad desde su confinamiento en In Salah. En el verano de ese mismo año (1943), tras el establecimiento de un comité francés de liberación nacional, De Gaulle comenzó a hablar de ampliar el número de argelinos franceses y de aumentar el número de puestos de trabajo para ellos en la Administración colonial, y en un añadido (*Additif...*) al manifiesto anterior Ferhat Abbás hablaba ya de etapas para la posguerra que comenzaran por un Estado franco-argelino e igualdad total.

Uno de los dramas políticos del momento era el grave problema del partido comunista argelino, partidario de la asimilación y que presentaba al nacionalismo argelino como expresión de los intereses de la burguesía árabe-bereber, con la que sin embargo parecía alineado el más representativo de la clase obrera argelina PPA de Messali. Las medidas y ordenanzas reformistas del gobierno colonial de marzo de 1944 levantaron críticas no sólo en Argel, sino también en Constantina y en Setif en los medios nacionalistas; pintadas y panfletos resumían la postura en las frases «¿Ciudadanos franceses? No. ¿Ciudadanos argelinos? Sí». Messali y Ferhat Abbás, que acababa de fundar el grupo de Amigos del Manifiesto de la Libertad, llegaron a entrevistarse en Setif y en Reibell en 1944 y hablaron de la posibilidad de una república argelina asociada a Francia, aunque pronto el PPA, al tiempo de las reuniones en Alejandría en Egipto que terminaran con la fundación de la Liga Árabe en marzo de 1945, expresaban su posición con otro lema claro: «¿Argelia árabe en la federación francesa? No. ¿En la federación árabe? Sí». Aquel notable paso adelante terminaba de dejar descolgado al partido comunista argelino —en el que tras la guerra de España se habían incorporado muchos comunistas españoles—, rechazado tanto por el PPA como por los colonos, aquellos que ellos denominaban «los cien señores de la colonización». Para los medios políticos de los colonos, en general, la Administración colonial daba muestras de debilidad desde el momento en que ponía en libertad tanto a comunistas como a militantes del PPA, y hasta Messali había vuelto a Argel, aunque fuera sólo en libertad vigilada.

Y es en aquel ambiente de guerra, en el que los problemas de abastecimiento habían llegado a crear dificultades extremas en muchos aspectos de la vida cotidiana y el mercado negro ponía de manifiesto las marcadas diferencias económico-sociales, en donde estallarían los sangrientos incidentes de mayo de 1945 en los que la separación entre argelinos y colonos franceses y europeos en general pareció ensancharse. No parece que haya acuerdo todavía en el número total de muertos que causaron aquellos incidentes, así como la tremenda represión posterior y las venganzas privadas de los colonos que siguieron. Algunos hablaron también de intento de insurrección general en todo el país, en un momento en el que los mesalistas del PPA habían conseguido infiltrarse con amplitud en el seno de la organización de Amigos del Manifiesto de la Libertad y constituían el núcleo clave del nacionalismo argelino. Sean 6.000 o 10.000 los muertos —el cónsul americano había llegado a hablar de 35.000, los ulemas y la Liga Árabe de 80.000 y los mesalistas de «genocidio»—, aquellos sucesos, sobre todo en Setif, fueron en verdad desmesurados y para Ageron, la consecuencia inmediata fue que «el foso de odio y rencores entre las dos comunidades de Argelia no iba a ser llenado nunca».

A raíz de aquellos sucesos, Fehat Abbás fundó la Unión Democrática del Manifiesto Argelino (UDMA) que durante ocho años iba a encuadrar a un sector importante de la burguesía argelina y los mesalistas se agruparán en torno al Movimiento para el Triunfo de las Libertades Democráticas (MTLD), mientras el partido comunista argelino se va a ir aproximando a los enfoques nacionalistas, aunque intentando aglutinar tanto a la clase obrera argelina como europea de la colonia; hombres de gran talla moral e intelectual, como los escritores en lengua francesa Malek Haddad, Kateb Yacine o Mohamed Dib, eran militantes de aquel partido que hasta la guerra de independencia se esforzó por estructurar frentes progresistas amplios con otros grupos nacionalistas con relativo éxito, y que llegó a tener en sus filas a alcaldes en Orán o en Sidi Belabés. Con Messali aún en la cárcel o en el exilio —en el tiempo de los sucesos de Setif de 1945 estaba en el Gabón—, en algunos sectores mesalistas, precisamente de los que luego surgiría el Frente de Liberación Nacional en 1954, se planteó la opción de organizarse en la clandestinidad como preferible al juego político legal en el que el MTLD se iba a insertar; de 1947, a la vez que se legalizaba el nuevo partido mesalista, data la «Organización Especial» (OS), una estructura militar

secreta que iba a llevar a cabo una serie de acciones violentas pero que la acción policial desmanteló casi por completo en marzo de 1950 con la detención de más de 350 de sus miembros, entre ellos Ahmed Ben Bella y Mohamed Khider.

Pero una nueva cuestión, la que algunos denominaron «crisis berberista», había debilitado también a los antiguos mesalistas del PPA. Tanto entre algunos sectores cabiles como en Francia, se contestó a la dirección del nuevo partido con algunas formulaciones que cuestionaban el concepto mismo de «Estado árabe». Con el apoyo discreto de los comunistas, en Francia se editó *La estrella argelina*, en la que se afirmaba que «Argelia no es árabe, sino argelina» y que había que combatir «por la liberación nacional sin distinción de razas árabe o bereber». En la misma «Organización Especial» clandestina, el bereber Hocine Ait Ahmed debió ceder la dirección a Ben Bella, en relación con esta crisis, y es bien representativo de aquella orientación más laica su afirmación de que estaba «más interesado por Masinisa y Yugurta que por el Profeta o los cuatro primeros califas ortodoxos». Con estos problemas internos, el liderazgo de Messali, siempre el ya mítico personaje pero que para algunos «había perdido el contacto con el pueblo», se fue debilitando de alguna manera hasta el punto de que la insurrección de noviembre de 1954 le cogió de sorpresa, cuando habían sido muchos de sus hombres los principales protagonistas. Su último intento de adquirir protagonismo en la nueva etapa abierta, la fundación del Movimiento Nacional Argelino (MNA), en diciembre de ese año, como alternativa al Frente de Liberación Nacional, ya no tuvo porvenir; el FLN le acusó de colaboracionista y llevó a cabo acciones violentas contra él. Tras la guerra, el FLN no quiso admitirle en las negociaciones de Evian y Messali se retiró a Gouvieux, cerca de Chantilly, con su mujer alsaciana y una decena de fieles; era su fin como político, aunque en 1965 le concedieron la nacionalidad argelina que solicitara al nuevo régimen de su país, y murió en junio de 1974 pudiera decirse que ignorado por sus compatriotas.

La guerra de independencia y el Frente de Liberación Nacional argelino

Como al carismático y obrerista Messali, al «amable burgués» que era Ferhat Abbás, nacido en 1899 en la región de Yiyel, hijo de caíd,

como Messali casado con una alsaciana, también el día de Todos los Santos (1 de noviembre) de 1954 le tomó por sorpresa. El estallido de la insurrección, que iniciaba una guerra de ocho años, fue simultáneo en todo el territorio y mostró la existencia de una coordinación bastante precisa; los atentados con bombas fueron muy abundantes en Cabilia y en Argel, menos abundantes en la Oranía, en el norte de Constantina o en Bufarik y Blida, y muy intensos también en los Aurés, Batna y Biskra, en cuya región muchos huidos de la justicia francesa, verdaderos «bandidos de honor», se habían sumado al movimiento insurreccional. En París el ministro del Interior, François Mitterrand, afirmaba que «Argelia es Francia», pero el salto había sido dado. Seis meses atrás, el 8 de mayo de ese mismo año, Dien-Bien-Phu había abierto también una nueva etapa en el lejano Vietnam.

En el verano, cinco antiguos militantes del MTLD y de la «Organización Especial» habían creado el Comité Revolucionario de Unidad y de Acción (CRUA); se podía hablar de una nueva generación de líderes políticos que tomaba el relevo, una vez comprobada la incapacidad de los líderes más veteranos para superar sus diferencias y adaptarse a los nuevos tiempos, y desde la clandestinidad que habían defendido en su antiguo partido, esta vez obligada. Eran Mohamed Budiaf (nacido en 1919), Mostefá Ben Bulaid (nacido en 1917), Larbi Ben M'hidi (1923), Murad Diduch (1922) y Rabah Bitat (1926). A este grupo clandestino en Argel se unieron de manera inmediata otros tres exmilitantes del mismo partido exiliados en El Cairo desde 1951-1952, Mohamed Khider (nacido en 1912), Hocine Ait Ahmed (1924) y Ahmed Ben Bella (1915 o 1919), así como el mítico «hombre de la montaña» Krim Belkacem, guerrillero en Cabilia desde 1947, a raíz de su desmovilización militar con el fin de la guerra mundial, y que habría de tener gran protagonismo y continuos choques con Ben Bella. De la presidencia del CRUA y el enlace con El Cairo se encargó Budiaf, muerto en atentado en 1992 en Argel cuando ejercía la presidencia de la República, en momentos difíciles.

La vitalidad política de aquella generación de la guerra es aún de actualidad, por lo tanto; y para muchos jóvenes argelinos de hoy, uno de los males de la actual coyuntura socio-política del país, que ven en ello una degradación de los viejos enfrentamientos personales y de liderazgo, sin duda similares a los que hicieron que ellos tomaran el relevo en 1954. Tres de aquellos nueve hombres murieron pronto en combate; Murad Diduch en 1955, Mostefá Ben Bulaid al año siguiente y

Larbi Ben M'hidi en la llamada batalla de Argel de 1957. Hoy sus nombres sirven para designar las principales calles de las ciudades argelinas. La policía francesa pronto detuvo a Rabah Bitat (1955) y, en una operación maestra de los servicios secretos, en octubre de 1956, justo después del congreso de la Summam en donde se había estructurado el FLN en un Consejo Nacional Revolucionario Argelino (CNRA) de 34 miembros y en un Comité de Coordinación y Ejecución (CCE) de cinco miembros, fueron detenidos en Marruecos en un avión, y conducidos presos a Francia, Ahmed Ben Bella, Hocine Ait Ahmed, Mohamed Khider y Mohamed Budiaf, así como Mostefá Lacheraf. Pero la guerra ya estaba en una fase irreversible.

La cuestión argelina provocó la caída del gobierno de Mendes France, aunque el nuevo gobierno (E. Faure) respetó al recién nombrado gobernador general de Argelia Jacques Soustelle. Eran las primeras de una serie continuada de crisis hasta la llamada al general De Gaulle en la primavera de 1958. En el verano de 1955 una serie de motines en la región de Constantina que causó la muerte a unos 70 europeos y una cincuentena de argelinos, fue contestada con una represión que, según las autoridades coloniales, causó más de 1.200 muertos argelinos, muchos más según el FLN. Al mismo tiempo se podía considerar comenzada la batalla de Argel con los comandos que había organizado Yacef Saadi en colaboración con un personaje que habría de convertirse en particular héroe popular, buen conocedor de los bajos fondos, Alí la Point, de alguna manera con ese halo del delincuente redimido por la «revolución», y más tras su muerte heroica, verdadero suicidio al volar el edificio en donde los militares franceses le tenían acorralado en la casbah de Argel para que con él muriese el mayor número de enemigos.

El poeta y periodista radiofónico Yamal Amrani, detenido en 1957 y, tras su salida de la cárcel, del Estado Mayor del Ejército de Liberación Nacional (ALN) durante la guerra de independencia, tiene un poema dedicado a Alí la Point que titula precisamente *Bajo un montón de escombros —Sous un tas de décombres—* y que a pesar de algún verso de cierta exaltación patriótica —«ALÍ LA POINT, hijo de la Patria en armas»—, es de una gran calidad literaria y particular fuerza poética y evocadora. Recojo el inicio y el final de este poema:

> Aquí en donde cada día llamaba el sufrimiento
> Aquí en donde cada paso ligaba nuestras voluntades de esperanza

Aquí en donde todo gritaba desdicha violencia hambre
Aquí en donde sordamente la sangre se verificaba y la pena
ganaba
murió sepultado bajo un montón de escombros
mientras pisoteaba los odios de su sangre ancha
para que las raíces de su pueblo IMPACIENTE
se anudaran en torno a la Bandera.
¡Oh lágrimas grises lentas para enfriar!
¡Oh paciencias incrustadas hasta el fuego sagrado!
Porque quisieron condenar a tinieblas
nuestras largas y áridas marchas
porque quisieron desgarrar nuestras vidas en las fronteras
del olvido...
Todavía ayer cinchado por el insulto de los señores
engullido por el mísero incesto
amó a los humildes liberó las ternuras
consumó el pasado.

En la hora múltiple de la herencia
cuando nuestras alegrías desgranan las libertades presentes
cuando su nombre se susurra en el silencio de nuestras voces
grito: Hijo de la Casbah
    deshielo de nuestras murallas
Tú has roto la malla de los jardines prohibidos
...y todos estos cantos para ti que yo dedico
a mi cercano.

No es extraño que la batalla de Argel, de la que fue encargado Larbi Ben M'hidi por el congreso de la Summam y que se decidió potenciar al máximo, fuera un asunto pronto incorporado a la creación literaria y artística, de la que *La batalla de Argel* de Pontecorvo es todo un símbolo y precisamente en ese género narrativo más moderno que es el cinematográfico. La fuerza de las imágenes —esas casas abigarradas comunicadas por las azoteas y las calles estrechas y laberínticas, aptas para la guerrilla urbana— no desmerece de los protagonistas mismos de aquellas acciones, Alí la Point, el lúcido Larbi Ben M'hidi o las muchachas Samia Lajdi y Zohra Drif que en septiembre de 1956 con-

seguían poner dos bombas en «La Cafetería» y en «Milk Bar», en el centro de la ciudad, y que la posterior represión convertiría en verdaderos héroes de la patria. Kateb Yacine evocaba esa relación de las dos muchachas y la bomba en su poema dialogado *La bomba y el tiempo —La bombe et le temps—*, sin duda, cuando aún no había renunciado a su escritura en francés; Nedjma —o Estrella— y Margarita recitaban a dúo:

> Reducidas a no ser más que una explosión viviente
> Y que se hace esperar en el corazón del enemigo
> Es necesario que nuestra sangre se encienda y seamos
> llamarada
> Para que se conmuevan los espectadores
> Y para que en el mundo se abran al fin los ojos
> No sobre nuestros despojos sino sobre las plagas de los
> sobrevivientes.

La represión de la policía y el ejército coloniales fue drástica en Argel y el asunto de la tortura levantó amplios debates, sobre todo cuando comenzó a alcanzar a intelectuales que podían ser sospechosos por sus ideas avanzadas, como el profesor comunista de la Universidad de Argel Maurice Audin, desaparecido, o el abogado Ali Bumedyel que después de un interrogatorio moría tras tirarse por una ventana. Pero si la batalla de Argel parecieron controlarla los franceses, el estado casi permanente de crisis en la vida parlamentaria francesa y las operaciones de la ALN con las consecuentes operaciones de represión de un ejército francés que ya alcanzaba los 400.000 soldados en campaña y utilizaba la aviación para bombardear poblados, mostraban la dificultad de una solución armada del conflicto. Tres días después de que la Asamblea Nacional invistiera a De Gaulle y le concediera poderes especiales para Argelia, los primeros días de junio de 1958, el general viajó a Argelia y pronunció discursos en Argel, Annaba, Constantina, Mostaganem y Orán; su mensaje era claro: en Argelia sólo había franceses de cuerpo entero «con los mismos derechos y los mismos deberes»; fue entonces cuando pronunció su proverbial *Je vous ai compris* («Os he comprendido»). La respuesta del FLN fue rápida. Mediado septiembre un Gobierno Provisional de la República Argelina (GPRA) era proclamado, con una presidencia bien conocida por los políticos franceses, Ferhat

Abbás, que desde abril de 1956 se había adherido al FLN al mismo tiempo que el historiador Tawfik el Madani, antes del congreso de la Summam por lo tanto, gobierno en el que se incluían militantes presos en cárceles francesas; un mes después De Gaulle ofrecía a los argelinos *la paix des braves*, una paz de los bravos que no era aceptada por el FLN, lo mismo que la oferta de septiembre de 1959 de autodeterminación que incluyera las opciones de afrancesamiento, asociación o secesión.

De Gaulle, a lo largo de 1960 fue endureciendo su presión militar y llegó a afirmar en un nuevo viaje a Argelia que el problema argelino sólo tendría solución tras la victoria militar francesa. Pero a finales de año, en su último viaje a la colonia, violentas manifestaciones, primero de colonos europeos y luego también de argelinos, dieron lugar a una nueva represión que causó víctimas tanto en Annaba y Orán como en Argel; en esta última ciudad el balance dio 120 muertos, de los que ocho eran europeos. Pocos días después en la ONU la Asamblea General reconocía el derecho a la autodeterminación y a la independencia de los argelinos. Las reacciones en Francia ante la guerra de Argelia también habían influido mucho. Los emigrantes argelinos en Francia —unos 200.000 en 1954— habían canalizado su ayuda económica al FLN a través de unas redes organizadas, en las que unas de las figuras clave eran los conocidos como «hombres del maletín», y el proceso a que dio lugar el desmantelamiento de la llamada «red Jeanson» trajo abundantes debates en Francia en los que intervinieron intelectuales como Jean-Paul Sartre, por ejemplo. Numerosas asociaciones juveniles comenzaban a mostrarse como partidarias de que cesara la guerra de Argelia y una manifestación de estudiantes e intelectuales, a principios del curso académico de 1960-1961, exigía la paz y conversaciones con el gobierno provisional argelino. A principios de 1961 ya comenzaron los primeros contactos franco-argelinos para estudiar las condiciones de una negociación y aquella primavera empezaban las primeras acciones violentas de una «Organización Armada Secreta» —la OAS— que iba a endurecer mucho la última etapa de la guerra de Argelia. La noche del 21 al 22 de abril de 1961 algunos generales retirados, a los que se unirá el general Salan, intentaron un golpe militar en Argel que fracasó y el 20 de mayo comenzaba la conferencia de Evian, localidad en la que la OAS había asesinado a su alcalde dos meses atrás. Tanto en Francia como en Argelia, la violencia adquirió, durante estas difíciles conversaciones, matices de verdadera guerra civil, que culminó en los meses de abril y

mayo, cuando la evacuación de los colonos europeos dio lugar a una situación de pánico generalizado. El primero de julio de 1962 un referéndum en Argelia aprobaba la independencia casi por unanimidad —casi seis millones de votos afirmativos, 40.000 menos que los votantes, y 530.000 abstenciones—, dos días después entraba en Argel el gobierno provisional argelino y a primeros de agosto Ahmed Ben Bella y el coronel Bumedien llegaban también a la capital. Durante ese mes se había desarrollado la fase final de otra lucha no menos dura, la de la distribución del poder entre los vencedores.

Argelia independiente; una república socialista e islámica

En *La batalla de Argel*, de Pontecorvo, el guionista pone en labios de Larbi Ben M'hidi, en una azotea de la casbah desde donde se divisa un amplio panorama de la ciudad de Argel, unas palabras proféticas de alguna manera; más o menos, que si era posible ganar la guerra, más difícil iba a ser construir la paz. Fuera o no así de clara la reflexión del malogrado Ben M'hidi, desde el momento mismo de la independencia la lucha por el poder en el FLN vencedor fue dura y trajo consigo no pocos exilios y muertes. Dos grupos se perfilaron en principio; uno conocido como grupo de Tizi-Uzu, capital cabil, con Ben Jedda y el mítico guerrillero Krim Belkacem, el otro conocido como grupo de Tremecén, en torno a Ben Bella, Bitat y Bumedien, y con él la cúpula militar del ALN, el ejército surgido de la guerra. En los meses anteriores a la independencia Abderrahmán Farès, el primer notario musulmán en Argelia y un político de la vieja escuela colonial sólo muy recientemente acogido en el FLN, pasó a convertirse en nuevo presidente del GPRA; desde allí intentó conciliar los dos grupos claros que habían surgido en el FLN, aunque sin éxito. Tras verdaderos enfrentamientos en el verano de 1962, Ben Bella y Bumedien entraron en Argel y se iniciaba (agosto 1962-junio 1965) el período de presidencia de Ben Bella.

Ahmed Ben Bella se había convertido en el rostro popular de la guerra de Argelia a partir de marzo de 1955, cuando su fotografía apareció en los periódicos y le tildaban de ser «el más peligroso de los agitadores». Hijo de un campesino de Maghnia, estudiante en Tremecén y condecorado por De Gaulle tras su participación en la Segunda Guerra Mundial, en la toma de Montecasino, Ben Bella había sido militante del

PPA y había sufrido prisión en Blida tras un acto violento en Orán. Evadido a El Cairo, allí había participado activamente en los sucesos que llevarían al día de Todos los Santos de 1954. Aunque casi toda la guerra se la pasó encarcelado en Francia, continuaba siendo el rostro más popular; y con el apoyo de Bumedien, el primer rostro del nuevo régimen político argelino.

En cuanto a Huari Bumedien —Mohamed Bujaruba—, era hijo de un campesino empobrecido de la región de Guelma y tenía 13 años en el momento de los sangrientos sucesos de Setif y el oriente argelino. Como a los personajes de la novela de Kateb Yaciue, *Nedjma,* aquella violencia le marcó hondamente; estudiante en escuelas francesas y árabes al mismo tiempo, y luego durante tres años en la Kettania de Constantina, que seguía el modelo de la Zeituna de Túnez, pasó también por el PPA; en 1950, con 20 años, se fue a El Cairo, en algunos tramos del trayecto hasta en auto-stop, y durante cuatro años participó, activo e imparcial, en la lucha política que desembocaría en el FLN y en la guerra contra los franceses. El 1 de noviembre de 1954, en El Cairo, solicitó incorporarse a la guerrilla argelina; una misión secreta de abastecimiento de armas en un yate que el rey de Jordania había regalado a su esposa, planeada por Ben Bella, la cumplió con éxito; de entonces data su cambio de nombre, eligiendo el nombre de los dos santos patronos de las ciudades de Tremecén y Orán, Sidi Bumedien y Sidi el Huari, él que era un hombre del oriente argelino, sin duda como un gesto nacionalista. Ya en Argelia, dedicó todo su esfuerzo a la organización del Ejército de Liberación Nacional o ALN, del que llegó a ser comandante jefe. Bajo la presidencia de Ben Bella, Bumedien fue el ministro de Defensa y utilizará la estructura militar, que dominaba, para imponerse el 19 de junio de 1965 como nuevo dirigente del país, criticando a Ben Bella su populismo, su improvisación y el comportarse como un «califa de Bagdad».

En el período de gobierno de Huari Bumedien, de 1965 a su muerte en 1978, significó la fijación de un régimen político que elegía el modelo socialista de desarrollo económico planificado, con el FLN como partido único, similar en sus comportamientos a los partidos comunistas de la Europa oriental, por un lado, y la asunción plena de la tradición religiosa islámica, tan importante en la lucha anticolonial, como movilizadora y como legitimadora. A pesar de los partidarios de un Estado laico, en la Constitución de 1963 se hablaba de religión de Esta-

do y de que el presidente de la República debía ser musulmán; se podría hablar de una «nacionalización» del Islam, de alguna manera, con un Ministerio de Asuntos Religiosos y un Consejo Superior Islámico que favorecían y controlaban la construcción de mezquitas y centros de enseñanza islámicos; o de un Islam oficializado que iba a sufrir la misma suerte, en cuanto a desgaste «político», que el aparato del partido oficial en los años ochenta, con la crisis económica originada por el descenso del precio del petróleo y el mal funcionamiento de amplios sectores productivos del país.

El derrocamiento del presidente Ben Bella lo había hecho oficialmente el Consejo de la Revolución —de 26 miembros—, cuyo presidente era Bumedien, con el programa de construir el Estado, consolidar la independencia política y recuperar las riquezas nacionales para lograr la independencia económica; en 1966 se creaban una treintena de sociedades nacionales y se nacionalizaban las minas y las compañías de seguros; al año siguiente se lanzaba el primer plan trienal para preparar el primero cuatrienal, y en mayo de 1968 se nacionalizaban todas las sociedades extranjeras de distribución de productos petrolíferos, entre otras, en total una cuarentena. Un año después se inauguraba el gran complejo siderúrgico de El Hayar, cerca de Annaba, en el marco de la apuesta por una «industrialización auténtica» y a su vez «industrializante», que debía generar una estructura básica para los años ochenta. En 1970 se lanzaba el primer plan cuatrienal y en febrero de 1971 la nacionalización de los hidrocarburos, con la crisis consiguiente en las relaciones argelino-francesas, precedía a las primeras ordenanzas sobre la Revolución Agraria y sobre la gestión socialista de las empresas. Tal vez fuera aquél el momento de mayor euforia desarrollista de la era Bumedien, en paralelo con el aumento de los precios del petróleo de la década de los setenta, cuyos beneficios se querían invertir en un desarrollo armónico y global del país. En 1972 se inauguraba el oleoducto Beni Mansur-Argel y se lanzaba la construcción del gaseoducto Hassi-R'mel-Arzew y de una planta de licuefacción de gas y una central térmica en Skikda; otros muchos complejos industriales aparecían en el país —siderurgia en Orán, cerámica en Guelma, vehículos industriales en Ruiba, motores y tractores en Constantina—, y en Ain Nehala (Tremecén) se ponía la primera piedra de 1.000 pueblos socialistas previstos de nueva construcción para la Revolución Agraria, cuya primera fase terminaba en octubre de ese año de 1972. Argelia se había convertido en

uno de los países líderes del movimiento de no-alineados, y en septiembre de 1973 la IV cumbre de jefes de Estado de estos países se desarrollaba en Argel; pocos meses antes, se había inaugurado el primer tramo de la ruta de la Unidad Africana que, vía Tamanrrasset, preveía unir Argel con Bamako (Mali) y Niamey (Níger) atravesando el Sahara, a la vez que miles de jóvenes participaban en el voluntariado a favor de la Revolución Agraria y hasta el Consejo de la Revolución prohibía la emigración a Francia de mano de obra como respuesta a actos racistas antiargelinos. A finales de año se estatuía la medicina gratuita y al año siguiente, 1974, el año del lanzamiento del II plan cuatrienal que seguía dando prioridad a la industria pesada y que preveía un crecimiento anual del 10 %, en abril el presidente Bumedien reclamaba un nuevo orden económico mundial en la ONU, en nombre de los países del Tercer Mundo. Después de que en el verano de 1975 se celebraran los Juegos del Mediterráneo en Argel, a finales de año comenzaron a llegar a miles los refugiados saharauis a la zona de Tinduf, huyendo de la invasión marroquí y el abandono precipitado de la región de los militares españoles en los días de la muerte de Franco. Nacía un conflicto que debió de repercutir no poco en la vida político-económica de Argelia, aún con plena confianza en su modelo de desarrollo elegido.

Tan importante como las realizaciones económicas que nacían, a lo largo de 1976 y hasta la muerte de Bumedien, fue el empujón dado a la «construcción del Estado» con los amplios debates y la adopción de una Carta Nacional y de una nueva Constitución presidencialista, seguida de la elección del presidente de la República, el propio Bumedien, y en febrero de 1977 de una Asamblea Popular Nacional. La muerte repentina de Bumedien precipitó el proceso. La legitimidad del régimen de Bumedien, a través del Consejo de la Revolución, estaba clara, se remontaba al «millón y medio» oficial de muertos en la guerra de la independencia; y el Islam oficial también sancionaba esa legitimidad. La búsqueda de una nueva «legitimación constitucional» era necesaria; de los viejos 26 miembros del Consejo de la Revolución quedaban en 1977, en el momento de la disolución de dicho consejo, sólo siete, excluidos o fallecidos los restantes. La transmisión del poder a la muerte de Bumedien fue modélica, de alguna manera, siendo muy alabada en su día. Bumedien murió el 27 de diciembre de 1978 de una enfermedad de la sangre y tras algunas semanas de rumores y tensa espera que recordaba, siquiera vagamente, lo sucedido en España a la

muerte de Franco; se planteaba el mismo problema de la «transición» de un régimen muy dependiente de una personalidad fuerte, cuya adhesión significaba la adhesión a la Carta Nacional, la Constitución y al gobierno del Estado, y aquel problema se pudo resolver perfectamente con las instituciones que el país se había dado. La presidencia interina se preparó como un mecanismo de relojería, sin duda, en las semanas previas a la muerte del líder; y se llevó a cabo con efectividad. Rabah Bitat, presidente de la Asamblea Popular Nacional, tras las manifestaciones sinceras de dolor popular, en ocasiones verdaderamente emocionantes, pasó a presidente interino de la República durante 45 días; el Consejo de la Revolución, antes de disolverse definitivamente, sancionó la designación de un nuevo candidato a la presidencia, hecha por un congreso extraordinario del partido FLN. Las dos legitimaciones, la antigua basada sobre todo en la guerra y los muertos —y no hay que caer, por mera cuestión de economía expositiva, en la tentación de escuchar una posible opinión de Sánchez Ferlosio—, y la nueva, de alguna manera más constitucional y «moderna», confluían en el designado, Chadli Benyedid, que había de ser elegido por sufragio universal. Muchos argelinos de entonces, del FLN y de sectores más radicales de izquierda, que criticaban no pocos aspectos de un régimen de partido único y deseaban un Estado más laico, comparaban aquella «transición» con la española, incluso, en conversaciones informales; y recordaban la vieja amistad de dirigentes del PSOE español con dirigentes del FLN argelino, e incluso su cercanía al comprender y respaldar el apoyo del FLN y el régimen argelino al Frente Polisario. Guerra y Ben Yahia se conocían bien y hasta algún malintencionado vio gestos similares en los dos políticos. Esta aprobación provenía también de sectores próximos al antiguo partido comunista argelino, que podían tener en Kateb Yacine su rostro más representativo, no integrados en el FLN pero tolerados hasta el punto de que podían editar en letra impresa lo que hubiera sido un panfleto a multicopista en la época de represión franquista en España; una protegida «clandestinidad», de alguna manera; tal vez no se hubiera podido comprender si no la vuelta del mismo Kateb y su actividad a la vez protegida y silenciada. Para ellos, también, podía abrirse la posibilidad de una mayor participación en la construcción de un Estado más laico.

Chadli Benyedid, nacido en 1929 cerca de Annaba en una familia de campesinos pobres, había luchado como guerrillero desde 1955 y lla-

mado al Estado Mayor por Bumedien al final de la guerra; al lado de Bumedien participó en todas las fases de la toma del poder, y estuvo al frente de las regiones de Constantina y de Orán sucesivamente. Era, además, el oficial más antiguo y en el rango más elevado del Consejo de la Revolución; en él pensó el congreso extraordinario del FLN al designarle candidato único para la sucesión de Bumedien. El continuismo pudo hacerse realidad de manera ordenada, pero se comenzaba a hablar de posible liberalización del régimen y, de hecho, se emprendió una reforma en las grandes empresas de industria «industrializante», reduciendo su tamaño y haciéndolas más sencillas de gestionar; e intentando hacerlas rentables, en un momento en el que el nuevo mundo rural surgido de la aún inconclusa revolución agraria, no era capaz de abastecer a más del 40 % de las necesidades alimenticias del país, cuando en 1969 cubría el 73 % de esas necesidades. Se hablaba de fracaso de la Revolución Agraria, en el momento en el que los precios del petróleo comenzaban a descender; se iniciaba, de alguna manera, la era del «pospetróleo», ya anunciada por Bumedien —pero no para tan pronto— como un techo con el que había que contar y para el que había que preparar al país costase lo que costase. Chadli Benyedid fue reelegido en 1984 y en 1988, pero en cada una de las ocasiones la situación se veía más degradada; en la última ocasión, poco más de dos meses después de que, a principios de octubre, el ejército causara centenares de muertos entre la gente, sobre todo joven, que se había echado a las calles en una escalada contestataria que prendió como la pólvora, Chadli fue elegido tras prometer reformas políticas profundas.

El estallido popular pareció paralelo al surgir del movimiento político islámico que cristalizó en un partido, el FIS; el Frente Islámico de Salvación, como opuesto al otro Frente, el de Liberación Nacional, de alguna manera también garante de la legitimidad. Pero si el FIS se encontró con una coyuntura favorable para su rápida expansión, el malestar popular era más estructural. Estaba en relación con el malestar social y económico provocado por la crisis, cada vez más grave; si la deuda externa de Argelia era de 5.500 millones de dólares en 1975, en 1988 era de 24.000 millones y el desempleo alcanzaba a 1.200.000 argelinos; el índice de crecimiento del 3 % anual, altísimo, hacía que mucho más de la mitad de la población fuera gente muy joven, desbordando también el sistema educativo que no pudo mantener los mismos

niveles de escolarización y formación de cuadros en general. Cada trabajador argelino debía alimentar al menos cinco bocas más en su casa. Un gran escándalo financiero que alcanzaba al entorno más próximo del presidente y al Banco Exterior de Argelia, se vio como una maniobra política de alguno de los clanes del partido, pero era de gran magnitud y hasta muy posiblemente no el único. La Unión General de Trabajadores Argelinos (UGTA) había mantenido mucha actividad reivindicativa y se hablaba de una huelga general para el 5 de octubre de 1988, que los graves disturbios desbordó. La necesidad de recurrir al ejército para controlar la situación, debilitó a todos los sectores políticos oficiales y un movimiento islámico, enraizado en el descontento popular, se distanció de los sectores oficialistas y desempolvaron las formas más arcaicas de la tradición marabutista; más enraizadas, tal vez, que el reformismo modernista de Ben Badis y los ulemas, de alguna manera reconocibles en el FLN y en el islamismo oficializado.

También debió incidir y mucho el fracaso de la incompleta reforma educativa. El año 1971 fue oficialmente el de la arabización, pero los sectores más activos del país seguían dependiendo del francés para su trabajo técnico-económico, y los nuevos graduados arabizados fueron relegados hacia una enseñanza cada vez más deficitaria a la hora de proporcionar los cuadros que el país necesitaba. De los que se intentaban formar en el exterior, con altos costes presupuestarios para el Estado, muchos no volvían a Argelia tras el período de formación o se quedaban en el extranjero o en compañías con las que, algo más tarde, podrían trabajar en el país con estatuto de técnico extranjero. A partir de mediados de los ochenta, los desajustes eran generales, y no fue raro encontrar entre los nuevos dirigentes islámicos a graduados universitarios en paro técnico.

La segunda «transición» política argelina debió de hacerse hacia un modelo más democrático desde el punto de vista internacional al uso o impuesto, ya que la deuda exterior procuraba unos gastos financieros de 6.000 millones de dólares al año, y eso era decisivo en su relación con el exterior. Pero ya no pudo ser tan sencilla como la anterior. Un error de cálculo político hizo que, por primera vez en un país árabe, se legalizara un partido de base exclusivamente religiosa, prohibido además por la ley electoral adoptada, por decisión del ministro del Interior como un acto de interpretación magnánima de la ley. La legalización de todos los partidos políticos había sido pedida incluso por voces que

según la antigua legitimidad revolucionaria eran de peso, como el ex-presidente Ben Bella, liberado de una larga prisión tras la muerte de Bumedien, o el también histórico Ait-Ahmed; la vieja herencia clánica y tribal, mal endémico del período que la historiografía argelina consideró «feudal», dignificada por la labor de supervivencia cumplida en algunos sectores de la sociedad colonial —y el ejemplo literario de *Nedjma* es elocuente—, rebrotaba en la Argelia independiente, y con la tendencia a las formas autoritarias que los jeques tribales poderosos habían adoptado en otros tiempos. El modelo estructurado de partidos, con cierta tradición desde antes de la guerra de independencia —del ya mítico PPA al partido comunista argelino—, podría encarrilar todas aquellas tendencias a los clanes que habían proliferado en la Administración y en el ejército. La masa abrumadora de la juventud —las tres cuartas partes de la población tiene menos de 30 años— y la escasa formación política de esa misma juventud, muy desatendida, al revés que la formación islámica familiar y tradicional, de alguna manera política también al identificarse todavía con la ley, puede hacer comprensible el fenómeno de la identificación de mucha gente con un mensaje político en lenguaje islámico «legal».

El Código de la Familia de 1984, tras un amplio debate que movilizó a los sectores más modernizadores y aperturistas del país, mantenía la desigualdad jurídica de los sexos y el poder del hombre —la autoridad patriarcal— sobre la mujer; era un fuerte espaldarazo a la «ley» islámica. La legalización del FIS, calculada por quien fuera, se le desmandó ampliamente. Más cuando la chavalería de los barrios descubrió que el hombre seguro de sí mismo y prepotente hasta entonces del partido oficial comenzaba a sentir miedo de ese ascenso.

Fue, de alguna manera, la venganza de los *buhís*, chavales que gustan de la manera de vida que ven a diario por la televisión en los países occidentales —su concepto de *la liberté* peculiar y muy visual o material— y sin lugar en el sistema productivo del país, aburridos y en paro, su venganza, en fin, sobre los *chichís*. Los *chichís* son algo así como los «pijos» en España, pero muchos menos y mucho más ricos, al menos para allí, con espléndidos automóviles y que pagan cifras astronómicas para la capacidad adquisitiva del país por un espectáculo o una botella de whisky en algunos lugares muy visibles de Argel. El salto a la participación en grupos extremos —los «afganos», por ejemplo, con los ojos con *cohol* y elementos del traje tradicional del período glorioso berberisco, casi tan pop— tampoco era difícil, al fin y al cabo una mística

de violencia casi cinematográfica y de actualidad. Aunque más tarde se convirtiera en mucho más seria y desestabilizadora, quizá por problemas de decisión política.

No fue extraño que muchos argelinos aperturistas e intelectuales sintieran que la elección era dura, entre el ejército y los partidarios de un Estado islámico, y pensaran en la suspensión de las reglas democráticas admitidas y ponerse en manos de un ejército que, al decir de muchos, está comprometido en negocios de dudosa legalidad. Y es una de las interpretaciones posibles, para muchos, de los últimos sucesos que llevaron a la muerte de otro histórico que no dudó en volver del exilio para intentar salvar la legitimidad, perdida para tantos argelinos, de un régimen político que se identificó demasiado con la República argelina, democrática y popular, pero también árabe e islámica. Mohamed Budiaf fracasó, sin duda, en el intento de salvar esa difícil segunda «transición»; por un lado, habló de partido único renovado, de alguna manera, a la vez que iniciaba un molesto control de las diversas corruptelas; sin contraofertas de seguridad socioeconómica a corto plazo, si no era capaz de lograr un éxito político rápido. La ilegalización del FIS provocó una escalada de violencia de un tipo denominado «terrorista», bien conocido ya a nivel internacional, y el «desencanto» —ese desencanto que tanto se cacareó en España también— llegó, de alguna manera, antes de poder culminar esa «transición». La penuria económica y la obsesión por el viaje al extranjero —con esos episodios dramáticos de los ahogados en el paso clandestino del mar— es una manifestación más de ese desencanto, pero dramática, si no trágica en tantas ocasiones.

Momento apasionante, pero duro. De siempre se supo en el Mediterráneo que la salud es un bien común, y que si una peste —aquella «pestilencia» de la documentación española, reseñada con exquisita puntualidad— se difundía por Estambul, Nápoles, Marsella o Argel, había que tomar medidas para neutralizarla. Entonces, era el aislamiento. La pestilencia de bacilos, como la peste que relatara Camus con algunos olvidos, era muy diferente a esa peste actual de la recesión económica y el hambre, en la que la máxima comunicación de refuerzos y bienes es lo único que la puede neutralizar. Y la salud es común; aunque, como recordara Camus al finalizar su relato, el bacilo de la peste pueda reactivarse cuando menos se lo espere.

FINAL I

Al sur del mar. Argelia, Al Yesaer, Las Islas. Entre el desierto y el mar. En unas declaraciones de finales de verano de 1992, el coronel Gadafi de Libia, con ese tono entre gesticulante y profético tan característico de un temperamento compulsivo, se aconsejaba a sí mismo y a los suyos emigrar hacia sus orígenes, hacia Oriente, y abandonar aquellas tierras áridas y salinosas que era su país, después de destruir las instalaciones petrolíferas. Es un tono entre profético y catastrofista que siempre hizo las delicias de los predicadores y educadores religiosos, y muchos no tendrán más que retrotraer sus recuerdos a la niñez. Tono muy querido por los devotos de predicadores religiosos y líderes místico-carismáticos y, sobre todo, cuando transmite credibilidad o, al menos, sinceridad. Y el coronel Gadafi puede transmitirlas, para mucha gente, porque Libia invirtió mucho en el Sahara. Lo mismo que Argelia, con la transahariana, «bautizada» como Ruta de la Unidad Africana; y que los europeos sólo han sabido apreciar como ruta deportivo-turística, haciendo a Argelia movilizar una flotilla de aviones para localizar a un hijo aventurero de una primera ministra europea, por ejemplo. O la gran muralla verde *—le barrage vert—*, ese gran bosque que debía contribuir a frenar la expansión del desierto por la estepa argelina.

El mensaje de Gadafi puede parecer sincero a muchos argelinos porque el argelino, de siempre, y aún hoy, es un hombre móvil, un nómada. Hay una mayoría, incluso de población urbana, que todavía habita las casas coloniales francesas con esquemas de casa de planta baja y hasta de jaima del desierto. Las colchonetas, las senías redondas o mesitas bajas, una colorista tapicería, la necesidad de jardín o huerto y de agua por el suelo. Han venido del campo a la ciudad en los años

de euforia desarrollista y «Estado providencial», de los años de esplendor económico; han sobrevivido con su alta tasa de natalidad de sociedad campesina a cuestas, y han desbordado todas las previsiones educativas y de asistencia social. La masa de veinteañeros urbanos, con problemas de trabajo y de vivienda desde siempre. Son los jóvenes de la emigración —el ghorba, de las canciones de Dahmán el Harrasi—, el nuevo nomadeo para cuyos oasis o intersticios de nomadeo pueden ser determinadas ciudades y, cada vez más, regiones europeas en donde hay gente experimentada amiga, parientes o protectores. Bienes muy apreciados por el hombre nómada, sobre todo si el entorno es hostil. Tendrá nostalgia —esa *morriña* de los emigrantes de todas las latitudes— y se acompañará de su música y sus tradiciones más ancestrales, amorosas o culinarias, y traerá a sus vecinos varias veces como regalo dátiles o rosas de arena de los anchos llanos entre El Golea y Timimún, o un tapiz de Gardaia. Y volverá a nomadear hasta su tierra de origen si las cosas van mejor. O no. El nomadeo-emigración puede generar hasta cosmopolitismo, integración en otra sociedad más móvil cuyos límites únicos fueran lugares donde no supieran aceptar un regalo tan simple y tan bello como una rosa de arena.

El hombre nómada parte de la pobreza y de la sobriedad que esa misma pobreza engendró. Puede subsistir con poco y ya desde antiguo; algunos españoles del siglo XVI y del XVII dejaron testimonio por escrito de su sorpresa ante lo poco que gastaban en comer, tanto la gente en el mar como en las casas de la ciudad. Y esa forzada sobriedad se mantiene de alguna manera aún en los intersticios de nomadeo alejados. Todo el contenido popular de la palabra libertad —la *liberté*—, en el sentido que le concede la canción rai más reciente de un barrio argelino —la chica por las calles, diversiones juveniles, objetos de consumo—, estarán a su alcance, de alguna manera, a lo largo de ese nomadeo. Hay chicas por la calle, muchísimas diversiones e infinitas cosas para comprar. Pero al alcance de otros, la mayoría de las veces. Estaba muy claro que la pobreza y la sobriedad no eran por elección. Tal vez un *maktub* —o «estaba escrito»—, fatal destino, hiciera que el mundo fuera como es. Joven y decidido, aún podría rozar o penetrar un poco más profundamente aquel mundo visitado, y hasta podría quedarse un poco más en él o para siempre. Puede suceder en ocasiones, aunque lo normal es el regreso. A los orígenes. Al sur del mar. A esa región de costa hermosísima y una gran estepa hasta el desierto. Entre el desierto y el mar.

Con algunos objetos del norte, en muchas ocasiones —automóvil y hasta un traslado completo de casa bien instalada—, que tal vez consigan hacer más confortable, y hasta feliz, el regreso al sur. Aunque muchas veces no haya suerte y tampoco eso puede ser.

Y es entonces cuando puede aparecer el «hombre disgustado», de alguna manera inconforme con su suerte y con todos los que piensa que se la provocaron, más allá de un posible maktub antiguo. El hombre disgustado, que encontrará a su vez a una juventud disgustada —ese *ana degouté*, a los labios con tanta frecuencia por la calle—, necesitada de emprender cuanto antes su viaje para comenzar a tentar a la suerte con mayor antelación y más perspectiva, temporal al menos, de éxito. Tal vez el hombre de vuelta piense, como aquel poeta greco-alejandrino, Cavafis, que el viaje es lo que importa. Y será cortés con el que inicia el viaje y le comentará algunas experiencias personales y algunas normas de conducta prácticas para sobrevivir y hasta medrar. Cortesía ancestral. Uno recuerda el discurso de Bumedien sobre la necesidad de un nuevo orden económico mundial, aunque tan vagamente que ya no recuerda casi contenidos. Cortesía ancestral. Sí. También posible maktub.

¿Y la mujer? La mujer en la emigración ha mostrado más habilidad y talento, en lo que yo sé, que el hombre mismo. Eso sí, son muy pocas en comparación. Más las mujeres cultivadas, con estudios, de alguna manera más europeizadas ya de antemano. Muy lejos de aquella mujer que Yusef Septi (Constantina, 1943), en un poema que siempre me pareció terrible, evoca en su *Noche de bodas —Nuit de noce—*:

Metió la llave en la cerradura
llamó a la puerta con violencia
cerró la puerta con violencia
entró
anduvo
me quitó el velo
me levantó la cabeza
se rió de mí
me desnudó

se desnudó
no me dijo nada
rompió un espejo
lo hizo todo
lo hizo rápidamente
se fue
había bebido
y yo tomé las sábanas
entre los dientes
y me desmayé.

Ni la mujer de una generación batalladora, como la de Leila Belhay —Belhadj— (1940), que ha debido sufrir el Código de la Familia como un insulto personal, o poco menos, y que grita en su poema:

Acuso
a mi madre cruel que
al darme los días
me arrebató la vida

Acuso
a mi madre cómplice y a mi padre
por haberme aún niña
arrojado como pasto
en una noche de bodas
toda vestida de blanco
y ajada mi corona

miro brotar de lo hondo
de mis entrañas
la sangre de una herida.

Y de la niña que soy
para siempre enterrada
la dulce oveja se ha convertido
en oveja sarnosa.

Tampoco seguirán los modelos de esta *Dama enemiga de los cambios —Dame énnémie des changements—*, que causaba la desesperación del joven poeta Ahmed Benkamla (Mascara, 1951) a causa de una difícil relación:

Dama enemiga de los cambios
un vestido tejido en el respeto
de su mando adornándola
erige sus miradores irrisorios
y ciegos contra la justeza
de los impulsos.
Dama enemiga de los cambios
es la sacerdotisa de nuestros lugares
  de nuestras aldeas
  de nuestras ciudades
sobre los altares de sus templos
son inmoladas nuestras muchachas.
Sus resplandores en sus ropas blancas
son el preludio de su exilio.
En la música triste
cubo que se hunde en el pozo
de las lágrimas
dama enemiga de los cambios
en los besos sobre los muros
exhorta a nuestras gentes con su ceguera
pues
dama enemiga de los cambios
hace decir sí a aquella
que grita no pues
el silencio resignado
de Malika es mi furor.

Tal vez sea mejor terminar así esta última reflexión. Hablando del amor, o de amor, o escuchando mejor, por boca de poetas argelinos, o de poetas sin más, los más sinceros y respetados en todas las culturas. Problemas, cambios, la mujer y el amor. Igual que en cualquier sitio. Y un nuevo orden económico mundial más serio y respetable. A mí me

parece un fenómeno cultural apasionante. Y no para Argelia sola. Para todo el mundo.

Quiero agradecer aquí a Esmeralda de Luis por sus préstamos bibliográficos y por las discusiones y desacuerdos tantas veces voceados, tan útiles para este ensayo sobre un país que conocemos y amamos. Y recordar a Zahia Buaissi y a Hans Andersen, felicitándoles por su bebé, y a Pepi y a Mojtar Abdeluaret también por el suyo, así como a Jera Araf y a su marido palestino. Espero que esos chavales no me acusen nunca de ser un espía de algún país por contar las pequeñas intimidades que yo pueda saber de otro.

FINAL II

Parece que algunos le reprochaban a Foucault, o si no le reprochaban al menos se admiraban de ello, su querencia hacia los bajos fondos, el crimen, la enfermedad, lo «degradado» podría decirse, y no sé si soy fiel a lo esencial de ese reproche. Por mi parte, sólo decir que el estudio o la observación de lo «marginal», lo «fronterizo», lo «anormal» me ha explicado mucho más de lo «normal», lo «clásico», el modelo ideal sobre el que quiere poder el «poder», su ideal de «gobernado» que haga más eficaz ese poder, que el discurso académico que intenta desmenuzar ese poder y sus claves. Es complejo, pero sólo la consideración de un Barbarroja como «príncipe nuevo» —se adaptaba a un «modelo maquiavélico»— y su manera de ser enjuiciado por una propaganda del poder norteño, me permitió comprender, de alguna manera, que ese juicio sobre Barbarroja se le podía aplicar perfectamente a ese poder norteño que, de manera interesada, no quería un tipo de competidores tan fieles a su manera misma de actuar y ver las cosas. Tenían que encontrar que a ese «corsario» o «tirano» le faltaba algo que a ellos no les faltaba, una legitimidad diferente de la imposición por la fuerza misma, en el fondo el origen mismo de su poder o la esencia misma de ese poder. Las relaciones de dominación, el sistema penal, la coacción, los sistemas de impuestos —fiscalidad o corso—, tanto y tantos extremos que pudieran ser tratados con ricas conceptualizaciones, distingos y matizaciones académicas, en su esencia —y de ahí que uno tenga que recurrir a maneras de exponer teórico-filosóficas que le desagradan— estarían presentadas en un relato lineal de la aventura berberisca de los Barbarroja.

Si todavía hoy algunas realidades berberiscas actuales o muy recientes podrían ilustrar aspectos difíciles de captar de la sociedad del Antiguo Régimen, sobre todo sociales, de «solidaridades» grupales, de clanes o bandos, en ocasiones tan cercanas a las tribales y a las de cofrades, el lanzamiento del «estado» de los Barbarroja es una «imagen» con no demasiadas distorsiones —caricatura, espejo cóncavo-convexo— de los mismos mecanismos utilizados por la Monarquía Católica de los Habsburgos españoles, pongamos por caso, sus problemas de financiación, sometimiento de minorías variopintas, fijación de ortodoxias y su utilización, pongamos por caso. Mucho menos complejo todavía, más en estado puro, fundacional, con menos elaboraciones teórico «ceremoniales» o «protocolarias» que oculten la esencia misma del fenómeno en sí, de los mecanismos —control, preservación, transmisión— del poder.

El marco jurídico-institucional, en el momento en que se ha hecho alusión a su sacralización, y como señalara Cervantes con tanta lucidez para la cuestión de la «polémica religiosa» entre cristianos y musulmanes en el «Quijote» —en *El curioso impertinente*, más en concreto—, deja de ser justificación de ese poder y sólo queda lo coactivo, la fuerza bruta, lo punitivo, lo no racional, en fin, su esencia misma, ese origen corsario del poder. El truco inteligentísimo de la Iglesia Católica fue convertir, como sugerimos alguna vez, fe en ley, identificar una fe religiosa como una ley «total» o general, con un «libro»: las religiones del «Libro», de las «tablas de la Ley» de Dios, que bien analizada, nada tiene que ver con el mero ritual de matar un animal o llevar una protección prepucial o no en salvas sean las partes. Una de las revoluciones políticas de más trascendencia que se da en Occidente en el período moderno, es el progresivo ascenso de una «sociedad civil», de alguna manera, el desmontaje de la mitología más inteligente desde el punto de vista de la utilización y conservación del poder, el fundamentalismo eclesial-religioso de las religiones del Libro. Habría que desmenuzar el lenguaje árabe-musulmán y comprobar este extremo; en el lenguaje latino-cristiano, la utilización es clara. Y las variantes de «leyes» en los diversos «Libros», se convirtieron en justificadoras de la guerra y el despojo de bienes, el corso, en fin, para con los de la otra «ley» a pesar de que entre los de la misma ley se ejercitaba con igual naturalidad. Estaba en la esencia misma del poder, en su imponerse y preservarse. Fou-

cault intuía bien claro por dónde debía investigar, en qué dirección, cuáles eran los mecanismos que regulaban el castigo. Con el ascenso de una «sociedad civil» —esa progresión aún hoy en vías—, cabía una mayor racionalización y esa destrucción radical de la identificación fe/ley; esa progresión, también hoy en vías, que no termina de darse al surgir complicaciones, nuevas refundiciones de la fe/ley malhallada.

Quisiera recoger aquí, a manera de colofón de este Final II, el llamado «Documento de Sicilia», surgido de un encuentro organizado por la Universidad de Palermo en Gibellina (10-15/octubre 1992) sobre «Europa y el mundo árabe-musulmán». Su difusión, como expresan sus mismos organizadores, me parece importante.

DOCUMENTO DE SICILIA

La situación internacional actual nos lleva a replantear el problema de la cooperación científica entre las diversas culturas y, en particular, en el marco de la cooperación euro-árabe. Los cambios ideológicos y políticos de los cinco últimos años hacen que el Oeste europeo se fije más en los países del Este, en detrimento de la costa meridional mediterránea y del mundo arabo-musulmán en general. Progresivamente se pierde esa larga tradición de intercambio que pervivió a lo largo de los siglos desde la Edad Media. A pesar de las vicisitudes de la historia, el vaivén hacia una y otra banda del Mediterráneo, jamás se interrumpió y hubo siempre, aunque en ocasiones fueran poco numerosas, gentes curiosas las unas de las otras, capaces de comprenderse, de apreciarse y de estimarse a pesar de las diferentes culturas y mentalidades.

Para continuar en esta tradición, que a largo plazo ha de resultar beneficiosa para todos, convendría renovar el marco apropiado para una reflexión sobre los intercambios culturales y científicos que deseamos establecer más allá de nuestras diferencias políticas y religiosas.

La regresión en los campos de estudio sobre el mundo arabo-musulmán, el interés cada vez más timorato de las universidades occidentales por el mundo árabe, la relativa rareza de los Institutos y Centros de investigación adecuados en Occidente, como en Oriente, por otra parte, la ausencia de programas comunes de investigación en donde los jóvenes investigadores europeos y árabes pudieran hacer valer sus competencias son otras tantas señales de alarma que nos invitan a concebir otra organización que responda a las necesidades de nuestras sociedades que sufren, sin saberlo en

absoluto, el no conocerse mejor y reconocerse como diferentes pero complementarios. La aparente confusión actual del mundo arabo-musulmán y la crisis económica que convulsiona al planeta no deberían ocultarnos la visión de un futuro mejor.

En una y otra parte del Mediterráneo existen dos fuerzas vivas que no están pidiendo más que exteriorizarse; sería peligroso para toda la cuenca mediterránea dejar que el potencial humano y cultural del Sur evolucionase hacia la extinción y la desesperanza bajo la mirada indiferente del Norte.

Más allá de la ayuda al desarrollo económico, el porvenir de la paz en el Mediterráneo y de las relaciones de Europa con el Mundo Árabe, pasa por los intercambios culturales y científicos que, aunque éstos comiencen a menudo a nivel universitario, alcanzarán un día u otro a una parte más amplia de las sociedades. La España de «Al-Andalus», la Italia de «Sicilia», Francia, Alemania e Inglaterra tienen un papel importante que desempeñar como estimulante del interés de Europa: animar a sus investigadores con el fin de que el diálogo euro-árabe no sea una simple noble aspiración sino una realidad.

El encuentro de Gibellina en Sicilia (10/15 octubre 1992), organizado por la Universidad de Palermo, en torno a «Europa y el mundo arabo-musulmán», ha reunido a eminentes especialistas occidentales y árabes; éstos se encargarán con la colaboración, y sobre todo con el apoyo de todos, de actuar conforme al espíritu del «Documento de Sicilia», documento que ya fue distribuido entre los parlamentarios italianos.

Nombre y apellidos	**Profesión**	**País**	**Firma**

Enviar a:
Sr. Temimi
B.P. 50 (1118) Zaghovan
Túnez

APÉNDICES

absoluto, el no conocerse mejor y reconocerse como diferentes pero complementarios. La aparente confusión actual del mundo arabo-musulmán y la crisis económica que convulsiona el planeta no deberían ocultarnos la visión de un futuro mejor.

En una y otra parte del Mediterráneo existen dos fuerzas vivas que no están pidiendo más que exteriorizarse: sería peligroso para toda la cuenca mediterránea dejar que el potencial humano y cultural del Sur evolucionase hacia la extinción y la desesperanza bajo la mirada indiferente del Norte.

Más allá de la ayuda al desarrollo económico, el porvenir de la paz en el Mediterráneo y de las relaciones de Europa con el Mundo Árabe, pasa por los intercambios culturales y científicos que, aunque éstos comiencen a menudo a nivel universitario, alcanzarán un día u otro a una parte más amplia de las sociedades. La España de el Andalus, la Italia de Sicilia, y Francia, Alemania e Inglaterra tienen un papel importante que desempeñar como estimulante del interés de Europa; animar a sus investigadores con el fin de que el diálogo euro-árabe no sea una simple noble aspiración sino una realidad.

El encuentro de Gibellina en Sicilia (10/15 octubre 1992), organizado por la Universidad de Palermo, en torno a «Europa y el mundo arabo-musulmán», ha reunido a eminentes especialistas occidentales y árabes. Éstos se encargarán con la colaboración, y sobre todo con el apoyo de todos, de actuar conforme al espíritu del «Documento de Sicilia», documento que ya fue distribuido entre los parlamentarios italianos.

Nombre y apellidos	Profesión	País	Firma

Enviar a:
Sr. Temimi
B.P. 50 (1118) Zaghouan
Túnez

NOTA SOBRE BIBLIOGRAFÍA, CINE Y MANERA DE ESCRIBIR ALGUNAS PALABRAS

Un trabajo sintético y globalizador como éste, mera aproximación personal a un país —Argelia, en este caso—, sólo puede ser una serie de ideas generales apuntaladas con la mayor sobriedad y dignidad posibles. Ideas no demasiado originales en la mayoría de los casos, tal vez, salvo en el deslumbrante período clásico del siglo XVI argelino y su «Estado moderno», como imagen en el espejo de los otros «Estados modernos» más septentrionales también en formación. Desde el marco más global de la historia de África —P. Berteaux, *África. Desde la prehistoria a los Estados actuales*, Madrid, 1972 o J. Ki-Zerbo, *Historia del África negra*, Madrid, 1980— o de las historias del Magreb —la clásica de Ch. A. Julien, *Histoire de l'Afrique du Nord*, París, 1931 o la de A. Laroui, *L'histoire de Maghreb*, París, 1975—, parecía oportuno intentar encontrar una voz argelina propia sobre su pasado, como la demasiado global pero interesante de Mahieddine Djender, *Introduction a l'histoire de l'Algérie*, Argel, 1991, segunda edición aumentada. Sin poder acceder, sino de manera indirecta, a los autores argelinos modernos en árabe —Cheij Mubarek el Mili, 1929-1932, Ahmed Tawfiq el Madani, 1927, o Abderrahmán el Djilali, 1954-1956—, sí pude acceder a una serie de autores, con frecuencia muy poco académicos, si no toscos, pero con momentos de gran viveza en sus relatos; sobre todo, cuando hacen alusión a tradiciones orales o a interpretaciones personales de viejas síntesis positivistas de la historiografía colonial francesa, demasiado presente aún en sus exposiciones. Así, de Tahar Oussedik, dos tomitos sobre *La Berberie*, Argel, 1989-1991, con frecuencia reiterativos y desordenados, o

el también poco académico *Le Royaume de Koukou*, Argel, 1986, en el que incorpora tradiciones orales cabiles a síntesis anteriores basadas en la documentación española, y perfectamente acordes con otras tradiciones orales más literarias como las que recoge, por ejemplo, Muloud Mammeri. *Les Beni-Yala*, Argel, 1990, de Mulud Gaïd mantiene también estas características y se convierte en un relato histórico, aunque desordenado y poco académico también, con mucho atractivo y desapasionado punto de vista argelino. Lo que no sucede siempre, como en el caso de trabajos parciales de Moulay Belhamissi, por ejemplo. Otras veces sucede con versiones realizadas en la época colonial francesa de algunos trabajos puntuales, como la versión de Marcel Bodin del texto de Si Abdelkader el Mecherfi, *Revue Africaine*, 1924, de gran expresividad y ampliamente utilizado en este trabajo.

Obras de historiadores a la vez buenos arabistas, que recogen textos y puntos de vista de la historiografía árabe, contribuyen también mucho a poder escuchar esa voz. Para el caso de los moriscos, por ejemplo, es de gran interés en este sentido una última síntesis de Mikel de Epalza, *Los moriscos antes y después de la expulsión*, Madrid, 1992, en esta misma colección editorial, lo mismo que el relato puesto al día, tan necesario ya, sobre las relaciones del Magreb y España en los siglos XV-XVIII, de M. García Arenal y M. A. de Bunes. Para salirse un poco de los estereotipos de las fuentes españolas del siglo XVI, que heredarán en su mayoría los historiadores españoles e italianos, así como los franceses coloniales, es saludable el libro de sir Godfrey Fisher, *Barbary Legend*, Oxford, 1957, recién traducido por los argelinos al francés, Argel, OPU, 1991, ampliamente anotado por Farida Hellal; los ingleses, que supieron fundar «sociedades anónimas» para la financiación del corsarismo ya a finales del siglo XVI, supieron razonar mejor el fenómeno. Lo mismo sucede, aunque en otro tipo de asuntos, con la selección y comentarios que de Isabel Eberhardt hace Simone Rezzug, Argel, 1985, de más interés para un tipo de exposición como ésta que las recientes ediciones en castellano, pensadas desde un punto de vista más estrictamente vivencial y literario.

En el período clásico del siglo XVI, toda la saga de los Barbarroja y sus cercanos, es donde he podido aportar alguna novedad de enfoque, dada la abundancia de fuentes españolas, ellas mismas protagonistas de este tipo de relatos; aunque tratado tangencialmente, la documentación

de la sección de Estado del Archivo de Simancas (Valladolid), sobre todo la procedente de Nápoles, presenta unos sugestivos servicios secretos españoles en Turquía y en Berbería y nuevas perspectivas para abordar aquellos tiempos. Las fuentes españolas del siglo XVI transmiten con viveza y veracidad la situación berberisca del momento; también con su «opinión» y hasta en aras de una «propaganda», bien captable por la historiografía actual. En *La leyenda negra. Historia y Opinión*, Madrid, 1992, Ricardo García Cárcel explicó bien el fenómeno, aplicado a la «leyenda negra» hispánica, pero es idéntico en cuanto a sus mecanismos a la berberisca. Antonio de Sosa —editado por Diego de Haedo, la aún imprescindible *Topographia e Historia general de Argel*, 1612, reedición, Madrid, 1927— es el máximo exponente de esa «propaganda» antiberberisca, a la vez que el mejor «cronista» de la Argel clásica, y con un verismo en ocasiones emocionante; uno de nuestros prosistas más expresivos del momento —del Siglo de Oro— y amigo de Cervantes, Antonio de Sosa ha de ser rescatado definitivamente después del trabajo de G. Camamis, *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*, Madrid, 1977; de momento, hemos comenzado a reeditar a su nombre —y no al de Diego de Haedo— sus 30 relatos sobre el mundo corsario berberisco recogidos en el *Diálogo de los mártires de Argel*, Madrid, 1990, ed. de E. Sola y J. M. Parreño. De la *Topographia...* falta una buena edición crítica aún —la de 1927 es descuidada y no crítica—, como la que hiciera M. García Arenal de la *Relación del origen y suceso de los Xarifes...*, 1586, edición crítica, Madrid, 1980; como hacen falta también, de una vez por todas, ediciones críticas de la *Descripción de África*, de Luis del Mármol Carvajal, 1573 y 1599, edición facsímil del primer volumen, Madrid, 1953, y de la *Historia del Maestre último que fue de Montesa...* de Diego Suárez, de la que únicamente se publicó una parte, Madrid, 1889 y que sigue a la espera en la Biblioteca Nacional de Madrid; pasa lo mismo con la *Historia de los Barbarroja* de Francisco López de Gómara, Madrid, 1853, tomo VI del Archivo Histórico Español de la Real Academia de la Historia, por no hablar de la *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, Madrid, 1955, de Prudencio de Sandoval o de la *Historia de Felipe II*, de Luis Cabrera de Córdoba, Madrid, 1877, entre otras fuentes españolas elaboradas del momento en las que los asuntos berberiscos son tratados con relativa amplitud. Pero ya es un terreno demasiado especializado para este trabajo, aunque hayamos querido darle particular protagonismo a esas

fuentes ante su olvido frecuente por parte de otros autores europeos o extranjeros en general.

Además de los estudios de H. Inalcik —*The Ottoman empire. The classical age, 1300-1600*, Nueva York, 1973—, de Braudel —la segunda edición de 1966 de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, y su edición castellana diez años después, sobre todo— y de A. C. Hess —*The forgotten frontier. A history of the Sixteenth Century Ibero-African frontier*, Chicago-Londres, 1978—, la historiografía italiana tiene interesantes títulos, sobre todo los de Salvatore Bono —*I corsari barbareschi*, Turín, 1964— y Ciro Manca —*Il modelo di sveluppo economico della cità marittime barbaresche doppo Lepanto*, Nápoles, 1982—, así como otros trabajos de Alberto Tenenti. * Aunque un tanto simplista en la exposición, es de interés, por el manejo de fuentes italianas hasta locales, *Pirati e corsari turchi e barbareschi nel Mare Nostrum. XVI secolo*, de Rinaldo Panetta, Milán, 1981. Finalmente, para este período clásico argelino, de E. Sola, *Un Mediterráneo de piratas: corsarios, renegados y cautivos*, Madrid, 1988, en realidad una posible biografía de Aruch Barbarroja, y los cuatro artículos «La saga de los Barbarroja», aparecidos en *Historia-16* a partir de junio, en el verano de 1989.

Para el período colonial argelino, a partir de 1830, la amplia historiografía colonial francesa, en ocasiones tan apasionada en cuanto a «opinión» y «propaganda» como la española clásica del siglo XVI, ha sido ampliamente utilizada en trabajos rigurosos y serios como la *Histoire de l'Algérie contemporaine*, cuyo tomo primero, *Conquete et colonisation*, París, 1964, 2.ª edición, 1979, es de Ch. A. Julien y el tomo segundo, *1871-1954*, París, 1979, de Ch. R. Ageron; síntesis más que suficiente para este trabajo, aunque completada, en aras de la búsqueda de una voz más auténticamente argelina, con el estimulante y apasionado ensayo de Mostefá Lacheraf, *L'Algérie: nation et société*, París, 1976, implacable lectura de la historiografía francesa colonial, muchas veces desde las circunstancias mismas de la guerra de Argelia al estar redactados los diferentes capítulos entre 1956 y 1965. Mostefá Lacheraf, político y excelente poeta, consigue en ese largo ensayo un texto imprescindible para el historiador actual que desee acercarse a la historia argelina más reciente. Dentro de la excelente labor que está iniciando la Editorial Laphomic, el «Dossier et témoignages reunis et présentés par Patrick Eveno et Jean Planchais» con el título de *La guerre d'Algérie*, Argel, 1990, con el respaldo del periódico *Le Monde*, cubre

perfectamente el último período de la Argelia independiente. De la misma manera que la apretada síntesis de Gema Martín Muñoz, «Treinta años de independencia», en el breve informe «Argelia, el terremoto islámico», aparecido en *Historia-16*, n.º 197, septiembre, 1992. Para el asunto concreto de los españoles en la Argelia colonial —al margen de una serie de títulos que han comenzado a aparecer en esta misma colección de Editorial Mapfre—, los estudios de Juan Bautista Vilar, sobre todo el ya puesto al día *Los españoles en la Argelia francesa (1830-1914)*, Murcia, 1989.

En cuanto a las citas de paso, dadas a lo largo del texto, me refería a los trabajos que siguen; de Francesco Gabrielli, *Mahoma y las conquistas del Islam,* Madrid, 1967; de A. C. Combrie, *Historia de la ciencia,* publicada por Alianza a partir del primer tomo, *De San Agustín a Galileo,* Madrid, 1974. De Richard Konetzke, el tomo II de *América Latina. La época colonial,* de la *Historia Universal* de la Editorial Siglo XXI, Madrid, 1972. De Ch. E. Dufourcq, *L'Espagne catalane et le Maghreb aux* XII et XIV siècle, París, 1966 y de P. Mariño, la edición que él preparó sobre los tratados internacionales de España con el Norte de África en el período de Carlos V, *Tratados Internacionales de España, II. Carlos V*, Madrid, 1980, CSIC. Me he referido al clásico de Cesáreo Fernández Duro, *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón 1476-1664,* en 4 vols., Madrid, 1895, así como al no menos clásico hispanoamericano *Facundo. Civilización y Barbarie,* editada por Austral, (Madrid, 1970 para la 8.ª edic.), de Domingo F. Sarmiento, aquel ilustre profesor que llegó a Presidente de la Argentina en la época de su odiado dictador Rosas. La edición de Indalecio Lozano Camasa de *Tres tratados árabes sobre el cannabis indica,* Madrid, 1990, se hizo en el marco de «Al-Andalus 92» y el libro clásico de Ramón Carande, *Carlos V y sus banqueros,* editada en 1967 por la Sociedad de Estudios y Publicaciones en Madrid, reeditado diez años después en edición abreviada por Editorial Crítica, y más tarde de nuevo completa. De Alberto Tenenti, principalmente el trabajo publicado en la *Rivista Storica Italiana,* LXII, 1960, «I corsari in Mediterraneo all'inizio del cinquecento», y de Vitorino Magalhaes Godinho, *L'Economie de l'empire aux* XV *et* XVI *siècle,* París, 1969. De J. Delumeau, *El miedo en Occidente. Siglos* XIV-XVIII. *Una ciudad sitiada,* Madrid, 1989, y las referencias a Salvago están tomadas del ya citado trabajo de C. Manca. La cita de la referencia que hace al sociólogo Pitikin Sorokin el gran historiador inglés Christopher

Hill, está tomada de alguna de sus múltiples obras sobre la Inglaterra moderna, tal vez de *El siglo de la Revolución,* imposible de encontrar, editado por la Editorial Ayuso, Madrid, 1972. En cuanto al padre Gracián de la Madre de Dios, es posible leerle en una curiosa versión de Luis Rosales editada por la Editorial Fe, Madrid, 1942, con el título simplificado de *Crónica de cautiverio.* Creo que no me restan más referencias hechas al paso, salvo el excelente trabajo de Lucile y Bartolomé Bennassar, *Los cristianos de Alá. La fascinante aventura de los renegados*, Madrid, 1989, Editorial Nerea.

Quedan por reseñar algunos títulos complementarios de interés, comenzando por algunas de las obras de Ibn Jaldún, en particular *Al-Muqqadima*, cuya versión en castellano, *Introducción a la historia universal* fue publicada por el Fondo de Cultura Económica, México, 1977, o su autobiografía, traducida del árabe al francés por Abdelsselam Cheddadi, *Le Voyage d'Occident et d'Orient*, París, 1980. Para la Argelia romana, es de interés *Cités antiques d'Algérie. Art et Culture*, 2.ª edición, Argel, 1982, de Munir Buchenaki. La fascinación que aún ejerce Gardaia intenta ser explicada por el arquitecto André Ravéreau en *Le M'Zab, une leçon d'architecture*, 2.ª edición, París, 1981, con prólogo de Hassán Fathy y fotografía de M. Roche. En cuanto a la música, *La musique classique du Maghreb,* París, 1980, del tunecino Mahmud Guettat, incluye material gráfico y abundante información discográfica.

Para aspectos literarios, al margen de las ediciones normalmente francesas —Seuil, Maspero, Sindbad o Denoël— y de la Entreprise Nationale du Livre (ENAL) de Argel, con la OPU de alguna manera heredera de la antigua SNED, he utilizado un antiguo trabajo hecho en colaboración con los hispanistas argelinos Mojtar Abdeluaret y Zubaida Hagani y con el poeta y periodista Mohamed Benmebjut (Hamid Skif), sobre la poesía argelina actual de expresión francesa, que tituláramos como un hermoso poema de Mostefá Lacheraf —*Pays de longue peine— País de larga pena*, Málaga, 1979. También el libro-homenaje *Pour Kateb Yacine*, Argel, 1990, preparado por Benamar y Mohamed Médiène, Tahar Benyellun y otros, a raíz de la muerte del notable escritor argelino, con ilustraciones de los pintores actuales argelinos Mesli, Zerruki, Silem, Martínez y, sobre todo, del gran amigo de Kateb, muerto en 1985, Mohamed Issiajem, cuyo cuadro de tonos azulados *Mujer sobre poema* incorpora un texto poético del autor de *Nedjma*. Una galería de arte que Mohamed Médiène acaba de abrir en el barrio de Sidi el Hua-

ri —o «barrio de los españoles»— en la vieja Orán, es visita de gran interés para los interesados en el nuevo arte plástico de Argelia, cuyas imágenes más conocidas hasta hoy fueran las miniaturas de Mohamed Racim y sus escenas y retratos ideales del mundo corsario berberisco y del emir Abdelkader, o el colorismo naif y encantador de la pintora Baya, tan apreciada por los surrealistas franceses, la materia al mismo tiempo sobria y suntuosa de Hadda o el gran mural de esmalte del aeropuerto de Argel de Adane.

Mención especial precisaría el cine argelino, tan relacionado en sus inicios con el rodaje de Pontecorvo en la ciudad de Argel, recién terminada la guerra. Muchos de los cineastas argelinos se iniciaron en aquellos momentos. *La batalla de Argel*, con música de Ennio Morricone, fue premiada con el León de Oro en Venecia en 1966 y con el gran premio de la crítica internacional, y se convirtió en un clásico de las filmotecas de todo el mundo. Otras dos grandes producciones internacionales, con amplia colaboración de técnicos argelinos importantes para la industria cinematográfica posterior del país, fueron *El extranjero*, 1968, de Luchino Visconti, y *Z*, también del mismo año, de Costa Gavras, en cuyo guión trabajó Jorge Semprún y con música de Mikis Theodorakis, premio especial del jurado de Cannes en 1969 y oscar a la mejor película política extranjera en 1970. En *Z*, como ayudantes de dirección, estaban dos cineastas argelinos, el tlemsení Gauti Bendeduch —su película *Echebka*, 1976, sobre el mundo de la pesca, seleccionada para el festival de Cartago de 1977— y el joven Mohamed Buamari, Setif, 1941, cuyas películas *El carbonero*, 1972, bien recibida y premiada en festivales internacionales —Cartago, Uagadugu, Berlín—, y *La herencia*, 1974 —premiada en Uagadugu y Moscú—, en alusión a la pesada «herencia colonial» en una aldea argelina, entroncan con un cine en la onda del «realismo socialista» o, mejor tal vez, por ese contacto con el mundo del cine italiano, con el «neorrealismo italiano», como tantos otros títulos de la filmografía argelina; en *Primer paso*, 1978, aborda la problemática de la emancipación femenina, con una mujer convertida en presidenta de una asamblea popular comunal.

En 1967 se creaba la ONCIC, Oficina Nacional del Comercio e Industria Cinematográfica, con el monopolio de la producción y comercialización del cine argelino, que mantuvo una breve y cuidada producción anual de películas. El cine se convertía en una de las manifestaciones artísticas primadas, y se comenzaba a organizar una cinemateca

argelina rica y cuidada, hasta hoy. Mohamed Lajdar Hamina, M'Sila, 1934, fue director general de la ONCIC entre 1981 y 1984; era, por entonces, uno de los directores más reconocidos del país; su película *El viento de los Aurés*, 1966, de ambiente bélico, emotivo y cruel, había recibido en Cannes el premio a la mejor *opera prima* y fue premiada también en Moscú y en Tánger. Dos años después, sin abandonar el asunto dominante de los sufrimientos de la guerra y los problemas de la sociedad argelina en ese marco, introduce la comicidad en su película *Hassan Terro*, 1968, con el cómico muy popular Ruiched —Rouiched— en una de cuyas piezas teatrales se basa el guión, la historia de un pequeño burgués convertido, a su pesar, en el peligroso «terrorista» Hassan Terro. El personaje será retomado posteriormente en *Hassan Terro en el maquis*, 1978, folletón para la televisión de Musa Haddad, Argel, 1937, el creador de otro personaje muy popular en *Las vacaciones del inspector Tahar*, 1973, con el guionista y actor Abderrahmán Hadj —Hayy—, plenamente televisivo. La consagración de Lajdar Hamina vendrá con la *Crónica de los años de brasa*, 1974, Palma de Oro en Cannes en 1975, en la que en seis capítulos, situados entre 1939 y noviembre de 1954, intenta mostrar la lógica histórica de la guerra de Argelia por su independencia; un nuevo ensayo cuidado de este cineasta fue *Viento de arena*, 1982, con la bella actriz Leila Shenna, en la que introduce la problemática de la mujer argelina en un ambiente cerrado de un palmeral del sur. Otro cineasta clásico en el panorama cinematográfico argelino de los años sesenta y setenta, uno de los fundadores también de esta cinematografía, es Ahmed Rachedi, Tebessa, 1938; *El alba de los condenados,* 1965, alegato anticolonial con gran fuerza en sus imágenes en blanco y negro, recibió el premio del Congreso Mundial de la Paz en Leipzig; en *El opio y el bastón*, 1969, adaptó un texto de Mulud Mammeri, con todas las características de aquel cine de heroísmo y sufrimiento de la guerra, y en 1980, con guión de Rachid Buyedra, aborda el asunto de la emigración en Francia con *Alí en el país de los espejismos*.

Otro cineasta argelino de gran personalidad y un sentido del humor consagrado en la historieta dibujada con el popular e inolvidable «Boucif» —Busif—, «paleto» en la ciudad, con su sabiduría campesina despierta para captar todo tipo de picarescas, es Mohamed Slimán Riad, conocido como Slim, Cherchell, 1933. Su trayectoria es ejemplar, desde *La voz*, 1968, en la que continúa el asuntó bélico al desarrollarse en un

campo de concentración, premiada en festivales y seleccionada para la semana de la crítica en Cannes, pasando por el cine militante internacionalista en *Sanaud*, 1973, premiada en Bagdad y que aborda la lucha de los palestinos; con *Viento del sur* adapta una excelente novela de Abdelhamid Benhaduga —novela traducida del árabe al castellano por el malogrado Marcelino Villegas—, y con *Autopsia de un complot*, 1977, un ambicioso problema de asesinato político y servicios secretos. Pero su voz crítica y cómica hace que, con el popular actor Ruiched como protagonista, retome el viejo personaje de Hassan Terro —*La evasión de Hassan Terro* de Mustafá Badia es de 1974, retomando el ya clásico personaje de Ruiched— y lo haga desenvolverse en la cotidianidad de la ciudad de Argel en *Hassan Taxi*, 1982; de ahí a poner en dibujos animados a su personaje Busif no había más que un paso. La comicidad cotidiana y crítica —como pasó de alguna manera con el nuevo cine español—, de la que Hassan Terro y el inspector Tahar eran una muestra clara, se había impuesto de manera brillante con *Omar gatlato*, 1977, de Mersak Allouache —Aluach—, Argel, 1944, premiada en Moscú, bien acogida en Cannes y, sobre todo, muy bien acogida por el público argelino que veía en ella presentes muchos de los problemas y tics de la juventud. Del mismo año, *Leila y los otros*, de Sid Ali Mazif, Argel, 1943, incorporaba el problema de la mujer, con la bella actriz Nadia Samir; aunque con menos sentido del humor que el Omar-Bualem Bennani y su obsesión por la masculinidad, fue premiada en la antigua URSS. La crisis de los ochenta no dejó al margen a la industria cinematográfica que parecía funcionar; no pocos de los directores de cine han salido de sus propias instituciones docentes y la cota de calidad era manifiesta.

Finalmente, en cuanto al arduo problema de cómo escribir algunas palabras, me he dejado llevar más por el hábito de lector en castellano que de puntilloso científico académico; a Jeredín Barbarroja —Khair al-din, con esa *kh* francesa como *j* tan horrorosa, o el más correcto Hayreddin— descubrí que casi siempre lo había leído y llamado así, y lo mismo a su hermano Aruch —Horuç, sería lo más correcto, y no con la *j* o *dj* francesa que sonaría a *y* que quedaría Arouj o Auroudj—. A Dragut siempre se le conoció por ese nombre mejor que por el de Turgut y el caso de Euchali —el Ochali o el Uchali cervantino y de la época en la documentación hispano-italiana—, que sería de manera

correcta Uluç Ali —Eulj Ali, para franceses—, sería más complejo de justificar, pero tal vez fuera por la costumbre de buscarle en los índices onomásticos por la *E* y que, de alguna manera, suena más a siciliano-calabrés. Las ciudades de Tremecén, Marzalquivir o Mostaganem —la Mostagán de las fuentes— son más sencillas de resolver que otras como Cherchell, la Sargel de las fuentes del siglo XVI, que se quedó así. Procuré traducir por jeque siempre que pude la palabra «cheij» —cheikh— o «šeij», mejor, y la palabra «agi» de las fuentes españolas, título del que ha estado en La Meca, en hayy, sonido suave de *y*. Los *dj* de los franceses los convertí, con grave riesgo, en *y*, y así queda Al Yesaer —Djesaer—, cuando las siglas internacionales de Argelia en los automóviles y en los aeropuertos son la «DJ» de Al Yesairía; lo mismo con Yiyel (Djidjell). Pido excusas a los arabistas que velan por la fidelidad y claridad de ese tipo de transcripciones, por lo tanto. En cuanto a los autores, sobre todo los de expresión francesa con nombres reconocidos en los medios editoriales, es más complejo cambiar Kateb Yacine por Kateb Yasín; en el caso de otros menos arriesgados, lo he solido hacer, así Benmebjut —Benmebkhout— o Abdeluaret —Abdelouaret—, que además son amigos y no se enfadan.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA, CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA, CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de marzo de 1993.

El libro *Argelia, entre el desierto y el mar*, de Emilio Sola, forma parte de la Colección «El Magreb», que analiza las relaciones complejas y necesarias mantenidas durante los últimos seiscientos años entre el Magreb y la Península Ibérica.

COLECCIÓN EL MAGREB

- Españoles en el Magreb, siglos XIX y XX.
- Los moriscos antes y después de la expulsión.
- El Protectorado de España en Marruecos.
- España-Magreb, siglo XXI.
- Los españoles y el Norte de África. Siglos XV-XVIII.
- El cristianismo en el Norte de África.
- Argelia, entre el desierto y el mar.

En preparación:

- El Magreb y España
- Portugal en el Magreb.
- Política exterior de los países magrebíes.
- Inmigración magrebí en España. El retorno de los moriscos.
- Economía política del Magreb.
- España y el Magreb, siglos XVII y XVIII.
- El Islam magrebí hoy.
- Historia del Magreb.
- Geografía social del Magreb.
- Estructura económica y social del Magreb contemporáneo.
- Marruecos: Islam y nacionalismo.
- Presencia cultural española en el Magreb.
- Estudios magrebíes.
- El judaísmo en el occidente musulmán.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

